





# EL INCRÉDULO

## DESENGAÑADO,

# Y EL CRISTIANO

## AFIRMADO EN LA FÉ

por las pruebas de la Religion, expuestas de un modo perceptible.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

POR EL PRESBITERO Mr. PONTBRIAND,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR EL P. Fr. PAULO ALONSO CARBALLO,
*misionero del colegio de Ocopa.*

MADRID 1829.
IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS.

*Un tratado interesante sobre un asunto temporal, apoyado en piezas justificativas, se busca y se lee con atencion. Por las luces naturales se distingue lo verdadero de lo falso, y aun se tiene esto á honor. Nosotros podemos decir, sin temor de engañarnos, que no hubo jamas causa mejor apoyada, ni que presente títulos mas auténticos que la Religion cristiana; y asi para desecharla es preciso renunciar á los principios mejor establecidos, y desmentir los testimonios mas incontrastables. ¿Sería posible que en un negocio de tanta importancia, y que toca tan de cerca, se quisiese renunciar á la razon, y obcecarse hasta preferir la mentira á la verdad?* Pontbriand al fin de esta misma obra.

# PRÓLOGO

## DEL AUTOR.

Gracias al cielo, aun se ve un gran número de cristianos que, agradecidos á las bondades de Dios, nada omiten por sostener el augusto y glorioso caracter que los ennoblece. Llenos de respeto ácia la Religion, ella les sirve de regla en su conducta, y ellos cumplen sus deberes con la mayor edificacion. Todos los estados nos ofrecen modelos de virtud: se ven santos desde el cetro hasta el cayado, y las verdades eternas están de tal modo grabadas en sus corazones, que nada es capaz de borrarlas.

El mundo sería un anticipado paraiso si todos los hombres se pareciesen á estos fieles cristianos. Pero ¡qué contraste se ofrece á nuestra consideracion! Mientras que estos tienen levantados continuamente los ojos al cielo para adorar al verdadero Dios y atraer sus misericordias; otros, insensibles en lo que toca á sus verdaderos intereses, no se ocupan sino en lisonjear sus sentidos, olvidándose del noble fin que se propuso el Criador al darles la existencia.

En los primeros tiempos se veían todas las autoridades de la tierra armadas contra la Religion: era necesario renunciar á la Fe ó espirar en los mas espantosos suplicios. Los cristianos entonces impertérritos arrostraban la muerte y daban su vida por sostener el Evangelio. A estos dias de tempestad y de borrasca succedió la calma; pero puede asegurarse que la Religion recibe en el dia heridas mas profundas. Si los tiranos sedientos de la sangre de los cristianos han desaparecido, les han sustituido hombres que por la corrupcion de sus costumbres son mucho mas temibles. El espíritu de incredulidad que reina en este desgraciado siglo hace mas daño á la Religion de Jesucristo que el que le han hecho las mas sangrientas persecuciones.

No hay cosa que el libertinage no haya emprendido para trastornarla. La sumision á las verdades incomprensibles, que la Religion exige, y los sacrificios que prescribe sublevan al orgullo y á la codicia. De aqui han dimanado los mas absurdos sistemas, que muchos adoptan hoy porque favorecen á sus funestas inclinaciones. Cada uno se erige en juez de la Fé: unos disputan sobre ella sin principios; los otros no emplean contra ella mas que la falsedad; éstos se deciden por preocupacion, aquellos por las máximas de una falsa sabiduría. A fuerza de querer disputar sobre todo, se ha llegado á dudar de lo mas claro. Ya no es la ra-

zon la que gobierna, sino las pasiones, y la autoridad mas respetable es desestimada.

Hombres grandes han escrito sobre la Religion de un modo capaz de convencer. Si tantas personas de un ingenio penetrante, adornadas de conocimientos humanos, quisiesen examinar sus obras sin parcialidad, y conducirse con la misma prudencia que observan en un negocio temporal, se disiparían bien pronto las nubes formadas por las preocupaciones y por las pasiones; y de enemigos de la Fé se convertirian en defensores suyos; pero se prefiere la obcecacion á la ilustracion. Los juegos, los espectáculos, las intrigas, las novelas, las ciencias humanas se llevan todo el tiempo, y no queda ninguno para estudiar lo que mas importa saber. Se cierra los ojos sobre la vida futura, como si apartando la vista de una eternidad desgraciada se consiguiese destruirla.

Llega un dia en que se piensa de muy distinto modo, y entonces desaparecen todos los encantos. No hay incrédulo que no quisiera á la hora de la muerte haber tenido una vida cristiana. Si se hallan algunos que hayan llevado hasta el fin su irreligion, y que den este paso con la misma arrogancia con que vivieron, no son muchos, pues casi todos tiemblan á la vista del sepulcro. Aquellas verdades eternas, que pasaban en su imaginacion por quimeras, son entonces

realidades: confiesan que se han extraviado, y llaman á Dios en su auxilio: pero ¡cuán lastimoso es que no se abran los ojos hasta el momento en que la muerte va á cerrarlos para siempre!

Cuanto mayor es el mal, tanto mas exige la caridad que se hagan esfuerzos para detenerle. Los mas se pierden por falta de reflexion, y esto es lo que nos ha empeñado á componer este libro, en el que hemos puesto las pruebas del cristianismo en tan alto grado de evidencia, que, á no querer cegarse, se conocerá que tiene á Dios por autor. Es verdad que despues de tantas obras clásicas, de las que tan poco se aprovecha el mundo, no podemos lisonjearnos de que se nos preste una atencion que se niega á unos hombres tan eminentes. Sin embargo, la esperanza de hacernos útiles á algunos, nos ha decidido á escribir: uno solo, atraido al camino de la verdad, nos indemnizará ampliamente de nuestras fatigas. La incredulidad no está arraigada de un mismo modo en todos: no todos son del número de los ciegos voluntarios que nada quieren ver. Hay muchos que no fueron arrastrados al error sino porque no tenian principios algunos acerca de la Fé. Un gran número se imagina que la Religion que profesa no está apoyada sino sobre fundamentos ruinosos, y la mira como una feliz preocupacion y una invencion humana, propia para contener y civilizar á los pueblos; y no

está por demas el procurar desengañarlos. Tanto mas necesario es escribir sobre esta materia, cuanto que la impiedad se atreve hoy á manifestarse descaradamente; y á pesar del celo de los Pastores y de la vigilancia de los Magistrados, se dan á luz libros llenos de blasfemias y de rasgos satíricos sobre cuanto hay de mas sagrado, que á nada menos tiran que á corromper las costumbres y á destruir en los corazones todo sentimiento de Religion.

No le toca á un autor hacer el elogio de su libro: cuando mas lo debe esperar todo de su lector, y nosotros no deseamos otra cosa que la conversion de los corazones. Todo lo que podemos decir es que el asunto importante sobre que versa está tratado de un modo propio para ilustrar á los que buscan la luz. Este libro está tambien compuesto de tal manera, que si el incrédulo, á quien principalmente se propone desengañar, no se aprovecha de él, fortalecerá al cristiano contra sus falsos raciocinios, y le afirmará en su fé.

Para reducirnos á un compendio que se pueda leer en poco tiempo, y no decir nada que no esté al alcance de todos, evitaremos los argumentos abstractos y las disertaciones que nos hubieran llevado demasiado lejos. Se debe mostrar agradecimiento á los autores que, entrando en los pormenores, han ilustrado todos los puntos: estas son unas antorchas para los sabios, y se gana

mucho en leerlos; pero es necesario convenir en que hay demasiadas personas que no se hallan en estado de hacer todas estas investigaciones, y que aun tienen por muy esteril y muy lánguida su lectura. Lo que ponemos aqui está sacado de los autores mas célebres, y no nos avergonzaremos de confesar que esta obra les pertenece mas bien á ellos que á nosotros.

Los límites que nos hemos prescrito no nos permiten combatir todos los errores, ni exponer todos los extravíos de los hombres en puntos de Religion: la existencia de la Revelacion es la verdad que tratamos de demostrar. Aunque en el siglo en que vivimos se ama todo lo que tira á poner las pasiones en plena libertad, los sabios han manifestado demasiado lo absurdo de los sistemas que ha inventado la impiedad, para que con verdad se adhiera á ellos. El *Anti-Lucrecio*, obra incomparable que inmortaliza á su ilustre autor, ha dado el último golpe á esas hipótesis humanas, pues aterrando al discípulo de Epicuro echa por tierra á los de Espinosa. Los incrédulos, desengañados de tan monstruosas opiniones, se hallan mas que nunca en estado, si quieren, de percibir el esplendor de la Revelacion.

Para hacer conocer que existe en la Religion cristiana, empleamos ocho pruebas, á las cuales no puede resistir un entendimiento reflexivo; y como el órden no con-

tribuye poco á la inteligencia de las materias, dividimos este libro en cuatro partes. En la primera sentamos algunos principios, y refutamos ciertos sistemas que el espíritu de libertinage ha difundido. En la segunda hacemos ver la antigüedad de los libros de Moisés y la divinidad de la Religion judáica, en la que hallamos argumentos invencibles de la verdad de nuestra Fé; y para hacer sentir mejor la fuerza de los divinos oráculos, añadimos á las profecías algunas reflexiones. En la tercera, que es la mas extensa, ponemos en la mayor claridad la autenticidad de los Evangelios: ademas de las pruebas ordinarias se verán muchos pasages de paganos que confirman los hechos Evangélicos. Despues de haber demostrado la veracidad de los milagros de Jesucristo y de su resurreccion, discutimos las otras pruebas de la Religion, y presentamos bajo un solo punto de vista los mas poderosos motivos que un hombre razonable puede exigir para someterse. En fin, en la cuarta se le suministran armas al cristiano contra el ejemplo y los discursos de los incrédulos; y por una especie de recapitulacion proveemos allí de respuestas exactas á las objeciones que se acostumbran hacer contra la Revelacion. Damos fin poniendo á la vista de los lectores los testimonios de los hombres grandes que por su ciencia y sus virtudes eran la gloria y el ornato de los primeros siglos. La mayor parte de nuestras pruebas

consiste en hechos históricos que no piden otra aplicacion que la que se presta á una historia que se quiere continuar y conservar en la memoria. Hemos escogido lo que nos pareció mas á propósito para persuadir, y al mismo tiempo que ilustramos al entendimiento, procuramos mover el corazon.

No se necesita manifestar la utilidad de la materia de que se trata, pues que no hay estudio mas importante ni que sea mas digno de la atencion de los grandes y de los pequeños, que lo que concierne á la Religion. Leyendo con cuidado este libro, verá cualquiera por qué es cristiano: las pruebas estan puestas en él tan sencillamente, que todos se hallarán en estado de comprenderlas. Los padres y las madres podrán servirse de ellas y enseñarlas á sus hijos para preservarlos con tiempo de los lazos que se tienden á su inocencia. Los jóvenes hallarán aqui preservativos y armas victoriosas contra la incredulidad. Si se tuviera instruccion y un poco de celo, se confundiria á esos impíos y á esos libertinos que en este siglo corrompido no abren la boca sino para blasfemar; y se les obligaria á respetar una Religion santa que atacan en nuestros dias con tanto encarnizamiento.

¿De qué precauciones no se usa para conservar los bienes y ponerlos á cubierto del fraude y de la injusticia? ¿Por qué no se ha de obrar del mismo modo respecto de

la Fé, que es el mas precioso de todos los tesoros? Solo corresponde mover los corazones y triunfar de la ceguedad del mundo al Señor, de quien esperamos el buen éxito de una obra que no se encamina sino á su gloria y á la salvacion del prójimo.

que no podemos conocer sino por medio del entendimiento y de la meditacion; pero sin muchas investigaciones y reflexiones encontramos en el examen del universo una demostracion perfecta de su existencia, y no se necesita mas que hacer uso de la razon para convencerse de ello. En efecto, todos los seres que vemos en este mundo, son seres contingentes que pudieron ser ó no ser. Sería ridículo pensar que existen por su propia esencia, y por consiguiente es preciso que hayan recibido la existencia de un principio que exista por sí mismo, y que no haya recibido el ser de otro. Si no hubiese mas que seres contingentes, es claro que jamas ninguno de ellos hubiera existido; porque todo lo que puede ser ó no ser, es incapaz de darse á sí mismo la existencia. Luego hay un Ser supremo independiente, á quien todos los otros seres deben lo que son.

Por otra parte, fuera de que es imposible que la materia se haya dado á sí misma el movimiento, se ve un órden en todas las partes del universo que anuncia un Ser superior y perfectamente sábio que ha presidido á esta grande y magnífica obra. Siendo la materia indiferente á un órden mas bien que á otro, no ha podido por sí misma reducir su movimiento á la medida necesaria para componer este universo y todas las bellezas que encierra; por consiguiente es necesario admitir una inteligencia soberana, que por su mano igualmente poderosa y sábia ha formado este mundo, y le mantiene en este grado de perfeccion en que se conserva tanto tiempo ha.

El hombre tiene muchos medios para asegurarse de la existencia de su Criador; pero las bellezas, las riquezas, el órden y la industria

que resplandecen en la naturaleza, son una prueba tan solida de esta verdad, que el ingenio mas sutíl no puede combatirla sin experimentar la resistencia de su corazon. Por poco que nos contraigamos á considerar los diferentes objetos que nos rodean, el alma queda sorprendida y admirada de todo lo que percibe. No solo en los grandes cuerpos es en donde se observa un designio consecutivo y una obra completa, sino que se advierte tambien aun en los mas pequeños. Si se examina el mas vil insecto, se hallan en él miembros organizados como en el animal mas grande. Este pequeño átomo viviente tiene cabeza, ojos, cuerpo, piernas y pies; y con el auxilio del microscopio se descubren en las partes de este pequeño cuerpo venas, arterias y sangre. Todo hombre observador comprende que una obra tan delicada, y en que las proporciones están tan bien guardadas, no es obra del acaso; y las perfecciones que halla en cuanto se presenta á su vista, le conducen á adorar á un Dios Criador, á quien él mismo debe todo lo que es. El grano de trigo que descomponiéndose germina de nuevo y forma una espiga llena de muchos granos; las plantas que proveen de alimentos a los sanos y á los enfermos; los frutos que se reproducen; los bosques siempre poblados; la mar contenida en los abismos y que respeta sus límites; los rios que riegan las campiñas y que acarrean la fertilidad; la multitud innumerable de animales de toda especie esparcidos con tanta profusion, manifiestan que hay un Ser Supremo á quien nada es dificil, y que provee abundantemente á las necesidades de sus criaturas.

Si la tierra nos presenta un magnífico teatro de la grandeza de Dios, los cielos nos ofrecen

aun otro en que su gloria se manifiesta con un nuevo esplendor. ¡Qué multitud de objetos encantadores no arrebatan nuestra vista! ¡Qué órden, qué armonía en la distribucion de los astros! ¡Qué regularidad en el movimiento de los cielos! Se distinguen en estas obras rasgos tan evidentes de una suprema inteligencia, que parece, por decirlo así, que todas se han conspirado para probarnos el poder y la sabiduría del Criador. ¿Qué cosa mas admirable que esas soberbias bóvedas que en ciertos tiempos nos ofrecen un espectáculo tan hermoso? ¿Qué cosa mas primorosa que esos globos luminosos que giran con tanta magestad sobre nosotros, y que no parecen asidos al firmamento sino para ayudar á la naturaleza á ejercer sus funciones, y para proporcionarnos las delicias y las comodidades de la vida?

¿Se creería que el sol, que segun el cálculo de los astrónomos mas sábios, es un millon de veces mayor que la tierra, es en sí mismo muy pequeño comparado con la vasta extension de los cielos? ¿No es cosa que sorprende que este globo, á pesar de estar enteramente inflamado, no causa perjuicio alguno á los otros planetas de una grandeza inmensa que se hallan en sus turbillones? Todos estos astros tienen cada uno su lugar, y el órden que guardan entre sí es tan perfecto, que ha sido siempre la admiracion de todos los que conocen las bellezas del firmamento. Los mayores filósofos, despues de haber hecho mil observaciones y agotado su entendimiento para encontrar la causa de este órden admirable, se han visto precisados á confesar que solo un Dios infinitamente poderoso y sábio puede ser su autor; y haciendo esta confesion el célebre Newton es como concluye su libro de las matemáticas.

Esta prueba de la existencia de Dios, sacada de la excelencia de sus obras, ha sido puesta en el mas alto grado de evidencia por Monseñor de Fenelon, arzobispo de Cambray. Era necesario un genio tan sublíme como el suyo para penetrar en los arcanos de la naturaleza y pintar sus bellezas. A cada argumento que hace sobre la estructura del cuerpo humano y sobre las operaciones del entendimiento, reduce á silencio al Epicureo, y se vé evidentemente por las observaciones del ilustre autor del tratado *De la existencia de Dios**, que tanta exactitud y economía en la disposicion general de todas las partes, tanta regularidad en sus movimientos, y tanta variedad en sus efectos, no pueden atribuirse á una ciega casualidad sino por aquellos que han renunciado á las luces del buen sentido y de la razon. El que dijese que un reloj ó un cuadro es obra de la casualidad, pasaría por un insensato: pues todavía sería mucho menos extravagante que el desconocer una inteligencia en el órden que observamos, tanto en el hombre, como en el cielo y en la tierra; pues que aquí hay un órden incomparablemente mas admirable que el que se encuentra en un reloj ó en un cuadro.

Por mas que nos alucinemos es imposible cerrar los ojos al espectáculo de la naturaleza; el mundo es un grande espejo donde Dios se presenta contínuamente al género humano de un modo que no puede ser desconocido. Asi, á pesar

---

* Esta obra de Fenelon es una perfecta *Demostracion de la existencia de Dios*, que traducida al castellano, é impresa en un volumen en octavo igual á este, se vende al mismo precio y en las mismas partes.

de las pasiones que combaten su existencia, los hombres la han publicado en todos los tiempos y en todos los paises. Entiendo por hombres aquellos que hacen uso de su razon, porque los otros deben ser colocados en la clase de niños que carecen de conocimiento, y cuyo ejemplo no tiene fuerza alguna. Lo cierto es que no ha habido jamas secta alguna que haya hecho profesion del ateismo; y si ha habido verdaderos ateistas, son muy raros. Se dice que no hay Dios, porque se quisiera que no le hubiese. Su existencia está grabada en los corazones mas corrompidos de un modo que no se puede borrar. Los paganos en medio de sus mayores extravíos la han reconocido. Es verdad que han admitido muchos dioses; pero este es un error que en nada disminuye el asentimiento universal de la existencia de la divinidad. Ciceron para probarla se explica del modo mas noble: «¿No es (dice) una solemne locura levan»tar los ojos al cielo, y no persuadirse de que »hay un Dios?» En seguida hace una comparacion muy juiciosa. «Así como el que entra en »una casa bien dispuesta (continúa este príncipe »de los oradores latinos) no puede ver su hermoso »órden sin percibir inmediatamente que hay su»perior que manda y preside en ella; del mis»mo modo no se puede considerar el movimien»to perpétuo y arreglado de los signos celes»tes sin reconocer prontamente que tienen una »contínua dependencia de un espíritu supe»rior; porque es constante que tales obras son »infinitamente superiores al poder humano. Es »necesario, pues, confesar que solo Dios puede »ser el arquitecto y el soberano moderador de »estas obras. Por otra parte (añade aun Ciceron) »¿hubo jamas nacion alguna tan feroz que no

»conviniese en la existencia de un Dios? Supuesto, pues, que el asentimiento general del »mundo entero es la voz de la naturaleza y una »prueba infalible de la verdad, ¿no sería ceguedad y ridiculez el negar que hay un »Dios?" *Tuscul.* v. 70.

"Confesamos (dice Séneca ep. 117) que hay »dioses, por la creencia que todas las naciones, »aun las mas bárbaras y las mas abandonadas, »tienen de esto."

Sería inútil insistir por mas tiempo sobre una verdad tan bien sentada. En vano la impiedad ha empleado todos sus esfuerzos para oscurecerla; pues á pesar de la corrupcion del corazon humano, ha prevalecido siempre, sin que todas las sutilezas y artificios que se han empleado contra ella, hayan podido jamas derribarla. Si algunos temerarios se han atrevido á combatirla, han sucumbido á los golpes que se les han dado por todas partes. La existencia de Dios se ha mostrado tan evidente, que todos los hombres, en medio de estar tan divididos en religion, se han convenido en este punto. El universo indignado detesterá siempre la memoria de Vanini y de Espinosa, monstruos que han perecido con sus secuaces; si restan algunos de ellos, se ven obligados á esconderse en las tinieblas y ninguno quiere escucharlos.

Todas las hermosuras que el cielo y la tierra nos ofrecen por todas partes, en que el poder y la sabiduría del Criador resplandecen con tanta magnificencia, nos recuerdan lo que le debemos. No es cosa dudosa que el soberano Señor del universo exija respetos y homenages de las criaturas que él ha distinguido, y á las cuales se da á conocer del modo mas sensible. De todos los seres que hay en el universo, so-

lo el hombre es el que ha recibido el don de inteligencia, y para quien ha sido hecha esta grande y magnífica obra. De este modo toda la naturaleza presentándole los dones del Criador, le advierte al mismo tiempo la obligacion de adorarle: esta adoracion es el culto religioso de que vamos á hablar en el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO II.

*El hombre tiene deberes que cumplir para con Dios.*

Un ser que ha criado un mundo tan maravilloso, y que por la hermosura y riquezas de la naturaleza anuncia la gloria de su poder, debe atraerse todas las consideraciones y respetos de aquellas criaturas que ha hecho capaces de conocerle y de elevarse hasta él. En efecto, ¿què no merece de parte del hombre un Dios infinitamente perfecto, infinitamente bueno, de quien ha recibido la vida y todo cuanto posee? ¡Qué ser en el universo comparable al Criador! ¿Y puede haber demasía en meditar y ocuparse en un objeto tan importante, por no decir en el único digno de nuestro amor? La Religion es, pues, un deber esencial que el hombre no puede desconocer sin renunciar á las luces de su razon. Para honrar á Dios no basta ensalzar su poder y admirar sus perfecciones divinas; es necesario tambien reconocer su soberano dominio, darle testimonios de amor y de respeto. Su cualidad de Criador y de bienhechor impone á todos la obligacion de adorarle y de amarle. En esto consiste principalmente la Religion, que no es otra cosa que

la regla de los deberes y de los honores que se deben á Dios.

El hombre no desempeñaría sus obligaciones sino muy imperfectamente, si al culto interior del espíritu y de la voluntad no agregase los homenages de un culto exterior, á fin de imprimir mejor en sí mismo y en los demas los sentimientos de respeto que merece la magestad divina. Estos principios son tan incontestables y tan conformes á la recta razon, que es imposible desconocerlos. Al unir Dios á los hombres con los vínculos de la sociedad, ha querido que haya una comunicacion entre ellos y El, y que se convengan todos en una misma religion para ofrecerle homenages proporcionados á su flaqueza, y tan dignos cuanto les sea posible de su omnipotencia. Si los hijos bien nacidos se instruyen mútuamente en lo que deben á su padre, y no permiten que ninguno se separe de este deber, con mayor razon deben congregarse todos los hombres para honrar y respetar á este Dios que es su Padre comun, á quien son deudores de la vida y de cuanto poseen. La idea de la Religion está de tal manera unida con la de Dios, que las naciones mas salvajes, abandonadas á sí mismas y sin instruccion alguna, han mirado siempre el culto de la divinidad como un deber indispensable.

Nada mas extravagante ni mas inconcebible que el extraño modo de pensar de muchos pueblos. De las obras de sus manos hacían frecuentemente un Dios; pero se les veía al mismo tiempo practicar ciertos ejercicios con el objeto de honrar aquello mismo que ellos tomaban por divinidad. Ofrecian sacrificios, erigian altares, edificaban templos en honor suyo, temian su justicia, y esperaban de su bondad; y no se crea

que esto era un desacierto de la educacion, ó un error que insensiblemente se iba introduciendo en el público, porque á ser así no hubiera sido general, y se verían paises y pueblos que estuviesen exentos de semejante error. Tampoco pudo la política tener parte en los homenages que se han tributado en todo tiempo á la divinidad. No son los reyes los que han inventado la Religion para asegurar su poder y el reposo de sus estados, porque existía antes que los hombres tuviesen derecho de llevar coronas; su origen es mucho mas noble y mas antiguo: donde quiera que ha habido hombres, ha reinado la Religion; y como es imposible que todos se hayan concertado para inspirarla, se sigue evidentemente que solo el mismo Autor de la naturaleza fue el que imprimiendo en las almas los caractéres de la divinidad, ha impreso al mismo tiempo los sentimientos de Religion. Este culto, estos sacrificios que todos los pueblos del mundo pagano ofrecian, estaban fundados en la noble idea que tenían de Dios: ellos le veían en sus obras ordenándolo todo, dirigiéndolo todo, abrazándolo todo con la extension de su poder infinito. Su existencia, de que no podian dudar, les hacía comprender la necesidad de una Religion, y que esta Religion debia estar acompañada de testimonios de respeto, de amor y de adoracion.

Este empeño tan universal y de todos los siglos en tributar al Criador del universo el culto supremo, no nos permitiria creer que jamas pudiese venir al pensamiento del hombre sustraerse á las leyes que toda la naturaleza publica, si la experiencia no nos demostrase lo contrario. No bien ha desaparecido el

ateismo, cuando este execrable sistema ha sido reemplazado por otro, que no es menos pernicioso á la sociedad y á la Religion, y que hace derramar lágrimas á cuantos piensan y obran con juicio.

Con sentimiento hablamos de esto, y desearíamos por honor de la humanidad correr un velo sobre tantos horrores como se publican cada dia con un descaro que no tiene semejante; pero por desgracia el público está demasiado instruido; el veneno de este mortal tósigo ha inficionado á todas las clases, y se ven, tanto entre los pequeños como entre los grandes, víctimas tristes en quienes ejerce su malignidad. Para detener cuanto nos sea posible sus funestos progresos, alzamos nuestra voz, aunque de paso, contra todos aquellos hombres conocidos bajo el nombre de *Deistas*, á quienes se podria llamar con razon, no los hijos de Dios, sino los hijos del error y del libertinage.

Como no hay cosa de que tan fácilmente se abuse como del ingenio, no deben llevar á mal que se les obligue á entrar en sí mismos. Al combatir los errores se respetan las personas: Dios nos es testigo que no buscamos otra cosa que la salud de los que se extravían. Es un gran mal adherirse á su propio dictamen en punto á Religion; pero sería aun mucho mayor despreciar en esta materia los consejos de aquellos que ningun interés tienen en engañarnos. Cuando se está íntimamente persuadido de que alguno se halla en peligro de perder la vida, es muy laudable advertirle el riesgo en que se encuentra; y aun cuando se engañase, la advertencia sería muy bien recibida de un hombre de razon. Todo consejo suministrado por un principio de celo y de caridad, lejos de merecer indignacion, merece

reconocimiento. El cristiano está persuadido de que el desprecio de la Religion arrastra á una espantosa desgracia, y tiene las mas poderosas razones para creerlo así: ¿no hace un importante servicio á los incrédulos en advertirles el peligro en que se ven? No exigimos de ellos que escuchen á la fé, pues que no tienen ninguna, sino á la recta razon. Una eternidad de que se trata, merece muy bien que se piense en ella, y que se examine si el partido que se ha tomado es el mas sábio y el mas prudente.

## CAPÍTULO III.

### *Contra los deistas que niegan á Dios el culto supremo.*

El universo ha hablado: ya no se puede desconocer la existencia de Dios, sin atraerse un general desprecio. Es necesario unir su voto al de todos los hombres; mas como se quiere satisfacer á los deseos corrompidos, la pasion inventa un sistema que la pone en libertad para insinuarse mas fácilmente en los entendimientos. Se ostenta una falsa sabiduría; se hacen magníficas alabanzas de la Magestad divina; se admiran sus obras; se dice que el cielo y la tierra anuncian su poder y su gloria. Tal es el lenguage artificioso y seductor que usan los deistas de nuestros dias. No pudiendo negarse al testimonio del mundo entero y á los sentimientos de su propia conciencia, convienen en que hay un Dios, y le publican por todas partes; pero esta confesion los hace aun mas culpables por las ideas extravagantes que de él se forman.

Cuando hablan de él dicen que es el Criador del universo; pero que siendo infinitamente superior á nosotros, es indigno de su magestad extender sus cuidados á las criaturas. Quisieran persuadirnos que ni se ofende por los delitos que los hombres cometen, ni se honra con las virtudes que practican; y para familiarizarse mas facilmente con el vicio, quitan de sus manos los rayos, y eximen á los hombres de todo culto ácia él.

¿Se creería que el entendimiento humano fuese capaz de semejante desconcierto? ¡Qué! Dios, cuya sabiduría se hace admirar en la construccion y conservacion del universo, ¿solo se desmentiría con respecto al hombre, que es la obra predilecta de sus manos? ¡Qué! Dios, sin cuidarse de nuestra conducta, ¿nos abandonaría á nosotros mismos y nos dejaría vivir á merced de nuestras pasiones? ¡Qué! ¿Sería posible que un Dios, que es la santidad por excelencia, mirase con la misma indiferencia al vicio que á la virtud? ¿Ha reflexionado el deista todas estas blasfemias antes de proferirlas? ó ¿pueden escucharlas los hombres sensatos sin indignarse? ¡Ah! Lejos de nuestros corazones unos sentimientos tan injuriosos á la Magestad divina, y que la razon no puede soportar. El hombre que discurre así, ¿conoce bien á dónde le lleva un sistema tan extravagante? ¿Es acaso por ostentar ingenio y darnos una idea mas noble del Ser supremo, por lo que nos dice que es demasiado grande y elevado para extender sus cuidados hasta nosotros? Si este es su designio, le desempeña muy mal; y lejos de ennoblecer á nuestros ojos al Criador, le degrada y envilece, y su lenguage no se dirige menos que á renovar todos los horrores del ateismo.

En efecto, decir que Dios desprecia á los hombres, que desdeña sus súplicas, que deja los delitos sin castigo y la virtud sin recompensa, ¿no es destruir su sabiduría, su justicia, su santidad, y su bondad? ¿No vale esto lo mismo que decir, que aprueba los asesinatos, los robos, los parricidios, las perfidias, los envenenamientos, y todos los mayores crímenes? ¿No es arrancar de los corazones todos los sentimientos de amor y de gratitud que se deben al Criador? ¡Qué horror! ¡Qué impiedad! ¡Qué blasfemia! ¿Y no sería mejor que no hubiese Dios, si habia de parecerse á la divinidad orgullosa y caprichuda de que nos hablan? ¿Son hombres los que tienen tan abominable lenguage? Sean como fueren, el cielo y la tierra se irritan contra ellos, y la razon va á confundirlos.

Confieso que Dios se basta á sí mismo; dichoso, sábio, todopoderoso, su gloria es independiente de las criaturas, y encuentra en sí mismo con que satisfacerse; mas criando al hombre y dándole la facultad de conocerle y de amarle, quiso atraerse sus respetos y asegurarse de sus homenages. La idea de su existencia, impresa en nuestras almas, ¿no es por sí misma una voz celestial, por medio de la cual nos llama á pensar en él y adorarle? Los sentimientos de compasion ácia los miserables, y de reconocimiento y gratitud ácia los bienhechores; los principios de equidad que forman parte de la ley natural, de los cuales no puede separarse el hombre mas bárbaro y salvage sin experimentar crueles remordimientos, ¿no son rasgos grabados por una mano omnipotente, que se anuncia como el protector de la virtud y el enemigo del vicio? Cuando los Príncipes y los Magistrados persi-

guen con tanto celo á los malhechores, ¿podremos pensar nosotros que el Soberano del universo mire con indiferencia el bien y el mal? ¿No es esto hacerle inferior al hombre, y destruir sus atributos divinos? El que ha establecido el órden entre los hombres, quiere sin duda que este órden se observe, y que todo se conforme con las leyes que él ha dado. Así como él ama sus perfecciones, ama su gloria, y amando su gloria debe exigir el respeto de sus criaturas; debe, pues, mirar con ojos de bondad á los que se esmeran en agradarle, é indignarse contra los que se separan de las reglas que ha establecido. No tener estas ideas de Dios, es envilecerle y anonadarle.

Vemos que los hombres, á pesar de su imperfeccion, aprecian la virtud, y tienen horror á ciertos vicios contrarios á la sociedad; ¿pues en qué grado de perfeccion no deben hallarse en el Criador estos sentimientos de equidad que se encuentran en criaturas imperfectas? ¡Qué! Porque el bien ó el mal que hacen los hombres no aumente ni disminuya nada su gloria, ¿se quiere inferir que todas nuestras acciones le son indiferentes? ¿Se pueden sacar consecuencias mas absurdas? ¿No es palpable que este modo de discurrir es el de la impiedad, que no toma lecciones sino del libertinage? ¿Qué le interesa á un magistrado el proceder de un criminal, que ni le ha ofendido ni le ha atacado personalmente? ¿Qué le importa que viva ó muera? Sin embargo le condena á muerte, porque asi lo exigen el buen órden y la justicia. Es verdad que todos los delitos juntos no hacen á Dios el menor mal, ni le quitan nada de su gloria; pero es justo, y por consecuencia no puede dispensarse de amar la justicia y de hacerla; es sábio, y por con-

siguiente debe castigar el crímen y recompensar la virtud. Confesamos que ninguna necesidad tiene de nuestro culto; pero como no podemos negarle el tributo de nuestros homenages, pone su gloria en nuestra sumision y en nuestra obediencia. ¿Qué hay en esto que no sea digno de su sabiduría? ¿Pudiera ocurrirle á alguno que Dios no nos hubiese dado la existencia sino como una causa ciega, sin consideracion alguna respecto de él y de nosotros? Puesto que hay un Dios, él es el mas perfecto de todos los séres, y negarle una perfeccion, es negarle enteramente: tales son, sin embargo, las consecuencias que resultan del desgraciado principio de los deistas, contra el cual no es posible dejar de indignarse.

No sucede con nuestro Dios lo que con las falsas divinidades que un insensato paganismo multiplicaba tanto como los vicios. El Ser supremo que adoramos reune en sí todas las perfecciones en el grado mas eminente; su sabiduría, su providencia se manifiestan de mil modos en el gobierno del universo; pero resplandece sobre todo con respecto al hombre. El imperio absoluto que le ha dado sobre todos los animales, y su cuidado en proveer á todas sus necesidades, prueban evidentemente que el mundo no ha sido hecho sino en favor suyo: si la razon no le descubre positivamente el fin á que su Criador le destina, le dice por lo menos que hay recompensas para los buenos y penas para los malos. En efecto, Dios es demasiado justo para que deje de hacer distincion entre las criaturas que han sido fieles á su ley, y las que la han desobedecido; y su infinita santidad asegura al virtuoso una suerte bien diferente de la que experimentará el hombre entregado al vicio. Es-

to es lo que la recta razon nos dicta, aun prescindiendo de lo que la fé nos enseña.

En vano pretende el deista quitarnos esta dulce esperanza por la comparacion que hace de Dios con un Rey que mira con desprecio ciertos objetos inferiores á él: bien lejos de dejarnos deslumbrar por su razonamiento capcioso, nos será fácil demostrar su falsedad, y dar á conocer á todo el mundo lo ridículo de esta objecion. Como un Rey, por elevado que esté sobre los demas hombres no es creador, no es de admirar que desprecie objetos inferiores á él, como son por ejemplo los insectos viles. Por otra parte, por grande que se suponga la autoridad y el ingenio en un monarca, siempre es limitado, y no puede extender su atencion á todo sin renunciar á otros cuidados mas esenciales; ni aun lo podria hacer sin perder su reposo y su vida. Por el contrario, á Dios nada se le oculta: como todas las cosas han salido de su mano, es natural que cuide de todas, y jamas se deja ver mejor su grandeza que en la atencion en velar sobre todas sus criaturas. Un solo acto de su voluntad basta para gobernar miles de mundos; y si fuese susceptible del mas mínimo obstáculo, dejaría de ser Dios.

Es necesario convenir en que el hombre de mayor ingenio y talento manifiesta bien su debilidad cuando una vez ha llegado á tener la desgracia de abandonarse á sus pasiones. Se han visto ateistas confesar en la apariencia que no podian dejar de creer la existencia de un Dios, al mismo tiempo que hacian lo posible para destruirla. ¿No es este el papel impío que representan los deistas de nuestros dias? Si quisieran responder con sinceridad, nos dirian que piensan muy diferentemente de lo que hablan,

y que no han inventado este infame y pernicioso sistema, sino para vivir mas tranquilamente en el seno de la iniquidad. ¿Qué sería de nosotros ¡gran Dios! si todos los hombres pensasen así? Desde que el ánimo se persuadiera de que nada hay que temer ni esperar despues de esta vida, ¿qué carrera para los vicios y qué obstáculo para la virtud? Ya no habria ni estímulo para el cumplimiento de los deberes, ni subordinacion en los estados; todos los vínculos de la sociedad se romperían; los padres y las madres no podrian contar con el amor y respeto de sus hijos; el homicidio y la perfidia no tendrian barrera alguna cuando se viesen á cubierto de los ojos del público. ¿Qué sería de la autoridad humana, una vez despreciada la divina? La mas augusta y respetable desaparecería bien pronto luego que hubiese algun interés en sacudir el yugo y se pudiera ejecutar impunemente.

Todos los deistas confiesan que hay un Dios soberanamente perfecto, y autor de todos los seres: pues si hay un Dios soberanamente perfecto y autor de todos los seres, se le debe por consecuencia amar de todo corazon, honrarle y servirle con todas las fuerzas del alma. Temer, amar y honrar á Dios es religion, es virtud: faltar á estos deberes tan esenciales es irreligion, es un crimen; y un crimen tanto mayor, cuanto el hombre que se hace culpable de él deshonra la naturaleza de su ser, y abusa evidentemente de las luces de su razon.

Estos principios son tan verdaderos, que han sido siempre admitidos aun de las naciones mas groseras y mas bárbaras; y así no tenemos necesidad de recurrir á la autoridad de los sabios que han sobresalido entre nosotros, cuando los

paganos nos proveen de suficientes armas para aterrar á estos hombres temerarios que combatimos. Se veían á la verdad en aquellos desgraciados tiempos reinar las mas monstruosas opiniones: el mundo idólatra no ofrecía á la vista mas que una tierra inundada de delitos; pero el extravío no llegó jamas hasta negar á Dios el supremo culto: por el contrario, este culto parecía una de las cosas mas justas, y se le miraba como un deber indispensable dictado por la naturaleza misma.

Xenofonte, hablando de la multitud de leyes que sirven de fundamento á los reynos y á la república, pone el culto de los Dioses en el primer lugar, y dice expresamente este filósofo: "Que esta ley está universalmente recibi»da (1)." El poeta Eurípides se explica así: "Es necesario guardarse mucho de no abandonar »jamas ni interrumpir el servicio de los Dioses;" y añade: "Que todo aquel que intentase pensar »de distinto modo que él sobre esta materia, está »destituido del buen sentido y de la razon; y »en una palabra, que es un insensato (2)."

En aquellos siglos tenebrosos del paganismo los dioses eran invocados por todas las naciones: se esperaban despues de la vida recompensas ó castigos: lejos de pensar que el alma perece con el cuerpo, la miraban como inmortal. Los hombres mas ilustrados de la Grecia, del Egipto y de Roma vivian en esta creencia; los filósofos, los poetas y los oradores, á excepcion de muy pocos, la publicaban como una verdad la mas

(1) Apud homines universos hoc primum lege præceptum est Deos colendos. XENOPHON. *Memorab.* lib. 4.
(2) Qui verò non ita sentit, is ad insaniam propè accedit. *Tom.* 2 *in Heraclid.*

constante. Las relaciones que hay entre el hombre y Dios, la naturaleza espiritual de su alma, las perfecciones del espíritu y del corazon que la distinguen de los animales, el deseo que tiene de la inmortalidad, la persuasion en que está de que su Criador le destina á un noble fin, los encaminaba á creer que despues de esta vida habia otra que debia durar para siempre.

La inmortalidad del alma es una verdad que está dentro de nosotros mismos, y de la cual nos instruye la razon; y así á cualquiera parte de la tierra que se vaya, se encontrará establecida esta doctrina, aunque sea entre los pueblos bárbaros. Es constante que hay hombres que no paran mucho en ella su consideracion; si les viene á la memoria el pensamiento de la inmortalidad del alma, se apaga bien pronto y se ahoga en una multitud de ideas que lisonjean las pasiones. Hay algunos que para asegurarse contra todo temor y sofocar el grito de la conciencia, quieren mas persuadirse que el alma muere con el cuerpo, que concebirla subsistente despues de la muerte cuando no podrán poseer los objetos que hacen al presente sus delicias.

El hombre reflexivo tiene sentimientos muy diferentes: cuando considera que su alma piensa, contempla y raciocina; cuando medita sobre las facultades de esta alma, que son el entendimiento y la voluntad, comprende que no participando en nada de la materia, que es incapaz de pensar, debe ser de una naturaleza enteramente espiritual; y que por consiguiente no muere con el cuerpo. En efecto, la muerte no consiste sino en la cesacion del movimiento, y en la desunion de las partes; y por esta cesacion total del movimiento de la sangre y de los espíritus que nosotros llamamos anima-

les, es por la que nuestro cuerpo muere: desorganizándose las partes que son el centro de la vida, el cuerpo se quebranta, se disuelve, y se reduce á polvo; no sucede lo mismo con el alma, que es un espíritu que nada tiene de materia.

Un espíritu es una sustancia simple, indivisible, que no tiene figura, ni extension, ni mezcla, ni composicion de partes; así como la muerte no es mas que una desunion de partes, el alma no puede perder una organizacion que no tiene. Ademas, el cuerpo y el alma son dos seres diferentes y enteramente distintos; y la existencia del uno no tiene dependencia alguna de la del otro. Es verdad que Dios ha establecido una union íntima entre el cuerpo y el alma; mas esta union no llega á la parte esencial de la naturaleza, sino que solo influye en sus acciones. Cada una de estas sustancias tiene cualidades y propiedades peculiares á su esencia; y como la existencia de un espíritu no está encerrada en la de un cuerpo, nuestra alma, despues de la destruccion de nuestro cuerpo, conserva la existencia que le es esencial. Ella vive por su propia vida, y aunque sea separada del cuerpo, viene á quedar mas libre para sus operaciones.

Todas estas razones, y otras muchas que se ven en los autores, han prevalecido en todos tiempos sobre los discursos de los impíos y de los libertinos. Sería necesario, en efecto, haber perdido el sentido comun para atenerse á lo que dicen unos hombres que no tienen pruebas que presentarnos á su favor, y que no hablan sino segun los deseos corrompidos de su corazon. El libro intitulado *El Libertinage combatido por los autores profanos* está lleno de muchos testimonios que dan los paganos sobre la inmortalidad

del alma, y de él hemos sacado los que ponemos aquí.

"Por mas que se investigue (dice Ciceron) »nunca se descubrirá que el alma haya tenido su »nacimiento en la tierra: porque, ¿cómo podría »eso verificarse cuando no tiene ni mezcla, ni »enlace, ni composicion; nada que sea engendra»do ó formado de la tierra, nada húmedo, nada »palpable, nada en una palabra que tenga la na»turaleza del fuego; lo que es tanto mas notorio, »cuanto que una sustancia corporal ó terrestre »no tiene ni memoria, ni imaginacion, ni pensa»miento para acordarse de lo pasado, para pre»caverse contra lo futuro, para ocurrir en fin á »lo presente, y para las demas operaciones que »no pueden convenir sino á una naturaleza pu»ramente espiritual, y que tiene alguna cosa de »comun con la divinidad, tal como es el alma? »No (repite aun Ciceron), en el alma no hay »mezcla, ni enlace, ni dos, ni tres. ¿Cómo, pues, »esta alma será capaz de division, de particion, »de separacion, de rompimiento? Y por consi»guiente, ¿cómo podrá morir y aniquilarse, »pues que la muerte no consiste sino en la des»union y en la disolucion de cierto número de »partes, que antes juntas no hacían mas que un »mismo cuerpo y un solo todo?" *Tuscul. lib.* 1.

El poeta Propercio confirma lo que pensaba el orador romano. "Huyan (dice) los que se »atreven á enseñar que las almas tienen la mis»ma suerte que los cuerpos, y que perecen como »ellos. No, las almas no perecen; porque, aunque »separadas de sus cuerpos, no dejan de subsis»tir siempre en su primera integridad, y de con»servar todo lo que pertenece á su esencia. »Mientras que los cuerpos se reducen á cenizas »en una pira, no creamos que acontece lo mis-

»mo á las almas; pues que por el contrario so»breviven, y no hacen mas que mudar de mo»rada. En una palabra, la muerte no destruye »al hombre entero." *Lib. 4 ad Cynth.*

Desearíamos poder referir los pasages que los paganos nos suministran en alabanza de la Divinidad. Ellos hablan de su providencia, de su justicia y de su misericordia; reconocen en Dios el vengador de los crímenes y el remunerador de la virtud. "Todo aquel (dice Platon »en sus *Georgias*) que sale de este mundo man»chado con la injusticia y la impiedad, va de»recho á los infiernos, para sufrir allí los cas»tigos que merece." "Los Dioses, dice Pausa»nias, tienen un singular placer en recompen»sar la virtud hasta darle entrada en el cielo; »al mismo tiempo que tienen una notable aver»sion al crímen."

Así es como por las luces de la naturaleza han reconocido los paganos muchos atributos esenciales al Criador, y como, reflexionando sobre sí mismos, han llegado á percibir la nobleza del origen del hombre y la grandeza de su ser. Pues si la razon en aquellos dias de error y de corrupcion fué capaz de sacar de su propio fondo bastantes luces para conocer el culto que se debe á Dios, la inmortalidad del alma, las penas y recompensas de la otra vida, ¿qué esplendor y claridad no debería tener hoy que estamos ilustrados con la luz de la revelacion? ¿No es vergonzoso que hombres que viven en el seno del Cristianismo, discurran peor que ha discurrido una multitud de paganos? ¿De qué sirven el ingenio y la ilustracion de que se hace vanagloria, si no se hace buen uso de ellos? Conjuramos, pues, á todos los que desconocen las obligaciones del hombre para con Dios, que

despojan á sus almas de la gloria de la inmortalidad, y que se degradan hasta colocarse en el número de las bestias; que impongan silencio á sus pasiones, y escuchen á la razon que se sublevará siempre contra lo absurdo de semejante sistema. A fuerza de obcecarnos podremos alejar de nosotros las ideas que nos refrenan; pero la justicia del Ser Supremo no permite que podamos persuadirnos de que los crímenes queden eternamente impunes.

En todos los siglos, y en estos últimos tiempos mas que nunca, ha habido sábios que han escrito obras sobre la inmortalidad del alma y sobre los atributos de Dios. En estas obras está completamente vengada su providencia de las blasfemias del impío: todos sus sofismas y vanas sutilezas están en ellas enteramente refutados. Como temeríamos debilitar en este compendio las poderosas razones de tantos autores, y como por otra parte para tratar todos estos asuntos con solidez se necesitarían muchos volúmenes, nos contraeremos solamente á probar que Dios ha hablado, y que él mismo ha establecido el culto que debemos tributarle. Si llegamos á demostrar que hay una revelacion, todos los sistemas humanos caen, y es necesario que el hombre calle y obedezca á la voz de su Criador. Por este medio esperamos tambien destruir otro sistema de los mas peligrosos, que por cierta destreza artificiosa se atrajo un gran número de secuaces. Estos hombres que comunmente se colocan en el número de los Deistas, y que para distinguirlos llamaremos aquí *Naturalistas*, convienen en que debemos adorar á Dios, temer su justicia, y esperar de su bondad; pero limitan todos los deberes del hombre al cumplimiento de la ley natural, y

sostienen que los judíos, los mahometanos, los idólatras y los cristianos rinden á Dios un culto que le es igualmente agradable.

Así es como para mantenerse en sus funestas propensiones se abrazan sistemas conformes á la naturaleza corrompida. No pretendemos extinguir ni debilitar la antorcha de la razon, pues que viene de Dios; pero decimos que ademas de este auxilio hay una revelacion que aumenta las luces naturales, y de la cual no podemos separarnos sin precipitarnos en las mas espantosas desgracias. Antes de probar la existencia de esta revelacion, vamos á probar que era propio de la bondad y de la sabiduría de Dios darla á los hombres; lo que esperamos demostrar en el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO IV.

*La razon nos dice que hay sobre la tierra una revelacion cuyo autor es Dios. Contra el deista que no reconoce mas que la ley natural.*

Es necesario convenir en que el naturalista no incurre en los mismos extravíos que el deista. Reconocer un Dios, adorarle y cumplir la ley natural en todas sus partes, es un gran paso para la salvacion; pero esto no basta. En el primer deista la luz de la razon está totalmente extinguida con respecto á la Religion; en este otro no está sino oscurecida. Las malas disposiciones del entendimiento y del corazon que se perciben en el uno, hacen su conversion muy dificil; mas hay esperanzas de atraer al otro, con tal que tenga un sincero deseo de descubrir la verdad.

En efecto, si el naturalista sostiene que todas las religiones son buenas, y que el cumplimiento de la ley natural basta para salvarse, es sin duda porque no considera que hay sobre la tierra una revelacion en la que Dios nos declara su voluntad; y así cuando hayamos demostrado la existencia de esta revelacion, debemos presumir de la docilidad de su entendimiento y de la rectitud de su corazon, que reconocerá la obligacion de conformarse con ella.

Desde luego le parecerá muy probable la existencia de esta revelacion, si quiere considerar dos cosas que esperamos demostrarle: 1.ª Que Dios exige de los hombres un culto digno de sí. 2.ª Que las luces naturales son muy débiles para descubrir en qué consiste este culto digno de Dios. Entremos en materia.

Digo 1.º que Dios exige de los hombres un culto digno de sí. El Ser supremo que nos gobierna no es un señor extravagante y caprichoso que se complace en recibir con la misma igualdad é indiferencia un culto opuesto y contradictorio, segun el antojo de cada hombre en particular: es necesario que los homenages que se le tributan correspondan á la grandeza de su santidad, y esten en armonía con sus divinas perfecciones. No consiste todo en adorarle y en formarse una religion que condene las enormes injusticias, las crueldades inhumanas, las brutalidades, los crímenes infames y groseros que la gente mas corrompida desaprueba; sino que es tambien necesario que esta religion agrade al Criador; que sea glorificado en ella; y que el respeto y la fidelidad de su criatura atraigan sus miradas y le muevan á recompensarla.

Dios, que tan eminentemente ha distinguido al hombre del resto de los animales, se ha propuesto sacar de él alguna gloria; aunque es infinitamente inferior á su Criador, puede honrarle y glorificarle de muchos modos. Primero: con su entendimiento, reconociéndole por Soberano Señor del universo, y autor de todos los bienes que ha recibido y que debe esperar de su mano. Segundo: con su voluntad, sometiéndose completamente á él, confesando su dependencia y la autoridad suprema que tiene sobre todas las criaturas. Tercero: con su corazon, amándole mas que á todas las cosas, temiendo ofenderle, y practicando con ahinco todo lo que cree poderle ser agradable. Este culto, pues, tan digno de Dios, no podria ser obra de la razon, como es fácil probar.

El hombre abandonado á sí mismo puede tal vez llegar al conocimiento del Criador; porque sabe en general que es necesario servirle, adorarle y amarle; mas no puede discernir sino muy imperfectamente en qué consiste este honor y este amor: ignora el medio de reconciliarse con él cuando le ha ofendido, y la extension de las obligaciones que le debe; y si no hubiese una revelacion particular, se formaría un culto que no llenaría todo lo que Dios exige de él.

Tráiganse aqui á la memoria los graves extravíos en que han caido en los tiempos primitivos los antiguos pueblos del paganismo. ¿No se les ha visto empapar sus manos en la sangre de los hombres, é inmolarlos en un bárbaro sacrificio? ¿No se les ha visto traspasar todos los límites del pudor, y entregarse á las mas espantosas abominaciones, con la esperanza de hacerse propicia una infame divinidad? A qué hor-

ribles excesos, á qué supersticiones no se abandonaron los Caldeos, los Egipcios, los Griegos y los Romanos? Estos pueblos, que pasaban por las naciones mas sábias y mas ilustradas, eran las mas insensatas en punto á Religion: las plantas y los mas viles animales ocupaban lugar entre sus divinidades. ¿Y se dirá que puede honrarse á Dios con un culto que destruye sus divinas perfecciones? ¿Se creerá que puede complacerse en mirar estos crueles sacrificios y estas sacrílegas ceremonias? ¿Podrá nadie persuadirse de que pueda recompensar á hombres que se entregan á acciones tan infames? ¡Y no sería esto hacerle cómplice de tamaños desórdenes! Convengamos, pues, en que siendo la luz de la razon demasiado débil para guiar al hombre, es propio de la sabiduría del Criador el venir á su auxilio para dirigir su entendimiento y su corazon, y enseñarle los sacrificios que él quiere.

Los Sócrates, los Platones y todos los filósofos, cuya sabiduría tanto se pondera, ¿no han caido en los mayores delirios en materia de Religion? ¿Qué de opiniones extravagantes, cuántas contradicciones en su modo de pensar y de explicarse sobre la divinidad? Si han hablado con exactitud acerca de ciertas perfecciones divinas, han blasfemado tratando de otras: si han desempeñado algunas obligaciones esenciales, han omitido otras muchas que la razon impone. La diversidad de pareceres que reinaba entre estos sábios del paganismo, todo lo hacía problemático. Hasta el mismo Sócrates comprendia la necesidad de un auxilio extraordinario. "A no »ser (decia) que Dios se digne de enviarnos á »alguno para instruirnos en su nombre, no es»pereis conseguir jamás el designio de refor»mar las costumbres de los hombres." *In Apo-*

*log. Socr.* El género humano por lo general está tan lleno de preocupaciones y de opiniones erróneas, tan esclavo de sus pasiones y tan sumergido en los vicios, que pocos son los que se hallan en estado de descubrir por las luces naturales las obligaciones que tienen respecto de Dios. Mr. Clarke prueba de un modo evidente que no solo los mas ilustrados filósofos de la antigüedad no han podido llegar al conocimiento de los deberes de la religion, mas que ni aun con toda su autoridad han podido conseguir hacerse escuchar sobre las verdades mas sensibles que dictaba la razon. Se vé al mismo tiempo por los pasages que él cita de los sábios del paganismo, que han confesado mas de una vez que tenian necesidad de un auxilio del cielo para asegurarse de la verdad y contener los desórdenes y las abominaciones que inundaban la tierra.

Se dirá que nosotros no nos hallamos ya en aquellos tiempos de extravío y de ignorancia; que la razon se ha perfeccionado, y que se piensa ya muy distintamente que entonces. Convenimos en que la razon ha adquirido nuevas luces y se ha perfeccionado; pero ¿á quién se debe esto sino á la revelacion? ¿No es ella la que ha disipado las densas tinieblas en que estaban sepultados los hombres, y la que ha dado ocasion á una infinidad de escritos que han hecho abrir los ojos? Mr. Clarke no teme asegurar, y con fundamento, que si los deistas de nuestros dias, que tanto alaban la razon humana, estuviesen privados de las luces de la revelacion que desechan, y la Providencia los hubiese hecho nacer entre el vulgo, se pueden apostar mil contra uno á que hubieran caido en todas las supersticiones é idolatrías del mundo pagano. Todos

los hombres están igualmente obligados á practicar los deberes de la Religion; pero no todos son igualmente capaces de ser filósofos: por mas que los de la antigüedad hablasen, si se les escuchaba, era para dejarlos bien pronto por seguir el torrente de los usos y de las costumbres, aunque fuesen opuestas á las luces naturales. En un mundo que no fuese ilustrado sino por los hombres, todo estaría siempre en disputa, y no se sabría á qué atenerse; y así tocaba á la sabiduría y bondad de Dios el prescribirnos nuestras obligaciones, y de que modo quiere ser servido y adorado.

Preséntanseme, por ejemplo, dos hombres, y despues de haber hablado de diferentes cosas, cae la conversacion sobre la Religion. Uno de ellos me dice que toda la suya consiste en reconocer un Ser Supremo, á quien él debe su existencia: que por lo que mira al culto ninguno le tributa, porque considera que Dios es demasiado sublime para atender á su criatura, y que como él nada tiene que temer ni que esperar, no trata mas que de aprovechar la vida y pasar sus dias en el placer. Escandalizado de semejante proposicion pido su parecer al otro; que igualmente indignado dice: Por mi parte estoy bien distante de pensar del mismo modo; me consideraría como un monstruo si dejase de adorar á mi Criador y de dirigirle mis súplicas: así lo hago con exactitud, y espero que, siguiendo la ley natural que Dios ha grabado en mi corazon, y viviendo como hombre de bien, tendrá piedad de mi flaqueza, y usará de misericordia conmigo. He aquí dos hombres de un modo de pensar bien diferente; pero como este último es el mas razonable, aprovecho lo que tiene de bueno para oponerlo al deista

que niega el culto á la divinidad. Se emprende la disputa: cada uno sostiene con empeño y acaloramiento su opinion; uno y otro exponen los motivos que tienen para justificar su conducta: ninguno cede; ambos pretenden tener razon: atento yo á esta disputa doy mi parecer: apruebo el modo de pensar del naturalista á presencia del deista; pero á éste le digo al mismo tiempo que tambien él va errado en otros puntos: que el cumplimiento de la ley natural no basta para salvarse: que hay una Religion, cuyo autor es Dios, y que condena todas las otras: que siguiendo sus desgraciados principios se pierde y se hunde en el mismo abismo que acaba de combatir. Todas mis razones son inútiles: el hombre condenado por el hombre no cede, y nos separamos sin habernos podido convenir: tan cierto es, que se necesita una autoridad mas que humana, y que el Todopoderoso haga oir su voz para fijar un culto y decidir las cuestiones que se suscitan entre los mortales; y á esto es á donde he querido conducir al naturalista para hacerle comprender la necesidad de una revelacion.

Que tienda su vista por todos los paises del mundo; que considere todas las religiones, encontrará una emanada del cielo, y muchas nacidas en la tierra. La que viene de Dios debe tener señales sensibles para distinguirse de las falsas. A fin de ahorrarle un examen, en el cual sus contínuas distracciones acaso le impedirian entrar, le suplico se tome el trabajo de fijar su consideracion sobre la Religion cristiana; y verá en ella los mas luminosos rasgos de divinidad que no se descubren en ninguna otra; y si quiere gobernarse como hombre de juicio, no podrá negarse á la solidez de las pruebas que presenta.

Bien sé que los secuaces de la ley natural

desconocen la divinidad de esta Religion, pretextando que no siendo revelada á todas las naciones, no puede venir de Dios. Esta dificultad, acompañada de un razonamiento especioso, los detiene; y esto es lo que nos obliga á hablar de ella desde el principio de esta obra.

Yo aseguro, pues, que esta dificultad es mas bien una ilusion que nos formamos, que una objecion sólida. En efecto, ¿por qué se ha de imaginar que aquellos pueblos que no conocen la revelacion estén enteramente abandonados? Lejos de pensarlo así, debemos por el contrario creer que el Señor les ha preparado en los tesoros de su bondad auxilios que, aunque desconocidos, no por eso son menos reales; y aun suponiendo que existiesen naciones que jamas hubiesen sido suficientemente ilustradas, como Dios es demasiado justo para exigir lo imposible, jamas les imputará la ignorancia de lo que no han podido conocer: la ley general está promulgada de tal manera que no exige la observancia del precepto cuando hay imposibilidad de observarle: á falta de la revelacion estos pueblos tienen la ley natural; si cuidan de observarla con fidelidad, esta misma fidelidad les atraerá nuevas gracias, con las cuales llegarán al conocimiento de la revelacion, necesario para la salvacion, y no se perderán jamás sino por culpa suya. Dios, que los ha de juzgar, sabrá muy bien defender su causa sin nuestro auxilio, y justificarse á los ojos de aquellos que tengan la desgracia de ser condenados.

¡Qué! ¿porque se vean pueblos sobre los cuales el Señor no derrame sus bendiciones con tanta abundancia como sobre nosotros, será ésta una razon para dudar de la veracidad de una Religion que él ha señalado con tantos caractéres

de divinidad? ¿No es dueño de sus gracias? No habrá quien se atreva á sostener lo contrario. Pues si es dueño de ellas, puede por consiguiente distribuirlas segun su agrado. Así como no está obligado á hacer á todas sus criaturas iguales, ni á darles á todas las mismas luces y las mismas riquezas, tampoco lo está á llamarlas á todas á un mismo grado de felicidad, ni proveer á todas de los mismos medios para trabajar en su dicha. Y confesando que es bueno para todos y que les proporciona auxilios suficientes, se sigue que puede revelarse á unos sin revelarse á otros. Sería una sinrazon desechar la Religion cristiana porque no se la vé universalmente recibida. Ha sido anunciada en todas las partes del mundo; ha reunido todos los pueblos en el conocimiento del verdadero Dios, y sin ella el universo estaría todavía sumergido en una espantosa idolatría. Si el Señor ha querido retirarla de algunos pueblos, ha tenido para ello sus razones, y éstas son siempre dignas de un profundo respeto. Su justicia, su providencia y la extension de sus recursos deben disipar nuestras inquietudes, y refrenar una imaginacion que siempre tira á seducirnos. La recta razon nos dice que es probable que hay una revelacion; la parte mas ilustrada del mundo nos atestigua que existe esta revelacion: no es ya una simple sospecha la que nos induce á congeturar que Dios ha hablado; las pruebas de esto son multiplicadas: millares de voces lo publican por todas partes. Hace mas de diez y ocho siglos que la Religion cristiana está anunciada como la obra de Dios. ¿Se puede á vista de esto permanecer en la indiferencia, y abrazar sistemas que no tienen ni apoyo, ni sustentáculo, y que los hombres reputa-

dos por mas doctos y por mas sábios condenan?

No pondere el naturalista la superioridad de sus luces aun cuando fuesen mayores de lo que son: es esencial á la recta razon estar atenta al designio que el autor de la razon tiene sobre nosotros, y ceder á las menores insinuaciones que nos hace de su voluntad. La divinidad de la Religion cristiana está manifestada de un modo demasiado patente para que nadie pueda hallar pretesto para desconocerla. Si es verdad que Dios ha hablado, como no se puede dudar, por mas moderado que fuera el naturalista en sus pasiones, caritativo ácia con los pobres, benéfico con todos, y en una palabra, lo que se llama *hombre de bien* segun el mundo, esto no basta: es necesario tambien que sujete su entendimiento y su corazon á todos los artículos que la revelacion le enseña, sin lo cual su condenacion es inevitable. Dios no le condenará por haber hecho el bien que su razon le dictaba, sino que le castigará muy severamente por el abuso que haya hecho de sus beneficios; le castigará por no haber querido ceder á las señales sensibles y luminosas que le daba para conocer que él ha hablado.

No entro á examinar aquí los motivos que han podido determinar á desechar una Religion tan santa y tan amable, y en la cual se ha nacido; pero hay sobrado motivo para creer que este desvío se ha verificado sin reflexion y en una edad en que no se estaba en disposicion de reflexionar. La incredulidad, que está hoy tan arraigada, ha tenido un principio, ¿no sería este obra de las pasiones? y si tal es el orígen de los incrédulos, á ellos toca meter la mano en su pecho, y examinar delante de Dios las razones que los han estimulado á sacudir el yugo del

Evangelio. Puede un hombre ser gran político, gran filósofo, gran literato, y sin embargo ignorar lo que toca á la Religion. Y aun acontece con frecuencia que los que han recibido del cielo mayores talentos, no los emplean sino en satisfacer su ambicion: y están de tal modo embebidos en los bienes y honores del mundo, que casi nunca piensan en Dios, ni consideran las grandes maravillas que ha obrado para darse á conocer. ¿Sería posible que hubiese alguno tomado su determinacion sin exámen? Esta sería la mayor de todas las temeridades; por eso nos ha parecido tan importante esta consideracion, y tan propia para hacer que un hombre de buen juicio vuelva sobre sí, que hemos creido deber extendernos sobre ella en el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO V.

*La incredulidad tiene su origen en las pasiones.*

Sería un consuelo para el incrédulo si con fundamento pudiera cerciorarse de que no ha tomado su resolucion sino despues de haberlo meditado con madurez, y de que solo la prudencia y el amor de la verdad le han desviado de la Religion cristiana; pero bien lejos de experimentar esta satisfaccion, se hallara todo lo contrario si se sube hasta el origen de su infidelidad. Es muy raro hallar hombres cuya incredulidad se haya afirmado en virtud de largas y discretas investigaciones. Se abraza el error, como se abraza el crimen: la inclinacion, y no la luz es la que conduce á él. El hombre es tan débil, que casi nada se necesita para seducir-

le. Una pasion, de la cual es esclavo, basta para obscurecer las luces de su entendimiento, y hacerle dudar de los principios mejor establecidos: esta debilidad en el hombre se percibe demasiado en materia de religion.

Un joven, por ejemplo, de distinguido nacimiento y de la mejor índole, recibe durante su juventud una educacion cristiana: maestros hábiles y celosos emplean todo su esmero en fomentar en su alma la piedad: la virtud que mostraba gustar y amar, hacía concebir las mas lisonjeras esperanzas: entra en el mundo con los mejores principios, que fructificarian sin duda, si encontrase en él amigos virtuosos; pero apenas se vé metido en las reuniones mundanas, empieza á oir un lenguage impío y las mas detestables máximas: si muestra en ello alguna inquietud, se le tranquiliza y se le procura persuadir que todo lo que le han dicho durante su infancia, no es mas que un juego inventado para mantenerle en la sumision. Este joven, que no ha profundizado en los sólidos fundamentos de la fé, recibe mortales golpes; se le arrastra en pos de las compañías peligrosas; se le provee de libros que le instruyen en el libertinage, y se le tiende toda suerte de lazos: un objeto seductor se apodera de su corazon, y le hace olvidar sus mas esenciales obligaciones. Cuanto vé contribuye á imbuirle en preocupaciones que mudan totalmente su primer modo de pensar. La pasion se fortifica, los malos ejemplos la autorizan; él ha comenzado por algunas dudas, y hoy se halla ya determinado á no creer nada, y de discípulo de la impiedad se ha convertido en maestro de ella. Ya se le oye preconizar los mismos principios que ha recibido; se le vé desacreditar la mas sólida piedad, tra-

tar de pequeñeces las prácticas mas santas; y llega hasta el extremo de hacer sacrílegas irrisiones de nuestros mas augustos misterios. Véase, pues, un jóven impío armado contra la religion, únicamente porque ella condena sus vicios.

A vista de tan grandes extravíos, ¿sería facil restablecer lo que se ha destruido? Si los hombres de buena fé y sin pasion tienen tanto trabajo en corregirse de sus preocupaciones, ¿qué dificultades no se experimentarán para disipar la de un jóven semejante? La incredulidad ha echado raices, y ha formado un muro de division insuperable. Tiene cadenas que romper, costumbres inveteradas que destruir, nubes que disipar, y un corazon corrompido que purificar. Es necesario que se separe del objeto encantador, y que haga un sacrificio de los mas difíciles; y asi es en vano hablar á este jóven, ni exhortarle á que entre en el camino de la verdad: ya no es la razon quien le conduce; la pasion le gobierna, los consejos mas sanos le son sospechosos y no le hacen impresion alguna. A lo menos si quisiera instruirse en lo que ignora y subir hasta el origen del cristianismo, acaso descubriría que Dios es su autor; mas no, él está en la creencia de que todo cuanto se le dijo de la religion en sus primeros años, no era mas que un juego, y se atiene á ello. La pasion le ciega, la vanidad le retiene, y para mas obcecarse, se erije en censor de la fé, y con tono magistral decide osadamente las cuestiones mas importantes. Dejo al juicio de cada uno lo que se debe pensar de un individuo de este temple, y si las sentencias que pronuncia contra las verdades eternas serán de gran peso.

Pregúntese á los incrédulos, que parece se

multiplican en nuestros dias mas que nunca, ¿por qué desechan una religion que tan edificativamente practicaron en su primera juventud? ¿Han reconocido acaso su falsedad por medio de un estudio profundo? ¿Han pesado en una balanza las razones en pro y en contra? ¿Ha sido la autoridad la que les ha decidido á pasar del cristianismo á la secta de los incrédulos? Si quieren traer á la memoria aquella época, verán que su mudanza fue obra de la pasion, y la mayor parte se reconocerán á sí mismos en la historia del jóven de que acabo de hablar.

No niego que entre los incrédulos hay algunos exentos de estas vergonzosas flaquezas que abisman al hombre en la mayor ceguedad: puede haber algunos cuyo corazon esté desprendido de los alhagos de las criaturas; mas, sea lo que fuere, siempre es el amor desordenado de sí mismos quien los incita á sacudir el yugo de la autoridad. Estos son unos hombres enemigos de toda dependencia, y que para vivir en plena libertad prefieren no tener Religion alguna, á abrazar una que los refrene en lo mas mínimo: son unos hombres perdidos en la vanidad de sus pensamientos, que no queriendo creer sino lo que comprenden, desechan los objetos impenetrables que la fé propone: son unos pretendidos espíritus fuertes, que para elevarse sobre las ideas populares, fabrican nuevos sistemas, y se forman una Religion segun sus caprichos: son, en fin, unos hombres que no reflexionan lo que les convendría saber, y que viven sin pensar en lo futuro. El espíritu de singularidad, un secreto orgullo, y mas que todo el apego á los placeres criminales, es lo que produce los incrédulos. No tratan todos ellos mas que de romper el freno saludable que la

sabiduría divina ha opuesto a las pasiones, y ninguno de ellos está íntimamente convencido de que el partido que ha adoptado es el mas discreto y el mas conforme á la recta razon; y si hay algunos de buena fé, esto no puede suceder sino por una ignorancia grosera, que no siendo invencible los hace inexcusables.

¿Es, pues, asi como se decide en la materia mas importante? Un hombre colocado por la mano de Dios en este vasto universo, ¿puede permanecer aquí sin pensar en lo que su Criador exige de él? ¡No debe instruirse en el origen de su propia grandeza, en saber de dónde viene, y á dónde irá á parar despues de esta vida?

Véase una religion universalmente recibida en casi toda la Europa; esparcida en las otras partes del mundo, que nos enseña nuestras obligaciones, y lo que debemos temer y esperar. Los hombres mas doctos, los mas sábios y los mas consumados en toda clase de conocimientos que se han dejado ver en el espacio de diez y ocho siglos han reconocido su divinidad; todos atestiguan que hay despues de esta vida una eternidad de ventura ó de desgracia: las preocupaciones, las pasiones no tienen parte alguna en esta decision: ¿puede ninguno permanecer en sosiego como si de nada se tratase? ¿No es una presuncion imaginarse que se tiene mas ingenio, y que se piensa mejor que tantas personas de ciencia profunda, que durante su vida y á la hora de la muerte persisten en decirnos que la Religion cristiana tiene á Dios por autor?

No se le propone al incrédulo que crea a ciegas, pues á todos se permite profundizar; mas si despues de un sério examen descubre la

verdad, ¿no debe resolverse á hacer todos los sacrificios que la Religion le pide? Cuando el infierno de que se habla no durase mas que cien años, cuando la autoridad que amenaza con él á los impíos no fuese tan poderosa como es, sería locura exponerse á caer en él por unos placeres que pasan tan ligeramente; pero sería aun mucho mayor alucinarse acerca de un mal que puede suceder en la hora que menos se piensa.

Digámoslo de paso, que lo que siempre ha maravillado y causado lágrimas á los hombres de bien, es aquella fatal seguridad en que viven los incrédulos. Todo depone contra ellos, todo les condena; ninguno está convencido de que no hay otra vida despues de la presente; sin embargo, nada les inquieta. Sin querer profundizar la cuestion, se entregan á cuanto les agrada, como si estuviesen seguros de que nada hay que temer; ¿no es esto una señal sensible de que la pasion es la que los endurece y la que los ciega? Se les vé ocuparse en las ciencias humanas, penetrar los secretos de la naturaleza, instruirse á fondo en las leyes, usos y costumbres de todos los pueblos; y descuidan enteramente la ciencia de la Religion: no comprenden que sin esta ciencia todos los demas conocimientos son inútiles, que esto es lo primero que se debe saber, y lo unico que interesa al hombre.

No procuramos inspirar saludables temores á tantos mundanos incrédulos con ánimo de turbar su reposo; su felicidad es el objeto de nuestros deseos: pero como el error produce siempre esta peligrosa seguridad, es bueno prevenirles contra ella, y trabajar con solidas reflexiones para sacarlos del funesto adormecimien-

to en que los vemos. Si el incrédulo fuera juicioso, en lugar de leer aquellos libros impíos en los cuales una imaginacion libertina ha hecho particular estudio para favorecer las pasiones, se dedicaría á leyendas sólidas, dictadas por el espíritu de verdad, y emplearía su tiempo en aclarar sus dudas con hombres mas sábios y mas virtuosos.

Entre las razones que tenemos para creer, unas se fundan sobre principios evidentemente verdaderos, y hay otras á que la prudencia misma nos dicta que nos sometamos, y que determinan á cualquier hombre de juicio. En esta obra se hallarán razones con que desengañarse: pero si el incrédulo quiere sacar fruto de nuestro trabajo, no podemos recomendarle demasiado que al leer esta obra en que se propone su conversion, se dirija con frecuencia al Señor para que ilumine su entendimiento, y para que la verdad que irá descubriendo penetre hasta el fondo de su corazon.

Antes de entrar en las pruebas conviene aun tratar otro punto, sobre el cual sería de desear que se hiciese mas reflexion. Se ven todos los dias hombres que se sublevan contra los misterios de la Religion. Un fondo de orgullo inseparable de la naturaleza humana, persuade á estos individuos pagados de sus conocimientos, que se degradarían si se sometiesen á lo que ellos no comprenden. Se imaginan que apartándose de la simplicidad de la fè se gobiernan por la razon, al mismo tiempo que enteramente se apartan de ella; como se verá en el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO VI.

*La obscuridad de los misterios no debe apartar á nadie de la Religion cristiana.*

No se puede negar que la Religion cristiana tiene grandes bellezas; sus leyes son admirables, su moral santa, su doctrina sublime; pero encierra misterios tan incomprensibles, que caería uno en la tentacion de dudarlos si no estuviese instruido de los motivos que nos conducen á creerlos. De aqui ha provenido la desgracia de una multitud de incrédulos que se han abismado en una eterna perdicion por haber querido con sacrílego atentado arrancar el velo que cubre nuestros mas sagrados misterios. Es, pues, importante profundizar una materia tan esencial.

Se convendrá en que no se debe desechar una Religion bajo el solo pretexto de que propone artículos que la razon no puede alcanzar; por el contrario, cuando ya se sabe que viene de Dios, se debe esperar hallar en ella algo de divino; y la prudencia dicta que antes de dar su parecer, se examinen con atencion séria y escrupulosa los fundamentos en que se apoya. Un solo Dios en tres personas, la encarnacion del Verbo, el pecado original, la eternidad de las penas, la distribucion de las gracias, son, yo lo confieso, misterios de una profundidad impenetrable, y otros tantos secretos reservados por la Divinidad, que ningun mortal puede descubrir; por eso no hay otro partido que tomar que el de creerlos sin discurrir.

Aqui es donde el incrédulo se rebela y sostiene que habiéndole dado Dios la razon

para gobernarse, tiene derecho para desechar todo lo que no puede comprender. Así habla un temerario que pretende someter la Religion á su filosofía, y penetrar los consejos del Eterno. Desde luego comienzo conviniendo con él en que estando dotado de razon, no debe creer lo que no comprende, á no ser que para ello tenga razones claras y poderosas; mas si una vez se las manifiesto sólidas, como por ejemplo, si le demuestro que Dios ha hablado, si le hago ver una multitud de prodigios y milagros que ha obrado para patentizar la Religion cristiana, que han sido profundamente examinados segun las reglas de la mas severa crítica, ¿no le dirá la razon que se someta bajo el principio incontestable de que siendo Dios la misma verdad, ni puede engañar á los hombres ni engañarse á sí mismo? Pues yo le ofrezco un gran número de maravillas las mas auténticas, que prueban evidentemente que Dios es el autor de la Religion cristiana. Si el incrédulo quiere atacarla como hombre de razon, es necesario que trate de destruir las pruebas de la revelacion, y no combatir lo que ha sido revelado; querer disputar sobre lo que Dios ha hablado, sería una insensatez. El punto sustancial consiste, pues, en saber si ha hablado. Es muy justo entrar en esta discusion, y asegurarse del hecho antes de creer; pero cuando haya certidumbre de esto, ya no hay lugar á disputas. Una vez reconocida la verdad de la revelacion, todas las dificultades se desvanecen. El pecado original, el corto número de los escogidos, la eternidad de las penas, la distribucion de las gracias serán siempre, por cierto, misterios envueltos en la misma obscuridad; sin embargo, por la certidumbre que yo tengo de la revelacion, la fé

viene en mi auxilio, y creo sin vacilar aquello mismo que no concibo.

Así es como se manejaron siempre los hombres mas grandes, y como se manejan hoy dia los doctores mas ilustrados. Instruidos perfectamente en todo lo que se puede saber acerca de los Misterios, y encontrándolos siempre incomprensibles, ¿se ocupan en quererlos penetrar? No; se contentan con adorarlos, y los reciben con respeto, porque tienen pruebas convincentes de que la Religion cristiana que nos los presenta viene de Dios, á quien se debe la sumision mas perfecta: ellos no ven lo que creen, pero ven claramente que es necesario creer; y la conducta que observan está llena de juicio y discrecion.

¿Es extraño que un niño, cuya razon aun no está desenvuelta ni puede comprender, mire como imposible lo que parece evidentemente verdadero á hombres cuya razon está ya formada? ¿La debilidad de este niño hace que las cosas sean menos positivas? Sin duda que no. Pues ciertamente es mucho mayor la distancia que hay entre la extension de nuestra razon y la extension inmensa del entendimiento y del poder de Dios, que la que hay entre la razon de un niño y la del hombre mas sábio: si Dios nos mandase comprender los Misterios, habria razon para resistirse; pero es demasiado justo para exigir esto de nosotros. Si nos manda creer lo que no comprendemos, es para probar nuestra sumision, y aumentar nuestros méritos por medio del sacrificio que le hacemos de nuestro entendimiento y de nuestro corazon. Dejémonos, pues, de vanas sutilezas, y apliquémonos de buena fé á descubrir la verdad.

El gran punto de la cuestion que casi todos

los incrédulos descuidan de profundizar, es el saber si Dios ha hablado; esto es á lo que es preciso contraerse. Si Dios es el autor de la Religion cristiana, aun cuando ella nos propusiera artículos mil veces mas difíciles de creer, un hombre de juicio los admitiría siempre: la razon es bien débil cuando no llega á conocer que hay cosas que exceden su capacidad. Los deistas confiesan que hay un Dios, ¿pero acaso comprenden ellos su naturaleza, su esencia y sus perfecciones? Los extravíos en que vienen á parar dan bien á conocer cuánto deben desconfiar de sí mismos. ¿Comprenden ellos la union del cuerpo con el alma y sus operaciones? ¿Comprenden la divisibilidad de la materia hasta lo infinito, el flujo y reflujo del mar? Los filósofos disputan sobre esto; cada uno tiene su sistema, y cree preponderar siguiendo opiniones contrarias á los otros: los que hablan con mas exactitud son los que confiesan que nada se sabe de cierto sobre estas materias. Pues si Dios ha puesto límites en el órden de la naturaleza, que no acertamos á penetrar, á pesar de todos nuestros esfuerzos, ¿será extraño que las haya en un órden superior que está fuera del alcance de nuestra inteligencia? Yo quisiera que antes de intentar comprender lo que no se vé, se comenzase por conocer y comprender lo que se vé; por lo demas, los que dicen que los Misterios son contra la razon, se engañan manifiestamente. Hay mucha diferencia entre ser contra la razon y ser superior á ella. Leibnitz y Jaquelot, que no cedian en nada á Baile, le han contestado sobre este artículo y de un modo capaz de satisfacer á todo el que tiene uso de razon: nuestros Misterios son oscuros, pero no son absurdos. Para saber si las ideas se

contradicen, sería necesario tener un perfecto conocimiento de todo lo que ellas encierran, y estar bien seguro de que se conocen. ¿Y cuál es, pues, el hombre que sin un orgullo desmedido se atreva á vanagloriarse de conocer todos los respectos de los Misterios, y de haber medido todas sus profundidades?

Lo que decimos aqui no es mas que para evitar todas las malas predisposiciones, y empeñar á los incrédulos á suspender su juicio durante el examen que nos proponemos. En adelante tendremos ocasion de hablar aun sobre estas misteriosas oscuridades, que lejos de apartarnos de la Religion, por el contrario nos deben inclinar mas ácia ella. Si Dios ha puesto límites impenetrables en su revelacion, nos ha indemnizado de ello por el resplandor de que la ha rodeado. Todo hombre de buena fé y de corazon recto que examine los poderosos motivos que nos inducen á creer, verá que si los misterios son superiores á la razon, nuestro culto y nuestra fé son muy conformes á ella. Esta Religion santa tiene promesas y amenazas: promete una felicidad eterna en el seno de Dios á los hombres que la practiquen con fidelidad, y al mismo tiempo anuncia una infelicidad eterna en los fuegos inflamados por su cólera á los que la desechan, ó á los que, habiéndola abrazado, no cumplen lo que ella enseña. Semejante alternativa merece la atencion de los grandes y de los pequeños. Se trata ahora de saber si Dios ha hablado, y si las pruebas que se dan de ello son bien fundadas.

## CAPÍTULO VII.

*Pruebas que se emplean en el discurso de esta obra para demostrar la divinidad de la Religion cristiana.*

Profecías señaladas con caractéres de divinidad; milagros brillantes que han admirado al mundo; el universo cambiado por la predicacion del Evangelio; una multitud innumerable de Mártires que han derramado su sangre por sostenerla; un pueblo el mas antiguo de todos, y por el cual dá principio el mundo, vilipendiado á nuestra vista y diseminado por toda la tierra conforme á lo que está vaticinado en las escrituras de que el mismo pueblo es depositario; muchos acontecimientos maravillosos los mas auténticos, son las pruebas de que nos serviremos para demostrar que la Religion cristiana tiene á Dios por autor. No son estas suposiciones arbitrarias ni conjeturas inciertas; son hechos palpables y sensibles, sobre los cuales no hay temor de equivocarse. No todos pueden ser matemáticos, geometras ni filósofos; estas ciencias piden un talento aplicado y perspicaz que no todos los hombres tienen; no sucede lo mismo con la ciencia de los sucesos. Para saber si tal acontecimiento es verdadero ó falso, no se necesita formar cálculos ni hacer cómputos; no hay que temer ni las sutilezas ni los sofismas; hechos palpables y sensibles se perciben sin mucho discurso ni aplicacion: si los hechos son presentes se asegura uno por sí mismo; si son remotos la tradicion los aproxima, y les dá la misma fuerza que si se vieran. Conociéndose á sí mismo, se conoce á los hombres que son

han precedido: hay reglas establecidas en la sociedad de las que jamas uno se aparta.

Confieso, no obstante, que podemos estar engañados sobre ciertos hechos, y la experiencia diaria nos lo enseña: el interés, la pasion y la lisonja han dado realidad á algunos que no tenian ningun fundamento; y asi lejos de censurar las averiguaciones, es por el contrario muy prudente el examinar si al acontecimiento de que se habla le acompañan todos los caractéres de la verdad; y desde que se halla contradicho por una autoridad respetable, nada nos obliga á creerle: mas cuando se ven hechos públicos, y los mas luminosos, favorables á los unos y contrarios á los otros, referidos por los amigos y por los enemigos, y revestidos de todos los testimonios que se pueden desear; cuando estos hechos están atestiguados por personas de peso y autoridad, entonces es cuando se les debe dar tanta fé como si uno los hubiera visto por sí mismo. Lo que ha sido verdadero en su origen, lo es siempre. Solo por las reglas del buen sentido y de la crítica se juzga de la verdad ó falsedad de un hecho. Si se contase por nada el testimonio de los hombres que nos han precedido, todo se trastornaría: el desórden, la confusion reinarían en todas las familias; no se conocería á los antepasados ni los bienes que han dejado; el heredero sería desconocido en las succesiones distantes: no teniendo ya los magistrados medio alguno para discernir la verdad, no darían sino sentencias aventuradas: los hechos gloriosos en servicio de nuestros Reyes, los rasgos de valor de nuestros generales que leemos con admiracion en nuestras historias, se mirarían como otras tantas ficciones. Es necesario absolutamente atenerse á los

testimonios de los hombres, y cuando no hay razones poderosas para sospechar de su buena fé, no se puede desconocer esta autoridad sin caer en una especie de estupidez y extravagancia que deshonra á la humanidad. Una vez establecido este principio, ¿qué juicio se debe hacer de aquellos hombres que por su ridículo modo de pensar parece que dudan de las cosas mas auténticas? Cuando se les cita un hecho que prueba evidentemente la Religion cristiana, no responden sino con risa y burlas; y poniéndolo todo en duda desprecian la autoridad de los autores, como si estuviesen seguros de que éstos han querido engañarnos.

Lo que hay de singular es que el pirrónico incrédulo no admite este principio sino en materias de Religion; pues en tratándose de intereses temporales piensa de muy distinto modo: entonces se ven desaparecer las quisquillas y los fútiles argumentos de que hace uso para impugnar la fé. Si llega cualquiera á disputarle algunos derechos que le tocan de cerca, monta en colera, va á buscar sus títulos, y cita los testimonios de los autores: todo lo que ha pasado favorable para él en los siglos mas remotos, le parece incontestable; apoya sus privilegios con hechos, y prorumpe en invectivas contra el injusto usurpador. ¿Qué sucedería si el negocio que le interesa cayera en manos de un juez pirrónico, el cual, para ir consiguiente con su modo de pensar, pronunciase sentencia contra él, fundado en el principio de que nada hay cierto en esta vida, y que tiene un derecho para desconfiar de todos los documentos que se le presentan? ¿En qué arrebato de furor no caería? Se le oiría gritar por todas partes contra la injusticia, y si pudiese movería toda la tier-

ra para vengarse del Magistrado que hubiera fallado una sentencia tan inicua. ¿Por qué, pues, no estar acorde consigo mismo, y usar de mala fé cuando se nos manifiesta lo que nos desagrada?

Las pruebas de la Religion consisten en hechos los mas constantes: un número infinito de hombres nada sospechosos fueron testigos de ellos; estos hechos son públicos é interesantes, y han dado ocasion á otros acontecimientos brillantes que subsisten desde su origen; están atestiguados por autores judíos, paganos y cristianos, y por todos aquellos que tenian el mayor interés en sepultarlos en el olvido. ¿Se puede pedir mayor certidumbre?

Sobre semejantes testimonios estableceremos las pruebas de la Religion cristiana. Si el incrédulo desecha como falsas estas autoridades, convenimos en ello; pero que olvide tambien cuanto ha leido, que queme todos sus títulos de nobleza y que no hable mas de ella; que diga que todos los sábios y todos los autores eran ignorantes y sin instruccion, y que no han escrito sino para engañarnos; en una palabra, que dude de todo, y hasta de su misma existencia. Si toma este partido, le abandonamos á su insensato pirronismo como un hombre pernicioso á la sociedad, con quien no pueden tratar los demas hombres. No escribimos para esta clase de sugetos, porque entonces nuestras tareas serían inútiles, y el fruto de nuestro trabajo perdido.

Hablamos á hombres que hacen uso de su razon y que se gobiernan por principios. A estos es á quienes proponemos examinar las pruebas de la verdad de la Religion. Leyendo los autores sagrados y profanos y confrontando unos con otros se descubre su solidez; meditando intensamente las maravillas que se dice haber

obrado el cielo, se asegura de su verdad, y ésta se manifiesta mas comparando las objeciones con las respuestas, considerando cómo se ha pensado en los primeros tiempos, y cómo se piensa hoy mismo, examinando la conducta que en todos los siglos han observado los hombres mas célebres, virtuosos é ilustrados. Despues de un serio examen y de una exacta discusion, todo habla á favor del cristiano, y se reconoce visiblemente que la Religion que él profesa es emanada de Dios. Por lo demas, este trabajo que podría desalentar, está hecho por hombres grandes que no tenian otros intereses que los de descubrir la verdad. ¡Dichosos nosotros si sabemos aprovecharnos de sus luces y corresponder á los designios del Señor.

Antes de comenzar la segunda parte, tenemos que pedir al incrédulo algunos favores: si somos tan felices que nos los otorgue, nos atrevemos á asegurar que redundarán en su provecho. El primero es que lea este libro con buenas disposiciones; es decir, sin apego á sus errores, y con un sincero deseo de hallar la verdad que se le intenta mostrar: el segundo que no se contente con echar algunas miradas distraidas y de paso sobre esta obra, saltando de un pasage á otro, sino leerla desde el principio hasta el fin, lo que puede hacer fácilmente en pocos dias. Hay un encadenamiento de principios y de acontecimientos tan ligados unos con otros, que perderían su fuerza si no se examinasen seguidos: tambien será bueno ir notando aquello que haga impresion para recordarlo y meditarlo. Tal vez habrá alguno que no quede convencido á la primera lectura, y lo quede á la segunda. Desearíamos tambien que se suspendiesen los negocios que sin perjuicio se pueden suspender, y que se evitasen las ocasiones

de distraccion para poner mas conato en la lectura. Nada está de mas cuando se trata de examinar un negocio tan importante.

En los remedios que se dan para curar las enfermedades del cuerpo, si no se observa el régimen prescripto por un médico hábil, un específico, por soberano que sea, deja al enfermo con sus males, y comunmente los aumenta Lo mismo sucede en las enfermedades que atacan al alma: hay temperamentos y precauciones que tomar, y los remedios no son saludables sino á los que siguen los consejos que la caridad les ofrece.

No pedimos aqui sino lo que se hace todos los dias por cosas mucho menos importantes. Si se dá al público un libro de historia ó de memorias interesantes, se corre á él con ansia y se leen muchos volúmenes por satisfacer la curiosidad. Si sobreviene una herencia ó si se ofrece una causa ruidosa, se suspenden las diversiones y todos los negocios; se encierra para examinar sus títulos con la esperanza de sacar fruto de su trabajo. De cuanto ha acontecido en el mundo nada hay mas importante de saber que lo que toca á la Religion: esta es una cuestion que se promueve entre todas las naciones, y es infinito lo que van á ganar los que se empeñan en profundizarla. Cuando se trata de una suerte eternamente feliz ó desdichada, es necesario haber perdido la razon para mantenerse indiferente en materia de tanta consecuencia, y el descuido en instruirse es un crimen sin excusa. Las discusiones en que vamos á entrar darán ocasion de citar muchos pasages curiosos de historia, que no se podrian saber sino leyendo el gran número de libros de donde los hemos extractado: de forma que esta lectura será al mismo tiempo útil y agradable.

# SEGUNDA PARTE.

## CAPÍTULO VIII.

*La revelacion divina fue hecha al pueblo judío por conducto de Moisés.*

Hemos dado principio á esta obra estableciendo principios y refutando algunos sistemas de los mas perniciosos. Se ha visto cuán fuera de razon era el predisponerse contra la Religion cristiana bajo pretexto de que presenta misterios impenetrables. Se ha debido comprender que la incredulidad, que no tiene su origen sino en las pasiones y en el libertinage del entendimiento, está apoyada sobre fundamentos bien ruinosos. Los extravíos en que dan los hombres en materia de Religion, han hecho conocer que era propio de la sabiduría y de la bondad del Señor enseñar por sí mismo el culto que desea. Ahora vamos á hablar de la Revelacion. Hemos dicho que existe: para descubrirla subamos hasta los sucesos mas lejanos, y la historia del mundo nos dará á conocer el pueblo á quien ha sido confiada.

Consultando los autores de la antigüedad, y considerando lo que ha pasado en los siglos mas remotos, veo á la idolatría reinar por todas partes: el mayor número de los hombres sepultados en la ignorancia se entregan á las mas grandes

abominaciones, y no ofrecen á mi vista sino objetos de escándalo: los unos adoran al sol; los otros erigen altares á divinidades infames; éstos deifican á los hombres despues de su muerte; aquellos llevan la extravagancia hasta doblar la rodilla delante del metal mas despreciable; aqui los pueblos y las ciudades se hacen la guerra porque los habitantes de un lugar comen los cocodrilos que los otros adoran como á su dios; allí se inmolan á Saturno los niños en un bárbaro sacrificio, sin que las madres se atrevan á manifestar la menor compasion: la sangre humana se mezcla con la de los animales y corre por todas partes en honor de Júpiter; el desorden y la execracion reinan en donde quiera; no se oyen por ningun punto mas que fábulas, ni se publican sino absurdos los mas groseros; la idolatría es casi general; las supersticiones han llegado hasta Roma; y aquella ciudad, señora del mundo, que por la fuerza de sus armas hace temblar á todos los pueblos, tiembla ella misma á presencia de los dioses de barro á quienes inciensa. Aqui se aflige mi espíritu y mi razon se confunde, porque conozco mas que nunca que cuando el hombre se abandona á sí mismo, es capaz de los mayores extravíos. Sin embargo, en medio de esta multitud de hombres, que parecen haber perdido la razon, descubro en un rincon del mundo un pueblo diferente de los demas por su política y por la singularidad de sus leyes, que muy lejos de entregarse á semejantes excesos, los condena.

Mientras que las otras naciones adoran al sol, á la luna, á los brutos, y á las obras de sus manos, solo él adora al Dios de todos los dioses, al Criador del cielo y de la tierra. A

este Dios supremo es á quien este pueblo atribuye su existencia y todos los bienes que recibe. La Religion que profesa es pura y racional en sus dogmas y en su culto, el cual acompaña con ceremonias magestuosas, que nada tienen de aquellas ridiculeces que se notan en el exterior de las demas religiones. Este pueblo, el mas antiguo de todos, sube hasta el origen del mundo: su antigüedad me lo hace respetable; pero su constancia y su adhesion á su ley tiene cierta cosa de singular que llama mi atencion. Ni el ejemplo de las naciones idólatras, ni las persecuciones que ha sufrido, ni las prolongadas esclavitudes á que estuvo reducido le pudieron hacer mudar ni debilitar su respeto ácia el verdadero Dios, del cual tiene las ideas mas elevadas. Examino de dónde trae este pueblo su Religion, y la historia me enseña que de un libro, que conserva diligentemente hace mas de cuatro mil años, en donde se contienen los escritos de Moisés y de muchos profetas, á los cuales atribuye caractéres divinos. Dejo todas las leyendas para ocuparme en esta, que me parece la mas interesante. Al abrir este libro descubro en él el origen de todas las cosas, y como á la sola voz del Omnipotente han salido repentinamente de la nada todas las criaturas que pueblan el Universo: veo en él al primer hombre formado por la mano de Dios y colocado en un paraiso terrenal; en él aprendo la historia de sus desgracias. Entre muchos acontecimientos maravillosos que se refieren en el, se representa á Moisés como un hombre extraordinario á quien el Eterno ha confiado sus secretos: se presenta al Rey Faraon, y le precisa por medio de diferentes milagros á dar libertad al pueblo judío que tenia en cautividad: mar-

cha á la cabeza de la nacion que acaba de libertar: le abre un camino al través de las aguas, y va á un desierto á ofrecer sacrificios al Señor. Allí es en donde obra las mayores maravillas, y en donde se le vé sobre una montaña conversar con el Omnipotente que le dá la revelacion públicamente y del modo mas magnífico.

Este libro, que contiene las órdenes de Dios, está lleno de una multitud innumerable de milagros, y hallo en él leyes llenas de sabiduría que exceden á todo cuanto la filosofía se habia esforzado inútilmente en descubrir. Todo es en él grande, todo sublime; pero lo que mas me sorprende son las profecías que anuncian un Mesías que debe venir al mundo para salvar á los hombres; predicen las circunstancias que deben acompañar su nacimiento, su vida y su muerte: examinando los rasgos por los cuales se designa al Libertador prometido, observo en ellos una perfecta semejanza con Jesucristo: confronto estas predicciones con su historia, que me presenta el nuevo Testamento, y veo distintamente que reune en su persona todos los caractéres del Mesias anunciado por los Profetas. Sus trabajos, su ministerio, los acontecimientos que han seguido á su muerte, son los mas bien circunstanciados: el enlace que se encuentra entre los Evangelios y estas antiguas escrituras es tan perfecto, y la conexion tan exacta, que parece que han salido de la misma pluma: lo que se predice en los unos se ve cumplido en los otros: buscándola autoridad de estos escritos proféticos, descubro que estan apoyados en testimonios extraños que ponen el sello á su autenticidad. Se me muestran diferentes autores de la antigüedad que atestiguan haber si-

do escritos muchos siglos antes de Jesucristo; se me prueba evidentemente que esta revelacion se ha conservado en monumentos inviolables, que ha sido absolutamente imposible que se supusiera, ó que se mudára esencialmente. Despues de una exacta discusion se esparce en mi entendimiento una luz por todos los hechos maravillosos contenidos en el libro que excita mi admiracion. Comprendo que Dios es el autor de la Religion judáica, y no puedo negar mis homenages á la Religion cristiana que veo evidentemente pronosticada antes de su nacimiento. Es verdad que el pueblo depositario de estas antiguas escrituras, es muy diferente de lo que fue en otro tiempo. Disperso en todos los ángulos de la tierra, se halla sin templo, sin profetas, sin sacerdote, y hecho el objeto del desprecio de todas las naciones: mas las desgracias que experimenta, lejos de debilitar mi cofianza en el libro divino, no hacen, por el contrario, mas que aumentarla. Todo lo que le sucede está predicho palabra por palabra. Los Profetas, que anuncian su reprobacion, enseñan al mismo tiempo que le sustituirá otro nuevo pueblo elegido por Dios, y que participará de sus mayores favores.

Hé aqui ya un gran descubrimiento á que nos conduce la historia de los judíos: sigámosla exactamente, y supuesto que el antiguo Testamento ha pasado á manos de los cristianos, que sostienen hallar en él los fundamentos de su esperanza, antes de exponer las profecías que anuncian la Religion cristiana, comencemos á examinar los escritos de Moisés, y si es verdad que ha recibido la Revelacion. El asunto es demasiado interesante para atenernos á los discursos de los impíos: instruyámonos como

hombres sábios que no tienen mas deseo que el de hallar la verdad.

## CAPÍTULO IX.

*Moisés es el Legislador de los judíos, y su cronología está conforme con la historia universal del mundo.*

Es muy comun en los incrédulos formarse un caos de la antigüedad, y publicar por todas partes que su obscuridad es impenetrable.

No se puede, á la verdad, sentir demasiado la pérdida de ciertas obras que han desaparecido por injuria de los tiempos, de las cuales se sacarían grandes ventajas: no obstante nos quedan suficientes para probar nuestra Religion, y nada tenemos que desear sobre el punto de que se trata.

Jaquelot, hombre de gran sabiduría y de vasta erudicion, entra en pormenores inmensos sobre Moisés y sobre sus libros. Este sábio rival de Baile, que habia hecho un particular estudio en las obras de los filosofos, historiadores, poetas y oradores antiguos, nos suministra las mayores luces en esta materia. Es cierto que en los pasages que cita de estos autores, el santo Profeta no es tratado favorablemente; como la Religion judaica condenaba todas las demas, los paganos no hablaban de los judíos sino con desprecio. De aqui provinieron tantas fábulas é irrisiones sacrílegas como han hecho acerca de Moisés, y que los libertinos de nuestros dias tienen gran cuidado de ensalzar. Strabon (lib. 16) sostiene que Moisés era un sacerdote mágico que condenaba á los que represen-

taban á la Divinidad bajo la imagen de los brutos; y añade que él atribuía sus leyes á las divinidades, y que consultaba sus oráculos como los demas legisladores.

Plinio (lib. 30 sec. 2.ª) usa casi del mismo lenguage, y dice que habia una secta de mágia inventada por Moisés. Diodoro de Sicilia, que vivia en tiempo de los emperadores Augusto y Tiberio, hablando de los Legisladores advierte (en el lib. 1.º) que todos pusieron empeño en afirmar que habian recibido sus leyes de algunas divinidades. "Entre los arimaspos (dice) se »alababa á Zatraustes como un buen ingenio. »Entre los getas Zamolxis hablaba de Vesta; y »entre los judíos Moisés fingió haber recibido »sus leyes del Dios Jaho (Jehová quiere decir): »ya sea que ellos hubiesen considerado esta ficcion como útil á la sociedad (añade este au»tor); ya sea que hubiesen creido que el pueblo »sería mas sumiso y mas obediente, por el res»peto que tendrian á la magestad ó al poder de »aquellas divinidades que les daban leyes."

No hacemos aprecio de las injurias de nuestros enemigos; y solo aspiramos á sacar de su misma confesion aclaraciones para nuestro intento. Grocio y Jaquelot nombran un gran número de paganos, cuyas obras están acordes con lo que dice Moisés: casi todos convienen en la formacion de la tierra, que ellos dicen haber sido sacada del caos. Manethon habla de la vida larga de los antiguos patriarcas que han existido antes del diluvio Beroso hace mencion del Arca de Noé. Estrabon, Diodoro de Sicilia, Tácito, y otros muchos historiadores, nos instruyen del incendio de Sodoma; de suerte que todas las luces que puede haber de la historia del mundo, se hallan conformes con la narracion de

Moisés: se ve tambien por los escritos de los filósofos y de los poetas de la antigüedad, que todas las naciones estaban acordes en cuanto á fijar un principio al mundo. El origen de las ciencias, el descubrimiento de las artes, que no eran muy antiguas, anunciaban que el mundo no habia existido siempre, y que los conocimientos de los hombres se habian perfeccionado insensiblemente. Como no habia escritores mas antiguos que Moisés, los pueblos antiguos, tan célebres en las historias, no podian descubrir su verdadero origen sino consultando su libro: los que han querido buscarle en otra parte se han visto obligados á recurrir á suposiciones y á fábulas, que no merecen sino el desprecio.

Las naciones por lo comun eran muy celosas de sus antigüedades, y hubo frecuentemente entre ellas contestaciones sobre esto. El odio que tenian á los judíos, que se declaraban altamente contra el culto de los falsos dioses, les obligó á contradecir con energía la antigüedad de que se gloriaban. De este modo los libertinos han tenido abogados desde tiempos remotos, y estos se hallaban, mejor que ahora, en estado de poder rechazar las pretensiones de los judíos; pero todos sus esfuerzos han sido siempre inútiles. Las naciones, cuyo origen era poco conocido, por mas que cuidaron de inventar títulos supuestos y nombrar gefes que decian salidos de la tierra, su pretension fue siempre desechada. La antigüedad de Moisés era incontestable, y todos los autores paganos convenian en ella.

Los egipcios se alababan de una antigüedad imaginaria; atribuian á sus dioses un reinado de treinta y seis mil años; pero estas dinastías egip-

ciacas, que Manethon (*) dice haber encontrado sobre una columna erigida en el pais de Siriade y grabadas en caractéres geroglíficos, han pasado siempre por desvaríos. Como el Egipto era el pais mas hermoso del universo, el mas rico, el mas abundante, y el mejor cultivado, los sacerdotes de los falsos dioses, que componian la historia de esta nacion, para inspirar al pueblo estimacion y amor á su patria, decian haber sido aquella la mansion de los dioses, los cuales fingian haber reinado infinitos millares de años. Los otros pueblos se burlaban de esta supuesta antigüedad, y la atribuían á la vanidad de los egipcios. Diodoro de Sicilia la trata de fábula, y Jaquelot advierte que ningun filósofo ni autor alguno ha querido jamas valerse de ella contra los judíos y los cristianos, porque hubieran creido hacerse despreciables valiéndose de un argumento tan ridículo y tan manifiestamente falso.

Los chinos han querido tambien darse un origen muy remoto: ¿pero qué aprecio se puede hacer de una cronología confusa, obscura, llena de contradicciones y de hechos destituidos de verosimilitud, que no tienen otro fundamento que la autoridad sola de sus autores? Nada se ha omitido para aclarar este punto; y por las doctas observaciones de Freret, individuo de la Academia de las Bellas Letras, está probado que aquella inmensa duracion que los chinos asignan al tiempo fabuloso de sus historias, no es mas que el resultado de periodos astronómicos, inventados para anunciar la con-

(*) Manethon era un sacerdote de Egipto que vivia cerca de 200 años antes de Jesucristo en el reinado de Tolomeo, llamado *Filadelfo*.

juncion de los planetas con ciertas constelaciones. Está probado tambien que los reinados de los dos fundadores de la monarquía chinesca Yao y Chunc han concluido solo 1991 años antes de la Era Cristiana. Todos los sabios convienen en que ni aun la cronología de los chinos destruye la de Moisés. Siguiendo el texto griego, el reinado de Hoanty, que estos pueblos ponen en el año 2697 antes de Jesucristo, se halla en el cálculo de los Setenta, muchos siglos posterior á la dispersion de las lenguas de que se hace mencion en el Pentateuco. Lo que hay de cierto es que jamas se ha podido oponer cosa que destruya la narracion de Moisés; y que él ha sido mirado siempre por las naciones mas sábias como el autor mas antiguo y el escritor mas docto y mas ilustrado. En su libro es en donde han hallado los filósofos todo lo que han dicho de mas sublime y de mas verdadero.

Josefo, historiador judío que escribia hace mas de 1800 años, dá de Moises un testimonio demasiado favorable para pasarlo en silencio. En el prefacio de su libro de las *Antigüedades judáicas* se explica asi: "Solo la antiguedad de »la historia de Moisés (dice) le pone a cubier»to de cualquiera sospecha que se pudiese te»ner de que hubiera mezclado alguna cosa fa»bulosa en sus escritos; porque él vivia hace »mas de dos mil años, que son los siglos que »preceden á todas las ficciones de los poetas, »los cuales no se han atrevido á traer de tan le»jos el conocimiento de sus dioses, y aun me»nos las acciones de sus héroes y los preceptos »de sus legisladores."

Los paganos nada han omitido para desvanecer las obras del santo Profeta; pero por mas

investigaciones que se han hecho sobre la antigüedad, jamas se ha podido hallar el menor indicio de falsedad; por el contrario, la historia de los tiempos está conforme perfectamente con su narracion. La cuestion de la edad del mundo fue muy ventilada entre los antiguos filósofos: era esta una disputa abierta cuatrocientos años antes de Cristo, que dió ocasion á diferentes sistemas. Moisés señalaba con precision el tiempo en que el cielo y la tierra habian sido creados; enseñaba el nombre del primer hombre; y atravesando los siglos desde este primer momento, instruía del nacimiento y de la muerte de los hombres de que se componía su cronología: adoptando lo que él refiere, todo se concordaba con la historia universal; pero como la creacion de que habla supone la revelacion, estos filosofos, lejos de admitirla, no trataban sino de destruirla. Muchos de ellos sostenian que el mundo era eterno. El sistema de Epicuro, que le atribuye al concurso casual de los átomos, les parecia tan lleno de contradicciones y dificultades insuperables, que creían hallar muchas menos haciendo al mundo eterno; pero la historia de los monumentos del mundo, la novedad de las artes, el origen de las leyes, la edad de la civilizacion del género humano, que no podian combinarse con esta eternidad, les metia en mil dificultades. Por otra parte, los libros de Moisés eran mucho mas antiguos que los tiempos hasta donde ellos podian subir con sus investigaciones; y asi no teniendo ni argumentos, ni pruebas, ni conjeturas que oponer, se vieron precisados á quedar en silencio.

Jaquelot, que en su libro *De la existencia de Dios* suministra luces á los sabios, despues

de haber recorrido todas las historias y penetrado hasta en los tiempos fabulosos de que hablan los poetas y los oradores, demuestra con argumentos irrecusables la conformidad de la historia del mundo con la de Moisés; y nos dice que todos los conocimientos y todas las investigaciones de los historiadores y de los autores antiguos, que vivian tres mil años ha, no llegan sino hasta la guerra de Tebas y de Troya; y que no se encuentra ni rastro ni vestigio de una antigüedad mas remota. Para desengañar á los que se imaginan que nada se puede desentrañar en siglos tan distantes, refiere todo lo que se veía de notable entre todas las naciones y en todas las ciudades antes de Jesucristo, y prueba evidentemente que si la narracion de Moisés hubiera sido falsa, con facilidad se hubiera descubierto, porque existian entonces obras de infinitos historiadores que nada habian olvidado, lo que se conoce en los extractos que han hecho de sus libros los autores paganos que nos quedan. Despues de haber nombrado los historiadores que daban tan grandes luces, hace ver que ademas de estos escritos se hallaba por todas partes una multitud innumerable de estatuas, pinturas, pirámides, medallas, templos, troféos, mausoléos y bajos relieves que ofrecian á la vista la historia de la antigüedad; lo que hizo decir á Ciceron en el libro V de *Finibus*, hablando de la ciudad de Atenas: que por donde quiera que se pasase se caminaba sobre la historia.

A pesar del conocimiento que se podia tener por todos aquellos antiguos monumentos, que subsistian entonces en toda su entereza, no se encontraba el menor indicio cierto de algun hecho memorable que pase mas allá de la guerra

de Troya y de Tebas, que casi todos los autores colocan 400 años antes de la primera Olimpiada (1); es decir, 1200 ó 1300 años antes de Jesucristo.

Jaquelot, que se propone despertar á los incrédulos y sacarlos del letargo profundo en que se hallan, les presenta todas las pruebas de lo que dice; y concluye que, supuesto que todos los archivos y monumentos del mundo ratifican el sistema de Moisés, su narracion es incontestable, y por consiguiente que hay un Dios Criador que se ha manifestado, y que ha formado el universo en el tiempo que señala el santo Profeta.

Lo que hay bien notable es que cuando los epicureos han intentado probar que el mundo habia tenido un principio, contra los filósofos que le hacian eterno, se han visto obligados á adoptar el sistema de Moisés; lo que se prueba evidentemente por el pasage de Lucrecio discípulo de Epicuro, cuyas palabras son estas: "Si la tierra y el cielo (decia á estos filosofos en »su libro V) no han tenido principio, si son eter»nos, ¿por qué los poetas no han cantado antes »de la guerra de Tebas y de la ruina de Tro»ya? ¿Por qué se habria de haber perdido la »memoria de tantos hechos memorables que »habrian sucedido? ¿Por qué no se habrian gra»bado en los eternos monumentos de la fama? »No obstante, si no me engaño, todo lo que se

(1) Las Olimpiadas eran, entre los griegos, unos juegos en honor de los dioses, que se celebraban de cuatro en cuatro años. En estos combates tan famosos los vencedores eran coronados públicamente. Las Olimpiadas, por donde los griegos contaban sus años, han servido de cronología para muchas historias. Estos juegos principiaron cerca de 900 años antes de Jesucristo.

»dice en la historia es muy nuevo, el mundo es »muy reciente, y sus principios no son muy »antiguos: por esta razon hay artes que se van »adelantando todavía, y se perfeccionan diaria»mente; de poco tiempo acá se han añadido »muchas cosas á la navegacion; y no ha mucho «que los músicos han inventado nuevas combi»naciones armónicas. En fin, la filosofía de la »naturaleza y de sus causas acaba de aparecer »entre nosotros, y yo soy el primero que ha ha»blado de ella en nuestra lengua."

Esta prueba ha parecido tan demostrativa que, aunque los cristianos hayan mirado siempre los libros de Moisés como el fundamento de la Religion, ni Celso, ni Porfirio, ni Juliano, que han escrito para destruirlos, se han atrevido á sostener nada contra su cronología. En el siglo segundo se encontraron algunos filósofos que quisieron renovar los antiguos sistemas; pero fueron siempre confundidos por los testimonios de los autores paganos. He aqui lo que les respondió el martir san Justino, que tambien habia sido del número de los filósofos.

"No emprenderé, dice (*Cohort. ad Græc.*), »probar estas cosas solamente por la historia »sagrada, á la que no quereis dar crédito por »causa del error de vuestros antepasados que »está arraigado en vuestras almas; sino que »me valdré de los monumentos de vuestros pro»pios autores sacados de los libros que no fa»vorecen á nuestra Religion, á fin de haceros »conocer que Moisés, nuestro conductor y el »autor de nuestra Religion, es mucho mas an»tiguo que vuestros legisladores, que vuestros »filósofos, que vuestros poetas, y que todos »vuestros sabios, segun nos lo enseñan los his»toriadores griegos: supuesto que estas histo-

»rias hacen mencion de Moisés, el caudillo y el »príncipe de la nacion judáica, y creen que vi»vió por el tiempo de Ogiges y de Inaco, que »algunos de los vuestros han creido haber na»cido de la tierra."

Todos estos testimonios disponen el ánimo á favor de Moisés. Se vé evidentemente que él ha sido mirado siempre como el legislador de los judíos y el mas antiguo de los escritores. Sería la mayor extravagancia negar hoy dia lo que los paganos no se atrevian á disputar hace mas de dos mil años. Su libro, que contiene el origen, las leyes y las ceremonias del pueblo judáico, está conservado por esta nacion la mas antigua de todas, y no se le puede disputar razonablemente su autenticidad; para atacarla es necesario atacar al mismo tiempo todos los escritos proféticos, á los cuales el Pentateuco sirve, por decirlo asi, de fundamento. En vano intentan los incrédulos privar al santo Profeta de la gloria de ser su autor: hace mas de tres mil años que se le atribuye este honor, y unas débiles conjeturas, que se despreciarian si no favoreciesen al libertinage, no pueden contrarestar el peso de semejante autoridad.

No calificamos de crimen el profundizar la Religion y examinarla con la mas severa crítica; pero lo que es inexcusable delante de Dios y de los hombres, es la mala fé que se descubre en la mayor parte de los que la combaten. Se ha dicho mil veces que el nombre de Moisés nada hace aqui al caso; que sea él ú otro el que ha compuesto el Pentateuco es, cuando mas, un punto de crítica poco interesante. Si los hechos que vemos en él son verdaderos, se sigue evidentemente que la Religion judáica es obra de Dios, y esto es de lo que se trata. To-

da la antigüedad testifica que este libro contiene las leyes que Moisés ha dado á los judios, y que estos le miran como á su legislador. Este libro está sostenido por otros que nadie se atrevería á contradecir: los hechos luminosos que establecen la Religion judáica se hallan en casi todos los escritos proféticos. Por otra parte el culto y las ceremonias de la nacion judáica que representan los acontecimientos maravillosos y que ella conserva aun hoy dia, la establecen por sí mismos, y asi tenemos bastantes razones que nos autorizan. El punto esencial que debemos probar es que este libro no es obra de la impostura, como la impiedad se esfuerza á persuadirlo; y esto es lo que vamos á demostrar del modo mas convincente.

## CAPITULO X.

*Los libros de Moisés están marcados con caractéres de verdad.*

Como el Señor ha querido servirse de Moisés para establecer la Religion judáica, que es el primer fundamento del cristianismo, el nombre del santo Profeta y sus escritos se hacen insoportables á los incrédulos, y por eso nada omiten para destruir hasta su memoria. Hemos demostrado en el capítulo anterior la antigüedad de sus libros, y que su cronología está conforme con la historia universal del mundo: ahora se trata de justificar al mensagero de Dios.

Es cierto que los judíos y los cristianos le han mirado siempre como á un gran profeta, ¿por qué, pues, despojarle maliciosamente de una gloria que le pertenece y que ha adquirido hace tanto tiempo? Está tanto mas bien fundada,

cuanto que en su libro se descubren caractéres de verdad: en él nos instruye de la creacion del mundo; nos comunica sus sagradas conversaciones con Dios, y nos dá la idea mas noble que el entendimiento humano puede formarse del Criador; sus divinas perfecciones están alli retratadas con los colores mas gratos, y prescribe en él unas leyes llenas de equidad, y las mas capaces de mantener la union y de hacer reinar el buen órden. ¿Qué hay en esto de reprensible? ¿Y se debe desconfiar de un hombre que piensa tan bien, y cuya humildad llega hasta el extremo de descubrirnos él mismo sus propios defectos?

Dios se sirve de Moisés para conducir á un pueblo predilecto, y autoriza su mision con los mayores prodigios: estas son las maravillas que él refiere en sus libros; ¿y será esta una razon para tratarle de impostor, cuando nosotros las tenemos tan poderosas para mirarle como á un santo Profeta? ¿Podemos con justicia negarnos á creerle cuando nos habla de lo que ha visto y de lo que ha hecho, especialmente cuando un gran cuerpo como el de la nacion judáica depone en su favor? Para sostener una mala causa es facil decir vagamente que Moisés es un impostor; pero si los hechos se hubiesen profundizado, nadie se atreveria á sostenerlo.

Confieso que un hombre artificioso con la autoridad en la mano puede alguna vez engañar á los pueblos sobre materias de Religion; pero hacer creer á seiscientos mil hombres que han visto los prodigios mas extraordinarios y brillantes no habiendo visto nada, es lo que jamas concederé. Cuando un hombre quiere engañar elige objetos á proposito para la seduccion. Para lograr mas bien sus designios aleja

los hechos, y no cita sino muy pocos testigos, recurriendo al disfraz, y lo que propone para creer y practicar interesa y lisonjea á la naturaleza corrompida. Moisés se conduce de muy distinto modo: hace abrazar á los israelitas una religion de las mas mortificantes y llena de preceptos penosos; para aficionarlos á ella les refiere los prodigios que Dios ha obrado en su favor; no refiere cosas que hayan pasado en parages recónditos, no habla á ciegas, todo lo individualiza y circunstancia, como un hombre que no teme ser desmentido. Les dice públicamente que los rios han sido convertidos en sangre, que todos los primogénitos de Egipto han sido muertos en una noche; que el Señor, para conducirlos al desierto, les ha abierto paso por medio del mar Rojo; que el ejército de Faraon que los perseguia, ha sido tragado por las olas: les recuerda que Dios los ha alimentado en el desierto por espacio de cuarenta años con un maná que caía del cielo; les habla de todos estos hechos como de acontecimientos de que ellos han sido testigos, y que han pasado á su misma vista.

Ahora, pues, hablando de buena fé, ¿se puede creer que un hombre tan ilustrado como Moisés, hubiera asegurado semejantes hechos si no fuesen incontestables? ¿Hubiera conseguido jamas persuadir á toda una nacion, y hacerle tomar la mentira por la verdad? ¿Seiscientos mil israelitas hubieran adoptado fábulas de esta naturaleza? Tantos hombres reunidos y tan celosos de su libertad, ¿se hubieran sometido á una ley tan dura y mortificante? A menos de suponerlos á todos insensatos, ¿no se hubieran sublevado con indignacion contra el autor de semejantes desvaríos? Es necesario, pues,

concluir, que supuesto que ellos han recibido unánimemente la Religion de Moisés, habian visto por sus propios ojos las maravillas de que él hace mencion.

Otra razon, bien capaz de alejar toda sospecha, es el modo con que el pueblo judáico es tratado en estos libros. En ellos está representado como un ingrato y un estúpido, siempre inclinado á la idolatría y á la murmuracion, y que no vuelve á su deber sino á fuerza de castigos. El antiguo Testamento está lleno de hechos vilipendiosos para los judíos; no es mas, por decirlo asi, que la historia de sus prevaricaciones contra Dios: en él se ponen á la vista sus desórdenes, se hacen sobre ellos predicciones afrentosas, y se les cubre de un eterno oprobio. Estos hombres, sin embargo, indóciles, desconfiados, y siempre dispuestos á sublevarse contra Moisés, son los que reciben de sus manos unas leyes contrarias á sus inclinaciones: este pueblo tan mal tratado conserva su libro con respeto, y á pesar de ser lo que contiene tan deshonroso contra él, le transmite de generacion en generacion á la posteridad como un libro divino, y se mantiene hasta hoy en la misma creencia. Si hubiera, pues, habido algunas sospechas ó la menor duda acerca de los milagros referidos en este libro sagrado, ¿no hubiera desechado este pueblo semejantes escritos, en los que se le trata con tan poca contemplacion, y que le sujetaban á unas prácticas tan severas? El incrédulo formará sobre esto el juicio que le parezca; pero las expresiones duras de que se sirve Moisés respecto de los judíos, y la conducta que siempre han observado estos, desvanecen todas las conjeturas frívolas, y son testimonios irrecusables de que

los hechos de que se trata eran tan evidentes, que era imposible contradecirlos.

Todas las razones por donde los hombres juzgan de la verdad de las demas historias, militan igualmente á favor del libro de Moisés; pero hay ademas en su apoyo pruebas singulares que anuncian la verdad, y que no se hallan en las otras. Y añado ademas que los milagros referidos en el antiguo Testamento están acompañados de tantas circunstancias, que, aun prescindiendo de la fé, no se puede dudar de ellos razonablemente. Una multitud innumerable de hombres los han visto: la nacion judáica ha erigido monumentos para conservar su recuerdo; ha instituido fiestas y ceremonias en memoria de todos aquellos acontecimientos milagrosos, y aun las celebra hoy dia. ¿Se pueden pedir pruebas mas sólidas y mas convincentes?

Otra observacion digna de reparo es que todas las naciones antiguas se han arrogado siempre el derecho de corregir y de cambiar sus leyes, por mas que los legisladores se hubiesen revestido del nombre de algunas divinidades; solo la nacion judáica ha respetado constantemente hasta la última letra de sus leyes; ni la prolongacion de los tiempos, ni la esclavitud, ni las persecuciones han ocasionado en ellas mutacion alguna: ella las ha mirado siempre como sagradas é inviolables. ¿Puede darse testimonio mas glorioso para el santo Profeta? ¿No es esto una prueba evidente de que la impostura no tiene parte alguna en estos escritos, y que los judíos antiguos estaban perfectamente convencidos de la verdad de los hechos maravillosos que vemos en ellos?

Tanto mas se debe uno inclinar á favor del libro de Moisés, cuanto que se perciben en él

rasgos de sinceridad que anuncian su buena fé. Podia, por ejemplo, dar á la creacion del mundo un millon de siglos, á fin de fijar una época que no se pudiese refutar; pero no dá al mundo sino cerca de 2410 años segun el cálculo de los hebreos; y 3943 segun el griego, contados desde el tiempo en que escribia: y dice, sin temor de ser desmentido, que antes de este tiempo nada existia mas que Dios. No se contenta con esto, sino que por medio del diluvio, que, segun él refiere, hizo perecer á todo el género humano, á excepcion de ocho personas, abrevia bastante el cálculo, y dá aun mas facilidad para descubrir la verdad. Segun el cómputo hebreo, desde el diluvio hasta el tiempo de Moisés no habian pasado mas que 754 años; y segun el cálculo griego 1687. Hé aqui, pues, un renacimiento del mundo que reduce al género humano á un segundo tronco, hasta el cual no le era dificil subir: si Moisés hubiera pretendido engañar, ¿se hubiera encerrado en unos límites tan estrechos para referir una inundacion universal que en nada interesaba á su objeto? Un impostor no se expone de este modo á la murmuracion pública; y asi solo el amor de la verdad es quien le determina á referir lo que ha pasado.

No es esto lo mas: Moisés en su historia nos señala un tiempo en el cual todos los hombres hablaban un mismo idioma: subiendo desde Moisés hasta la confusion de las lenguas de que él nos instruye, no hay, segun el hebreo, sino seis siglos, y segun el griego once: esta no debe ser una antigüedad desconocida. Si antes de este tiempo se hallan en el mundo algunas naciones ó algunas inscripciones de diferentes lenguas, la narracion de Moisés cae por sí mis-

ma, y se vé que si él hubiese mentido, hubiera sido facil á sus enemigos confundirle: hay en el dia familias que tienen pruebas ciertas y títulos incontestables de una antigüedad mas remota.

Todas estas observaciones, sobre las cuales Jaquelot se ha extendido mucho, demuestran evidentemente que todo lo que dice el santo Profeta es verdad. La vida de los hombres, á la cual ha dado tanta duracion en el principio del mundo, habla tambien en su favor, y prueba que él no ha tratado de engañar. "Que Moisés »(dice Pascal en sus *Pensamientos* cap. 11) era »un hombre hábil, es claro: por tanto si hubiera »tenido el designio de engañar, lo hubiera hecho »de suerte que ninguno le pudiese convencer »de falsedad. El ha hecho todo lo contrario, »pues si hubiera publicado fábulas, no habria »un judío que no hubiese podido descubrir la »impostura."

Jaquelot nos ofrece asimismo una prueba moral que merece atencion: Moisés en sus obras habla de los usos, de las costumbres, y de los banquetes de las bodas: nombra muchos pueblos, cita ciudades, y desciende á muchos pormenores de lo que pasaba entonces entre los hombres. Jaquelot ha confrontado todo lo que dice Moisés con las historias mas antiguas que nos hablan de los tiempos mas remotos, y despues de inmensas observaciones ha conseguido lo que deseaba, y demuestra por la autoridad de los escritores antiguos y por todos los monumentos de la antigüedad que existian en tiempos pasados, cuales eran las pirámides de Egipto, los obeliscos, los templos, los geroglíficos, las medallas, las monedas, las estatuas de los dioses, las ciudades, los archivos publicos, las leyes, las costumbres, los ritos

y los cánticos, que la historia entera del mundo concuerda con la de Moisés, y que todo lo que él refiere en su libro es conforme á la verdad. De donde concluye este sabio y juicioso crítico, que todos los que pretenden hacerle pasar por impostor, prueban ellos mismos su mala fé.

Es mucho tener pruebas tan sólidas para justificar á Moisés de las odiosas acusaciones de la incredulidad. Es evidente que él no ha querido engañarnos, y que sus libros están marcados con el caracter de la verdad. Ahora se trata de probar que son inspirados, y que la Religion que él ha dado á los judios, es una Religion divina.

## CAPÍTULO XI.

*Los libros de Moisés son inspirados, y su Religion es divina.*

Para persuadir mas facilmente que los libros de Moisés son inspirados, sería necesario exponer las leyes que promulgó, y hacer conocer todas sus bellezas y sublimidad. Muchos sabios han empleado esta prueba con buen éxito; y sacan de ella los argumentos mas adecuados para convencer que hay en sus obras algo de divino. Lo que sorprende es que Moisés, que vivia en un tiempo de la mas profunda ignorancia, y, por decirlo asi, en la infancia del mundo, haya dado á un pueblo leyes que aventajan en mucho á las que los políticos mas sabios y los mayores filosofos nunca han podido dictar muchos siglos despues de él, y en unos tiempos en que la razon humana habia adqui-

rido nuevos conocimientos, y se habia cultivado por una larga experiencia.

Roma y Atenas emprendieron establecer el buen órden en la sociedad por medio de reglamentos: los hombres mas sabios y los ingenios mas sublimes se dedicaban á este trabajo tan útil, y formaron una coleccion de cuanto habia mas razonable en las constituciones de diferentes paises. Se admiraron sus leyes como la produccion mas pura que podia dar á luz el entendimiento humano; sin embargo, comparándolas con las de Moisés, sea por lo tocante á la Religion, á la política ó al gobierno, se advierte una diferencia notable. Las leyes del santo Profeta, á pesar de haber sido publicadas antes que todas las otras, son muy superiores á ellas, y reunen mas sabiduría y equidad que todas las que han formado las dos repúblicas mas sábias que ha habido en el mundo. Ningun legislador ha hablado jamas de un modo mas noble ni mas sublime: todos se han extraviado en muchos puntos que repugnan al buen sentido. Moisés se condujo siempre por la recta razon: entra en todos los pormenores, y nada olvida de cuanto puede contribuir á la felicidad y á la tranquilidad de un estado. Todos los acontecimientos de su historia se refieren á Dios; todo se gobierna por la Providencia. La divinidad es un objeto que jamas pierde de vista este escritor; él no tira sino á que ésta sea glorificada, y á inspirar á los hombres la práctica de la virtud: declama con vehemencia contra la idolatría, y condena abiertamente los crímenes que todas las naciones miraban como acciones permitidas ó indiferentes. Estos caractéres distintivos que se ven en las leyes de Moisés, persuaden que la religion que él ha dado á los ju-

díos no es sacada de su imaginacion, y nos mueven á creer que es emanada de Dios, como él mismo lo dice en su libro.

Le vemos sobre el monte Horeb conversar con el Omnipotente, que le habla familiarmente, y que, dándole la Revelacion, le descubre los mas profundos misterios. Esta no es una vision; su conversacion con la Divinidad es pública; un pueblo numeroso es testigo de ella: la montaña en que pasa este grande acontecimiento aparece á la vista de los judíos llena de luz resplandeciente: ellos oyen la voz del Eterno mismo que publica sus mandamientos en medio de truenos y relámpagos. El testimonio auténtico que dá la nacion judaica sobre este prodigio, debe sin duda prevalecer á los discursos de ciertos ingenios superficiales, que despreciando toda autoridad, tienen el descaro de sostener que Moisés no ha permanecido tanto tiempo sobre la montaña sino para engañar mejor á los judíos. Las suposiciones nada cuestan cuando se arroga el derecho de negarlo todo sin probar nada.

Si Moisés se hubiera contentádo con darnos parte de su comunicacion con Dios, se pudiera dudar de lo que nos dice: mas él ha manifestado su mision de un modo tan evidente, que no se puede desconocer ni formar sospecha alguna de colusion ni de credulidad. Un hombre que obra milagros, y que por sus conocimientos penetra hasta en lo futuro, es ciertamente inspirado de Dios. Pues todo esto se encuentra en Moisés. Los que han leido el antiguo Testamento conocen el poder superior que él ha manifestado. Los rios convertidos en sangre, las tinieblas palpables que cubren la superficie de la tierra, el mar que divide sus olas y deja un

paso libre al pueblo á quien él conduce, y que se reune en seguida para tragar al ejército de Faraon, los arroyos de agua que hace salir de la roca, son una parte de los prodigios que este hombre de Dios obró á vista del Egipto y de todo Israel: prodigios tanto mas ciertos cuanto que la nacion que venera su nombre los atestigua, y conserva su memoria por medio de fiestas que todavía celebra.

Sería perder el tiempo el detenerse á refutar á los que atribuyen estas maravillas al demonio. En efecto, es necesario abusar de la razon para figurarse que Dios haya querido contribuir al establecimiento de la impostura. Moisés obra los prodigios en nombre del Señor, del Dios de Israel; habla de parte suya, y no trata mas que de hacer que sea glorificado. Por otra parte la impiedad y la magia ¿no han tributado homenages al santo Profeta? La vergonzosa confesion que hicieron los magicos de Faraon á vista de los milagros que Moisés obró, destruyen todos estos razonamientos, que no se harían si la reflexion y la buena fé presidiesen en este fallo. Tampoco hay nada mas vano ni mas imaginario que lo que dicen los incrédulos sobre el paso del mar Rojo. Segun ellos, Moisés como hombre instruido se aprovecho del reflujo del mar para hacer pasar a los israelitas; celebran esta invencion como si hubiesen hallado una gran cosa: pero no ven que el santo Profeta habla frecuentemente de este acontecimiento, y le califica de gran prodigio: no reparan en aquella multitud de hombres que fueron testigos de él, entre los cuales seguramente habia algunos que conocian el flujo y reflujo, y que hubieran mirado á Moisés como á un impostor si se hubiera atrevido a hacer pasar

por un milagro lo que no era sino un efecto natural; se olvidan de que en el ejército de Faraon habia hombres ilustrados, y que no se hubieran metido en el cauce del mar, si no hubiera habido un prodigio en la desgracia que sucedió á todos los egipcios.

En verdad que es bien mala una causa cuando para sostenerla es menester privar del sentido comun á todo un ejército, y á seiscientos mil israelitas que fueron testigos de sus milagros. Digamos, pues, que Dios fue quien quiso ostentar su poder y autorizar la mision de su siervo de un modo que no se pudiera desconocer: si lo que decimos no basta, he aquí otras pruebas que no se podrán recusar. Cuando un hombre anuncia muy de antemano acontecimientos que no están aun sino en los designios de Dios y en sus decretos eternos, y los acontecimientos corresponden puntualmente á la profecía, es evidente que este hombre es inspirado. Pues en los escritos de Moisés se encuentran muchas predicciones justificadas por la historia de las naciones, igualmente que por los mismos israelitas; y por consiguiente el gefe y el legislador de los judíos fue inspirado.

Entre muchas predicciones que hizo, elegiremos una que dará idea de las demas. Coré, Datan y Aviron se declaran caudillos de una rebelion, que á nada menos se dirige que á separar al pueblo del servicio de Dios. Moisés instruido de la venganza que el cielo iba á tomar, manda al pueblo que se aparte de estos hombres que van á perecer del modo mas espantoso y terrible. Apenas se ejecutan sus órdenes, cuando el suelo se abre bajo los pies de estos tres impíos, y todo el pueblo horrorizado los ve bajar á las entrañas de la tierra, en

donde fueron abismados. ( *Num.* cap. 16. v. 33).

Cuando Moisés no hubiera dado señales sensibles de la divinidad de su mision, los testimonios que dan de él los Profetas bastarian para asegurarnos de ella. Dios, que ha querido que sus libros sirviesen de fundamento á la Religion en los siglos venideros, los ha autorizado por hombres que tambien han sido inspirados. No hay cosa mas gloriosa para el santo Legislador que los rasgos con que los sagrados escritores le dan á conocer. Josué, que tambien ha obrado prodigios, nos habla de los de Moisés, y testifica que la ley que él ha dado es toda divina. David refiere con una ingenuidad sin igual sus hechos milagrosos, como una tradicion constante entre su pueblo, y lo transmite en sus cánticos á la posteridad como él los ha recibido; y el testimonio del santo Rey es tanto mas decisivo, cuanto que él mismo tambien es profeta. Isaías nos le representa con Dios, y nos instruye del modo con que los israelitas pasaron el mar Rojo á pie enjuto. Las expresiones de que se sirve para describirnos este tránsito milagroso son las mas sublimes. *Dios* (dice) *los conducía llevando á Moisés por la diestra con el brazo de su magestad, y rasgó las aguas delante de ellos para adquirirse un nombre sempiterno.*" (Isai. cap. LXIII vers. 12).

Podría formarse un volumen de todo lo que los profetas han dicho en alabanza del Legislador de los judíos: todos se reunen en su favor; todos hablan de él como de un hombre inspirado de Dios, y recomiendan al pueblo la fidelidad á sus leyes: por eso Malaquías concluye sus predicciones así: *Acordaos* (dice en el cap. IV vers. 4) *de la ley de Moisés mi siervo, á quien yo dí mis mandamientos en Horeb, para que lle-*

*vase á todo el pueblo de Israel mis preceptos y mis órdenes.*

Véase aqui, pues, al santo Profeta completamente vengado de los ultrages del impío: la sublimidad de su doctrina, la excelencia de su moral, la sabiduría de sus leyes, los brillantes testimonios que los profetas dan de sus prodigios y de sus predicciones, los cánticos, las fiestas, las ceremonias que perpetúan todavía en la nacion de los judíos la memoria de las maravillas que ha obrado, son argumentos sin réplica contra los incrédulos de que Moisés fue inspirado, y enviado de Dios para enseñar á los hombres.

Hemos dicho que los paganos interesados en destruir su libro que condenaba á sus dioses y su culto, no han podido jamas alegar cosa alguna que diese el menor indicio de falsedad: por el contrario, su cronología y muchos artículos de que trata están conformes con sus escritos. Pero véanse todavía nuevos motivos de persuasion: todo el mundo sabe el odio inveterado que reina entre samaritanos y judíos, cuyo origen se vé en los libros sagrados. Esta enemistad, que subsiste, es aun tan grande hoy dia, que por pobre que sea un judío no querría enlazarse con el mas rico samaritano. Jaquelot es el que hace esta observacion en el tratado *De la Existencia de Dios*. Sin embargo, los samaritanos que han recibido el Pentateuco de las tribus separadas, miran á Moisés como á su legislador, y conservan su libro tan religiosamente como los judíos. Dos pueblos, pues, tan opuestos y cuyo odio es tan antiguo, ciertamente no ha recibido el uno del otro este libro, y es preciso que le tengan desde su origen como en el tiempo de Salomon y David. Bossuet observa en su *Historia*

*universal* cap. 27, que los samaritanos conservan hoy el Pentateuco en el mismo estado que le habian visto Eusebio de Cesarea y san Gerónimo en los primeros siglos de la iglesia, y tal como aquellos pueblos le habian conservado desde su origen; y asi se puede mirar el Pentateuco de los samaritanos y de los judíos como dos originales independientes uno de otro. La perfecta conformidad que se encuentra en la sustancia de estos dos libros, justifica la buena fé de los dos pueblos, y prueba que los libros sagrados jamas han sido perdidos ni compuestos de nuevo, como diremos adelante. Hablemos ahora de los Profetas, que tan insignes testimonios dan de Moisés en sus magníficos escritos, en donde nosotros hallamos las pruebas mas sólidas de la divinidad de nuestra fé.

## CAPÍTULO XII.

### *De los Profetas que nos han dejado las profecias.*

Es constante que ha habido Profetas en el pueblo hebreo. Esta nacion, la mas antigua de todas, que subsiste todavía, y cuya historia está sostenida por las otras naciones, atestigua que ellos vivian antes de Jesucristo, y ha conservado siempre preciosamente sus escritos como escritos divinos. Los paganos y los cristianos estan conformes en esto; y asi, á no obstinarse caprichosamente contra el testimonio del mundo entero, no se puede dudar de la existencia de aquellos hombres divinos, que se han hecho tan célebres por sus predicciones. Instruyamonos de lo que pertenece á ellas, y sobre todo no de-

mos nuestra sentencia hasta haberlo profundizado todo.

Queriendo Dios sacar al hombre del hondo abismo en que le precipitó su rebelion, resolvio en su misericordia enviarle un Mediador y un Salvador. Adan despues de su pecado recibio esta dulce y consoladora promesa. El Señor, para preparar al mundo á un acontecimiento tan grande, lo participó á ciertos hombres, á quienes se comunicó de un modo particular. Abraham, Isaac y Jacob fueron iniciados en los secretos divinos; y tuvieron noticia muy anticipada del Libertador prometido que debia salvar a Israel. Sin embargo, el don de las profecías fue muy raro hasta Samuel, que entonces fue cuando el número de los Profetas se aumentó considerablemente. Plugo á Dios suscitarlos durante el tiempo de 1600 años para dirigir al pueblo que amaba, y para prepararlo á la venida del Mesías.

A estos profetas tan respetables, que eran la gloria y ornamento del pueblo hebreo, se les miraba como á los sabios y doctores de la nacion judáica. Su autoridad fue tan grande; que no se emprendía cosa de consideracion sin consultarlos: se les llamaba *Videntes*, como para dar á entender que veían lo que era impenetrable á los demas hombres. Su vida, sus discursos, sus personas, todo era instructivo. Por los oraculos que pronunciaban daba Dios á todo Israel indicios de su preferencia y señales sensibles de sus voluntades.

Estos dignos ministros, en quienes se complacía el espiritu del Señor, vivian con la mayor edificacion. La pobreza, la mortificacion, el desinteres, unidos a una santidad extraordinaria, aumentaban la confianza, y daban nuevo

peso á sus palabras: ellos eran como el baluarte de la Religion contra la impiedad y el desarreglo de las costumbres: llevaban un trage peculiar, y se mantenian casi siempre retirados en las poblaciones pequeñas, en donde la inocencia ordinariamente se conserva mejor que en las ciudades. En este retiro era en donde, ocupados enteramente en la oracion y en el trabajo, desarmaban el brazo del Todopoderoso pronto á herir al pueblo judío. Si se dejaban ver en las ciudades, no era sino para cumplir las funciones del santo Ministerio, y detener el curso de las prevaricaciones. Muchos de ellos fueron llamados por los reyes infieles, que no podian menos de respetar á unos hombres en quienes se dejaban ver virtudes tan eminentes: hablaban en público en los templos y en las plazas. Las profecías que anunciaban se cumplian algunas veces durante su vida, y aun muy poco despues de haberlas anunciado; el objeto de otras estaba por lo comun muy lejano, y no se cumplian sino mucho tiempo despues de su muerte.

Es cosa admirable el hallar en los libros sagrados tantas profecías magníficas que los antiguos judíos vieron cumplirse á sus ojos, y que prueban sensiblemente que Dios, como dueño del universo, tiene en su mano todos los corazones, y dispone de los reinos y de los imperios segun su beneplácito. Se vé, por ejemplo, un Isaías (cap. XIII, XIV y XXI) que miraba la gloria de Nabucodonosor mucho tiempo antes del nacimiento de este príncipe, y que predijo su caida y la de su imperio. Este mismo Profeta fue quien (cap. XXIV) anunció a Cyro cerca de doscientos años antes que viniese al mundo, y quien, llamándole por su propio nombre, declara que él será de quien se servirá Dios

para abatir el orgullo de la soberbia Babilonia. Aquí el Profeta Jeremías (cap. XXV) predice la cautividad del pueblo judáico, y explica sus circunstancias: allí un Elías va á encontrar al rey Acab y á su esposa Jezabel, y les anuncia que en castigo de su idolatría y de la sangre de Nabot, injustamente derramada, sus cuerpos servirán de pasto á los animales en el campo de Jezrael.

En vano querria disputar el incrédulo sobre el cumplimiento de estas predicciones, pues estos son hechos averiguados que subsistirán mientras que no sean destruidos por otros hechos de igual evidencia. Por otra parte muchas profecías del antiguo Testamento se nos han demostrado eminentemente verdaderas por los autores paganos. Herodoto, el historiador griego mas antiguo, nos instruye en el lib. I capítulo 141, de la ruina de Syria por Sennaquerib, y de qué modo pereció este príncipe en castigo de sus blasfemias, conforme lo habia predicho Isaías. Xenofonte refiere tambien en el lib. VII de su historia, la suerte de Baltasar, á quien el profeta Daniel explicó los terribles caractéres escritos en la pared por una mano invisible. Todos estos rasgos del poder de Dios estaban grabados en la mente de los niños: los judíos conservaban monumentos en memoria de aquellos milagrosos acontecimientos; y los Profetas se aprovechaban de ellos para animarlos á esperar con confianza el cumplimiento de todo lo que se les habia predicho: ellos hablaban sin cesar contra el culto de los dioses falsos; y nada omitian para preservar á los pueblos de la seduccion: no contentos con instruirlos de viva voz, difundian escritos que se recibian con ansia. Nada detenia su celo: algunas veces se intro-

ducian hasta en las casas de los grandes y en las córtes idólatras: en ellas daban testimonio de la verdad con un santo atrevimiento, lo que les atraía crueles persecuciones. Despues de haber sufrido por la justicia contradicciones y malos tratamientos, muchos fueron inmolados al furor del pueblo y de los reyes.

Tales son los santos personages á quienes el Señor se ha comunicado de un modo tan íntimo; y de estos es de cuya pluma se ha servido el Espíritu Santo para darnos monumentos auténticos de la verdad de nuestra santa Religion. La memoria de estos hombres inspirados ha estado siempre en gran veneracion entre los judíos. Josefo, historiador de esta nacion, dice en su libro I contra Apio, que ellos tienen tan gran respeto á los libros de las profecías, que ninguno se atreve á añadir ni á quitar nada de ellos, y que están acostumbrados desde su infancia á llamarlos *la doctrina de Dios*.

Jamas se leen sin admiracion las santas Escrituras, pues se distinguen por la sublimidad, y se manifiestan superiores á todas las obras morales; pero esta hermosura, esta elevacion se observa particularmente en los escritos de los Profetas, que nos dicen las cosas mas magníficas y mas sublímes, empleando los términos y las expresiones que competen á la grandeza del asunto. En todas sus páginas se encuentran descripciones magestuosas, una nobleza, una solidez y una vehemencia que la impostura jamas pudo imitar. Lo que admira es que, á pesar de la sublimidad de su estilo, se acomodan á todos los entendimientos, y se explican con sencillez cuando hablan de lo que se ha de creer y practicar. La idea que dan de Dios es de las mas grandiosas: la pintura que

hacen de su providencia, de su poder, de su eternidad, de su justicia y de su misericordia, eleva el espíritu y llena el corazon. ¿Qué cosa, por ejemplo, mas hermosa que el pasage del profeta Amós (cap. IX vers. 5 y 6) sobre el poder del Ser Supremo? *El Señor Dios de los ejércitos, toca la tierra y queda seca: ha establecido su morada en lo mas alto de los cielos: llama las aguas del mar y las derrama sobre la haz de la tierra: el Señor es su nombre.*

Todos estos Profetas no tiran en sus obras sino á inspirar amor ácia la virtud, y á guiar los hombres á Dios. Ellos hablan siempre con autoridad y sin temor alguno, como que están seguros de lo que dicen: no se ven en sus discursos ni lisonjas ni disimulos: el caracter de rectitud y de sinceridad que se nota en ellos, la energía, la vehemencia con que se explican cuando se trata de los intereses de Dios, prueban que estaban animados de su Espíritu. Todos tienen el mismo lenguage; lo que el uno dice en un tiempo, es repetido y confirmado por el otro; de suerte que no se puede tener al uno por sospechoso, sin recusarlos á todos.

Por lo que respecta á las profecías que han anunciado, son las mas auténticas. Toda la nacion judáica dá testimonio, como hemos dicho, de los Profetas y de sus libros: ella los ha conocido personalmente, y ha visto en sus milagros y en sus predicciones las señales mas evidentes de una inspiracion divina. Por mas pruebas que nos han suministrado los Profetas para confundir á los judíos, jamas á esta nacion le ocurrió variar con respecto á la antigüedad atribuida á estos libros proféticos. Enemiga acérrima como es del nombre cristiano, nos sirve de testimonio de que estos libros son escritos

antes de Jesucristo; y aunque dividida esta nacion en muchas sectas enemigas irreconciliables unas de otras, todas están acordes en este punto.

Todos estos Profetas, de que hablamos, anuncian un Mesías que debe venir á la tierra á salvar á los hombres, y cuya doctrina cambiará al universo. Por todos los caractéres que ellos le atribuyen, se vé visiblemente que Jesucristo es el objeto que ellos vislumbraban en los siglos futuros. No omitieron circunstancia alguna de su vida ni de su muerte, lo que se conocerá fácilmente leyendo estas magníficas profecías, que nos suministran un argumento invencible en favor de nuestra santa Religion (1).

## CAPÍTULO XIII.

## LAS PROFECIAS.

### PRIMERA PRUEBA DE LA RELIGION.

Hemos dicho ya, hablando de los Misterios impenetrables que presenta la fé, que en demostrando que la Religion cristiana tiene á Dios por autor, todo hombre racional debe re-

(1) Se cuentan ordinariamente diez y seis Profetas en el antiguo Testamento, cuyos escritos tenemos, que son: Isaías, Jeremías y Baruch, que no forman mas que uno; Ezequiel, Daniel, Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miquéas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías. Los cuatro primeros se llaman *Profetas mayores*, y los otros doce *Profetas menores*, no con respecto á sus personas, sino porque lo que nos ha quedado de ellos, es poco en comparacion de lo que tenemos de los otros.

cibirlos, y someter á ellos su entendimiento por incomprensibles que sean. Nosotros, pues, hallamos en las profecías un testimonio de los mas auténticos de que Dios ha hablado. Como al dar la revelacion á los judíos habia causado una grande impresion en los ánimos con las maravillas mas estupendas queriendo establecer una Religion mas perfecta, era correspondiente á su sabiduría y á su bondad manifestar á los hombres sus voluntades por medio de rasgos señalados de su poder que no pudieran desconocerse; y asi es como lo ha hecho, suscitando Profetas que anunciaron á Jesucristo y su Religion muchos años antes que se dejase ver. Siendo el objeto de las profecías descubrir las cosas futuras é impenetrables á la luz natural, no pueden ser sino obra de Dios; y puesto que la Religion cristiana posee esta señal de divinidad, se sigue evidentemente que tiene á Dios por autor.

Los que estan versados en las santas Escrituras, ven en los escritos proféticos, no solo individualizadas todas las acciones de la vida de Jesucristo, y circunstanciados los acontecimientos que se siguieron á su muerte, sino tambien los misterios de la fe figurados por la Religion de los judíos: de suerte que cualquiera que reflexione con atencion sobre estas profecías, descubre en ellas una prueba de la divinidad de la Religion cristiana tan sólida y tan convincente, que, á no cegarse, es preciso que se rinda.

No se debe esperar en una obra tan compendiosa hallar todas las predicciones que establecen nuestra fé: entre el gran número de ellas, que se ven en los sagrados libros, ha sido necesario elegir algunas. Ademas de las que

hablan de Jesucristo, ponemos otras sobre la conversion de los gentiles, y sobre la ceguedad y dispersion de los judíos. Reunidas á ellas las reflexiones que hacemos, facilitarán su inteligencia, y harán mas palpables y mas perceptibles las verdades que presentan. Suplicamos únicamente que no se pierda cosa alguna de esta segunda parte. Todas las profecías y los capítulos que les siguen, exigen de parte del lector la mayor atencion. Si tiene la paciencia de leerlas recibirá de ellas grandes luces, y se pondrá en estado de pronunciar una sentencia equitativa.

## PROFECÍA DEL SANTO PATRIARCA JACOB,

## *sobre la venida del Mesias cumplida en Jesucristo.*

El patriarca Jacob era hijo de Isaac, y vivía 1800 años antes de Jesucristo: véanse aquí sus palabras.

*No saldrá el cetro de Judá, y se verán siempre en su posteridad conductores del pueblo hasta la venida de aquel que debe ser enviado, y que es la esperanza de las naciones.* Génes. cap. XLIX vers. 10.

### REFLEXIONES.

Estando el santo Patriarca Jacob en el lecho de la muerte, reunió á sus doce hijos, que debian componer las doce tribus de Israel. En este momento, ilustrado de la divina luz, prevée lo que debia suceder en los siglos futuros, y predice á cada uno de ellos lo que la Providencia les destinaba. Cuando llegó á su hijo Judá le anunció que en la Tribu de su nombre habria

siempre ya Reyes, ya Capitanes, ya Magistrados nacidos de su prosapia y de su sangre, hasta el dia en que el Mesías tan deseado de las naciones se dejase ver.

Es de notar que la palabra *cetro*, que el uso de nuestra lengua podria hacer tomar por sola la dignidad real, significa en lenguage de la sagrada Escritura el poder, la autoridad y la magistratura en general; como se advierte en muchos de los libros sagrados. Con esta explicacion los términos de la profecía son claros, y los dos artículos que comprende se han verificado. Es cierto que el pueblo de Dios ha sido gobernado constantemente por Reyes de la línea de Judá desde David hasta el tiempo del Rey Sedecías, en que el pueblo fue llevado cautivo con su Rey á Babilonia; mas es necesario advertir que aunque en esta cautividad el pueblo judío estuvo bajo la dominacion del Rey de Asiria su vencedor, conservaba sus gefes y sus magistrados, y tenia aun el poder de la vida y de la muerte. Las tribus de Leví y de Benjamin no eran nada respecto á la de Judá, que se hallaba mas poderosa y mas numerosa: tenia siempre la precedencia y la preeminencia sobre las otras, y las conservó siempre hasta el tiempo de Jesucristo, que vino al mundo en el reinado de Augusto, y murió en el de Tiberio; en cuyo tiempo la Judéa habia llegado á ser provincia del imperio, y aun tenia un gobernador romano. Poco tiempo despues sobrevino un diluvio de males sobre los judíos, que fueron de tal modo destruidos y dispersos, que ya no formaron en lo sucesivo cuerpo entre las naciones de la tierra. Así como el cetro y el gobierno permanecieron siempre en la tribu de Judá hasta la venida de Jesucristo, asi ha per-

dido uno y otro despues de su muerte. De que se sigue que Jesucristo es el deseado de las naciones anunciado por Jacob.

## PROFECÍA DE DANIEL,

### *sobre la venida del Mesias, y sobre muchos acontecimientos que se han cumplido en la venida de Jesucristo.*

El Profeta Daniel, que fue conducido cautivo á Babilonia, era un príncipe de la familia real de Judá, que vivia en el reinado de Baltasar, 600 años antes de Jesucristo. Este, en el capítulo IX, dice que estando en oracion implorando las misericordias del Señor, el angel Gabriel voló ácia él y le tocó. Ponemos aqui sus mismas palabras:

*Y cuando aun estaba yo hablando, y orando, y confesando mis pecados, y los pecados de mi pueblo de Israel, y ofrecía postrado mis ruegos delante de mi Dios por el santo monte de mi Dios: estando aun hablando en mi oracion, hé aqui Gabriel, el varon á quien al principio habia visto en la vision, volando arrebatadamente me tocó en la hora del sacrificio de la tarde. Y me instruyó, y me habló, y dijo: Daniel, ahora he salido para instruirte y para que tú entendieses. Desde el principio de tus ruegos salió la palabra: y yo he venido para mostrártela, porque eres varon de deseos: tú, pues, está atento á la palabra, y entiende la vision. Se han abreviado setenta semanas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para que fenezca la prevaricacion y tenga fin el pecado, y sea borrada la maldad, y sea traida justicia perdurable, y tenga cumplimiento la vision y la profecía, y sea ungido el Santo de los Santos. Sabe, pues, y nota aten-*

*tamente: desde la salida de la palabra para que Jerusalen sea otra vez edificada, hasta Cristo Príncipe, serán siete semanas, y sesenta y dos semanas: y de nuevo será edificada la plaza, y los muros en tiempos de angustia. Y despues de sesenta y dos semanas será muerto el Cristo: y no será mas suyo el pueblo que le negará. Y un pueblo con un caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario: y su fin estrago, y despues del fin de la guerra vendrá la desolacion decretada. Y afirmará su alianza con muchos en una semana: y en medio de esta semana cesará la hostia y el sacrificio: y será en el templo la abominacion de la desolacion: y durará la desolacion hasta la consumacion y el fin.* Dan. cap. IX. v. 20 y sig.

### REFLEXIONES.

Es de mucho consuelo para el cristiano ver al autor y consumador de su fé anunciado cinco siglos antes de su nacimiento. Aunque no todos los sábios se conforman en el cálculo de las setenta semanas, convienen todos en que esta profecía es relativa al Mesías, y que ha pasado el tiempo en que debia verificarse; pero si hay alguna obscuridad respecto á la cronología, la Providencia nos ha indemnizado por otros rasgos luminosos.

En efecto, por poco que se reflexione se conoce, sin poderlo dudar, que Jesucristo es aquel de quien habla Daniel: él ha sido justamente llamado el Santo de los Santos, el Cristo ó el Ungido del Señor: él ha destruido el pecado, ha sido mediador de una nueva alianza entre Dios y los hombres, y por medio del sacrificio de la Cruz ha hecho inútiles las oblaciones, y cesar los sacrificios de la ley antigua. Todas las

profecías y visiones se han cumplido en él; y asi se vé evidentemente que él es aquella justicia eterna que debia venir sobre la tierra. Por estas palabras: *el pueblo que negará al Cristo no será mas su pueblo*, se conoce distintamente á los judíos que dando muerte al Salvador atrajeron sobre sí la cólera del cielo. Lo que aun añade el Profeta es bien digno de notarse. Dice que despues de la muerte del Cristo, *un pueblo con un caudillo que vendrá destruirá la ciudad y el santuario: y su fin estrago, y despues del fin de la guerra vendrá la desolacion decretada.*

Se sabe positivamente por los autores paganos, judíos y cristianos, que estas amenazas se cumplieron cuarenta años despues de la muerte de Jesucristo. Las legiones romanas mandadas por Tito, hijo del emperador Vespasiano, fueron á sitiar á Jerusalen. Toda la ciudad quedo arruinada, y el templo mismo abrasado, a pesar de los esfuerzos de Tito para conservarle. La desolacion fue tan grande entre los judíos en esta espantosa guerra, que se veian degollar los unos á los otros: pereció una innumerable multitud por el hierro enemigo; y el resto de esta miserable nacion fue llevado cautivo, continuando siempre sus desgracias despues de diez y ocho siglos. No se vé ya en este pueblo ninguna forma de gobierno ni de republica: se halla disperso sin conductor, sin templo, sin sacrificio, y hecho el objeto del desprecio de las naciones.

Todos estos acontecimientos forman el desenlace de la profecía, y la diferencia de los cálculos en nada perjudica a su evidencia. En cualquiera época que se comience y en cualquiera punto que se finalice, siempre es constante que las setenta semanas se pasaron. Por

otra parte, todo lo que este oráculo ánuncia se verificó á la letra: el santo de los santos se dejó ver y sufrió la muerte: el templo y los muros de Jerusalen fueron destruidos; las oblaciones y ceremonias judáicas cesaron; ¿es necesario mas para convencer á un entendimiento que discurre?

## PROFECÍA DE MIQUEAS,

### *que anuncia el nacimiento del Mesías en Belen, donde nació Jesucristo.*

El Profeta Miqueas, que ha dado esta profecía, no es tan antiguo como otro Profeta del mismo nombre: este, que era de Morasthi en la tribu de Judá, y existió en el reinado de Ezequías rey de Judá, 650 años antes de Jesucristo, se explica asi en el cap. V. vers. 2. *Y tú, Belen Efrata, pequeña eres entre las ciudades de Judá, pero de tí saldrá el que debe reinar en Israel, cuya generacion es desde el principio de la eternidad.*

#### REFLEXIONES.

La profecía de Miqueas anuncia aqui bien claramente la venida y el reinado del Mesías. Los antiguos judios siempre han estado persuadidos de que este oráculo tenia por objeto al Redentor, y designaba el lugar de su nacimiento. La respuesta que los príncipes de los sacerdotes y los doctores de la ley dieron á Herodes, es una prueba bien palpable de ello. Jesucristo nacio en Belen; y de todos los que salieron de este pueblo y de todos los demas lugares del mundo, solo el puede ser llamado Dominador de Israel, y cuya generacion es desde el prin-

cipio de la eternidad. Es constante, por otra parte, que Belen ya no existe; por consiguiente la profecía de Miquéas se verificó en Jesucristo.

## PROFECÍA DE ZACARÍAS

### *sobre el Mesías, en donde se reconoce la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalen.*

El Profeta Zacarías vivia en tiempo de Zorobabel, príncipe de Judá, 500 años antes de Jesucristo. Su profecía está concebida en estos términos: *Regocíjate mucho, hija de Sion; canta, hija de Jerusalen: mira que tu Rey vendrá á tí justo y salvador: vendrá pobre y sentado sobre una asna, y sobre un pollino hijo de asna; será quebrado el arco de la guerra; hablará paz á las gentes, y su dominacion será de mar á mar, y desde los rios hasta los términos de la tierra.* Cap. IX vers. 9 y 10.

#### REFLEXIONES.

¿Quién es el que leyendo esta profecía no reconoce la entrada de Jesucristo en Jerusalen? Léase el capítulo XXI de san Mateo, y cualquiera admirará la exacta conformidad. En efecto, el Evangelista nos representa á Jesucristo montado sobre un asnillo, y que la madre de este asnillo le seguia. Se verá á todo el pueblo de Jerusalen salirle á recibir, esparcir en el camino por donde pasaba ramos de palmas, y manifestar su regocijo cantando cánticos en su alabanza. Examinando todas las circunstancias de este acontecimiento, se halla en ellas un perfecto y entero cumplimiento de la prediccion de Zacarías; y, á no violentar al texto, no

se puede aplicar á ningun otro mas que á Jesucristo. Solo en el Salvador se puede encontrar el conjunto de justicia, de humillacion, de poder y de paz de que habla el Profeta. El rabino Salomon, segun observa Jaquelot, conviene en que esta profecía no se podia entender de otro que del Mesías, porque se dice en el mismo lugar que el que debe hacer su entrada en Jerusalen, es el mismo que anunciará la paz á las naciones, y cuyo poder se extenderá de un mar á otro, y desde el gran rio hasta las extremidades de la tierra.

## PROFECÍA DE ISAÍAS,

### *en que se vé un retrato de la pasion y muerte de Jesucristo.*

El Profeta Isaías, que es el primero en el orden de los Profetas, era de la familia real de David, y vivia en tiempo de Acaz rey de Judá, 750 años antes de Jesucristo. Su profecía es tan luminosa, que hemos creido deberla poner aqui entera.

*¿Quién ha creido lo que nos ha oido? ¿y el brazo del Señor á quién ha sido revelado? Y subirá como ramito delante de él, y como raiz de tierra sedienta: no hay buen parecer en él ni hermosura; y le vimos, y no era de mirar, y le echamos menos: despreciado, y el postrero de los hombres, varon de dolores, y que sabe de trabajos; y como escondido su rostro y despreciado, por lo que no hicimos aprecio de él. En verdad tomó sobre sí nuestras enfermedades, y él cargó con nuestros dolores; y nosotros le reputamos como leproso, y herido de Dios, y humillado. Mas él fue llagado por nuestras iniquidades, quebrantado fue por*

*nuestros pecados: el castigo para nuestra paz fue sobre él, y con sus cardenales fuimos sanados. Todos nosotros como ovejas nos extraviamos; cada uno se desvió por su camino; y cargó el Señor sobre él la iniquidad de todos nosotros. El se ofreció porque él mismo lo quiso, y no abrió su boca: como oveja será llevado al matadero, y como cordero delante del que lo trasquila enmudecerá y no abrirá su boca. Desde la angustia y desde el juicio fue levantado en alto: ¿su generacion quién la contará? porque fue cortado de la tierra de los vivientes: por la maldad de mi pueblo lo he herido. Y á los impíos dará por su sepultura, y al rico por su muerte: porque no hizo maldad ni hubo malicia en su boca. Y el Señor quiso quebrantarle con trabajos: si ofreciere su alma por el pecado, verá una descendencia muy duradera, y la voluntad del Señor será prosperada por su mano. Por cuanto trabajó su alma, verá y se hartará: aquel mismo Justo mi siervo justificará á muchos con su ciencia, y él llevará sobre sí los pecados de ellos. Por tanto le daré por su porcion á muchos, y repartirá los despojos de los fuertes, porque entregó su alma á la muerte, y con los malvados fue contado; y él cargó con los pecados de muchos, y por los transgresores rogó.* (Cap. LIII vers. 1 y sig.)

REFLEXIONES.

¿Puede presentársenos una imágen mas natural ni mas patente de la pasion de Jesucristo? ¿No se siente movido y enternecido todo cristiano que tiene fé al leer estas palabras del Profeta Isaías? Él hace mencion de un hombre que subirá delante de Dios como un ramito; que fue desconocido porque no tenia cosa alguna que llamase la atencion; dice que Dios le ha heri-

do, y que fue llagado por nuestras iniquidades, no obstante que era del todo inocente: añade que este hombre, cuyo rostro estaba como escondido, tomó sobre sí nuestras enfermedades, que se ofreció voluntariamente en sacrificio por nuestros pecados, y que con sus cardenales fuimos sanados. Recórranse todas las historias del mundo á ver si se encuentra un hombre tal como el que pinta el Profeta, y si hay otro que Jesucristo á quien se pueda aplicar este oráculo. Aunque oriundo de una familia ilustre, su pobreza y sus humillaciones le han hecho mirar con desprecio: él ha sido condenado por los jueces; ha muerto por expiar el pecado; y su sangre vino á ser el baño saludable que nos cura y purifica. Si se atiende á este conjunto de grandeza y de humillacion que el Profeta distingue en el mismo sugeto, se convendrá en que ideas tan contrarias nada tienen de humano, y que no se pueden entender sino de Jesucristo.

¿Cuánta ilustracion y luz no hallaremos al fin de esta profecía? Isaías predice que la misma persona que habrá ofrecido su vida en oblacion, verá el fruto de su sacrificio; que Dios le dará una dichosa posteridad, y que justificará á un gran número de hombres por medio de su doctrina. ¿Puede darse un distintivo mayor? Se sabe que Jesucristo despues de su muerte ha tenido en el pueblo cristiano un gran numero de discípulos que se llaman hijos suyos: es constante que muchos han dejado sus ídolos, y han sido justificados por el conocimiento que Jesucristo les ha dado de su doctrina, y por la fé en su nombre.

Todo lo que dice el Profeta es tan claro, tan perceptible y tan conexo, que mas bien parece un Evangelista que un Profeta, como lo obser-

va S. Gerónimo. La inocencia de aquel de quien habla, en cuya boca no se halla mentira alguna; la súplica que hace por los transgresores de su ley; la sepultura que se le dá entre los ricos, á pesar de habérsele condenado á colocarle entre los malvados: aquella exclamacion que hace el Profeta, *¿quién contará su generacion?* son rasgos tan luminosos, que sería necesario ser tan ciego como los judíos para no reconocer en ellos á Jesucristo. Cada caracter que traza Isaías le designa; pero esta perfecta conformidad de la profecía con su historia, forma una demostracion para todo el que ame la verdad.

## PROFECÍA DE ISAÍAS
### *sobre la conversion de los gentiles.*

*El Señor me dijo: Poco es que seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y convertir las heces de Israel. Hé aquí que yo te he establecido para que seas luz de las naciones, y seas mi salud hasta los extremos de la tierra* (cap. XLIX v. 6). *Por Sion no callaré, y por Jerusalen no sosegaré hasta que salga su Justo como resplandor, y su Salvador sea encendido como antorcha. Y verán las gentes á tu Justo, y todos los reyes á tu Inclito; y te será puesto un nombre nuevo que el Señor nombrará con su boca* (cap. LXII vers. 1 y 2). *Y pondré una señal en ellos, y de los que fueren salvos yo enviaré á las gentes al mar, al Africa y á la Lidia, tiradores de flechas; á la Italia y á la Grecia, á las islas de lejos, á aquellos que no oyeron de mí y no vieron mi gloria. Y anunciarán mi gloria á las gentes* (cap. LXVI vers. 19).

REFLEXIONES.

Casi todos los profetas han predicho, como

Isaías, que la conversion de los gentiles sería obra del Mesías; que las naciones verían su gloria y se someterían á su poder. Este es el gran prodigio de que el mundo entero es testigo, que demuestra evidentemente que Jesucristo es el Redentor anunciado por los profetas: él tiene la gloria de haber sido el doctor y el gefe de las naciones. Cuando vino al mundo, la impiedad y la idolatría reinaban en todas partes: no se veían sino templos consagrados á falsas divinidades. La Judea era el único pais en donde era adorado el verdadero Dios. Despues de la muerte de Jesucristo los apóstoles llevaron su Religion á todas las partes del mundo; el Evangelio penetró en las islas mas inaccesibles; las regiones salvages recibieron la luz celestial; los ídolos fueron despedazados, y abolido el culto de los dioses falsos. Hoy ya no hay distincion entre los judíos y los otros pueblos; y el conocimiento del verdadero Dios es comun á todas las naciones. Asi como Jesucristo ha disipado las tinieblas é ilustrado el universo, se reconoce visiblemente que él es el enviado de Dios de quien habla el profeta Isaías, que debe enseñar la justicia á los gentiles.

## PROFECÍA DE ISAÍAS

### *sobre la ceguedad de los judíos.*

*El Señor* (dice este Profeta cap. XXIX vers. 10) *os dará á beber espíritu de letargo, cerrará vuestros ojos, pondrá velo á vuestros profetas y príncipes que ven las visiones. Y será para vosotros la vision de todos como las palabras de un libro sellado, que cuando lo dieren al que sabe leer le dirán: Lee aquí; y responderá: no puedo, porque*

*está sellado.* Y en los versículos 13 y 14 del mismo capítulo: *Y dijo el Señor: Porque este pueblo se me acerca con su boca, y con sus labios me honra, mas su corazon está lejos de mí, y me dieron culto segun mandatos y doctrinas de hombres: por tanto hé aquí que yo excitaré de nuevo la admiracion de este pueblo con un prodigio grande y espantoso: porque perecerá el saber de sus sabios, y desaparecerá la inteligencia de sus prudentes.*

### REFLEXIONES.

No se nos puede presentar la ceguedad del pueblo judío con una pintura mas viva. Esta nacion, la mas ilustrada en otro tiempo tocante á la Religion, nada conoce ya en esta materia. Tiene en sus manos las santas Escrituras y no las entiende; las tinieblas han succedido á la luz; el oprobio en que están los judíos tanto tiempo ha, debería haberles abierto los ojos; pero se les vé siempre los mismos: y muy distantes de sonrojarse del crímen que han cometido negando y haciendo morir al Santo de los Santos, aplauden la iniquidad de sus antepasados. No solamente no tienen ya aquel espíritu profético, que era el principal distintivo de su eleccion, sino que se ve entre ellos una ignorancia y una confusion tan grande, que sus rabinos no saben ya á qué atenerse. El espíritu de la verdad no existe ya entre ellos; las promesas sobre que apoyaban sus esperanzas se han desvanecido; perdidos en un abismo de contradicciones, no conocen ya cosa alguna en los tiempos que les están señalados por las profecías. En el Talmud, que es una explicacion de sus antiguos rabinos sobre la ley y las ceremonias, y el comentario mas auténtico y mas respetado que

hay entre ellos, han inserrado las palabras siguientes: *Todos los términos que estaban señalados para la venida del Mesías se han pasado*; y de comun acuerdo han añadido estas otras: *Malditos los que computan los tiempos de la venida del Mesías.* De este modo ellos han renunciado á las profecías, que sin embargo conservan cuidadosamente como dictadas por el Espíritu Santo; pero en el mismo hecho de renunciarlas les están dando cumplimiento, y manifiestan la verdad de lo que ellas dicen de su ceguedad y de su ruina. (*Bossuet* Hist. univ. c. 23)

## PROFECÍAS DE AMÓS Y DE JEREMÍAS

### *sobre la dispersion y envilecimiento de los judíos.*

El profeta Amós no era sino un simple pastor que vivia en el reinado de Ozías rey de Judá, y de Jeroboam rey de Israel, 786 años ántes de Jesucristo. El Profeta Jeremías hijo de Helcías, uno de los sacerdotes establecidos en Anathoth en la tribu de Benjamin, floreció en el reinado de Josías, 600 años antes de la venida de Jesucristo. El Profeta Amós se explica así en el cap. IX vers. 8 y 9.

*He aquí los ojos del Señor están sobre el reino pecador, y lo destruiré de la haz de la tierra: no obstante, destruyéndolo no destruiré del todo la casa de Jacob, dice el Señor. Pues he aquí, yo mandaré y haré que la casa de Israel sea agitada entre todas las gentes, como se criba el trigo en un harnero, y no caerá en tierra ni una piedrecita.*

*Y los dispersaré* (dice Jeremías cap. IX vers. 16, y XXIV vers. 9) *entre las gentes que no cono-*

*cieron ellos ni sus padres; y enviaré detras de ellos el cuchillo hasta que sean consumidos. Y los entregaré á la vejacion y afliccion en todos los reinos de la tierra; para oprobrio, y parábola, y proverbio, y maldicion en todos los lugares á donde los eché.*

REFLEXIONES.

Ha sucedido lo que los Profetas habian predicho; y el estado de los judíos errantes por toda la tierra, es un espectáculo que debe hacer impresion en cualquier hombre que reflexione. Mientras que esta nacion ha sido depositaria de los libros sagrados, ha formado un cuerpo; mas despues que ha venido el Mesías y se han cumplido todas las profecías, ha sido dispersada por todos los climas, en donde Dios la conserva desde largo tiempo de un modo milagroso. Ya no se ven aquellos antiguos pueblos, tan célebres en las historias, los egipcios, los caldeos, los griegos, los atenienses y los romanos: todos estos pueblos se han confundido, y no quedan de ellos los menores vestigios. Solos los judíos subsisten, y han intentado reunirse muchas veces: un poder enemigo de los cristianos ha hecho sus esfuerzos para protegerlos, como diremos adelante: pero la misma mano que los dispersó, los ha rechazado siempre. La Providencia los ha esparcido entre las naciones, para que sean testigos de la divinidad de las Santas Escrituras; la humillacion en que se les ve entre todos los pueblos, y el caracter de reprobacion que llevan consigo, justifican la verdad de las profecías, y son unas pruebas tanto mas convincentes, cuanto se tienen continuamente á la vista.

Yo apelo aqui al dictamen de cualquiera persona imparcial á quien no haya cegado el es-

píritu de partido: ¿se puede desconocer la evidencia de estos oráculos? ¿No se reconoce en ellos el lenguage de un Dios que quiere dar á los hombres las pruebas mas sólidas de que él ha hablado? Con sentimiento omitimos un gran número de estos oráculos esparcidos en todos los libros sagrados, en que se ve claramente el retrato de Jesucristo: está tan caracterizado en ellos, que no se le puede desconocer. Se anuncia su santo Precursor; se dice que descenderá de la familia de David, y que nacerá de una Virgen. Al leer estos pasages en que se habla del Mesías, se creería leer la vida de Jesucristo, tan perfecta es su semejanza, como lo harán conocer algunos ejemplos.

Zacarías (cap. XI v. 12 y 14) señala expresamente los treinta dineros que al desgraciado Judas le habia de valer su traicion; y especifica distintamente el objeto en que se habia de emplear esta suma. *Entonces pesarán*, dice, *treinta monedas de dinero que me darán por mi recompensa, y el Señor me dijo: Anda, arroja esa buena suma que han creido que yo valgo cuando me pusieron en precio en casa de un alfarero.*

Isaías nos instruye (cap. XXXV vers. 4) de sus milagros en estos términos: *El mismo Dios vendrá y os salvará: entonces los ojos de los ciegos verán la luz; los oidos de los sordos se abrirán; los cojos saltarán como el ciervo, y la lengua de los mudos será desatada.*

El mismo Profeta añade (cap. XI vers. 1) que él será gefe de todo un pueblo, que se le harán oraciones, y que su sepulcro será glorioso. He aqui sus palabras: *En aquel dia el renuevo de Jesé estará expuesto como una bandera á la vista de los pueblos; las naciones vendrán á dirigirle sus súplicas, y su sepulcro será glorioso.*

David presagia la clase de suplicio que habria de sufrir: vé sus pies y manos taladrados, sus vestidos repartidos, y sorteada su túnica. Dice que le darán hiel por comida, y habla de su resurreccion y de su ascension. El texto nos dará mejor idea de todo. "Horadaron mis manos »y mis pies, y contaron todos mis huesos. *Salm.* »21 *v.* 18 y 19. = Me dieron hiel por comida, »y en mi sed me dieron á beber vinagre. *Salm.* »68 *v.* 22. = Se repartieron mis vestiduras, y »sobre mi ropa echaron suerte. *Salm.* 21 *v.* »19. = No permitirás que tu Santo vea la cor»rupcion. *Salm.* 15 *v.* 10. = Y en el *Salm.* 67 »*v.* 19: Subísteis á lo alto, y llevásteis con Vos »los cautivos que habíais librado."

¿No son estos los mismos rasgos de que se sirven los sagrados historiadores en la historia de Jesucristo? Su vida, su muerte, su resurreccion y su ascension ¿pueden estar mas bien circunstanciadas? No hay que admirarse de que tan magníficas profecías hayan abierto los ojos á una infinidad de hombres sepultados en las tinieblas. San Justino, que habia sido del número de los filósofos, dice en su diálogo con el judío Trifon, que él abrazó la religion cristiana movido de la lectura de estos libros profeticos, y en vista del manifiesto cumplimiento de todo lo que habia sido predicho.

Orígenes, que desde el siglo segundo se hizo tan célebre por sus escritos, nos enseña que muchos paganos se convirtieron movidos de estas predicciones. "Nosotros (dice) vemos todos »los dias muchos de ellos que, excitados y con»vencidos por el cumplimiento de las profecias »en Jesucristo, vienen á reconocerle y adorar»le. Se sienten llenos de pasmo y admiracion »al ver tantos Profetas que precedieron á Jesu-

»cristo tantos siglos, anunciar el lugar de su »nacimiento, el pais en donde pasó su infancia, »los efectos maravillosos de su doctrina, los »milagros que obró; y en fin, todas las circuns»tancias de su pasion y de su muerte, vencida »despues y destruida por su resurreccion."

Cuanta mas conformidad tienen las profecías con la historia Evangélica, tantos mas esfuerzos hace el incrédulo para obscurecerlas; y esto es lo que me empeña á dar aqui explicaciones que harán conocer la fuerza de estos testimonios divinos, y que las pondrán á cubierto de todos los ataques.

## CAPÍTULO XIV.

*Explicaciones sobre las profecías que ofrecen muchas dificultades.*

Una série de predicciones tan palpables y tan conexas entre sí, tienen alguna cosa de sorprendente para cualquiera que las considere sin preocupacion. Aun cuando las hubiera hecho un solo hombre, tendrian una fuerza infinita; mas es una série de hombres por el espacio de casi cuatro mil años los que creen en el Mesías y hacen de él objeto de sus predicaciones; y así no hay incrédulo, por sutil que sea, que pueda resistir á la solidez de esta prueba. En efecto, ¿qué pueden alegar los incrédulos? ¿Dirán que este es efecto del acaso? Pero por poca razon que les quede, ¿no ven que tantos hombres tan distantes unos de otros, que vivieron en tiempos tan diferentes, no han podido pronunciar oraculos tan exactos y en tan gran numero, sin un conocimiento sobrenatural? Porque no

se trata solamente de algunos hechos particulares sobre la vida del Salvador, que hubieran podido coincidir felizmente unos con otros; es un encadenamiento de circunstancias que se dan mútuamente la mano, es su historia desde su nacimiento hasta su ascension, la que se halla menudamente descrita por diferentes personas, que todas se proponen un mismo objeto. Ciertamente una obra semejante, por mas que se diga, nada tiene de humano, y solo un Dios puede ser su autor.

¿Nos dirán que estas predicciones fueron inventadas despues de verificados los hechos? Esto sería querer trastornar la tradicion. Los historiadores profanos testifican que estas profecías eran publicadas y conocidas por toda la tierra en tiempos en que no se hacía mencion alguna de cristianos: los judíos mismos, nuestros mas mortales enemigos, son garantes de esta verdad, y confiesan que estas profecías eran leidas en las Sinagogas mucho tiempo antes del nacimiento de Jesucristo. ¿Dirán, por último, con los judíos, que ellas presentan muchos sentidos, y que se pueden aplicar á otros mas que á Jesucristo? Serían bien dignos de lástima si su ceguedad llegase hasta tanto. La explicacion que los judíos han hecho de las profecías, lejos de perjudicar á la causa cristiana la favorecen; y nada manifiesta mejor cuán funestas son á los hombres las preocupaciones y las pasiones que la conducta que ha observado el ingrato pueblo de que hablamos.

A la primer lectura de las profecías, Jesucristo se manifiesta abiertamente: no hay necesidad de violentar la letra; sin añadir ni quitar, el objeto se presenta naturalmente. Los escritos proféticos son una historia anticipada

del Evangelio: todo se explica, todo es consecutivo; y en fijándose sobre estos puntos, se allanan las dificultades.

¿Qué han hecho los judíos? No queriendo reconocer en Jesucristo al Mesías, por razones que luego diremos, sus rabinos han inventado mil y mil sutilezas, y se han cegado por no querer abrir los ojos á la luz. La razon exije que en la explicacion de un texto dudoso se prefiera el sentido natural, y que se explique de un modo favorable al autor, especialmente cuando se presenta un medio de salvarle de la contradiccion. Los rabinos han abandonado esta regla, y no han seguido sino su imaginacion extraviada. Obligados por la fuerza y por la multitud de las profecías, han desechado el sentido natural, y han mudado la significacion sin respetar à sus Profetas: los han hecho caer en contradicciones evidentes, y muchas veces los han hecho decir extravagancias que nadie imaginaría si no tuviéramos pruebas convincentes de ello. Nada les ha espantado, y han querido mas renunciar al sentido comun y desviarse del modo de pensar de sus mayores, que convenir con nosotros en la verdad.

Me guardaré de entrar aqui en las explicaciones rabínicas; porque ademas de que piden refutaciones que me dilatarían demasiado, causaría fastidio á mi lector si me detuviese en ellas un solo momento. L'Abbadie, Jaquelot, el P. Baltus, el presbítero de Houtteville, y muchos otros han manifestado su ridiculez; y no se puede comprender como semejantes ideas pueden caber en la imaginacion de hombres que no han perdido enteramente el juicio. La incredulidad de los judíos y su ceguedad están anunciadas en los sagrados libros, y por consiguiente se

debe contar con ellas; pero véanse ademas otros hechos tanto mas convincentes contra ellos, cuanto que están apoyados en autoridades que no se pueden recusar.

Es cierto, y todos los autores lo atestiguan, que cuando Jesucristo vino al mundo, los judíos estaban esperando su próxima libertad. Conociendo que los tiempos señalados para la venida del Mesías se iban cumpliendo, publicaron abiertamente en la Judéa que los dias de la esperanza llegaban á su término, y que dentro de poco las promesas serían cumplidas. Dos historiadores paganos, que son Tácito y Suetonio, nos dicen: *que se habia esparcido una voz en el Oriente de que iba á parecer un gran Rey, cuya felicidad y dilatado imperio reuniría á todos los pueblos bajo su pacífica dominacion*; *y que este rumor estaba fundado sobre una profecía que se hallaba en los libros de los judíos.* Tac. *Hist. lib. V*; Suet. *in Vespas. c. IV*. Se formó una secta de herodianos, que miraban á Herodes como al Mesías. Esta secta, de que habla el Evangelio, era conocida de los paganos. Perseo y su antiguo comentador (Satir. V. 11) nos enseñan que aun en tiempo de Neron era celebrado el nacimiento de Herodes por sus sectarios con la misma solemnidad que el dia del sábado. Josefo, este autor tan célebre de la nacion judía, llevó su adulacion hasta el extremo de aplicar á Vespasiano la profecía de Jacob, y aun tuvo la temeridad de darle el glorioso título de Cristo. Muchos falsos cristos turbaron la Judéa. Un desgraciado Barcokebas hizo que le siguiesen bajo este concepto, y hubo rabinos que le tributaron los honores debidos al Mesías. De este modo permitio Dios que nuestros mismos enemigos en medio de sus errores estableciesen los

fundamentos de nuestra santa Religion.

Otra señal mas de que las profecías no eran tan obscuras como se quisiera persuadirlo, es que los mismos judíos fueron los que comenzaron á formar la iglesia cristiana. Ocho mil se rindieron á las pruebas que tenian á la vista, y se convirtieron á la predicacion de san Pedro, lo que formó la iglesia de Jerusalen. Estos hombres, pues, tan inclinados al Mesías é instruidos en las santas Escrituras, no habrian adorado como Dios á aquel á quien la Sinagoga habia crucificado, si no hubieran reconocido en él que él era el gran Profeta deseado y esperado hacía tanto tiempo.

Los apóstoles citaban á cada paso los escritos proféticos en prueba de la divinidad del Salvador. Los que entre ellos no quisieron obcecarse, comprendieron que todas las señales le convenian y se reunian en él. La historia del Evangelio era la clave y el verdadero desenlace de las profecías. Jesucristo apareció en el tiempo señalado por Jacob y por Daniel: habia nacido en Belen, segun la prediccion de Miqueas: en su nacimiento habia sido adorado por los reyes Magos, segun la prediccion del santo rey David: la entrada que hizo en Jerusalen se hallaba descrita en Zacarías: los ciegos á quienes dio vista, los cojos y los sordos que curó, justificaban la prediccion de Isaías: los treinta dineros en que fue vendido, sus vestidos repartidos, y su túnica sorteada, no permitian dudar que él fuese el anunciado por todos los Profetas. Tantos rasgos luminosos hubieran debido abrir los ojos á los judíos, y moverlos á adorar á Jesucristo; pero vease en qué consistió su desgracia.

Estos hombres carnales y groseros estaban

imbuidos en las pomposas promesas hechas á la nacion; y se imaginaron que el Mesías se presentaría rodeado del aparato y de la magestad de un gran Monarca, y que haciendo revivir su antiguo esplendor, los colmaría de honores y de riquezas. Preocupados de estas ambiciosas ideas, no quisieron adoptar el sentido de las profecías, y no se detuvieron sino en lo que podia lisonjear su vanidad. Como los Profetas veían al Mesías bajo de dos diferentes respectos, quiero decir, en su vida mortal y en su vida gloriosa, ya lo representaban bajo la figura de un Dios pobre y humillado, abandonado de los hombres, y entregado á los mayores dolores, ya hablaban de él como de un gran Monarca, á cuyos pies se postrarían todas las potestades de la tierra, y cuyo reino jamas tendria fin. Por las primeras expresiones entendian los Profetas la primera venida del Mesías, que era aquel estado pobre y pasible á que él queria reducirse por la salvacion de los hombres; y por las otras expresiones entendian aquel reino espiritual al cual debia extenderse el conocimiento del verdadero Dios, y atraer á Jesucristo una multitud innumerable de fieles adoradores. Como él se dejó ver en un estado tan opuesto á las orgullosas esperanzas de los judíos, y como estas promesas estaban reservadas para los siglos futuros, su estado despreciable en la apariencia, fue para ellos motivo de escandalo. La santidad de su vida, la sublimidad de su doctrina, los prodigios que obró, hicieron muy poca impresion en aquellos hombres que no pensaban sino en la grandeza y esplendor mundano: es verdad que no pudieron desconocer en él un poder superior; pero atribuyeron estos milagros á la virtud de los demonios. Las preocupaciones, el respeto

humano, y una oposicion secreta á los sacrificios que Jesucristo exigía, les hizo sacrificar la verdad al interés personal, y fueron la fuente y orígen de su incredulidad. Viendo que las profecías les eran del todo contrarias tomadas en un sentido fácil y natural, mas quisieron darles explicaciones absurdas, que recibir por Mesías al que se presentaba á sus ojos bajo una exterioridad tan humilde.

A mas de estas razones que indican unos hombres apasionados, hé aquí otra que confundirá para siempre á los judíos. Para eludir la fuerza de las objeciones de los cristianos, duplicaron al Mesías, uno pobre y despreciado, y otro grande, poderoso, conquistador y victorioso. Mas este doble Mesías, desconocido de los autores sagrados, es un subterfugio que manifiesta bien una causa desesperada, que no se sostiene sino con trampas, y con una obstinada incredulidad. Por eso si este pueblo ingrato ha desechado á Jesucristo, no se debe atribuir su obcecacion á la obscuridad de las profecías, sino á las preocupaciones que la carne y la sangre habian formado.

Por lo demas, no decimos que estas profecías tengan el mismo grado de evidencia. Los Profetas han ocultado frecuentemente al Mesías entre sombras, y le han representado bajo una infinidad de figuras sacadas de los hombres grandes de la Ley antigua, á fin de que todo sirviese para hacerle conocer; y este es el motivo por que en ciertos lugares de sus escritos no se explican con tanta claridad como en otros. Hay profecías que no se pueden aplicar á otro que á Jesucristo; pero ha querido Dios ocultar muchas circunstancias de la vida del Salvador bajo imágenes que no siempre manifestasen ex-

presarle claramente, y que algunas veces parecian referirse á otro distinto. Bossuet advierte (en el *Prefacio sobre el Apocalipsis art. XXI*) que aun hay en los libros sagrados algunas profecías sobre Jesucristo que son susceptibles de dos sentidos, y que con frecuencia pasan de repente los Profetas en unos mismos lugares de las cosas humanas á las divinas, y de un objeto simple é histórico á Jesucristo. De este modo un genio disputador podrá fácilmente altercar de mala fé sobre las profecías tomándolas separadamente; pero en reuniéndolas en un cuerpo y comparándolas con el Evangelio, se manifiestan con tanta claridad, que se vé cualquiera precisado, á pesar suyo, á reconocer allí el dedo de Dios. La parte obscura de un oráculo está ilustrada con otro; todos se unen al Evangelio, y forman un cuerpo de luz que ilumina al alma y se apodera del corazon.

Concluyamos este artículo, que es ya demasiado largo, con una advertencia que pone á las profecías en el mayor grado de evidencia. Suponiendo que entre el gran número de profecías hubo algunas obscuras antes que se verificase el acontecimiento, despues que se han cumplido se corrieron los velos, y las nubes se disiparon: la ambigüedad ha desaparecido por los otros acontecimientos que se han seguido á la muerte de Jesucristo. La conversion de los gentiles, la destruccion de Jerusalen y de su templo, la ceguedad de los judíos y su dispersion, tan claramente predichas y cumplidas, fijan el verdadero sentido, y desvanecen todas las dificultades. Asi es como lo pensaba uno de los mayores ingenios que se han visto desde el nacimiento del cristianismo; hablo de san Agustin. "Se convence á los judíos (dice este gran

»doctor en su *lib. XII cap. 44 cont. Faust.*) no »solo por la conversion manifiesta de los genti»les (que la Escritura, reconocida por los judíos, »ha predicho, y que es tan conocida en el mun»do que hiere la vista de los mas obstinados); »sino tambien por todo lo que se ha visto acae»cerle al pueblo judío: la destruccion de su »templo, la abolicion de sus sacrificios y de los »sacrificadores, y todas las otras cosas que Da»niel habia predicho que debian suceder cuan»do el Santo de los Santos fuese ungido."

Estas aclaraciones eran precisas; pero no bastan: es necesario demostrar ahora la divinidad de las profecías.

## CAPITULO XV.

### *De la divinidad de las profecías.*

La Religion cristiana es la única que puede alabarse de haber sido anunciada antes de su origen, y ella sola es la que posee aquel glorioso título de divinidad que la distinguirá siempre de las demas religiones. Jesucristo, su cabeza y su autor, fue anunciado por muchos Profetas que le siguieron paso á paso desde su cuna hasta su ascension, y que nos trazan la historia de su vida; y asi para abrir los ojos y para persuadir, no hay cosa mas propia que estas magníficas profecías de que hablamos.

En efecto, no se trata aqui de unos acontecimientos que puedan prever los hombres; como ciertos efectos físicos dimanados de causas naturales: tampoco son conjeturas aventuradas sobre cosas que tienen conexion con lo pasado y aun con lo presente; como, por ejemplo, un as-

trónomo que con un estudio constante de los astros podrá predecir los cometas, los eclipses del sol y de la luna mucho tiempo antes que sucedan: un piloto versado en su arte, que podrá anunciar una tempestad en medio de una profunda calma, ó un médico hábil, perfectamente instruido en la estructura del cuerpo humano podrá conocer por algunos indicios lo que aflije á su enfermo: en todo esto nada hay de divino, y se puede saber sin ser Profeta: esto es, cuando mas, conocer las leyes de la naturaleza y de la mecánica del universo. Pero anunciar el nacimiento de un hombre muchos siglos antes que suceda; indicar por menor las circunstancias que acompañarán su vida y su muerte; he aqui lo que excede la capacidad del entendimiento humano, y solo la vista de Dios puede penetrar en los siglos futuros, y descorrer el velo impenetrable que oculta el nacimiento y el destino de los que él hará nacer en la succesion de los tiempos. Es asi que las profecías que se acaban de presentar, anunciaron el nacimiento de Jesucristo, su vida, sus trabajos y su muerte muchos siglos antes que sucediesen; luego estas predicciones son evidentemente la obra de un Dios que por estos divinos testimonios ha querido darnos pruebas incontestables de la divinidad de la Religion cristiana.

Este argumento no es un sofisma; es sólido y concluyente: y asi el incrédulo que conoce su fuerza, no puede evadirse de él sino desechando el sagrado libro como obra de la impostura; pero en vano se imagina poder escapar ó eludir su evidencia por medio de suposiciones insostenibles que nada cuestan. Tenemos á la mano pruebas invencibles que disipan todas las sospechas, y que asegurarán siempre á la

religion de Jesucristo los respetos y homenages de aquellos que buscan la verdad para abrazarla.

## CAPÍTULO XVI.

*El antiguo Testamento es de los mas auténticos, y está marcado con caractéres de divinidad.*

Como el antiguo Testamento contiene los primeros fundamentos de la Religion, ha querido Dios marcarle con tantos caractéres de divinidad, que se vé cualquiera obligado, á pesar suyo, á reconocer en él la obra de Dios. En efecto, no hay sino un Dios infinitamente poderoso que pueda penetrar en lo futuro, y hacer que lo que él predice suceda precisamente en el tiempo señalado, en medio de todos los obstáculos que los hombres pudieran oponer: es asi que en el antiguo Testamento se halla un gran número de predicciones, que han sido cumplidas en el mismo punto y del mismo modo que habian sido predichas; luego ellas son la obra de un Dios infinitamente sábio.

Las profecías que se han expuesto son tan claras y en tan gran número, que sería necesario obcecarse para no convenir en ellas: el solo recurso, pues, que le queda al incrédulo, es decir que el libro que las contiene es supuesto: pero ¿tendrá la temeridad de sostener esto por mucho tiempo? Los judíos y los cristianos atestiguan su autenticidad; y querer disputar sin fundamento alguno sobre la deposicion de los dos pueblos mas respetables del universo, ¿no es disputar vagamente, y desechar la autoridad mas persuasiva que el entendimiento humano pudiera desear? Sin embargo, profundicemos es-

te punto esencial, pues que asi se quiere; en ello la causa del cristiano no dejará de quedar mas triunfante.

O la suposicion de que se habla ha sido hecha antes de Jesucristo, ó despues de su nacimiento; pero uno y otro es imposible. 1.º Es imposible que el antiguo Testamento haya sido supuesto antes de Jesucristo. ¿Cómo un impostor hubiera inventado y dictado profecías sobre su nacimiento, su vida y su muerte, descritas y circunstanciadas como las vemos? ¿De donde le habria venido semejante idea? Y si lo habia hecho sin designio, ¿cómo la casualidad las hubiera hecho tan exactas? Se ha visto ya que estas predicciones han sido anunciadas por un gran número de Profetas, que todos se han propuesto el mismo objeto, y que por consiguiente la casualidad no pudo tener en ello la menor parte. Esto es tan evidente, que sería supérfluo detenerse mas sobre este punto. Véase, pues, al incrédulo obligado á decir que el antiguo Testamento ha sido forjado despues de Jesucristo. Pero ¿en qué apuro no se va á meter, pues que es cierto que los judíos existian mucho tiempo antes que los cristianos, que no cuentan de existencia mas que diez y ocho siglos? Estos judíos, esparcidos en todas las regiones del mundo, viven aun en la esperanza de un Mesias; ellos tienen un culto y unas leyes que observan en todo su rigor. Ahora, pues, yo pregunto al incrédulo, ¿quién es el que les ha dado esta Religion tan profundamente arraigada en sus almas, que ni las persecuciones, ni los tormentos han podido arrancar de sus corazones? Si dice que la han tomado de sí mismos, la tradicion va á alzarse contra él. Todos los autores paganos atestiguan que ellos la han recibido de Moi-

sés, el mas antiguo de los legisladores; y que esta nacion siempre ha tenido la esperanza de un Mesías, fundada en un libro á quien ella atribuye caractéres divinos; sin embargo, como no se debe descuidar nada de cuanto pueda contribuir á la persuasion, queremos entrar en la sospecha del incrédulo. Veamos, pues, si los cristianos son los que han engañado á los judíos, y si estos dos pueblos se habrian aunado para engañarnos.

El nuevo Testamento no es mas que la explicacion del antiguo: él es glorioso para el cristiano, y deshonroso para el judío; y la sospecha de que se trata choca á primera vista con el buen sentido, y parece imposible. Se trata de componer un libro de grande extension, y de hacerle cuadrar con el nuevo Testamento: porque no bastaba á los cristianos forjar las profecías antiguas y modernas; era necesario tambien componer los salmos, el libro de Moisés, y casi todas las escrituras de los judíos: el enlace que tienen unos con otros no permite que marchen separados. Ademas de esto, era necesario traducir estos libros en siriaco, caldeo y hebreo: era necesario recorrer todas las bibliotecas, insertar lo que concierne á los judíos en todos los autores paganos; como en Ciceron, Horacio, Estrabon, Tácito, Salustio y Suetonio, que hablan de los judíos y de sus leyes. ¿Qué empresa para unos hombres que no tienen otros intereses que el de engañar? ¿Una operacion tan dificil se puede hacer sin estrépito, y sin que se perciba? Por otra parte, ¿es verosimil que unos impostores de la clase que se les supone, sean autores de un libro cuya doctrina es tan sublime, cuya moral es tan santa, y en el cual se descubren rasgos de la mas extraor-

dinaria sabiduría, y se encuentran en todo él los mas excelentes ejemplos de virtud? Nadie se persuadirá nunca de que el espíritu de piedad y de celo que reina en las santas escrituras sean obra de un corazon corrompido y entregado á la iniquidad. Pero dejemos tambien este punto tan contrario á la experiencia, y supongamos por un momento á estos hombres bastante diestros y constantes para llevar hasta el fin este proyecto artificioso: resta siempre una dificultad, de la cual jamas se desenredará el incrédulo con todas sus sutilezas.

No consiste todo en haber compuesto una obra tal como la de que hablamos, y en que los cristianos hayan ganado la confianza de algunos judíos; es necesario tambien hacerle pasar á manos de toda la nacion, y decidirla á que la reciba como un escrito divino, inspirado por Dios á Moisés y á los Profetas: es necesario que todos los judíos le adopten sin violencia, y se dejen seducir todos en un momento de tal suerte que se haga sin estrépito. ¿Llegan á tanto la astucia y el artificio? ¿Cómo hacer aceptar á todo un pueblo un libro del que jamas habia oido hablar, en el que se halla descrita la vida de sus antiguos padres, y en el que se leen los años de gemidos y de lágrimas que ellos han pasado en los mas vergonzosos cautiverios? ¿Cómo hacer abrazar sin autoridad alguna tantas leyes y prácticas penosas? Un cristiano ó un judío que se hubiese atrevido á presentar semejante libro, ¿no hubiera sido desechado como un visionario y un insensato? La nacion judáica ¿hubiera querido recibir el antiguo Testamento de mano de los cristianos, que se han servido siempre de él para probarle que crucificando á Jesucristo ha hecho morir al Me-

sías, al enviado de Dios? ¿No hubiera sido esto colmar de honor á los cristianos y cubrirse á sí misma de confusion? A la verdad que repugnan á la razon tan extravagantes suposiciones.

No sería menos ridículo decir, como ciertos ingenios, que los apóstoles acomodaron la vida de Jesucristo á las profecías. A mas de que nunca los judíos se atrevieron á decirlo, la mayor parte de estas predicciones son tales, que ningun hombre, por mas diestro y hábil que quiera suponérsele, hubiera sido capaz de hacer semejante aplicacion; como, por ejemplo, lo que mira al tiempo y al lugar del nacimiento de Jesucristo, al género de su suplicio, y á las circunstancias de su pasion. Estos hechos han sido tan públicos, que hubiera sido imposible engañar acerca de ellos. Por otra parte, los acontecimientos que se siguieron á su muerte, como la conversion de los gentiles, la destruccion de Jerusalen, la dispersion de los judíos, predichas y verificadas, desvanecen enteramente toda sospecha.

Si hubiese habido fraude, los paganos, enemigos de los dos pueblos, no hubieran dejado de aprovecharse de semejantes supercherías tan á propósito para extender la idolatría. Sin embargo, no se ha visto que ninguno hablase de esto. Es verdad que en lo succesivo algunos de ellos se convencieron tanto de la evidencia de las profecías, y aun estaban tan persuadidos de que probaban la Religion cristiana, que no pudiendo escapar de las consecuencias que de aqui emanaban, se vieron precisados á decir que las profecías habian sido hechas despues del nacimiento de Jesucristo; y esta era la respuesta del filósofo Porfirio, como refieren san Geroni-

mo y san Agustin. ¿Qué ha sucedido? ¡cosa admirable! Los judíos han combatido á favor nuestro: enemigos de los cristianos asi como los paganos, hubieran podido eludir la fuerza de nuestros argumentos, y perjudicar infinito á la Religion cristiana abandonando las profecías. Pero no: depositarios de los libros sagrados muchos siglos antes de Jesucristo, han sostenido siempre que eran auténticos. Es verdad que se han obcecado dándoles explicaciones absurdas; pero con esto se afirma mas nuestra fé. Ellos son los que nos han puesto entre las manos las profecías, y la Providencia los ha dispersado por toda la tierra para convencer á las naciones de que las profecías no han sido supuestas. Esta es advertencia de san Agustin (serm. 1. in salm. 58. n. 22). "Los judíos (dice este gran »doctor) se han dispersado entre todas las na»ciones, para dar testimonio de su misma ini»quidad y de la verdad que nosotros profesamos. »Ellos tienen las escrituras que han profetizado »á Jesucristo; y nosotros, nosotros tenemos á Je»sucristo. Si por casualidad algun pagano tiene »dificultad en creernos cuando nosotros le ci»tamos las profecías que anuncian á Jesucris»to, porque su evidencia le causa tanto asombro »y admiracion, que duda si nosotros las he»mos inventado despues de los hechos; noso»tros le convencemos por los libros de los ju»díos, que todos estos sucesos habian sido pre»dichos mucho tiempo antes que sucediesen. »Véase (añade el santo doctor) como nosotros »confundimos á nuestros enemigos con nuestros »enemigos."

¡Qué consuelo, y al mismo tiempo, qué gloria para el cristiano, encontrar testimonios tan brillantes en favor de su fé, en boca de los mis-

mos que la combaten! He aqui por una parte á los paganos que confiesan que las profecías son convincentes, y que no se evaden de ellas sino diciendo que son supuestas: y por otra á los judíos sosteniendo al contrario, que las profecías son antiguas y no inventadas, y que solo se escudan afirmando que no tienen relacion alguna con el cristianismo. Asi es como Dios permite que unos y otros decidan á favor de la causa cristiana sin quererlo. ¿Hay cosa mas demostrativa?

De cuanto acabamos de decir se deduce que como el antiguo Testamento contiene una multitud de profecías superiores á la comprension humana, se sigue evidentemente de ello que la luz que ilustraba á los Profetas era enteramente divina, y que el libro que contiene sus escritos es un libro divino.

Un hombre de buena fé y amante de la verdad, cede á razones tan poderosas y tan convincentes; pero el incrédulo no piensa sino en alejarse de ellas: si se le confunde sobre un punto, disputa sobre otro; y en cualquiera tribunal que se le condene, su obstinacion es siempre la misma. No pudiendo oponer nada de sólido á la fuerza de nuestras pruebas, llena su entendimiento de quimeras, y sostiene que el antiguo Testamento está adulterado. Aun va mas lejos: para sustraerse á la evidencia de las profecías, alega los oráculos de los paganos. Inutil y pobre recurso que nos será facil quitarle. Dichoso si arrancándole todas las armas de que se sirve contra sí mismo, considera que oponiéndonos á su ruina no deseamos sino su felicidad.

## CAPÍTULO XVII.

*Del cuidado que Dios ha tenido de conservarnos el antiguo Testamento en su pureza.*

Queriendo Dios perpetuar á los hombres las pruebas de su revelacion, halló en los consejos de su sabiduría un medio de hacerla pasar hasta nosotros. No bastaba que hubiese profecías; era necesario tambien para darlas á conocer que fuesen divulgadas por toda la tierra, y conservadas por hombres no sospechosos. Esto es lo que el Señor hizo confiándolas á los judíos, que es el mas antiguo de todos los pueblos.

Sería muy largo el referir todas las órdenes que dió Moisés para la ejecucion de sus designios. Como el Mesías debia salir del seno de los judíos, dispuso que todos fuesen marcados con el sello de la circuncision, y les prohibió enlazarse con las naciones extrangeras que, estando entregadas á la idolatría, hubieran podido corromper su revelacion. Moisés, elegido para conducir el pueblo de Dios, desempeñó con celo un ministerio tan honorífico. Recopiló en un cuerpo de historia todo lo que habia pasado en los siglos que habian precedido á su nacimiento. Le fue facil descubrir las tradiciones de sus antepasados habiendo nacido cien años despues de Jacob, á quien los ancianos de su tiempo habian visto. La memoria de José, á quien el Señor habia hecho tan poderoso en Egipto, estaba reciente. Como los primeros hombres habian vivido mucho tiempo, la vida de tres o cuatro alcanzaba hasta Noé, que habia visto á los hijos de Adan. Los monumentos que los Patriar-

cas habian erigido en memoria de muchas maravillas que Dios habia obrado, le suministraban medios para componer su historia, y confirmaban lo que le enseñaba la tradicion: tambien halló luces en aquellos cánticos que estaban tan en uso en los primeros tiempos, en los que se tenia cuidado de perpetuar las acciones ilustres, y transmitirlas á la posteridad.

Por estos medios, y mucho mas por la inspiracion del Espíritu Santo, se aseguró Moisés de todo lo que habia pasado antes de él. Su libro, lleno de sucesos interesantes en que se veían las órdenes de Dios, contenía la policía y el gobierno del pueblo judáico que, persuadido y convencido de que su legislador habia recibido las leyes del Omnipotente, de ninguna cosa cuidó mas que de conservar preciosamente una obra en la cual hallaba su gloria y su felicidad. Las profecías de aquellos hombres venerables, á quienes el Señor se dignó comunicarse, y que confirmaban la mision de Moisés, no fueron menos respetadas por toda la nacion judáica, que las consideró siempre como la doctrina de Dios.

Este pueblo, depositario de los sagrados libros, formó un cuerpo por el espacio de mas de dos mil años hasta la venida del Salvador. La esperanza que toda la nacion tenia en el Mesías, su respeto y su veneracion á los Profetas, su apego á la Religion, aquellas ceremonias magestuosas que acompañaban su culto, atraían la consideracion de los hombres, y les suministraban un medio para descubrir la verdad. Y aun la Providencia se sirvio de un príncipe infiel para hacer pasar los libros sagrados á manos de los gentiles. Solos los judios los poseían en su lengua original, y los conservaban

preciosamente sin comunicarlos á las demas naciones. Filadelfo, rey de Egipto, los envió á pedir por medio de diputados, y no atreviéndose los judíos á descontentar á un príncipe de tanta autoridad, le enviaron las santas escrituras con los intérpretes mas versados en la lengua hebrea. Filadelfo las hizo traducir en griego; y esta es la famosa version que se llama *Version de los Setenta*, que fue hecha doscientos años antes del nacimiento de Jesucristo, y colocada con distincion en la magnífica biblioteca de Alejandría, y se hicieron de ella muchas copias que se esparcieron en seguida. Este hecho nos le refieren Josefo (en sus *Antigüedades Judáicas*, lib. XII, c. 2); y Filon (en la *Vida de Moisés*, lib. XI), ambos historiadores judíos.

Para volver á nuestro asunto, nunca hubo libro mas cuidadosamente conservado que el antiguo Testamento. Como contenia las leyes, los sacrificios, las ceremonias de la nacion judáica, y se le miraba como un libro divino, el quitarle ó añadirle algo hubiera sido un sacrilegio que jamas hubiera podido perdonar el pueblo. Se le tenia tanta adhesion, que cada judío hubiera querido antes sufrir la muerte, que permitir que se hiciese en él la mas leve variacion. Cada tribu conservaba una copia, y el original se guardaba al lado del Arca, custodiada por los Levitas instituidos para este efecto.

Se confesará que un libro vigilado tan de cerca no corria riesgo alguno; y no se descubre nada que haya podido mover á variarle: pero aun cuando se hubiese querido alterarle, la division que entonces reinaba entre los judíos, quitaba toda esperanza de realizarlo.

Ejerciten los incrédulos sus ingenios, é inventen cuantos sistemas quieran; estos son unos

hechos constantes que prevalecerán siempre sobre sus suposiciones. Se sabe que el reino de Israel y el de Judá hacian dos reinos separados. Las santas Escrituras eran las mismas para ambos; y así, si la mutacion se hubiera hecho por el pueblo de Israel, el de Judá hubiera reclamado, y los clamores hubieran llegado hasta nosotros. Por otra parte, la sinagoga se hallaba dividida por la secta de los fariseos y de los saduceos: si se hubiese adulterado el ejemplar que estaba en el templo, ¿cómo se habrian corrompido los que andaban en manos del pueblo y de las tribus dispersas? Tantos hombres versados en las santas Escrituras, y tan opuestos en opiniones, no hubieran sufrido que se hubiese alterado un libro igualmente respetable para toda la nacion.

No se puede, pues, descubrir época ninguna en que este libro haya estado en abandono, y hasta durante la cautividad de los judíos, los que habian quedado en su patria le conservaban preciosamente. Los Profetas se servian de él para consolar á los cautivos y reanimar su confianza. Si se hubieran querido hacer algunas alteraciones en él, se habria comenzado por suprimir aquellos pasages vilipendiosos que contiene sobre la nacion judáica, y no se hallarían conformes todos los ejemplares como se hallan.

Todas estas razones prueban evidentemente que jamas el libro sagrado ha padecido alteracion. Sin embargo, como hay hombres que á fuerza de contradecir se persuaden de lo que no es, han tenido á bien los sabios versados en las sagradas Escrituras examinar el punto de que se trata, y su trabajo no ha sido infructuoso. Por las confrontaciones de las biblias y de las versiones mas antiguas han forzado a los incré-

dulos que han querido entrar en esta discusion á convenir en que todos los textos presentan la misma historia, la misma moral y el mismo cuerpo de doctrina. Las disertaciones y las críticas de estos hombres profundos andan esparcidas por el público, y todos las pueden ver.

A vista de esto, ¿se tiene á gracia exagerar con tanto ruido aquellas ligeras adiciones, que nada interesan á la fé ni á las costumbres? ¿Qué importa que los continuadores de la vida de Moisés hayan añadido á su libro su muerte bienaventurada? ¿Es esto un crímen? ¿Es esta una mutacion irritante? Si se hubiese insertado en este libro un milagro ó una profecía, el reparo sería fundado; pero despues de tanto tiempo se desafia á los incrédulos á que lo muestren; ellos no lo han podido conseguir aun. ¡Qué! porque se haya continuado una genealogía principiada; porque se haya señalado el tiempo en que el maná cesó de caer en el desierto; ¿sería esto bastante para desechar un libro marcado con caractéres divinos? ¿La autoridad de tantos siglos y la fé publica no se estimarán en nada? En lugar de disputar, ¿no deberíamos mas bien reconocer la proteccion del cielo sobre un libro tan antiguo, que despues de haber pasado por tantas manos de copiantes, y que ha sufrido tantas versiones, haya llegado hasta nosotros sin alguna mudanza sustancial? ¿Acaso creen ellos que los primeros cristianos y los judíos no habrán advertido estas ligeras adiciones? Las han advertido sin duda; pero como la tradicion no ha permitido jamas que fuese alterada la santa doctrina, no se ha querido innovar cosa alguna: y esta es una prueba mas de la buena fé y del respeto que se ha tenido siempre á este sagrado libro.

No se diga ya que Esdras lo ha trastornado todo: si se hubiera examinado este hecho, sería vergonzoso el sostenerlo. Es tan falso que Esdras haya hecho mutacion alguna en las santas Escrituras, que él mismo nos dice en el lib. 1 cap. VII, *que se aplicaba al estudio de la ley del Señor, á fin de practicarla y de enseñar en Israel lós preceptos* (1). ¿Cómo hubiera podido Esdras forjar una ley bajo el nombre de Moisés sin componer al mismo tiempo todos los Profetas antiguos y modernos, y aun los libros de David y de Salomon? Porque estas obras tienen tanto enlace y una relacion tan esencial, que no se pueden separar. ¿Cómo pudo Esdras anunciar tantos acontecimientos futuros? Porque al fin siempre será necesario que el incrédulo, á pesar suyo, le reconozca como Profeta; y así la dificultad será siempre la misma. Oigase á Mr. Bossuet, obispo de Meaux, que tenia ilustracion, y á quien ellos mismos hacen esta justicia. Pluguiese á Dios que el testimonio de un hombre tan grande pusiese silencio á tantos jóvenes libertinos, que sin el menor estudio de los libros santos, y con sola la lectura de ciertos escritos salidos de una pluma impía, afirman en tono magistral que Esdras lo ha mudado todo. Este sábio prelado que va á hablar sabía mas en estas materias, y merece mas confianza que esos doctores de la iniquidad.

"Este es un error (dice Bossuet en su *Hist. univ.* cap. XXVII) de los mas groseros: estos »milagros y estas predicciones están de tal ma-

(1) Hay un supuesto Esdras que san Gerónimo desechó, y que los PP. de la iglesia griega y latina no han querido reconocer. Segun el catálogo de los libros canónicos no hay mas que dos libros de Esdras.

»nera esparcidos en todos estos libros, son de »tal manera inculcados, y repetidos tan frecuen»temente, de tan diversos modos, y con tan gran »variedad de imágenes tan persuasivas, y en »una palabra, forman de tal manera el cuerpo »total, que es necesario ni aun haber abierto »estos santos libros, para no ver que es todavía »mas facil refundirlos, por decirlo así, entera»mente, que añadirles las cosas que tanto sien»ten los incrédulos hallar en ellos; y aun cuan»do se les hubiese concedido todo lo que ellos »piden, lo milagroso y divino forma de tal mo»do el fondo de estos libros, que se encontraría »aun en ellos aunque nada de eso tuviesen. Su»pongamos que Esdras haya añadido las predic»ciones de las cosas ya sucedidas en su tiempo »despues de verificadas; pero las que se cum»plieron posteriormente, como por ejemplo, en »tiempo de Antioco y de los Macabeos, y otras »muchas que se han visto, ¿quién las habrá aña»dido? ¿Acaso habrá dado Dios á Esdras el don »de profecía para que la impostura de este profe»ta fuese mas verosimil; y se querrá mas que un »falsario sea profeta, que no Isaías, Jeremías ó »Daniel?" Al fin de este artículo añade el sábio prelado: "¡De qué monstruosas opiniones no es »necesario que llene su imaginacion el que quie»re sacudir el yugo de la autoridad divina, y »no arreglar sus sentimientos y sus costumbres »sino por su razon extraviada!"

Estas palabras de Mr. Bossuet prueban el poco aprecio que merecen los discursos de los incrédulos, que por no creer los milagros del Todopoderoso abrazan los mayores absurdos. El Pentateuco, original é independiente del de los judíos que manejan los samaritanos, es una prueba mas que confirma todo lo que se acaba

de decir. Como ellos le han recibido de las tribus separadas, y han sido siempre enemigos de los judíos y de Esdras, antes hubieran descubierto la impostura si hubiera existido, que seguirla: por eso su adhesion al libro de Moisés demuestra evidentemente que los escritos proféticos que están fundados sobre las obras del santo Legislador jamas se han variado. Hablando Mr. Bossuet (en la misma obra y capítulo) de los samaritanos, dice: "que parece que esta secta tan debil, que aun se distingue hoy entre los judíos, no dura tanto tiempo sino para dar testimonio á los escritos del santo Profeta."

Resta ahora destruir la objecion sacada de los oraculos del paganismo: este será nuestro objeto en el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO XVIII.

### *Sobre los oráculos de los paganos.*

Los incrédulos no cesan de reiterar las objeciones de los paganos contra el cristianismo. Esta de que tratamos jamas ha tenido grandes partidarios, y mereceria quedar en olvido; pero como se sirven de ella para debilitar la autoridad de las profecías, daremos algunas explicaciones sobre una duda que en el fondo no es nada. Celso la hacía á Orígenes; pero el descrédito y menosprecio en que estaban entonces los oráculos de los paganos, la hacía caer por sí misma.

No negamos que haya habido oráculos en el paganismo: los padres de la iglesia nos lo dicen, y su testimonio es demasiado respetable para dudar de ello; pero estos oráculos de que habla la historia, muy lejos de debilitar las profecías,

por el contrario, les dan un nuevo peso. En efecto, yá se consideren como un juego en que la falacia tuviese mas parte que la verdad, ya que el demonio se mezclase en ellos, solo una grosera ignorancia puede ponerlos en paralelo con las profecías. Jamas se ha dicho que Dios fuese su autor; y la mayor parte de los filósofos paganos, que han escrito sobre tales oráculos, se burlan y hablan de ellos como de una obra de iniquidad y de mentira.

Estos oráculos que pronunciaban los falsos sacerdotes, consagrados todos al culto de las falsas divinidades, eran otros tantos misterios de seduccion inventados por el espíritu de interés que ellos presentaban al pueblo para persuadirle que el cielo se interesaba en su religion; y por eso temerosos de ser sorprendidos, evitaban cuidadosamente la presencia de las personas instruidas, y rehusaban dar sus respuestas delante de cristianos y de filósofos incrédulos. No querian por testigo sino al sencillo populacho, inclinado comunmente á la supersticion; y con el fin de hacerse oir mas seguramente y de hacerse agradables, ponian por lo comun en boca de los oráculos respuestas conformes á la inclinacion de las naciones y de los reyes. Se corría en tropel á oirlos, y las gentes sensatas se burlaban de las fábulas que allí se divulgaban, y aun mas de los que las creían. Porfirio con sus filósofos declamaba altamente contra estos oráculos: y Ciceron dice que ellos hubieran sido todos falsos, si la casualidad no hubiera hecho algunos verdaderos (1).

Nada semejante se hallará jamas en la con-

---

(1) Partim falsis, partim casu veris. Cic. lib. 2 *De divinat.*

ducta de los Profetas, pues estaban exentos de toda sospecha. No se les podia tachar ni de interes ni de lisonja; no se veía en ellos ni desconfianza ni rodeos; se manifestaban con la mayor claridad: unas veces delante de todo el mundo, y otras en presencia de los falsos profetas y de las naciones idólatras anunciaban á aquel Dios de quien eran inspirados. Daniel se presenta delante del rey Nabucodónosor, y le predice que será arrojado de la compañía de los hombres, y obligado á retirarse á los bosques con los mas viles animales. El mismo Profeta anuncia al impío Baltasar las desgracias que le iban á suceder, y le explica en su propio palacio las letras terribles escritas en la pared. El Profeta Elías advirtió á Acab y á su esposa Jezabel que ambos perecerían en el campo de Jezrael de una muerte de las mas trágicas.

Todas estas profecías se cumplieron á la letra y en el tiempo designado; y así es palpable la diferencia entre los oráculos del paganismo y las profecías. No hay aqui superchería ni seduccion; el mismo Dios es el que habla por boca de sus siervos. Si en los oráculos del paganismo se ha visto alguna cosa extraordinaria, esto no podia provenir sino del demonio; y por poco que se quisiera reflexionar sobre lo que pasaba, se conocía bien pronto la obra de la mentira. Aquellas escenas sacrílegas en las que con impudencia se jugaba con la religion, no eran mas que un tejido de imposturas, de indecencias y de prácticas audaces y crueles, mas á proposito para excitar la indignacion, que para inspirar la menor confianza; y era necesario que el pueblo estuviera demasiado ciego y corrompido para asistir á tantas abominaciones. Las ceremonias estaban acompañadas de accio-

nes contrarias al pudor: los oráculos pedian algunas veces que se les inmolasen víctimas humanas; y este bárbaro sacrificio fue ofrecido mas de una vez para aplacar, segun se decía, la cólera de Apolo.

Lo que hay mas notable, y lo que contribuyó mucho á desacreditar estos oráculos en el concepto de las gentes ilustradas y hacerlos caer en un sumo desprecio, fueron las groseras contradicciones que se notaban entre ellos sobre un mismo objeto. El oráculo de Claros daba comunmente una respuesta del todo contraria al oráculo de Delfos; y el oráculo de Dodona pronunciaba otra enteramente opuesta á los dos primeros. Algunas veces se hallaba el medio de disfrazar tan bien la respuesta, que por una sutil ambigüedad se apropiaban el honor del buen éxito. Ciceron es el que descubre este artificio (1). Por otra parte, sus predicciones no se extendian á lo futuro: este conocimiento, que es un carácter de divinidad, era superior á sus fuerzas. *Anunciadnos* (dice Dios por el Profeta Isaías cap. XLI v. 23) *lo que ha de ser en lo venidero, y sabrémos que vosotros sois dioses.*

Todo se reducía en los oráculos del paganismo á adivinar hechos recientes que habian pasado en lugares pocos distantes; y no se presentará jamas ejemplo alguno de que hayan profetizado hechos para los siglos futuros, que no tenian su existencia sino en la voluntad de Dios. Los Profetas eran hombres de una virtud consumada, en quienes no se veían rodeos ni ambigüedades. Sus conocimientos no se limita-

---

(1) Utrum eorum accidisset verum oraculum fuisset. Cic. lib. 2 *De divinat.*

ban solamente á descubrir lo presente, sino que se extendian tambien á los siglos futuros, y sus predicciones jamas dejaban de suceder. Asi los oráculos del paganismo nada disminuyen la fuerza de las profecías, y la comparacion es absolutamente odiosa.

Estos oráculos esparcidos por toda la tierra, se proferían en los templos consagrados á los falsos dioses, y se pronunciaban en verso, mas propio que la prosa para ocultar la ambigüedad de la respuesta; las ciudades enviaban allí dádivas de todas partes. Estos dones depositados eran consagrados con cuidado, y cualquiera que los tocaba pasaba por un sacrílego, y era castigado con severidad. Se escribia sobre las ofrendas el objeto de la súplica y la persona que habia hecho la donacion. Jaquelot, que me suministra estos rasgos históricos, dice tambien que Pausanias, uno de los autores de la antigüedad que ha hecho mas observaciones, advierte en su libro octavo, que los antiguos fabricaban sus divinidades de ébano, de ciprés, de cedro ó de encina, y que cuando la estatua estaba ya modelada, se la cubría con láminas de oro ó de cobre.

Aunque la supercheria tenia parte en casi todos los oráculos de los paganos, hay algunas razones para creer que el demonio se mezclaba algunas veces en ellos. La deferencia que se les tenia, que llegaba hasta el extremo de sacrificarles hombres y niños; el conato por consultarlos en los negocios mas importantes; y el tiempo considerable que duraron, hace sospechar que habia en ellos alguna cosa superior á las fuerzas humanas. Como quiera que sea, se les vio cesar casi todos á la venida de Jesucristo, y no se tenia ya confianza alguna en los

otros que quedaban. Eusebio en su *Preparacion evangélica* nos dice positivamente que iban cayendo á medida que el cristianismo se extendia por el mundo. Lucano y Juvenal convienen en que el oráculo de Delfos estaba reducido á un sombrío silencio. "Es en vano (dice Lucano en »su *Farsalia* lib. V) que el temerario Apio queriendo sabér el destino de Italia se proponga »ir á consultar á las mudas cavernas, y se atreva á ir á remover las trípodes tanto tiempo ha »ociosas: no se sacará por única respuesta mas »que un mustio silencio." Estrabon (en el libro VII de sus *Georgias*) dice en los mismos términos: "Que el famoso oráculo de Dodona habia »caido como los otros (1)."

Este notable acontecimiento admiró á los paganos. Plutarco, sacerdote del Apolo de Delfos, hizo con este motivo un libro que conservamos todavía. Entre muchas razones que acumula, dice que los genios subalternos que presiden á los oráculos, están sujetos á la muerte asi como nosotros; que los beneficios de los dioses no son eternos como los dioses mismos. Mientras que Plutarco y otros muchos filósofos agotaban su talento para hallar la causa de la cesacion de los oráculos, los cristianos la atribuian al poder de Jesucristo sobre los demonios.

He aqui, pues, las principales objeciones de los incrédulos enteramente destruidas. Digo las principales, porque no trato de detenerme en una infinidad de pequeñeces que los grandes autores se han complacido en suscitar, y que no merecen aprecio. ¿Sobre qué cosa no se disputa cuan-

(1) Sed et oraculum Dodoneum defecit quemadmodum et reliqua.

do la pasion ó el interés se atraviesan? Lo esencial era demostrar la divinidad de las profecías, y esto es lo que hemos hecho. Estos grandes testimonios de nuestra fé están á cubierto de la malignidad, y esparcen ya el mayor resplandor sobre la Religion cristiana, cuyos sólidos fundamentos vamos á exponer. Pero antes de entrar en un examen tan interesante, conviene recordar algo de lo que hemos dicho. Hay un gran número de incrédulos que jamas han reflexionado sobre lo que les séria importante saber; esclavos de un mundo que agrada, y á quien solicitan complacer, las diversiones, las ciencias humanas, y todo lo que puede contribuir á hacerlos agradables á la sociedad, absorven todo el tiempo; y se pierden porque no quieren emplear las luces que Dios nos ha dado para distinguir lo verdadero de lo falso.

## REFLEXIONES

### *sobre lo que se ha dicho en las dos primeras partes.*

¡Qué luces y qué auxilios no encontramos en la religion judáica, que confirma los conocimientos que teníamos ya, y los que de nuevo nos dá de ella! Tendiendo la vista por todo el universo, comprendemos que un Señor sin igual ha presidido á esta grande obra, y ha creado todas las bellezas que en sí encierra. Todos los hombres distinguen el bien del mal; todos oyen el grito de la conciencia, y experimentan agitaciones y crueles remordimientos cuando se entregan á ciertos excesos. Los razonamientos capciosos del impio no pueden borrar esta ley natural grabada en los corazones, ni quitar a la

hora de la muerte cierto temor de lo venidero. El hombre sabio é ilustrado que reflexiona, encuentra dentro de sí mismo razones que le persuaden de que su alma es inmortal Las perfecciones de Dios no le permiten dudar de que este Señor ama la virtud tanto como aborrece el vicio. Esta ley, impresa en sí mismo, le recuerda sus deberes; mas las contradicciones que reinan entre los hombres le impiden el discernir lo que agrada á la divinidad de aquello que le desagrada. Él desea consultar é ilustrarse; pero no encuentra en la sociedad mas que hombres débiles é ignorantes, entregados á toda clase de errores y de pasiones, que lejos de disipar sus dudas, le harian adoptar la mentira en lugar de la verdad. Viendo, pues, tantos sistemas repugnantes á la razon, cree que sería propio de la sabiduría y bondad del soberano Dueño desenvolver los conocimientos de que nos ha dotado, é instruirnos mas ámpliamente acerca de sus voluntades.

Los deseos á que aspira una sana razon se han cumplido. Una luz extraordinaria y enteramente divina brilla á nuestros ojos. Encontramos en la religion judáica con que aclarar nuestras dudas. Ella nos dice que hay un Ser Supremo, soberanamente poderoso, á quien todo está sometido: nos enseña que este Dios quiere que le amemos de todo corazon; que nuestras almas sobrevivirán á nuestros cuerpos; que la virtud será recompensada y el crimen castigado.

Muchos filósofos de la antigüedad habian comprendido, por medio de infatigables investigaciones, que el mundo no era eterno. El origen de las leyes, el descubrimiento de las artes les hacia pensar que no era muy antiguo. Moisés, el primero de los escritores, y á quien

el Señor se comunicó, fija la época en que todo ha tenido principio, y nos conduce hasta aquel momento en que el cielo y la tierra fueron creados: nos enseña como el hombre, despues de haber salido de las manos de Dios, ha caido en este abismo de miserias y flaquezas que experimentamos. El antiguo Testamento nos anuncia un Mesías, que Dios en su misericordia se ha propuesto enviar para reparar las desgracias del género humano. Este libro, que nos instruye de lo que somos, y que nos suministra tan magníficas ideas, está sostenido por un gran número de Profetas, que todos atestiguan la divinidad de la mision de Moisés. Los milagros que obró, sus predicciones cumplidas, la excelencia de las leyes que promulgó, la conducta de los judíos en los tiempos de su extravío, el culto magestuoso que este pueblo tributaba al verdadero Dios, al mismo tiempo que los otros adoraban á los ídolos; las fiestas y las ceremonias que instituyó, y que conserva aun hoy dia en memoria de aquellos hechos maravillosos de que fueron testigos los antiguos judíos, son unas pruebas convincentes de ello, que confundirán siempre al incrédulo. La autenticidad de los escritos proféticos está por otra parte tan bien apoyada, que es preciso ó reconocerla, ó adoptar un pirronismo repugnante á la razon.

Desde el principio del cristianismo se veía á los cristianos llenos de respeto ácia estos libros divinos, adorar las promesas y amenazas que contiene, y sostener que son dictados por el Espíritu de Dios: tambien pretenden hallar en ellos los fundamentos de su religion. En efecto, si los libros que presenta la congregacion cristiana están apoyados en autoridades respetables, se sigue evidentemente que Jesucristo, su cabeza,

es el Mesías prometido desde el principio del mundo. Nosotros no solamente vemos en las profecías la historia anticipada de su vida, sino tambien los sucesos que se siguieron á su muerte. La abolicion de la ley judáica, la dispersion de los judíos, la destruccion de Jerusalen y de su templo, la conversion de los gentiles, son hechos anunciados por los Profetas que hablan en favor del cristiano. Examinemos, pues, si su creencia está bien fundada. Entre todos los negocios, el de la Religion es el que merece ser tratado con mas reflexion; y es una gran desgracia del siglo en que vivimos que se juzgue de ella con tanta imprudencia y temeridad. Esta tercera parte en que vamos á entrar sera luminosa, y nos atrevemos á decir que se hallarán en ella los mas poderosos motivos para alistarse en el número de los siervos de Jesucristo.

# TERCERA PARTE.

## CAPÍTULO XIX.

### *De los milagros de Jesucristo.*

PRIMERA PRUEBA DE LA RELIGION.

Los divinos oráculos, que hemos expuesto, ya han debido dar una idea noble y magnífica de la Religion cristiana. Se ha visto á la luz de la revelacion, que Jesucristo, muchos siglos antes de su nacimiento, era el objeto de admiracion de muchos hombres inspirados del cielo, que le anunciaban como á un astro luminoso que debia alumbrar la tierra y atraer á sí á todas las naciones. Dejemos por ahora los símbolos, y contraigámonos á la realidad. Conviene que antes de entrar en la discusion de los milagros, digamos algo del nacimiento y de la vida del Gefe y fundador de nuestra santa Religion.

Habiendo anunciado los Profetas muchos siglos hacia un nuevo imperio que se habia de extender por toda la tierra, y especificado cuál sería su Rey, se estaba esperando despues de largo tiempo este gran acontecimiento. Llegó, al fin, el tiempo señalado en los consejos eternos. Jesucristo nació en Belen, en el reinado de Augusto, de una Virgen de la tribu de Judá. Los sábios han hecho grandes investigaciones para descubrir el año de su nacimiento, que es la mas interesante de todas las epocas. Despues de

haber examinado este hecho con todo cuidado y exactitud, convienen en que el Salvador apareció sobre la tierra cerca del año 4000 del mundo, 1000 despues de la dedicacion del templo, 754 de la fundacion de Roma, 37 del reinado de Herodes, y 39 del de Augusto. Luego que nació Jesucristo, tres príncipes, guiados por una estrella milagrosa, ó mas bien por una inspiracion del cielo, fueron á Jerusalen, y de allí á Belen (1), en donde, á pesar del estado pobre y humilde en que le hallaron, le adoraron en su cuna, y le ofrecieron dones.

Ya hemos dicho que los judíos, llenos de ideas bajas y terrenas que lisonjeaban su ambicion, se habian imaginado que el Mesías aparecería en medio de un aparato pomposo, y que hallarían en él un conquistador semejante á Cyro y á Alejandro, que restablecería por la fuerza de sus armas el reino de Israel en su antiguo esplendor, y los colmaría de riquezas temporales; pero Dios, cuyos pensamientos son infinitamente superiores a los de los hombres, lo dispuso muy de otro modo. Quiso que su Hijo muy amado naciese en la pobreza y humillacion. No tenia necesidad de la magnificencia ni de la grandeza visible con que se adorna la flaqueza humana; el cielo es su trono, y la tierra la peana de sus pies. El profeta Isaías habia anunciado su nacimiento y declarado sus títulos 600 años antes que naciese. *Nos ha nacido* (dice en el cap. IX vers. 6 y 7) *un niño, se nos ha*

---

(1) Orígenes, que vivia en el siglo II, asegura en sus escritos contra Celso, que se manifestaba aun en Belen el establo en que Jesucristo habia nacido, y el pesebre en que habia sido colocado envuelto en pañales. Orig. *lib.* 1. *cont. Celsum.*

*dado un hijo, y el imperio ha sido puesto sobre sus hombros: será llamado el Admirable, el Consejero, el Dios, el Fuerte, el Padre del siglo futuro, y el Príncipe de la paz.*

Los judíos conocieron que los tiempos señalados por las profecías de Jacob y de Daniel habian llegado ya: mas presentándose Jesucristo en un estado que no correspondia á sus miras enteramente carnales, no reconocieron en él al Mesías que esperaban, y á pesar de las señales que dió de serlo desde su infancia, la mayor parte de la nacion permaneció en el mas deplorable endurecimiento.

No hablaré aqui de la turbacion de Herodes y de toda Jerusalen con la noticia de que el nuevo Rey de los judíos habia nacido; pasaré en silencio la inhumana matanza que se hizo por orden suya, en que perecieron tantos inocentes. Baste decir que para evitar el furor de este Príncipe bárbaro, fue llevado á Egipto el divino Niño. Despues de haber vivido treinta años en la obscuridad, emprendió consumar la obra que le habia traido á la tierra. El año quince del reinado de Tiberio se manifestó en la Judea, cuyo gobernador era Poncio Pilato. Jerusalen fue el lugar en donde anunció su doctrina, y en donde echo los primeros fundamentos de su iglesia. Asocio á su ministerio doce pobres, y manifestó su mision por medio de los milagros mas portentosos. Habla, manda, y todo obedece á su voz; los enfermos sanan, los ciegos ven, y los cojos se enderezan; se le vé resucitar los muertos, lanzar los demonios, caminar sobre el mar, y calmar sus olas agitadas.

Admirados los pueblos de tantos prodigios como se obraban á su vista, y sorprendidos por

el esplendor de sus virtudes, exclamaban que no habian visto jamas semejante Profeta en Israel. Muchos judíos se le unieron, y le reconocieron por el Salvador prometido á sus padres. Sin embargo, el mayor número, lejos de abrir los ojos á todas estas maravillas, concibió contra él un ódio y una envidia, que llegó hasta el furor. La sinagoga, irritada de los progresos de su doctrina, ya no guardó consideracion alguna: se le acusó ante el gobernador de muchos crímenes supuestos, y los judíos consiguieron, á fuerza de repetidos clamores, que fuese crucificado. Jesucristo, cargado de cadenas, fue conducido de tribunal en tribunal; y despues de los ultrages y de los tormentos mas crueles, espiró en una cruz; pero tres dias despues hizo conocer que era el Señor de la vida y de la muerte, resucitándose á sí mismo, y saliendo glorioso del sepulcro.

De estas ilustres maravillas es de donde sacamos nosotros una prueba de la divinidad de nuestra santa Religion. Jamas se ha puesto en duda que Jesucristo haya existido: todo el mundo conviene en que floreció en tiempo de Tiberio, y los judíos reconocen que ha hecho milagros. Celso, Porfirio y Juliano, célebres defensores del paganismo, los confiesan, y sus prodigios se han creido como verdaderos en toda la tierra. Desde el principio del cristianismo han sido sostenidos con firmeza en los tribunales del mundo pagano por testigos oculares, cuyos testimonios parecieron tanto menos sospechosos, cuanto que los sellaron con su sangre. Nosotros tenemos á la vista, y nos hallamos en un mundo, que hace diez y ocho siglos que rinde homenage á Jesucristo como á un Dios. He aqui ya razones poderosas que llaman nues-

tra atencion. Se trata al presente de entrar en el examen.

Como el libro del Evangelio es el que principalmente nos suministra pruebas, los incrédulos no han omitido nada para desacreditar esta obra; pero su autoridad es tan poderosa, que jamas se le ha podido atacar. El libro sagrado ha triunfado siempre de su malignidad; y despues de diez y ocho siglos que anda en manos de los cristianos, está considerado y respetado como un libro divino. Trataremos ahora de demostrar su autenticidad, y lo haremos con tanto mas gusto, cuanto que la discusion en que vamos á entrar será gloriosa para el cristiano.

No es la Religion cristiana como la de Mahoma. Este falso Profeta de los árabes, viendo que si se subia hasta su origen se manifestaría su impostura, prohibió todo examen acerca de la religion, y hallo con esto el medio de sepultar de una vez á aquellos desgraciados pueblos en la ignorancia y en el error. Gracias á Dios, el cristiano no está reducido á esta esclavitud, sino que tiene la libertad de profundizar; y subiendo hasta el origen de su Religion, conoce sensiblemente que el artificio y la seduccion no tienen parte alguna en el, sino que solo Dios es su autor. Nos atrevemos á decir que la autenticidad del libro sagrado, que sirve de fundamento á nuestra fe, ha llegado á tal grado de evidencia, que ninguno que ame la verdad podra resistirse á las pruebas que tenemos de ella.

## CAPÍTULO XX.

*De la autenticidad de los Evangelios.*

Los autores de los Evangelios son san Mateo, san Juan, san Marcos y san Lucas. La historia de Jesucristo que ellos nos han dejado, debe parecer tanto mas probable, cuanto que es de historiadores que ellos mismos han visto los hechos de que hablan, y ellos solos son mucho mas que un gran número de otros que escriben por relaciones agenas. Los cuatro historiadores de que hablamos eran contemporáneos de Jesucristo, y habitaban en la misma region. San Mateo y san Juan le acompañaron continuamente en sus viages, y fueron testigos de sus milagros y de sus trabajos. No es tan constante que san Marcos haya seguido á nuestro Señor; la opinion comun es que fue discípulo de san Pedro, que segun san Gerónimo (*de Scripturâ eccles. in Marc.*) aprobó su obra: y sabemos por Tertuliano (*Advers. Marc.* lib. IV), que se llamaba entre los fieles el Evangelio de san Pedro. Aunque san Marcos no haya visto todo lo que refiere, la aprobacion del príncipe de los Apostoles, que estaba perfectamente instruido, dá nueva fuerza á este Evangelio, y merece tanto nuestra creencia como si él mismo le hubiese dictado. Por lo que hace á san Lucas, muchos le ponen en el número de los setenta y dos discípulos de Jesucristo, y se conviene unánimemente en que fue el compañero de san Pablo. Su Evangelio está á cubierto de toda crítica, pues que él mismo nos asegura que todo lo que refiere lo ha sabido de testigos oculares y dignos de fé. Su obra parece del tiempo de los

Apóstoles, y el curso que tuvo en la iglesia es una prueba de que se habia adoptado como una narracion fiel de todo lo que habia sucedido.

Véanse, pues, unos historiadores que han presenciado ú oido todo lo que nos dicen. Su historia fue recibida por los que vivian cuando salió á luz; y asi no se puede con razon poner duda alguna sobre los hechos que se leen en ella. Sin embargo, la oposicion que se tiene á todo lo que desagrada, hace traspasar las reglas establecidas en la sociedad. Los incrédulos para substraerse á las autoridades que alegamos, recusan el testimonio de los Apóstoles, y sostienen que los Evangelios no son obra suya; mas ¿con qué derecho pretenden ellos destruir unos autores que toda la antigüedad ha reconocido? No se disputa á Horacio, á Ciceron ni á Virgilio el honor que han adquirido por las obras que dejaron. Todos los sabios, desde el siglo en que florecieron hasta el en que vivimos, hacen su elogio y los reconocen por autores de estos libros. Los mismos deistas los miran como tales. ¿Por qué, pues, querer atribuir los Evangelios á otros que á aquellos que siempre han sido reconocidos por autores de ellos? Cuando se quiere contradecir un hecho, es necesario alegar pruebas, ó por lo menos algunas razones por poco sólidas que sean. Los deistas no tienen otra que la de decir que los Apostoles eran ignorantes, y por consecuencia que no sabian leer ni escribir. ¡Miserable respuesta, que manifiesta bien la pasion que los anima! ¿No se dice todos los dias que las gentes del campo son de una ignorancia y grosería sin igual? ¿Es decir por esto que ninguno de ellos sepa leer ni escribir? ¿Y no se hallan, sin embargo, entre ellos muchos que poseen este talento, si acaso lo es, y que

bajo una apariencia rústica tienen mucho entendimiento? La sospecha de los incrédulos es tanto menos justa, cuanto que los Evangelios están sostenidos por autoridades respetables que deben prevalecer en el juicio de todo hombre de razon, á todas las conjeturas vanas que no tienen fundamento verosimil. San Clemente romano, san Policarpo obispo de Esmirna, y san Ignacio obispo de Antioquía, contemporáneos todos tres de los Apóstoles, reconocen en sus obras la autenticidad del libro sagrado, y citan sus palabras.

El glorioso mártir san Irenéo, obispo de Leon, nos ofrece tambien (en el lib. III cap. I) otra prueba de las mas convincentes. He aqui cómo se explica: "Mateo (dice) ha dado á los »hebreos el Evangelio escrito en su lengua, »mientras que Pedro y Pablo predicaban en Ro»ma y fundaban alli la iglesia. Marcos, disci»pulo é intérprete de Pedro, nos ha dado tam»bien por escrito lo que Pedro habia predicado; »y Lucas, que seguia á Pablo, ha puesto en un »libro el Evangelio que Pablo habia enseñado: »despues Juan, discípulo del Señor que habia »descansado sobre su pecho, ha publicado tam»bien el Evangelio viviendo en la ciudad de Efe»so en el Asia."

San Irenéo habia sido discípulo de san Policarpo, que lo fue de san Juan; y asi se puede mirar como indubitable lo que él nos dice. Orígenes, Tertuliano, san Agustin, y todos los historiadores eclesiásticos, dan el mismo testimonio; y á no querer destruir la certidumbre de todos los autores, es forzoso reconocer la autenticidad de los Evangelios, que es entre todos los escritos el mas bien apoyado.

Una advertencia muy digna de reparo es que

este libro ha andado siempre en manos de los fieles, y ha sido siempre mirado como un escrito divino. Pocos años despues que salió á luz, los escritores sagrados (1), cuyas obras forman parte del nuevo Testamento, hicieron mencion de él. A estos autores sagrados succedieron otros que atestiguan la divinidad de los santos Evangelios de generacion en generacion: siempre se ha tenido el mismo lenguage, y jamas hubo variacion. Estos libros están citados por personas santas, contemporáneas de los Apóstoles, tales como san Ignacio, san Clemente y san Policarpo; ó contemporáneas de sus discípulos, como san Justino y san Irenéo. Todos estos han derramado su sangre para atestiguar los hechos evangélicos; y asi por una cadena no interrumpida de testigos, se sube hasta el tiempo de los Apóstoles y á sus escritos. Conviene observar tambien que no son solos los cristianos los que nos instruyen de la historia de Jesucristo; los judíos y los paganos, enemigos unos y otros de la Religion, hablan de él en sus obras: este es un hecho que probaremos adelante. Por otra parte, ni Celso, ni Porfirio, ni Juliano jamas pusieron la duda de que los Evangelios fuesen supuestos; señal evidente de que los miraban como auténticos.

Los incrédulos dan al olvido estas reflexiones: cualquiera otro libro que estuviese menos apoyado que el de los Evangelios, no hallaría contradiccion alguna; pero como este reprueba abiertamente el método de vida que ellos han

(1) Ademas de san Mateo, san Marcos, san Lucas y san Juan, que han escrito los Evangelios, están sostenidos por cuatro autores contemporáneos, á saber: san Pedro, Santiago, san Judas y san Pablo.

adoptado, desprecian los testimonios mas respetables. Sigámoslos en la carrera en que han entrado, y hagamos nuestros esfuerzos para volverlos al seno de una Religion que ellos mismos han amado y practicado, en aquellos tiempos en que el corazon no era aun esclavo de las pasiones.

## CAPITULO XXI.

### *Los Evangelistas no han engañado, y todo lo que refieren es verdadero.*

Los incrédulos no se contentan con suscitar dudas sobre los autores de los Evangelios: su temeridad llega hasta afirmar que todas son imposturas, y que han seducido á los hombres por medio de fábulas arbitrarias. Estos discursos pasan de boca en boca, se insinúan en los ánimos, y se graban en ellos como una verdad de las mas constantes. Cualquiera persona instruida desprecia semejantes aserciones; y asi el lenguage de la impiedad no causa perjuicio alguno á la Religion en el corazon de los que la poseen; pero como muchos no tienen sino un conocimiento muy superficial de ella, tenemos el sentimiento de ver todos los dias personas nacidas por otra parte con muy buenas inclinaciones, llegar á ser víctimas del error y del libertinage.

Ya hemos respondido al primer artículo: pero añadimos aún que aquel que intenta privar á un autor de la gloria de un libro que toda la antigüedad le ha atribuido desde su origen, para destruir esta autoridad debe presentar razones sólidas y poderosas, y el no presentarlas tales es confirmarle. Por lo que mira á las tachas que se ponen á los Evangelistas, las va-

mos á destruir de un modo tan sólido, que toda la confusion de la calumnia caerá sobre sus autores.

En efecto, el caracter de los Evangelistas, la naturaleza de los hechos que refieren, el tiempo y el lugar en que los publican, alejan enteramente toda sospecha; y solo un entendimiento que no ha profundizado la cuestion, ó de mala fé, puede sostener que los Evangelistas han pretendido engañarnos. Los Apóstoles eran hombres sin artificio, y los mas habian pasado una parte de su vida en el ejercicio de pescadores: eran hombres sin instruccion, sin ciencia, y de la mayor simplicidad. La humilde confesion que ellos hacen de haber abandonado á Jesucristo en su pasion, la minuciosidad con que manifiestan sus debilidades, las disputas que tuvieron entre sí y que hicieron públicas, demuestran evidentemente que esta historia no fue hecha de concierto, y que el orgullo y la superchería no tienen parte alguna en ella.

La lectura sola de los Evangelios justifica plenamente á sus autores: no se ven en ellos los adornos del lenguage, ni aquellos rodeos artificiosos de que se sirve la mentira para engañar mejor: todos los hechos están referidos con naturalidad: se nombran las personas que han tenido parte en los acontecimientos, y los lugares en que han pasado: ninguna circunstancia se olvida. Todos los Evangelistas están conformes; en todo dan los mismos preceptos; en todo exponen las mismas verdades. Lo que uno refiere de la vida, de la muerte, y de la resurreccion de Jesucristo, los otros lo dicen tambien: ¿Por qué, pues, tildar tan injustamente á unos escritores que hablan con tanta rectitud y candor?

Tan cierto como es que ellos no han querido engañarnos, lo es igualmente que tampoco han padecido engaño. Los hechos que refieren son de una naturaleza en que no se puede padecer error; son milagros y prodigios tan notables y tan perceptibles, que no se necesitan mas que ojos para verlos: pero vamos mas lejos, y demostremos que aun concediéndoles el quimérico designio de querer engañar, hubiera sido imposible la ejecucion. Los hechos que los Apóstoles publican, son los mas recientes, é interesan á todo el mundo. Estos hechos han sucedido diez ó doce años antes, y han pasado á vista de muchas personas que vivian todavia. Y no solo esto; ¿en qué sitio se publica el Evangelio? ¿Es en paises extraños? No: la ciudad de Jerusalen, en la cual el Salvador ha sido crucificado, es el lugar en donde se le predica públicamente. Los milagros de que se habla son de los mas ruidosos: es un ciego que cobra la vista; Lázaro, muerto cuatro dias antes, ha sido resucitado en presencia de muchas personas; cinco mil hombres alimentados y saciados con cinco panes y dos peces; el mismo Jesucristo, que despues de haber obrado tantos prodigios y haber sido crucificado por los judíos, resucita tres dias despues de su muerte. Obsérvese tambien que en el tiempo en que se refieren estos prodigios, su verdad ó su falsedad era notoria; pues que se cita un gran número de testigos, y el Evangelio fue escrito por san Mateo ocho ó nueve años despues de la muerte del Salvador.

Los autores que dan á luz todos estos hechos nuevamente sucedidos, se presentan en público, entran en el templo, asisten á todas las solemnidades, y sostienen todo lo que habian dicho. ¿Se parece nada de esto á lo que

hacen los impostores? Unos hombres sin fuerza y sin crédito ¿se hubieran atrevido á publicar semejantes fábulas? ¿Qué interés se podian proponer¿ ¿A dónde les hubieran conducido estas invenciones, sino á atraerse la indignacion de grandes y de pequeños? Si la historia del Evangelio hubiera sido falsa, ¿no hubiera reclamado toda Jerusalen á favor de la verdad y contra la impostura? ¿Hubieran podido los Apóstoles ganar á Jesucristo tantos judíos y gentiles por medio de una temeridad tan imprudente? Sería risible y ridículo el decir que los Apóstoles han escrito y publicado lo que han querido, y que ninguno se atreviese á contradecirles Un poco de reflexion sobre lo que sucedió, hará conocer cuán contrario es al buen sentido semejante aserto.

Los Evangelistas no se contraen solo á referir los prodigios mas admirables; sus escritos conciernen tambien á la política y al gobierno de los judíos. Ellos enseñan una nueva doctrina; la Religion que predican trastorna todas las otras; se pronuncian en dichos escritos anatemas contra los escribas y fariseos; se acusa á la Sinagoga de haber quitado la vida al Mesías, y se declara abiertamente que los judíos son unos execrables parricidas. Sin embargo, estos libros son recibidos con respeto por un gran número; se abraza la nueva Religion; los cristianos se multiplican cada dia, y confirman lo que dicen los Apóstoles. ¿No es esto su justificacion, y al mismo tiempo una demostracion de que los hechos que refieren son los mas verdaderos?

Confieso que si los cristianos no se hubiesen manifestado sino mucho tiempo despues del Evangelio, como por ejemplo, bajo el reinado

de Constantino, que vivia trescientos años despues de Jesucristo, hubiera algun fundamento para sospechar una seduccion. Se podria creer que este emperador, señor de una parte del universo, miró al cristianismo como muy propio para favorecer sus designios políticos, y que encontró, por la fuerza ó por el artificio, el medio de insinuar esta nueva doctrina, que insensiblemente se divulgará por todo el mundo; mas aqui no se puede formar semejante sospecha, pues que es cierto que habia cristianos no solo antes de Constantino, sino tambien en tiempo de Jesucristo. Una historia, pues, tan extraordinaria como la del Evangelio, no ha sido recibida en el tiempo en que habia testigos que podian sostenerla ó destruirla, sin que hubiese precedido un convencimiento de la verdad. Una religion que obliga á renunciar á todo lo antiguo, que subyuga el entendimiento y el corazon, que expone al desprecio y á la muerte, no gana secuaces sin tener solidos fundamentos. Asi, todo se reduce á saber si desde el principio ha habido cristianos; porque si los hubo, la cuestion quedará para siempre decidida á favor nuestro.

Consultando los *Hechos de los Apostoles* que san Lucas publicó despues de los evangelios de san Mateo y de san Marcos, descubrimos que el cristianismo estaba ya extendido. En efecto, se ve en ellos que 5000 judios se convirtieron en un solo sermon de san Pedro, y que en otro del mismo recibieron 3000 el bautismo. Se habla en él del martirio de san Esteban, y de la conversion de san Pablo, y toda la antigüedad nos enseña que los Apostoles fundaron una iglesia en Jerusalen. Por otra parte las obras de san Clemente, de san Justino,

de Tertuliano, de Orígenes y de Eusebio, nos presentan una historia desde Jesucristo hasta Constantino; y en los autores paganos encontramos tambien testimonios que disipan todas las dudas. Suetonio, hablando del emperador Claudio cap. XXIV, nos dice que los cristianos fueron expelidos de Roma en tiempo de este emperador, que reinaba siete ú ocho años despues de la muerte de Jesucristo. Tácito, en sus *Anales*. lib. XV cap. 44, nos enseña que un gran número de ellos sufrieron crueles suplicios bajo el imperio de Neron, es decir, treinta años despues de la muerte del Salvador. Los pasages de estos dos historiadores se hallarán en el capítulo siguiente.

He aqui, pues, cristianos perseguidos por la fé, que deponen altamente contra el incrédulo. Sin embargo, queremos por un momento entrar en su sospecha, y concederle que los Evangelios son supuestos: pero á lo menos no dejará de admitir algunas partes del nuevo Testamento, y mirarlas como legítimas; porque ¿qué hombre hay tan insensato, que sostenga que las cartas de san Pablo, de san Pedro, de Santiago y de san Judas, autores contemporáneos, son apócrifas? No se puede razonablemente dejar de admitir algunas partes de estos escritos como auténticos. Si se confiesa lo que nosotros exigimos, es forzoso desde luego reconocer la autoridad de los Evangelios; y véase aqui por qué: hay tan íntima conexion y tal encadenamiento entre todas estas obras, que si la una es verdadera, la otra lo es tambien. Los mismos hechos que sirven de fundamento á la Religion, se encuentran en todas. San Pablo habla de los milagros de Jesucristo y de su resurreccion: su libro contiene la moral de

los artículos de la fe comprendidos en los Evangelios; por consiguiente en admitiendo estas Epístolas como auténticas, es necesario admitir igualmente los Evangelios: si el incrédulo por no ceder toma el partido de desecharlo todo, ¿en qué abismo de absurdos no va á caer? En efecto, las Epístolas de san Pablo son dirigidas á los hebreos, á los romanos, á los gálatas, á los corintios, &c. Tertuliano, este hombre tan célebre, que vivia en el segundo siglo, nos dice en su *Trat. de Præscript.* cap. XXXVI, que todos estos pueblos conservaban las cartas de aquel gran Apostol: san Clemente, tercer sucesor de san Pedro, lo atestigua: estos pueblos, pues, ¿hubieran recibido las Epístolas de san Pablo, si hubieran salido de otra mano extraña despues de la muerte del santo Apostol? ¿Qué cosa mas facil para ellos que conocer su autor? Por otra parte, si la doctrina de san Pablo no hubiese sido conforme á lo que los Apóstoles habian enseñado de viva voz, ¿no hubiera saltado á los ojos la impostura? Si, á pesar de razones tan poderosas, el incrédulo persiste en su dictamen, le abandonamos á sus errores; pero que nos diga, ¿cómo ha podido el autor de estas cartas persuadir á los corintios, á los gálatas, á los hebreos que Jesucristo habiendo sido muerto hubiese resucitado? Que nos enseñe de qué manera los movió á abrazar el cristianismo, y adorar á un hombre muerto en un suplicio, si ellos no hubiesen estado persuadidos de su divinidad. Que nos enseñe cómo los Apóstoles consiguieron hacer recibir el Evangelio como una verdad incontestable, no siendo, segun la dicha suposicion, mas que un tejido de mentiras. Que nos explique lo que les determinó á espirar en los mas crueles tor-

mentos para sostener escritos que hubiesen sido obra de la impostura.

He aqui de donde los incrédulos no saldrán nunca por mas que esfuercen su imaginacion; y he aqui lo que nos dá derecho de concluir contra ellos, que los discípulos de Jesucristo no han engañado. Si san Mateo (1), que escribió el primero, hubiera publicado falsedades, hubiera sido bien pronto desmentido, y los otros Evangelistas no se hubieran atrevido á decir lo mismo; sin embargo, todos están conformes sobre la vida, los milagros, y la resurreccion de Jesucristo. San Pablo, que segun la confesion de los sabios, escribió su Epístola á los corintios veinte y cuatro años despues de la muerte del Salvador, confirma los hechos, los dogmas y la moral que vemos en el Evangelio, y lo hace en un tiempo en que habia aun testigos de lo que refiere.

Si no tratáramos más que con personas juiciosas, bastaría lo dicho para convencerlas; pero como tratamos de desengañar á unos hombres llenos de prevenciones, y por otra parte la autenticidad de los Evangelios es lo que mas interesa, vamos á exponer pruebas de otra naturaleza tan palpables y tan sensibles, que á no querer obcecarse, no se podrá menos de tributar homenage á la Religion cristiana.

---

(1) San Mateo publicó su Evangelio ocho ó nueve años despues de la muerte de Jesucristo; el de san Marcos salió á luz diez años despues del de san Mateo: á este se siguió san Lucas: y san Juan escribió cuarenta años despues de san Lucas.

## CAPÍTULO XXII.

*Los hechos evangélicos confirmados por los testimonios de los paganos y de los judíos.*

Ya lo hemos dicho. La Religion no consiste en razonamientos abstractos, á los que se pudiera responder con otros razonamientos todavía mas abstractos. Como cada uno se imaginaría discurrir tan bien como los otros, no se vería sino obscuridad, y la victoria quedaría siempre indecisa. Los fundamentos de nuestra Religion son hechos que todo el mundo puede examinar: toda la cuestion entre nosotros y los incrédulos se reduce á saber si la historia de Jesucristo es inventada ó verdadera; si es verdadera, no hay que titubear, es fuerza someterse. Examinemos, pues, sin prevencion el punto de que se trata, y sobre todo con un deseo sincero de hallar la verdad.

Los autores cristianos de los primeros siglos nos dan los testimonios mas insignes sobre los hechos evangélicos, y se necesitarian volúmenes enteros para reunir las pruebas que ellos nos dan. San Clemente, san Justino, Orígenes, Tertuliano, Eusebio, san Geronimo, san Agustin, san Crisóstomo, y todos los santos Padres se explican del modo mas enérgico y mas persuasivo sobre la Religion. Sus obras tan apreciables no tienen mas objeto que el de darnos á conocer su divinidad; y nadie los puede leer sin sentirse movido, y al mismo tiempo penetrado de respeto ácia sus autores. En ellas dicen las cosas mas nobles y mas capaces de avivar nuestra fé: se extienden sobre los mila-

gros de Jesucristo: hablan de su resurreccion: establecen su divinidad con discursos solidos y con hechos positivos, explican las profecías, y refutan las objeciones de los paganos y judíos. Todo cuanto se ha podido oponer de mas especioso contra el cristianismo, está allí resuelto; nada se les ha escapado; y si se puede juzgar del talento y de la ciencia por los escritos, ninguno ha tenido mas que estos grandes hombres de quienes hablamos. Estos, pues, todos están acordes y unánimes sobre la verdad de los Evangelios: todos sostienen que Jesucristo es el Hijo de Dios, y que nadie puede separarse de su Religion sin precipitarse en las eternas desgracias. Una multitud innumerable de doctores han seguido su ejemplo de siglo en siglo, y la causa cristiana tiene la ventaja y la gloria de haber sido abrazada y defendida por los que eran el lustre y ornato de su época.

Una tradicion tan constante y tan continuada es luminosa; y un entendimiento reflexivo no se atreve á resistir á verdades tan confirmadas. No sucede asi al incrédulo, á quien la condenacion eterna, que por todas partes le amenaza, no le hace impresion alguna. Los testimonios de los autores cristianos sobre una verdad de la que tanto se desvía, le parecen sospechosos. ¡Idea extravagante! ¡sistema insensato! como si los historiadores de una nacion no mereciesen fe alguna porque refieren hechos en que se interesaba el honor de su patria. Admitir este principio, ¿no es destruir las historias mas auténticas y las mas veraces? ¿Deja nadie de tener buen discernimiento por estar adicto á una Religion? Los autores cristianos son tanto mas dignos de fé, cuanto ninguna cosa ha desarrollado mas ni rectificado mejor la

razon humana que el cristianismo. Con todo eso condescendamos con la pobreza de estos entendimientos, y para convencer á los mas encaprichados, valgámonos de las confesiones que los paganos y los judíos han hecho en favor del Evangelio. Quiera el cielo que aquellos para quienes escribimos abran al fin los ojos á la luz que les viene á iluminar por todas partes.

Debe contarse con que nuestros enemigos no hablarán con tanta claridad como los cristianos, porque esto sería condenarse á sí mismos; pero dicen bastante para disipar todas las dudas. Entre las pruebas tan ventajosas al cristianismo, hay algunas que hemos sacado de los mismos escritos que nos quedan de los paganos, pero las otras nos vienen de las obras de los cristianos compuestas en los primeros tiempos; que no deben sernos sospechosas; pues los judíos y los paganos que las vieron, jamas se atrevieron á contradecirlas, y asi están á cubierto de la crítica mas severa. Todos estos pasages que se les escaparon á nuestros enemigos en favor de Jesucristo y de su Religion, estan citados por autores judíos, y nunca se emplearán demasiadamente, pues que con ellos se desarma al incrédulo, y se le ataca hasta en sus últimos baluartes.

*SUETONIO refiere que los cristianos fueron expelidos de Roma en tiempo del emperador Claudio, conforme á lo que se advierte en los Hechos de los Apóstoles.*

Suetonio, historiador pagano, era secretario del emperador Adriano, que reinaba cerca del año 107 de Jesucristo. Este historiador escribio la vida de los doce primeros emperadores. En la de Neron, cap. XVI, es en donde

dice que *los cristianos* (estas son sus palabras), *gente dada á una supersticion nueva y perniciosa, fueron castigados con diversos suplicios.* Ademas de este hecho confirmado por Tácito, nos enseña otro muy interesante. En la *Historia del emperador Claudio* cap. XLIV nos dice que *este príncipe arrojó de Roma á los judíos que no cesaban de concitarse instigados por el Cristo.*

Conviene observar que los cristianos que se hallaban en Roma, eran confundidos con los judíos por los romanos, que no distinguian á los judios convertidos al cristianismo, de los verdaderos judíos, por el falso principio de que adoraban á un mismo Dios, y tenian unas mismas escrituras. Estas alteraciones, de que habla Suetonio, que se hacían á impulsos del Cristo, no eran otras que la mudanza de religion de muchos que abrazaban la fé. Lo que refiere este historiador, es perfectamente conforme con lo que leemos en los Hechos de los Apóstoles, donde se dice que san Pablo halló en Corinto un judio llamado Aquilas, que habia llegado nuevamente de Italia con Priscila su muger, porque el emperador Claudio habia dado órden de que saliesen de Roma todos los judíos. Se hallará este pasage en el capítulo XVIII de los Hechos de los Apóstoles. El emperador Claudio reinó seis ó siete años despues de la muerte de Jesucristo. Se ve evidentemente por las expresiones de Suetonio, que desde este tiempo habia ya gran número de cristianos, pues que la Religion hacía ya bastante ruido en Roma para causar allí movimiento.

*TACITO cuenta que Jesucristo fue ajusticiado por Poncio Pilato bajo el imperio de Tiberio, como se vé en el Evan-*

*gelio; y habla de muchos cristianos quemados en Roma bajo el imperio de Neron.*

He aqui un autor pagano mas, que va á esparcir una gran luz sobre la verdad de los Evangelios. Hablo de Cornelio Tácito, historiador de tanta celebridad y que vivia á principios del siglo segundo. Este, en el libro XV de sus *Anales*, nos refiere el modo con que Neron quemó á Roma, á fin de tener la gloria de reedificar una nueva ciudad, y de gozar del espectáculo de una brillante iluminacion. Tácito nos dice que este incendio duró seis dias y seis noches, y que conociendo Neron (que desde lo alto de una torre contemplaba con placer el incendio) que los romanos estaban indignados contra él, le ocurrió un expediente, cual fué acusar á los cristianos, y hacer recaer sobre ellos toda la odiosidad de aquel incendio.

*Neron* (dice Tácito en sus Anales lib. XV c 44) *para divertir esta voz y descargarse, dió por culpados de él, y comenzó á castigar con exquisitos géneros de tormentos, á unos hombres aborrecidos del vulgo por sus excesos, llamados comunmente cristianos. El autor de este nombre fue Cristo, el cual imperando Tiberio habia sido justiciado por órden de Poncio Pilato, procurador de Judea; y aunque por entonces se reprimió algun tanto aquella perniciosa supersticion, tornaba otra vez á reverdecer no solamente en Judea, origen de este mal, pero tambien en Roma, donde llegan y se celebran todas las cosas atroces y vergonzosas que hay en las demas partes. Fueron, pues, castigados al principio los que profesaban públicamente esta religion; y despues por indicios de aquellos, una multitud infinita, no tanto por el delito del incendio que se les imputaba, como por*

*haberlos convencido de general aborrecimiento á la humana generacion. Añadiose á la justicia que hizo de estos, la burla y escarnio con que se les daba la muerte. A unos vestian de pellejos de fieras, para que de esta manera los despedazasen los perros; á otros ponian en cruces; á otros echaban sobre grandes rimeros de leña, à quien en faltando el dia pegaban fuego, para que ardiendo con ellos sirviesen de alumbrar en las tinieblas de la noche. Habia Neron diputado para este espectáculo sus huertos, y él celebraba las fiestas circenses: y allí en hábito de cochero se mezclaba unas veces con el vulgo á mirar el regocijo; otras se ponia à guiar su coche como acostumbraba. Y asi aunque culpables estos y merecedores del último suplicio, movian, con todo eso, á compasion y lástima grande, como personas à quien se quitaba tan miserablemente la vida, no por provecho público, sino para satisfacer la crueldad de uno solo.*

Por este pasage se ve á un gran número de cristianos perseguidos en Roma bajo el reinado de Neron, y no se puede dudar que hubiese muchos mas en la Grecia y en el Asia menor, que eran paises mucho mas cercanos á la Judea, en donde habia vivido Jesucristo. Ellos no llevaban el nombre de Cristianos sino por causa de Jesucristo, á quien Tácito nombra Cristo. Plinio en su carta al emperador Trajano (que es la 93 del lib. X) dice tambien: *que los cristianos cantaban desde el amanecer himnos á Cristo como á un Dios.* Las palabras de Tácito nos dan bien á conocer su predisposicion estremada contra la Religion. Este historiador confundia á los cristianos con los judios, á quienes aborrecia, y asi no hay clase de calumnias que no haya publicado contra ellos. Los acuso de que adoraban la cabeza de un asno, y esta fa-

bula se esparció bien pronto por todas partes, y recayó sobre los cristianos.

*CELSO confiesa que Jesucristo ha obrado prodigios.*

El famoso Celso, enemigo el mas peligroso y temible de los cristianos, era un filósofo educado en la secta de Epicuro: se le miraba en su tiempo como á uno de los talentos mas sobresalientes que habian existido. La jocosidad de su estilo, y los donaires que empleaba mañosamente acerca de la Religion cristiana, daban grande aceptacion á sus escritos. Este mismo hombre, que se vanagloriaba públicamente de desprender al universo del atractivo de nuestros dogmas, es quien nos suministra una prueba convincente de la verdad de los milagros de Jesucristo. Orígenes, á quien suscitó Dios en los primeros tiempos para defender la Religion, nos refiere las objeciones que le hacía este filósofo: *Vosotros creeis* (decia Celso) *que él es el hijo de Dios porque ha curado cojos y ciegos* (1).

No pudiendo negar el epicúreo los milagros del Salvador, se esforzaba en desmentirlos, haciéndolos considerar como efectos de una mágia superior. Decia que Jesucristo habia desterrado á los magos por temor de que no hiciesen otro tanto como él: así es como tiraba á sustraerse y á embrollar la cuestion con razonamientos capciosos; mas por sutil que fuese, hallaba en Orígenes un talento de primer orden que sabia desenredar todos sus sofismas, y que le confundia con los caractéres de divinidad que se descubrian en la persona adorable de Jesucristo.

(1) Credidistis eum esse Dei Filium, eo quod claudos et cæcos sanavit. *Orig. contr. Cels. lib. 2.*

No se puede sospechar que Orígenes (1) hiciese hablar á Celso de distinto modo del que se explicaba. Se trataba de una controversia pública é interesante, y contestando á los escritos de este filósofo, no tenia la mira de engañar á vista de todos sus adversarios; por eso ninguno pensó en contradecirle.

*FLEGON hace mencion del eclipse y del temblor de tierra que sucedió al tiempo de la muerte de Jesucristo, como se refiere en el Evangelio de san Mateo cap. XXVII.*

Entre muchos prodigios obrados al morir el Salvador, nos dice el Evangelio que en este momento densas tinieblas obscurecieron el sol, y hubo un terremoto. Este prodigio se halla en los monumentos del paganismo como un hecho averiguado y de los mas constantes. Flegon, que florecía ácia mediados del siglo segundo, es á quien somos deudores de esta prueba de la divinidad de Jesucristo.

El emperador Adriano, que se dedicaba á las ciencias y á las bellas letras, le habia atraido á su corte, en donde pasaba por un sábio. Entre muchos escritos que nos quedan de este autor, el mas notable es su *Historia de las Olimpiadas*, que es una especie de Anales divididos en diez y seis libros, en que se contienen los principales acontecimientos ocurridos en el universo por el espacio de nuevecientos años. Estos anales tan memorables hacen mencion del terremoto y de las tinieblas que acaecieron en

(1) Orígenes era hijo del martir san Leonidas. Desde la edad de 18 años habia adquirido la ciencia. Ocupaba siete personas que no tenian otro ejercicio á su lado mas que escribir lo que él dictaba.

la muerte de Jesucristo. He aqui las mismas palabras de Flegon en el lib. XIII: *El cuarto año de la Olimpiada doscientas y dos, hubo un eclipse de sol, el mas grande que se ha visto hasta hoy: sobrevino á la sexta hora del dia una noche tan obscura, que se veían las estrellas en el cielo; y un gran temblor de tierra derribó muchas casas de la ciudad de Nicéa en Bitinia.*

Hay aqui tres advertencias muy interesantes que piden nuestra atencion. La primera es, que el cuarto y último año de esta olimpiada fue precisamente el año diez y ocho del imperio de Tiberio en el que Jesucristo fue crucificado. La segunda es, que los romanos dividian el dia en doce horas, y asi la hora sexta fue el momento señalado en el Evangelio en que comenzó el eclipse. La tercera advertencia bien esencial es, que esta repentina cesacion de la luz al medio dia, que sucedió en la muerte del Salvador, fue un eclipse sobrenatural, pues que sucedió en plenilunio en el cual murió Jesucristo, y que quebrantó el sistema del universo. Esto es, segun Bossuet en su *Historia universal*, lo que los primeros cristianos probaron á los romanos, citandoles este prodigio como atestiguado por sus mismos autores, y consignado en los registros públicos. Los anales de la China conservan la memoria de este hecho incontestable. Thalles, autor pagano, de nacion griego, mas antiguo aun que Flegon, señala expresamente en su libro tercero de las *Historias Siriacas* estas tinieblas repentinas que obscurecieron la tierra al medio dia el año diez y ocho del imperio de Tiberio (1). Orígenes, Tertuliano, Mi-

(1) Bodin en el último siglo tuvo la temeridad de quitar de su lugar el eclipse de que habla Flegon. Dice que sucedió en la olimpiada doscientas diez: siendo asi

nucio Felix, Lactancio, san Justino, Eusebio, y muchos padres, tuvieron cuidado de juntar el testimonio de Thalles al de Flegon para confirmar el uno con el otro; y sacaron de este acontecimiento, que es de los mas auténticos, un argumento tan sólido para probar la divinidad de Jesucristo, que ni Celso, ni Porfirio, ni Juliano pudieron jamas responder á él una palabra.

El santo sacerdote Luciano martir, muy respetable por su ciencia, por su piedad y su intrepidez, opuso esta prueba á los paganos con una firmeza admirable. Rufino (lib. IX. *Hist. Eccl.*) y Eusebio nos lo dicen. Citado al tribunal de los jueces, y preguntado acerca de su religion, despues de haber confesado que era cristiano, y las razones que le habian determinado á abrazar el cristianismo, el virtuoso sacerdote les dice levantando la voz: "Si vosotros »rehusais dar fé á mi testimonio sobre la divi»nidad de Jesucristo, no teneis mas que con»sultar vuestros anales, y registrar vuestros fas»tos y vuestros archivos. Allí encontrareis que »en tiempo de Pilatos, y al mismo tiempo que el »Salvador del mundo fue crucificado, el sol se »ocultó, y que el universo quedó sepultado en »tinieblas en el medio del dia." *Luc. apud Euseb. Hist. Eccl. lib. I.*

## *JULIANO el APOSTATA conviene en los milagros de Jesucristo.*

Queriendo Juliano Apostata perjudicar á los

---

que el autor pagano nombra expresamente el año cuarto de la olimpiada doscientas dos, que coincide precisamente con el año 18 de Tiberio en el que murió Jesucristo. Esta falsificacion averiguada prueba la malignidad de Bodin, y el poco caso que se debe hacer de sus libros emponzoñados, que el espíritu de impiedad esparce por todas partes.

cristianos, les ha dejado, sin pensar en ello, muchos argumentos, los mas oportunos para afirmarlos en la fé. Se sabe que profesó el cristianismo por algun tiempo, y que llegado á ser emperador por muerte de Constancio, se quitó públicamente la máscara. Entonces fue cuando se declaró enemigo de la Religion cristiana, y cuando empleó todos los medios para hacer triunfar el paganismo. Con este designio compuso una obra que contiene siete libros, llenos de una elocuencia artificiosa y deslumbradora, en donde la hiel y el veneno se esparcen copiosamente sobre la adorable persona de Jesucristo. Su objeto principal era obscurecer la gloria del Redentor, ensalzando á los dioses del paganismo: mas queriendo impugnar la divinidad del Salvador, le dá un testimonio de los mas gloriosos. En efecto, él no niega sus milagros. Celso y Porfirio, de quienes hacía continuos elogios, los habian confesado, y se conservaban sus monumentos en los archivos del imperio; y asi se contenta con debilitarlos y reducirlos á un corto número. *Todo lo que él ha hecho de memorable* (decia) *se reduce á haber curado algunos cojos y algunos ciegos, y haber librado á algunos poseidos en las aldeas de Bethsaida y de Bethania.* Es preciso convenir en que los prodigios de Jesucristo debian estar muy averiguados para obligar á un hombre como Juliano á hacer semejante confesion, de la cual se pueden sacar grandes consecuencias.

## *El emperador TIBERIO propone al Senado colocar á Jesucristo en el número de los dioses.*

A pesar de todos los esfuerzos de los judios

y de los paganos para debilitar los milagros de Jesucristo, su poder se mostraba con demasiado esplendor para que dejase de hacer impresion en los ánimos. El emperador Tiberio, que se hallaba entonces en la isla Capréa, informado por todas partes de los admirables prodigios que el Salvador habia obrado en la Siria, propuso al Senado el concederle los supremos honores, y colocarle en el número de los dioses. El Senado, que no queria que nadie se le anticipase en sus designios, ó que acaso miraba el suplicio de Jesucristo como una tacha que obscurecía la gloria de su vida, no quiso consentir en ello. Paulo Orosio, amigo de san Agustin, en su *Historia del mundo*, dice en el lib. VII cap. 4, que Sejano, prefecto del Pretorio, fue quien se opuso vigorosamente á este nuevo culto. El emperador persistió sin embargo en su dictamen, y amenazó que castigaría á los que acusasen á los cristianos. Este no es un hecho que se afirma vagamente: Tertuliano le cita, como cosa pública y notoria, en la famosa *Apología* que presentó al Senado en favor del cristianismo (1). Un hombre, pues, tan sábio y tan ilustrado como Tertuliano, no hubiera querido debilitar tan buena causa como la que sostenia con un hecho incierto, ni exponerse á ser desmentido en pleno Senado; lo que lejos de halagar á los paganos, los hubiera agriado mucho mas contra los cristianos; ni aun estos se

---

(1) Tiberius ergo, cujus tempore nomem christianum in sæculum intravit, anunciatá sibi ex Syriâ Palestinæ, quæ illinc divinitatem (Jesu Christi) revelaverant, detulit ad Senatum, cum prærogativá suffragii sui. Senatus quia non ipse probaverat respuit. Cæsar in sententiâ mansit comminatus periculum accusatoribus christianorum. TERTULIAN. *Apolog. cap.* 5.

hubieran atrevido jamas en lo succesivo á valerse de la propuesta de Tiberio: y como Eusebio habla de ella en su *Historia eclesiástica* lib. II. cap. 2, no se puede tener duda alguna sobre este acontecimiento.

***LAMPRIDIO, autor pagano, nos dice que el emperador Adriano hizo edificar templos á Jesucristo.***

Es bien glorioso para la Religion el ver á los emperadores paganos, á pesar de sus prevenciones á favor de los dioses, adorar á Jesucristo y erigirle altares. Lampridio, historiador pagano, es el que nos ofrece este rasgo. Este autor, que escribió la vida de muchos emperadores, nos dice que Adriano hizo edificar templos en honor de Jesucristo, y que Alejandro Severo tuvo el mismo designio. *Quiso* (dice hablando en la vida de Alejandro Severo) *erigir un templo à Jesucristo, y hacerle colocar en el número de los dioses: se dice que Adriano habia tenido el mismo designio: este príncipe hizo edificar en todas las ciudades templos sin ídolos, que hoy se llaman Adrianos, porque estàn sin ídolos, y habian sido preparados por Adriano para Jesucristo: pero no ejecutó su designio, del cual le apartaron aquellos que habiendo consultado à los Oràculos, recibieron por respuesta que si esto se verificaba asi, como muchas gentes lo deseaban, todo el mundò abrazaría la Religion cristiana, y serían abandonados los demas templos.*

No hay cosa mas iuminosa, y al mismo tiempo mas persuasiva, que lo que nos dice Lampridio. Se ve que aun en Roma en medio del paganismo, se habia concebido una idea sublime de Jesucristo, y que pasaba por un hombre divino en el concepto de muchos ilustres paganos. El mismo historiador nos enseña tambien

que uno de los mayores emperadores romanos, que fue Alejandro Severo, tenia en su palacio un oratorio, á donde iba á adorar á Jesucristo, y á ofrecerle sacrificios: que habia consagrado en esta especie de capilla las imágenes de las almas santas, entre las cuales colocaba con Orfeo á Jesucristo y Abraham. Añade Lampridio que este emperador estaba tan encantado de la doctrina de nuestro Señor, que habia hecho grabar en los edificios públicos, y hasta en su propio palacio, ciertas máximas del Evangelio, y entre otras esta: *No hagas á otro lo que no quisieras que se hiciese contigo.*

Estos rasgos históricos, que ensalzan con tanto esplendor la gloria de Jesucristo, tienen tanta conformidad con lo que Tertuliano nos dice de Tiberio, que quiso poner al Salvador en el número de los dioses, que su testimonio adquiere por ellos un nuevo grado de certidumbre que le hace incontestable.

### *CALCIDIO, filósofo platónico, habla del nacimiento de Jesucristo, de la adoracion de los Reyes, y de la estrella que los guió.*

Calcidio, filósofo platónico, es un autor que brilló en el siglo cuarto. No se sabe positivamente si era pagano, pero es constante que no era cristiano, y aun parece por su libro que seguia los errores de Platon. Como quiera que sea, el testimonio que dá á la divinidad de Jesucristo, es muy auténtico para pasarlo en silencio. En su obra sobre el *Timeo* de Platon, es donde dice expresamente: "que un Dios digno »de nuestra veneracion ha bajado del cielo á la »tierra, y ha bajado únicamente por la salva»cion y por la felicidad del género humano:

»que este gran beneficio del cielo fue indicado »á los hombres por la aparicion de una nueva »estrella que les anunciaba, no muertes ó en»fermedades, sino la bajada de este Dios Sal»vador: que los Caldeos, muy distinguidos por »su sabiduría y por sus conocimientos en la as»tronomía, habiendo advertido la nueva estre»lla y examinado su movimiento nocturno, se »determinaron á ir á buscar al Dios que ella »anunciaba y que acababa de nacer; y que ha»biéndole hallado, le tributaron las ofrendas y »homenages que convenian á la magestad de un »Dios tan grande, aunque su magestad estaba »encubierta bajo la figura de un niño."

Un testimonio de esta importancia salido de la pluma de un platónico, no podia menos de desagradar á los enemigos de la Religion; y asi Vannini, que fue quemado en Tolosa en el siglo diez y seis por su obstinacion en sostener el ateismo, manifestó en sus obras un sumo desprecio de Calcidio, á quien dá el nombre de *Pensador vano y frívolo.*

### *MACROBIO habla de la degollacion de los Inocentes anunciada en el Evangelio de san Mateo capitulo II.*

Nadie ignora la conexion que hay entre el nacimiento de Jesucristo y la degollacion de los niños mandada por Herodes, en la que tantas inocentes víctimas fueron inmoladas al furor de este inhumano príncipe. Este hecho, referido en el Evangelio, le confirma Macrobio, que era procónsul de Africa, y en seguida fue mayordomo del emperador Teodosio el joven. Este autor, en su libro segundo de los Saturnales, ha recogido los dichos agudos de Augusto, y los que se habian dicho en la corte de

este emperador, entre los cuales hallamos el pasage de que se trata. Hé aquí las palabras de Macrobio, que no pueden aludir sino á la degollacion de los Inocentes: "Cuando el emperador Augusto (dice en el lib. II cap. 4) supo »que entre los niños que Herodes, rey de los judíos, habia hecho degollar en la Siria menores »de dos años, habia tambien muerto su hijo, dejó escapar estas palabras: *mas valdria ser puerco* (1) *de Herodes que hijo suyo.*"

Esto no es mas que una palabra; pero esta palabra en la boca de un pagano, tiene por lo comun mas fuerza sobre ciertos entendimientos, que cien testimonios de autores cristianos: tan cierto es que las preocupaciones son un obstáculo para descubrir la verdad, y estorban frecuentemente el dar una sentencia justa.

## *JOSEFO, historiador judío, reconoce la santidad de san Juan Bautista y de Santiago, y confirma muchos hechos anunciados en el Evangelio de san Mateo.*

El testimonio que presentamos en honor de la Religion cristiana, tambien está sacado de un autor que no la ha profesado. Josefo, que nos le suministra, es un célebre historiador de la nacion judáica que vino al mundo cuatro años despues de la muerte de Jesucristo: y aunque su ánimo y su corazon estaban enteramente adictos al emperador Vespasiano, y haya llevado la lisonja hasta el extremo de aplicarle las profecías, sin embargo nos ha dejado en su libro de

(1) Todo el mundo sabe el extremado horror que los judíos tenian á la carne de puerco: les estaba prohibido por la ley el comerla, y por consiguiente no era costumbre entre ellos el matarlos.

las *Antigüedades judáicas* las pruebas mas sólidas que un entendimiento razonable puede exigir para convencerse de la verdad de los Evangelios.

San Mateo, hablando de san Juan Bautista, nos dice en el capítulo III, que los pueblos iban de todas partes al desierto á oir sus sermones, y que los exhortaba á purificarse en las aguas del bautismo. Josefo confirma perfectamente lo que dice este Evangelista. El texto de este autor es tan precioso, que tendré mucho gusto en insertarle todo entero.

*Se creyó* (dice Josefo en el capítulo VII) *entre los judíos que la derrota del ejército de Herodes era un castigo de Dios, à causa de Juan apellidado Bautista, que era un hombre de gran piedad. Este exhortaba à los judíos à abrazar la virtud, à ejercer la justicia, à recibir el bautismo, y à acompañar la pureza del cuerpo con la del alma. Como una gran multitud de pueblos le seguia para escuchar su doctrina, temiendo Herodes que el crédito de Juan fuese ocasion de alboroto, le envió preso à la fortaleza de Machera de que acabamos de hablar, y los judíos atribuyeron la derrota de su ejército à un justo castigo de Dios por una accion tan injusta.*

Lo que dice Josefo acerca de Santiago, merece tambien atencion. Hé aqui cómo se explica en el lib. XX. cap. 8: *El Pontífice Anás, de un caracter violento y feroz, convocó un consejo de jueces, é hizo comparecer en èl á un hombre llamado Santiago, hermano de Jesus, apellidado el Cristo; le hizo apedrear con algunos otros que fueron tambien acusados de impiedad. Este proceder desagradó extremadamente à todas las personas de probidad, y à los que en la ciudad eran celosos de la observancia de la ley.*

Se sabe que Santiago y san Juan se designan en el Evangelio con el nombre de hermanos

de Jesucristo, como lo refiere el historiador judío; lo que significaba, segun el uso de los judíos, parientes de Jesus. La muerte de Santiago, que por otra parte sabemos haber sido apostol de Jerucristo y el primer obispo de Jerusalen, la certifica Josefo, como se contiene en los Hechos de los Apóstoles. Hay tambien otro célebre pasage de Josefo que ha ocupado la pluma de los sábios: si es auténtico, como lo sostienen muchos hombres grandes, no hay cosa mas convincente, pues que establece con evidencia la resurreccion de Jesucristo. Hubiéramos deseado exponerle aqui; pero como exige una disertacion que nos obligaría á alargarnos demasiado, remitimos á nuestros lectores á las que han publicado los sabios (1).

Por no fatigar la atencion del lector paso en silencio otros muchos rasgos escapados á nuestros enemigos en favor de Jesucristo y de su Religion. Porfirio, que ataco al cristianismo por espacio de casi cincuenta años, reconoce sus virtudes; asegura que es santo, inmortal, resucitado: dice que es necesario guardarse mucho de blasfemar y de hablar mal de él. San Agustin, que refiere las palabras de Porfirio, hace una observacion muy juiciosa en el lib. XIX de *Civit. Dei* cap. 23. *Era forzoso* (dice) *que este filósofo hubiese perdido la memoria de las ex-*

---

(1) El P. Colonia, jesuita, hizo una disertacion muy extensa sobre el pasage de Josefo. Este mismo autor recogió en dos volumenes en dozavo todas las expresiones escapadas á los paganos que confirman la verdad de la Religion cristiana, y están acompañadas de una crítica solida y juiciosa. Se puede ver tambien sobre el pasage de Josefo la *Disertacion del presbitero de Houteville sobre la Religion cristiana confirmada por los hechos*

*presiones denigrativas que habia proferido contra el Salvador, cuando se propuso hacer tan magnífico elogio de él.*

He aqui, pues, la verdad de los Evangelios bien probada, y los milagros de Jesucristo fuera de duda. Los mismos judios no los contradijeron jamas; y en el Talmud, que es una coleccion de sentencias y explicaciones de sus antiguos rabinos, confiesan que ha hecho grandes prodigios: bien es verdad que han hallado mil falsos pretestos para evadirse de esta creencia. Tan pronto la atribuyen á la fuerza de la magia, tan pronto á la virtud de un secreto que Jesucristo tenia (decian ellos) de pronunciar el nombre de Dios. Pero nosotros despreciamos sus vanos comentarios: ellos convienen en que obró milagros, y esto es bastante para hacerlos incontestables; y asi Tertuliano (1) se valia de esta confesion para combatirlos. ¡*Negais* (les dice este sábio en su obra contra los judios capítulo IX, con aquella energía y elocuencia que le era tan natural) *negais los prodigios de Jesucristo? No es posible que os atrevais á ello, porque la voz de vuestros padres estaría contra vosotros: si ellos quisieron apedrear á aquel que nosotros adoramos, no fue porque dudasen de sus obras, sino porque obraba tantas maravillas á viste de todos, aun en los dias festivos del sábado.*

Pruebas tan luminosas deben disipar las preocupaciones. Vamos á sacar consecuencias mas propias para atraer aquellos que han tenido

---

(1) Tertuliano era un sacerdote de Cartago que vivia al fin del siglo II, y que se distinguió mucho por los debates que sostuvo con los paganos, los judíos y los hereges. Entre muchos escritos que ha dejado, su *Apologia en favor del cristianismo* es mirada como una obra clásica.

la desgracia de dejarse seducir por los falsos atractivos de la irreligion. Como abrazan el error sin reflexionar, permanecen en él del mismo modo; y asi la caridad exige que hagamos todos nuestros esfuerzos para sacarlos del fatal adormecimiento en que viven.

## *Consecuencias que resultan de los testimonios de los paganos y de los judíos, que consuelan al cristiano, y que confunden al incrédulo.*

### PRIMERA CONSECUENCIA.

*No se puede negar razonablemente la autenticidad de los Evangelios.*

¿Puede el cristiano percibir todas estas pruebas sin experimentar que se aumentan su fé y sus esperanzas? ¡Qué esplendor! ¡qué luz no redunda sobre la Religion cristiana por todos los rasgos que nos suministran sus enemigos! Las luces que nos dan Suetonio y Tacito descubriéndonos el tiempo en que Jesucristo apareció, y su suplicio bajo Poncio Pilato: la demostracion de Tiberio de querer colocar al Salvador en el numero de los dioses: la profunda veneracion que el emperador Adriano le tuvo: su inclinacion á adorarle, que llegó hasta erigirle templos: los homenages que le tributo el emperador Severo, y el aprecio que hacía de su doctrina; los testimonios de Calcidio sobre su nacimiento; la circunstancia del eclipse sucedido en su muerte referido por Flegon y Tales; el texto de Josefo sobre san Juan Bautista y sobre Santiago; las expresiones de Celso y

de Porfirio; la confesion del emperador Juliano; en una palabra, esta conformidad de los escritos de los paganos y de los judíos con muchos pasages del Evangelio, ¿no es un argumento decisivo contra los espíritus incrédulos, que sin respetar ninguna autoridad tratan de fábulas y de novela la historia que los Apóstoles nos han dejado?

En el tiempo de Jesucristo el universo estaba dividido en tres religiones, á saber: el paganismo, el judaismo, y el cristianismo. Los Evangelistas han referido las maravillas conforme las han visto: la historia de Jesucristo ha sido confirmada por otros escritores sagrados: los autores cristianos del primero y segundo siglos, asi como los de los siglos siguientes, atestiguan sus milagros, su resurreccion y su divinidad. Los paganos y los judíos no se explican, á la verdad, tan claramente; pero ¿lo podian ellos hacer en buena política, ni se puede tampoco exigir esto de un pueblo imbuido en un cúmulo de preocupaciones falsas? Si hubiesen hablado en los mismos términos que los cristianos, hubieran deshonrado su culto y cooperado al triunfo del cristianismo; sin embargo, dicen lo suficiente para disipar todas las dudas. Confiesan muchos artículos esenciales designados en el Evangelio. Que se me diga, pues, si unos hechos atestiguados por aquellos mismos que tenian interés en contradecirlos, y que sin interrupcion han sido creidos de edad en edad hasta nosotros, ¿no llevan un caracter de verdad? Nosotros no tenemos otros medios para descubrir un hecho distante de nosotros, que los testimonios de los hombres: por esta regla se gobiernan las naciones; y negarse á ella, es renunciar á la razon.

Los que miran al Evangelio como una de tantas fábulas, no han profundizado la cuestion. Luego que salió á luz este libro sagrado, se difundio con rapidez por todas partes; y en donde quiera que sus dogmas fueron atacados, halló secuaces que se dejaron martirizar en su defensa; y nosotros no tememos asegurar que jamas hubo libro apoyado en testimonios mas insignes y menos sospechosos. No: la creencia del cristianismo no es un error que haya tenido su origen en la ignorancia de los siglos groseros, como se divulga entre cierta clase de gentes; ella ha sido examinada y discutida desde su principio por personas juiciosas, que no se han sometido sino despues de estar perfectamente convencidas de la verdad.

El siglo de Augusto, en que apareció Jesucristo, era un siglo de ilustracion que en nada cedía al nuestro: las artes y las ciencias estaban en auge: Virgilio y Horacio, que vivian entonces, llevaron la poesía latina al último grado de perfeccion. No hacemos esta advertencia sino para desengañar á los que, no teniendo conocimiento alguno de la historia, se imaginan que en aquellos primeros tiempos no habia sino hombres simples y crédulos, y que ha sido facil engañar á los primeros cristianos. Aunque la Religion no deba su buen éxito al talento y celo de los que la han sostenido, y aunque no esté apoyada sino en el brazo de Dios, es, sin embargo, un gran consuelo para nosotros al subir hasta los primeros dias del cristianismo, verla defendida por los que eran la gloria y el ornato de su siglo. Eusebio (1), que ha enrique-

(1) Eusebio de Cesaréa florecia el año de Jesucristo 325: dió a luz una historia consecutiva de la iglesia

cido la iglesia con tan excelentes obras, cuyos solos estractos adornan aun hoy dia y hermosean las de tantos sabios, nombra en su *Historia eclesiástica* á una multitud de hombres grandes que abrazaron desde el principio la Religion, y la apoyaron con sus doctos escritos. Se sabe que el apóstol san Pedro estableció su silla en Roma, en donde sobresalian todas las artes: una multitud de griegos y romanos se alistaron bajo los estandartes de la Cruz: se vió tambien á célebres personages, que eran la gloria del paganismo, abandonar el culto de los falsos dioses para adorar á Jesucristo. Arístides y Cuadrato, dos filósofos de Atenas, justificaron la doctrina de los Evangelios en apologías que presentaron al emperador Adriano. Estas excelentes piezas, que se han perdido por la injuria de los tiempos, subsistian aun en tiempo de Eusebio, y lo poco que él refiere de ellas hará sentir siempre la falta de una obra que confirma tanto la historia Evangélica. "Jesucristo (decia »Cuadrato, segun Eusebio en su *Historia eclesiástica* lib. III cap. 36) ha obrado sus milagros á vista del universo, por lo que estaban »exentos de toda sospecha. Él ha curado enfermos, y ha resucitado muertos, de los cuales »algunos han sobrevivido largo tiempo al autor »del prodigio, y no han muerto sino en nuestros »dias."

San Justino, que defendió la Religion á costa de su sangre, era un filósofo que habia buscado la verdad en todas las sectas, sin poder hallarla. Leyendo las santas escrituras, y comparando el antiguo Testamento con el nuevo,

---

cristiana desde la muerte de Jesucristo hasta el tiempo de Constantino el Grande en que escribia.

reconoce que Jesucristo es el Mesías anunciado hacía tanto tiempo. Esto le basta: abjura sus errores, y abiertamente se declara cristiano. En la *Apología* que presentó al emperador Antonino, no teme decir su nombre en presencia de este emperador; ni morir, si le es necesario, para sostener la verdad. "Nosotros reconocemos (dice en su *Apología* segunda) por nuestro »maestro á Jesucristo crucificado bajo Poncio »Pilato en tiempo del emperador Tiberio; y »hemos sabido que es el Hijo de Dios. Hallamos en los libros de los Profetas que vendrá »un Mesías, que ha de nacer de una Vírgen, »que curará toda clase de enfermedades, que »resucitará los muertos, que será aborrecido y »perseguido, que será condenado á muerte de »cruz, que al fin resucitará y subirá á los cielos, que será llamado, y será realmente el »Hijo de Dios; habrá predicadores que irán á »anunciar por todas partes que las profecías se »han cumplido en Jesucristo, y los gentiles »abrazarán esta doctrina antes que los judíos."

Si en los primeros siglos no hubiese tenido la causa del cristianismo por defensores á unos hombres ilustrados, se podria acaso imaginar que hubiese habido seduccion; pero cuando se vé desde el principio una multitud de hombres grandes que han renunciado las preocupaciones de su nacimiento y de su educacion por hacerse cristianos, entonces se desvanecen las sospechas. La Religion cuenta en el número de sus defensores á una multitud de sabios que pasaban por ingenios superiores, y que los paganos tenian á honra el consultarlos. El filósofo Ammonio, que siendo discípulo de Platon se hizo cristiano, se atrajo el respeto de los mismos paganos. Los emperadores Adriano y Marco Aurelio

leian con admiracion las apologías de los Melitones, de los Atenágoras y de los Justinos. Y aun el mismo senado admiró la del ilustre martir san Apolonio, que tambien era senador. Origenes y Tertuliano eran mirados como lumbreras de sus siglos. No hablo aqui de los Clementes de Alejandría, de los Minucios Felix, de los Eusebios de Cesaréa, de los Lactancios, Ciprianos, Gerónimos, Cirilos, Crisóstomos, Ambrosios, Agustinos, Basilios, Gregorios, y de tantos otros que han sostenido los intereses de Jesucristo: las obras que nos han dejado, en las que se hallan todas las galas del ingenio y toda la fuerza del raciocinio, forman su elogio.

Es, pues, positivo que tantos hombres tan juiciosos no creyeron á ciegas, y era necesario que la demostracion que se hacía del cristianismo fuese bien clara para determinarlos á abrazar una doctrina tan extraordinaria, y que los exponia á la muerte. Hombres de un mérito tan distinguido como san Clemente, san Policarpo, san Justino, san Irenéo y san Cipriano no han sufrido el martirio sin haber antes examinado bien la cuestion. De modo que desde que se pone la vista sobre los antiguos monumentos de la iglesia, se percibe evidentemente que no hay en ella nada de ilusion, y que jamas negocio alguno ha sido juzgado con tanta madurez y conocimiento. Cuando por otra parte se atiende á que los Apóstoles han sostenido los milagros de Jesucristo en los tribunales á la faz de los paganos, de los judíos, de los filosofos y de los rabinos; y á que han sufrido la muerte en los tormentos por atestiguar lo que han visto; la verdad se manifiesta tan clara como la luz del dia; y no rendirse á testimonios tan luminosos, es disputar por pasion contra la misma evidencia.

Dichoso, pues, el cristiano que se mantiene estrechamente unido al Evangelio. Fuera de que es bien glorioso seguir una Religion perfectamente conforme á la razon, tiene á su favor la autoridad de los hombres mas sabios y mas ilustres, y todo concurre á afirmarle en su creencia, hallando todavía pruebas hasta en la boca de sus enemigos. No sucede lo mismo al incrédulo: su sistema no está apoyado ni en la razon ni en la autoridad de las conjeturas. Sospechas sin fundamento alguno, suposiciones insostenibles, son los únicos recursos que le quedan. Para armarse contra el Evangelio, se ve obligado á tocar en extremos que chocan al buen sentido. Como no hay libros tan bien sostenidos como la historia de Jesucristo, necesita trastornar los principios mejor establecidos para desecharla: es necesario que mire la historia Romana y todos los anales de la Iglesia como otras tantas fábulas forjadas por antojo: es necesario que se encapriche en que los autores paganos, judíos y cristianos se han aunado y formado el detestable convenio de engañar á todo el mundo: es necesario en fin, que renuncie, á pesar suyo, á sus mismas luces, y que ataque las nociones mas claras y mas perceptibles. Dígasenos de buena fé si un incrédulo que se maneja de este modo, puede presumir que posee la prudencia y la sabiduría. Por el contrario, ¿no es visible que todo esto le falta, que renuncia al buen sentido dando en una opinion extravagante, y que afectando dudas sobre todo, reduce al hombre al estado mas deplorable que puede imaginarse?

### SEGUNDA CONSECUENCIA.

*Los milagros de Jesucristo son incontestables.*

Estando tan sólidamente demostrada la autenticidad de los Evangelios, hallamos en los milagros de Jesucristo la prueba mas sólida que el entendimiento humano puede desear. En efecto, ni la credulidad de los pueblos, ni la ilusion, tienen parte alguna en el crédito que se ha dado á estos milagros. Los autores que los refieren eran contemporáneos, y muchos hablan de ellos como testigos oculares; han sido públicos por la mayor parte, y muy circunstanciados. Desde la Judéa, en donde se han creido á pesar de las malas predisposiciones, la voz de estos milagros se esparció por toda la tierra, en donde despues de haber pasado por la mas severa crítica, se miraron como indubitables. La fé que se les ha dado ha sido siempre sostenida sin alteracion, y no se puede designar tiempo alguno en que no se hayan creido verdaderos.

¿Sería posible que la falsedad hubiese sido universalmente adoptada, tanto por sabios como por ignorantes? ¿Habrian querido someter sus entendimientos á tantos misterios impenetrables, y adorar á un hombre ajusticiado, si él no hubiera dado señales sensibles de su divinidad? Si los milagros de Jesucristo hubiesen sido falsos, ¿por qué los judíos han buscado explicaciones para eludir su fuerza, diciendo los unos que los hacía en virtud del demonio, y sosteniendo los otros que habia hallado el secreto de pronunciar el nombre de Dios de un modo que todo obedecia á sus palabras? ¿Por qué tantos rodeos,

y no manifestar de un golpe la falsedad? Si se hubieran podido poner en duda los milagros de Jesucristo, ¿Celso y Juliano hubieran agotado su imaginacion para debilitar la prueba que los cristianos sacaban de ellos? ¿No era mas facil el negarlos y desengañar al universo, quitando la máscara á la impostura? Ellos no lo han hecho: antes por el contrario han confesado muchos; y asi la confesion y la conducta de nuestros enemigos demuestran evidentemente que la historia de Jesucristo, referida por los historiadores, era conforme á la verdad.

He aqui, pues, la Religion triunfando completamente de la incredulidad. En efecto, una vez probada la autenticidad de los Evangelios, todo está probado: hay una relacion y una conexion tan grande entre la autenticidad del libro sagrado y la veracidad de los milagros que contiene, que no se puede separar lo uno de lo otro. O es necesario que el incrédulo tribute homenage á Jesucristo, ó que se vea precisado á entregarse enteramente al pirronísmo histórico. Los mismos principios que acreditan la historia profana, acreditan tambien la historia evangélica: por consiguiente si se desecha la historia de los Evangelios, es necesario desechar todas las otras.

Razones tan sólidas y poderosas se hacen perceptibles aunque no se quiera. La extravagancia inherente al pirronismo sirve de atolladero; y si se escuchase á la razon, sería necesario ceder: pero los incrédulos se aturden con todas estas consideraciones, y buscan nuevos pretextos para no creer nada. La historia les ofrece algunos acontecimientos, que no siendo profundizados, esparcen algunas nubes, y esto les basta para resistirse á las pruebas mas con-

vincentes. Veamos, pues, si lo que se objeta contra los milagros de Jesucristo está bien fundado.

## *Respuesta á las objeciones contra los milagros de Jesucristo.*

Si antes de combatir la Religion se tuviese cuidado de estudiarla, y discutir con juiciosa crítica todos sus puntos, se recibirían luces que pondrian en estado de juzgar de ella; y me atrevo á decir que los que hoy son sus enemigos, vendrian á ser sus apologistas y defensores, no solo por el único motivo de que en materias de Religion es prudencia elegir el partido mas seguro, sino porque estarían íntimamente convencidos de que la causa del Evangelio está apoyada sobre fundamentos indesquiciables.

El que se haya visto supuestos milagros en la idolatría, el que haya habido impostores que han abusado de la credulidad de los pueblos, la ceguedad de una nacion rebelde é ingrata, ¿son acaso razones para dejar de creer milagros tan autorizados? ¿Es posible que aquello mismo que sirve para afirmar en la fé á los grandes hombres, venga á ser para el incrédulo motivo de no creer nada? Repárese bien en esto: no hay cosa mas facil que dejarse obcecar en materia de Religion; pues si ella encierra bastantes luces para alumbrar á los que con sinceridad lo desean, tiene tambien bastantes tinieblas para cegar á los que desean permanecer en la ceguedad (1). Antes

(1) La verdad de la Religion está demostrada con todas las pruebas que son suficientes para convencer á cualquier entendimiento que medite sin pasion; pero

de responder á estas objeciones, comencemos por examinar la naturaleza de los milagros de Jesucristo.

Los historiadores que han sido testigos de ellos nos individualizan todas sus circunstancias. Estos milagros son: enfermos que sanan, ciegos de nacimiento que cobran vista, muertos que resucitan, Jesucristo mismo que alimenta cinco mil hombres con cinco panes y cinco peces; este hombre Dios, á quien se vé marchar sobre la mar encrespada, y que él mismo rompe los lazos de la muerte y sale glorioso de su sepulcro. Milagros, pues, de esta naturaleza estan marcados con el sello de la divinidad; y si alguno se atreviese á mirarlos como efectos puramente naturales, la ciencia de to-

---

no lo está con todas las pruebas que pudiera estarlo, como piden los que desearían que la Religion fuera falsa. La existencia de Dios, por ejemplo, se demuestra suficientísimamente al hombre que quiere meditar; pero se demostraría mas si el mismo Dios se manifestase á los hombres al modo que se manifiesta á los bienaventurados. Jesucristo manifestó bastantemente su divinidad, haciendo públicamente obras continuas y repetidas que solo Dios puede hacer; pero la manifestaría mucho mas si se presentase del modo que aparecerá algun dia, sentado en las nubes del cielo en gloria y magestad Los que no quieren confesar la existencia de Dios porque no le ven cara á cara, ni la divinidad de Jesucristo porque no la manifiesta del modo que ellos quieren, son unos insensatos que quieren que se gobierne Dios por sus antojos, y no por las reglas de su infinita sabiduría. ¿No les basta ver con dos ojos la luz? ¿Por qué la desean ver con cuatro? Para estos tiene la Religion bastantes tinieblas, porque no se contentan de verla solo con dos ojos, y la quisieran ver con cuatro que no tienen: mas para los que se contentan de verla solo con dos ojos, tiene cuanta luz necesitan, aunque conozcan que viéndola con cuatro ojos la verían mas brillante.

dos los tiempos, la experiencia universal desmentirian altamente semejante opinion.

Tambien sería una horrible impiedad y un trastorno de la razon imaginarse, como los judíos, que Jesucristo, modelo de todas las virtudes, fuese instrumento del demonio. El padre de la mentira no obra prodigios para santificar á los hombres, ni para aumentar el culto de Dios. Si él tuviese el poder á su disposicion, le emplearía mas bien en usurpar los homenages debidos al Criador, y en pervertir á sus criaturas. Por otra parte, Dios es demasiado bueno y demasiado justo para prestar su sello á un impostor, que no se serviría de él sino para alucinar á todo un pueblo, y sumergir al mundo en el error. Por eso, habiendo Jesucristo obrado todos sus milagros en nombre de Dios, estos milagros no pueden venir sino del soberano Señor del universo, que quiso hacerse escuchar de los hombres, y hacerlos atentos á su voz. Yo no puedo creer que ninguno se haya imaginado disputarle el poder de obrar prodigios: el que ha establecido con una entera libertad el orden en la naturaleza, puede sin duda invertirle cuando le agrade; de otro modo no sería Dios. Imponiendo ciertas leyes á los séres creados, tiene el poder de suspenderlas, y esto sin mudanza alguna de su parte, pues que todo subsiste y se conserva en virtud de su voluntad eterna. Esto es demasiado evidente para detenernos mas en ello: pasemos ahora á las objeciones.

Convenimos en que los milagros obrados en la idolatría son una dificultad; y asi para responder á ella sólidamente, es necesario establecer algunos principios.

Los verdaderos milagros son unos efectos

maravillosos que causan impresion en todos los ánimos, y que sobrepujan la capacidad de todos los séres creados. Es cierto que solo Dios puede obrar milagros, y estas son las señales que manifiestan su voluntad, y el lenguage de que se sirve para hacer oir su voz: él los obra con el designio de instruir á los hombres en algunas verdades, ó de confirmarlos en ellas.

Hay otros efectos que sorprenden y se llaman milagrosos, porque al parecer trastornan el orden natural; pero estos prodigios que admiran, no son verdaderos milagros. A mas de que no llevan consigo los caractéres de tales, no tienen fuerza para arrastrar por sí mismos ácia el error á personas ilustradas é instruidas. Las operaciones mágicas y las ilusiones del demonio pueden muy bien deslumbrar los ojos y fascinarnos por algun tiempo; pero jamas tienen un efecto permanente y durable. Si Dios permite los falsos milagros, es para probar la fé de su pueblo ó para manifestar su poder con mas esplendor; ó en fin, por otras razones desconocidas, pero siempre respetables. Confesamos que alguna vez ha permitido al demonio y á los impíos obrar ciertos prodigios; y cuando ha sucedido esto, ha tenido siempre cuidado de apartar los lazos y estorbar la seduccion; y asi estos falsos milagros no han servido sino para aumentar la fé, y para dar un nuevo lustre á la Religion.

Los magos de Faraon hicieron grandes prodigios, pero los de Moisés excedieron en la cualidad y en el número. Los impostores reconocieron la impotencia de sus artes, y se vieron obligados á confesar en presencia del Príncipe que eran vencidos. *El dedo de Dios*, dijeron, *es el que obra aquí. Exodo*, c. VIII. Dios, poniendo

á prueba á su pueblo, lo hizo teniendo siempre consideracion á su debilidad. Los falsos milagros han sido anunciados de antemano con prohibicion de creer en ellos, y no han producido bien alguno. Todo se limitaba á prestigios y á encantos que desaparecían luego. Solo, pues, los que no están instruidos, ó los que quieren engañarse voluntariamente, pueden fundar sus dudas sobre estos falsos milagros, que, lejos de perjudicar á la Religion, contribuyen á su triunfo.

Pero, dirá el incrédulo, si entre los milagros hay algunos falsos, por lo menos se deberán mirar como señales equívocas, y por consiguiente los milagros de Jesucristo no constituyen la divinidad de la Religion cristiana. Convenimos en que si no tuviéramos señales para discernir verdaderos milagros de los falsos, la prueba que sacamos de los milagros de Jesucristo no seria sólida, y se podria disputar; mas como tenemos señales infalibles, la objecion cae por sí misma. Decimos, pues, que los milagros y la doctrina juntamente nos facilitan este discernimiento: quiero decir, que como todos los milagros están en manos de Dios, antes de permitir á los impíos ó al demonio obrar prodigios, emplea los milagros en establecer la verdadera doctrina: esta doctrina, establecida por los milagros, sirve para distinguir la verdad; fuera de la superioridad que Dios dá siempre á su obra, ha prescrito reglas para distinguir las operaciones de su brazo de las del demonio; y asi los judíos son inexcusables de no haberse rendido á los milagros de Jesucristo: y ya que tocamos esta materia, conviene hablar de ella, tanto mas cuanto que se ven todos los dias personas que contra toda razon pretenden justificar á este pueblo rebelde. Lo que vamos a decir

hará comprender cuán peligroso es pronunciar un fallo precipitado.

Los judíos eran demasiado instruidos para que se les pueda disculpar. Moisés les habia prevenido y advertido que vendria despues de él un gran Profeta, á quien debian escuchar. *El Señor Dios tuyo* (dice al pueblo judáico) *levantará para tí de tu nacion y de entre tus hermanos un PROFETA como yo: à él oirás.* Deuter. cap. XVIII vers. 15. No contento el santo Legislador con prevenirles lo que habia de suceder, les habia dado reglas seguras para discernir la mentira de la verdad. *Si se levantare* (dice) *en medio de tí un Profeta, ó quien diga que èl vió un ensueño, y pronosticàre alguna señal ó prodigio, y acaeciere lo que habló, y te dijere: Vamos, y sigamos dioses agenos que no conoces, y sirvàmosles: No oiràs las palabras de aquel profeta ó soñador: porque os prueba el Señor Dios vuestro, para que se haga patente si le amais ó no con todo vuestro corazon y con toda vuestra alma.* Idem *cap. XIII vers.* 1, 2, *y* 3.

He aqui, pues, á los judíos enterados. Por los principios que Moisés les habia inculcado, era facil distinguir lo verdadero de lo falso; y si hubiesen sido fieles en conformarse con ellos, no se verían sepultados en todas las desgracias en que los vemos; pero el hombre no siempre sigue la verdad que brilla á sus ojos: las pasiones esparcen nubes, y le arrastran á un partido mas conforme á sus funestas inclinaciones; y esto es lo que sucedió al pueblo ingrato de que hablamos. Jesucristo viene á la tierra en el tiempo señalado, toma el título de Mesías, y le acompañan todos los caractéres de tal. Las profecías que de dia en dia se cumplian en su persona, esparcen grandes luces; sin embargo no bastaban para convencer ente-

ramente; á lo menos antes de su muerte eran necesarios algunos otros rasgos distintivos; de otro modo los judíos hubieran tenido algun fundamento para desconocerle. Asi es que Jesucristo nada omite para ilustrarlos. Manifiesta que es el Señor de la naturaleza resucitando muertos, y haciendo á todos los elementos dóciles á su voz: su poder se ostenta por una multitud innumerable de prodigios que obra á vista de toda Jerusalen, y hace obras que ningun otro habia hecho hasta él. Hé aqui bastante motivo para abrir los ojos y para rendirse. Sin embargo; si Jesucristo hubiese hablado á favor de los dioses, á pesar de la superioridad de sus milagros, la Sinagoga se hubiera fundado en desecharle siguiendo los principios que le habia prescrito su Legislador, y nosotros no podríamos condenarla: pero Jesucristo, bien lejos de levantarse contra Dios, recomendaba su culto, y apoyaba su doctrina sobre la de Moisés: decia abiertamente que él no habia venido á destruir la ley, sino á cumplirla. A vista de esto ¿se puede disculpar á los judíos de no haberse sometido á sus prodigios? Lo que sigue manifestará aun mejor su crímen.

Los Profetas, preparándolos á la venida del Mesías, les habian anunciado frecuentemente un nuevo culto y una nueva alianza, y ellos debian esperar una mudanza de religion, expresamente señalada en los escritos proféticos. Por otra parte la sinagoga estaba sumisa á la autoridad de los Profetas que Dios suscitaba de tiempo en tiempo. Se veia tambien que ellos instruían á los pueblos sin recibir mision alguna (1), y estaba en uso el atenerse á sus deci-

(1) Se entiende de parte de la Sinagoga.

siones. El antiguo Testamento nos ofrece muchos ejemplos de esto. Jesucristo, anunciándose como Profeta, y superando por su santidad y sus prodigios á todos los que se habian manifestado hasta entonces, daba á su mision tanta mas evidencia, cuanto que era visible que las persecuciones y la sentencia pronunciada contra él, no eran sino efecto de la envidia y del odio de los sacerdotes y doctores de la ley, cuyo orgullo é hipocresía reprendia altamente.

Si habia en la antigua ley señales para distinguir los verdaderos milagros, nosotros las tenemos tambien en la nueva. El Autor y Gefe de nuestra Religion nos ha proveido anticipadamente de armas contra los peligros. *Se levantarán* (nos dice Jesucristo) *falsos cristos y falsos profetas, y darán señales y portentos para engañar, si puede ser, aun á los escogidos;* y nos dá reglas para conocer la ilusion: *porque no hay ninguno* (añade) *que haga milagros en mi nombre, y que pueda luego hablar mal de mí.* San Marc. *cap. XIII vers.* 22., *y cap. IX vers.* 38. Asi es que en el antiguo Testamento los que hablaban mal contra Dios y arrastraban al culto de los idolos, no debian ser escuchados; y en el nuevo aquellos que hablan contra Dios, contra Jesucristo ó su doctrina, deben ser desechados. Sobre este principio, como el Antecristo se opondrá á Jesucristo, nada nos debe hacer titubear aun cuando se le viese transportar los montes, secar los mares, y resucitar los muertos: estando la doctrina de Jesucristo establecida por milagros incontestables, todos los prodigios que se podrian obrar en adelante para destruirla, son vanos y despreciables.

Seria inutil decir que un impostor pudiera servirse de la verdadera doctrina para conseguir

mejor sus fines: como los milagros no están en manos de los hombres, no se verá que los obre ningun enemigo encubierto. Jamas permitirá Dios que un impostor oculte su veneno bajo el velo de una doctrina verdadera. Asi es que la suposicion es enteramente quimérica. Puede Dios probar nuestra fidelidad; pero es demasiado bueno para inducirnos al error. Un Ser infinitamente perfecto no puede tender lazos inevitables á sus criaturas y emplear su poder para engañarnos. Como exige que los hombres reciban la Religion de la cual él mismo es el autor y maestro, se ha obligado á sí mismo por las leyes de su bondad á asegurarnos contra toda sorpresa: y esto es lo que ha hecho en cuantas ocasiones ha permitido á los impíosy á los demonios obrar prodigios.

Creo haber destruido completamente la objecion sobre los falsos milagros: la que se hace sobre la incredulidad de los judíos no es mas sólida. Los judíos (se dice) contemporáneos de Jesucristo interesados en descubrir la verdad, no han creido sus milagros; luego tenian motivos legítimos para dudar de ellos.

Es cosa que admira que se autorice la incredulidad de los judíos con semejante razonamiento, y que la obstinacion de un pueblo que ha sido víctima de sus preocupaciones y de su orgullo, haga dudar de lo que está mas claro. Ya expusimos en la primera parte lo que ha hecho rebeldes á los judíos; pero conviene advertir que si algunas veces volvemos á tocar la misma materia, es con el fin de aclarar mejor las dificultades, y no dejar duda alguna en los entendimientos: y así para quitar al incrédulo todos los recursos, vamos á acabar de destruir esta objecion que podria alucinar á los que no

viesen las cosas sino de paso, y á los que no han profundizado la cuestion.

Comienzo desde luego asentando lo que ya se ha probado en otra parte; es decir, que los judíos jamas se atrevieron á negar los milagros de Jesucristo. Es verdad que los atribuyeron á malos principios, y que publicaban que Beelcebúb, príncipe de los demonios, era el autor de ellos; señal evidente de que estos milagros no eran imaginarios. Los mismos comentarios que los rabinos han hecho sobre estos prodigios, demuestran que se miraban como muy positivos. He aqui ya una parte de la dificultad disipada; el resto se desvanecerá bien pronto si se quiere prestar atencion.

Algun tiempo antes de la venida de Jesucristo la autoridad de los judíos, que se hallaban bajo la dominacion de los romanos, estaba muy debilitada. Conociendo su decadencia se llenaron mas que nunca de las grandes promesas hechas á su nacion, y se imaginaron que el Mesías los restablecería en su antiguo esplendor. Lisonjeados con estas orgullosas esperanzas, dieron á las profecías explicaciones conformes á los deseos de su corazon. Como esperaban al Mesías bajo la representacion de un rey poderoso y de un conquistador invencible, viendo que Jesucristo en lugar de trono habia elegido un establo, su estado de pobreza repugnó a estos entendimientos toscos. No percibiendo en él grandeza alguna de aquellas que el mundo admira, se negaron á reconocerle, y quisieron mas teñir sus manos en su sangre, que renunciar á sus funestas preocupaciones.

Si se me pregunta ¿por qué los judíos no abrieron los ojos a vista de tantos prodigios obrados por Jesucristo en Jerusalen? yo preguntaré

tambien ¿por qué hay en el mundo hombres imprudentes que dan en los mayores extravíos, y que se gobiernan mas bien por la pasion que por la razon? Se habla todos los dias de una eternidad desgraciada, se tiene á la vista una infinidad de personas que están convencidas de esta verdad; se exponen las mayores pruebas de la divinidad de la Religion que enseña esta terrible verdad; pero las preocupaciones son tan grandes, que no se fija la atencion en esto: los espíritus fuertes y los libertinos en medio de la incertidumbre de la otra vida en que ellos se quieren mantener, desprecian cuanto se les dice, sin querer examinar nada: quieren mas arrostrar los peligros de una eterna desgracia, que salir del libertinage de ánimo que los exime de toda dependencia. Entre los mismos cristianos que están convencidos de la existencia de un infierno, ¿cuántos hay que, á pesar de esta persuasion, se abandonan á los excesos prohibidos en el Evangelio con pena de condenacion.

El hombre es mas indiferente de lo que se piensa sobre sus verdaderos intereses; basta que una cosa sea contraria á su gusto y á su inclinacion, para que deseche las razones mas plausibles. Si hoy, que las pruebas de la Religion se han multiplicado, se advierte tanta indiferencia sobre la materia mas importante que pudo existir jamas, ¿hay que admirarse de que los judíos, por mas apego que tuviesen á su religion, y por mas que aun en el dia le tengan, hayan desechado los milagros y la doctrina de Jesucristo? Se descubre, sin duda, en su conducta una ceguedad de las mas monstruosas; hubiera sido sabiduría y prudencia el rendirse, pero tenian grandes obstáculos que vencer. Los príncipes de los sacerdotes y toda la Sinagoga,

viendo abolidas sus tradiciones y trastornadas sus leyes, incitaron contra Jesucristo el ódio del pueblo, y hacian que sus milagros se tuviesen por efecto de una mágia superior que no merecia mas que el desprecio. Para abrazar el cristianismo era necesario amar la verdad, tener docilidad de entendimiento y rectitud de corazon. Abrazar el partido de Jesucristo era abrazar un partido opuesto al orgullo y á la sensualidad, y era atraerse la persecucion y exponerse á la muerte. Asi es que el respeto humano, el temor de perder su reposo, y mas que todo esto, las preocupaciones fortificadas por la pasion, han mantenido á los judíos en su incredulidad.

Obsérvese, sin embargo, que no todos ellos fueron rebeldes; y esta es una de las pruebas mas poderosas sobre la cual acaso el incrédulo jamas ha reflexionado suficientemente. Hubo muchos judíos que reconocieron á Jesucristo por el Mesías. Jerusalen fue en donde se formó la primera iglesia: desde el punto en que los Apostoles predicaron en esta ciudad que la redencion y el dia de salud habian llegado, se vieron muchas conversiones: ocho mil piden el bautismo, y confiesan públicamente que ellos habian hecho morir al Salvador. Si los milagros, pues, de Jesucristo y de los Apóstoles no hubiesen sido evidentes, no hubiera abrazado el cristianismo tan gran número de judíos, y serían necesarios motivos bien poderosos para determinarlos á adorar al mismo á quien ellos habian hecho morir en un infame suplicio. Lo que nos debe tambien afirmar en la fé, es que la incredulidad de la nacion judáica está indicada en las profecías como la señal de su reprobacion: su ceguedad está pintada

por los Profetas con los mas vivos colores; y por la exactitud que se halla entre la prediccion y el acontecimiento, se reconoce visiblemente el dedo de Dios; y asi es ignorancia ó mala fé autorizar el incrédulo su incredulidad con la de los judíos, pues que ella mas bien favorece que perjudica á la causa cristiana.

Con respecto á lo que se objeta sobre Apolonio de Tianea, es tan despreciable, que es inutil detenerse en ello. Muchos sabios han destruido esta historia romancesca hasta sus fundamentos; y es necesario estar destituido de todo buen sentido para referirse á lo que dice Filostrato (1), que vivia cien años despues de este filosofo, y que no se apoya en testimonio alguno digno de fé. Este autor, de una inclinacion decidida á las ficciones, se desacredita por los elogios ridículos que se dá á sí mismo, y por la multitud de fábulas que publica. Apolonio de Tianea, de quien habla, no hizo una gran fortuna; apenas se le contaban ocho ó diez discípulos, y aun estos se negaron á seguirle, cuando intentó llevarlos consigo á buscar los brachmanes filósofos de la India. Si deslumbró á algunos pueblos supersticiosos por medio de sus prestigios, la seduccion no duró mucho tiempo: cayó en el olvido; y en el siglo quinto apenas se conocía su nombre. No se cita en el paganismo milagro alguno que haya hecho impresion en los ánimos para persuadirles algun punto de Religion: todo lo que se dice de Vespasiano y de otros muchos, á quienes se atribuyen curaciones maravillosas, es muy incierto: son voces

(1) Filostrato vivia el año 201 de Jesucristo. Era este un cortesano del emperador Severo y de la emperatriz Julia su esposa: para entretener á esta princesa compuso la historia de Apolonio.

vagas, que estando destituidas de prueba alguna, no merecen que se haga aprecio de ellas.

Los milagros de Jesucristo los refieren autores contemporáneos, cuyos testigos mismos han obrado tambien las mas portentosas maravillas. Estos milagros nada tienen de aquellas ilusiones ni de aquellos prestigios que deslumbran por un momento y desaparecen cuando se examinan á fondo. En ellos se advierte visiblemente la obra divina, y son de tal naturaleza, que no los puede imitar ningun impostor. Ademas de su prediccion, la idolatría que han destruido, las naciones que han reunido en el conocimiento del verdadero Dios, son efectos que los demuestran, y que les dan una certidumbre que jamas se les puede quitar. Sería necesario haber perdido la razon para confundir los milagros de Jesucristo con todas aquellas supuestas maravillas, y aquellas fábulas de que está llena la historia del antiguo paganismo. Los autores en general que hacen mencion de ellos, no dicen jamas haber visto aquellos hechos milagrosos de que hablan: ellos los publican por relacion de otros; y como no están apoyados por ninguna autoridad respetable, se necesitaria ser excesivamente crédulos para darles fé.

Se hallan bastantes historiadores que por preocupacion ó pasatiempo refieren cosas extraordinarias; pero no se halla ninguno que haya querido morir, ó que efectivamente haya muerto por atestiguar los hechos que publican. Los milagros de Jesucristo nos los refieren testigos oculares que han derramado su sangre por sostener la verdad: estos milagros han sido frecuentes, palpables y sensibles, y la mayor parte han sido obrados en público. Jesu-

cristo resucita al hijo de la viuda de Nain al cual llevaban á enterrar: á su voz Lázaro, á los cuatro dias despues de muerto, y cuyo cadáver comenzaba á corromperse, sale del sepulcro en presencia de muchos judíos, y vuelve á su familia: la multiplicacion de los panes se hace delante de cinco mil personas: el ciego de nacimiento, á quien el Salvador dió vista, era conocido en Jerusalen antes de su curacion: semejantes milagros, que han pasado por la crítica mas severa, están fuera de toda sospecha, y solo podrán desconocer la virtud del brazo Omnipotente en ellos, y confundirlos con los verdaderos prestigios, los que no reflexionan ó los que se ciegan por su propia voluntad.

Descubrimos insensiblemente la verdad. Estando tan bien establecidos los milagros de Jesucristo, se conoce evidentemente que él es el Mesías anunciado por todos los Profetas; y esto es lo que vamos á demostrar. Diremos cosas interesantes y dignas de la atencion del lector.

## CAPÍTULO XXIII.

*Jesucristo es el Mesías, y su doctrina contenida en el Evangelio es divina.*

Habiendo resuelto Dios por sus miras de bondad y misericordia enviar al mundo un Salvador, suscitó, como ya hemos dicho, entre el pueblo hebreo personas poderosas en palabras y obras, que ya de viva voz, ya por sus escritos, exhortaron á los hombres á prepararse para la venida del Mesías. Los judíos llenos de estas magníficas promesas esperaban de dia en dia este grande acontecimiento. La voz de que

habia de salir de la Judea un Rey poderoso que se haría obedecer por todo el universo, cuyo feliz y vasto imperio tendria á todos los pueblos bajo de su pacífica dominacion, se habia esparcido en todo el oriente. Tácito en su *Historia* lib. V, y Suetonio en la *vida de Vespasiano* cap. IV, nos dicen que esta opinion estaba fundada en ciertas profecías que la autorizaban. Los judíos habian visto siempre cumplirse las predicciones de sus Profetas, y se esperaba esto con confianza. Estos oráculos divinos anunciaban un nuevo culto, una nueva alianza, en la que debian entrar todos los pueblos sin distincion: señalaban la persona por quien se debia realizar esta feliz revolucion, y el tiempo en que su poder se manifestaría al mundo: su carácter particular, su nacion, su tribu, el lugar de su nacimiento, su vida y su muerte estaban individualizados. Jesucristo apareció en el tiempo señalado, y nacio en el lugar designado: todas las circunstancias de su vida están perfectamente conformes con lo que los Profetas habian anunciado. Él nació, vivió, murió y resucitó como debia nacer, vivir, morir y resucitar el Mesías; por consiguiente él es el Mesías enviado de Dios para salvar á los hombres. La conformidad de las profecías con su historia salta á los ojos; y como se supone que se ha leido ya la segunda parte de esta obra, no haremos mas que recordar al lector algunos pasages de estas magníficas profecías: nada estará de mas en una cuestion tan importante, en la que la menor equivocacion podria traer consecuencias funestas.

Los antiguos oráculos habian repetido con frecuencia que el Mesías tendria un precursor. *Se oirá* (dice Isaías cap. XL vers. 3 y sig.) *la*

*voz del que clama en el desierto: aparejad el camino del Señor: enderezad en la soledad las sendas de nuestro Dios, porque se descubrirà la gloria del Señor, y verà toda carne al mismo tiempo lo que habló la boca del Señor.*

San Juan Bautista, tan conocido por su vida santa y penitente, cuyo elogio hace el historiador Josefo en sus *Antigüedades judáicas* lib. XVIII cap. 7, fue este precursor que anunció á Jesucristo desde lo interior del desierto, y que mostrándole á los judíos les decia: *He aqui el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.* San Juan cap. I v. 29.

El Mesías debia nacer de una Virgen, y salir de la estirpe de Jesé. *Una Virgen concebirá* (dice Isaías cap. VII v. 14), *y parirá un hijo, y será llamado su nombre Emmanuel*, es decir *con nosotros Dios.* El mismo Profeta añade (cap. XI v. 10): *La raiz de Jesé será puesta por bandera de los pueblos, le invocarán á él las naciones, y será glorioso su sepulcro.*

Los Evangelistas nos dicen que Jesucristo nació de una Virgen; y por la genealogía que describen de ella se vé que salió de Jesé, padre de David. Asi vemos que los ciegos que querian alcanzar su curacion de Jesucristo le gritaban: *Hijo de David, ten piedad de nosotros.* (San Mateo cap. IX v. 27).

Jacob (*Genes.* cap. XLIX v. 10) y Daniel (cap. IX) señalan el tiempo en que debia aparecer el Mesías. Miquéas (cap. V v. 2) dice que nacerá en Belen, ciudad de Judá. Jesucristo nacio en Belen, y en el tiempo señalado por los Profetas: esto es lo que se ha visto en las profecías que hemos expuesto.

Zacarías habia predicho (cap. IX) la entrada triunfante que el Mesías debia hacer en

Jerusalen, con todas sus circunstancias. La entrada que Jesucristo hizo en esta ciudad está perfectamente conforme con la que anuncia el Profeta, y la relacion es tan perfecta, que no se puede razonablemente desconocer.

Isaías (cap. LIII) anunciándonos los prodigios que debia obrar el Mesías, le representa como un varon de dolores, herido de Dios y humillado, que tomará sobre sí nuestras enfermedades, y será llagado por nuestras iniquidades. Su pasion, su muerte, su sepultura están notadas en el retrato que forma este Profeta. En él se reconoce visiblemente á Jesucristo, y no se necesita mas que leer la profecía que él nos dejó para convencerse de ello.

Leyendo los escritos del santo rey David, se vé que ha percibido desde lejos al Mesías, que ha visto sus pies y manos taladrados, la hiel que se le habia de dar á beber, su túnica inconsútil echada á suertes: habla de su resurreccion y de su ascension. Todos estos pasages han sido citados, y por poca buena fé que se tenga se confesará que hay una perfecta conformidad entre las profecías y la historia de Jesucristo.

Cuanto mas profundicemos, tanto mas conoceremos que el Autor de la Religion cristiana es el adorable Mediador prometido desde el principio del mundo. Los Profetas, anunciando tantas y tantas veces al Mesías, habian predicho que tambien él mismo seria Profeta. Como era superior á todos los Profetas, debia tener señales distintivas, y reunir en sí el doble privilegio de ser profetizado y profetizar. Asi es que Jesucristo ha reunido estos dos caracteres. Leyendo la historia de su vida, vemos que hizo predicciones sobre acontecimientos futuros, que

prueban que él es el enviado de Dios, de un modo por lo menos tan patente como los oráculos de los antiguos Profetas que habian hablado de él. Predijo que uno de sus discípulos le vendería, y que los otros le abandonarían y huirían: que san Pedro en particular le negaría tres veces en la misma noche: predijo que sería cargado de ultrages, que se le haría morir en una Cruz, y que resucitaría: predijo la destruccion de Jerusalen y de su templo, con circunstancias tan señaladas, que es fuerza confesar que conocia perfectamente lo que estaba por venir.

Un Profeta anunciado con tanta magnificencia, á quien la naturaleza ha obedecido, tiene derecho de instruirnos. Escuchémosle, pues, con respeto, que él mismo se va á dar á conocer. *Descendí del cielo* (dice Jesucristo) *no para hacer mi voluntad, sino para hacer la voluntad de aquel que me envió. Y la voluntad de mi Padre que me envió es esta: Que todo aquel que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.* S. Juan *cap. VI v.* 38 *y* 40. = *Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no anda en tinieblas, mas tendrà la lumbre de la vida.* Idem *cap. VIII v.* 12. = *De tal manera amó Dios al mundo, que dió à su Hijo Unigènito, para que todo aquel que crea en èl no perezca, sino que tenga la vida eterna. Quien en èl cree no es juzgado: mas el que no cree ya ha sido juzgado, porque no cree en el nombre del Unigènito Hijo de Dios. Mas este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron mas las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas.* Idem *cap. III v* 16, 18 y 19.

Siendo Jesucristo el Redentor prometido debemos adorarle, y hé aquí por qué: Los sagrados oráculos nos hacen considerar al Mesias

como á un Dios, que debe ser objeto de nuestro culto y de nuestras adoraciones: ellos le han el nombre de Dios, y le atribuyen la autoridad divina: por consiguiente, como la mision de Jesucristo está sólidamente probada, cualquiera que se niegue á adorarle será desechado para siempre del Todopoderoso, y castigado como un rebelde.

Es un hecho constante que los cristianos le han tributado siempre homenages como á un Dios, lo que se prueba no solamente por la tradicion, sino tambien por los escritos de los paganos. Plinio el menor en su carta al emperador Trajano (que es la 97 del libro X) dice que los *cristianos se reunian en un dia señalado, antes de salir el sol, á cantar himnos á Cristo como á un Dios.* En Luciano (*de Mort. peregrin.*) se ven las sátiras insultantes y las reconvenciones que los paganos les hacian continuamente por adorar á un Dios crucificado. En los escritos de Origenes contra Celso lib. I, está designada la divinidad de Jesucristo como uno de los principales artículos de la fé cristiana.

Pudiéramos citar aqui un gran número de pasages del nuevo Testamento, en donde la divinidad de Jesucristo está establecida del modo mas evidente. San Juan nos la anuncia en los términos mas nobles y mas magestuosos, y no se puede leer el texto sin percibir esta dignidad divina. Al principio de su Evangelio (cap. I v. 14) es donde dice: *El Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros, y vimos la gloria de él, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.* San Pablo da á Jesucristo el nombre de Hijo de Dios, como se vé en muchas de sus epístolas. *Habiendo hablado Dios* (dice en la epístola á los hebreos cap. I. vers. 1)

*muchas veces y en muchas maneras à los padres en otro tiempo por Profetas, en estos dias nos ha hablado por el Hijo.*

No es dudoso que el nuevo Testamento, de donde sacamos nuestras pruebas, sea un libro divino. Desde el nacimiento del cristianismo ha sido mirado como tal. La sublimidad de su doctrina, la belleza de su moral, y tantas gracias sobrenaturales que se ven en los que le han escrito, nos persuaden que es obra de la divinidad: sin embargo, hé aqui aun una razon mas convincente.

Vemos que Jesucristo ha pedido muchas gracias para sus Apóstoles, y que les ha prometido la inspiracion del Espíritu Santo para enseñarles la verdad, y hacerles acordarse de todo lo que él les habia dicho. *Yo rogaré al Padre* (les dice), *y èl os darà otro Consolador, para que more siempre con vosotros el Espíritu de la verdad, à quien no puede recibir el mundo porque no le ve ni le conoce; mas vosotros le conocereis, porque morarà con vosotros, y estarà con vosotros.* San Juan *capítulo XIV vers.* 16 *y* 17. Y añade en el mismo capítulo (vers. 25 y 26): *Estas cosas os he hablado estando con vosotros; y el Consolador, el Espíritu Santo que enviarà el Padre en mi nombre, él os enseñarà todas las cosas, y os recordarà todo aquello que yo os hubiere dicho.*

No puede estar mas claramente indicada la inspiracion de los Apostoles, la cual no solo está comprobada con los milagros que hicieron, sino tambien con la asistencia del Espíritu Santo, que les enseñó toda verdad, y que permaneció siempre con ellos. San Lucas nos dice en los *Hechos de los Apóstoles*, que Jesucristo despues de su resurreccion se manifesto á sus discípulos, que los instruyó, y que bajo sobre

ellos el Espíritu Santo. En el mismo libro se refiere que ellos han curado enfermos, resucitado muertos y hablado muchas lenguas. Pues si los Apóstoles han sido instruidos por Jesucristo, si han recibido al Espíritu Santo, curado enfermos, resucitado muertos, se sigue evidentemente que el Espíritu Santo habló por boca de ellos, y que se deben recibir las verdades que nos enseñan con el respeto y sumision debidos á la palabra de Dios.

No es esto lo mas: los Apóstoles nos aseguran que las palabras que anuncian no vienen de ellos mismos, sino de Dios. *Lo que oimos* (dice san Juan epist. I, cap. I, v. 1 y 3), *lo que vimos con nuestros ojos, lo que miramos y palparon nuestras manos del Verbo de la vida; lo que vimos y oimos, eso os anunciamos.* San Pablo se explica tambien del modo mas claro. *Os hago saber* (dice Epist. á los Galat. cap. I vers. 11 y 12) *que el Evangelio que yo os he predicado no es segun hombre, porque yo ni le he recibido ni aprendido de hombre, sino por revelacion de Jesucristo.*

Por consiguiente ya no se trata ahora de instruirse sobre la obscuridad de nuestros misterios, ni de disputar si nuestras almas son inmortales, si las recompensas para los buenos y las penas para los malos son eternas. Jesucristo, enviado de Dios para instruir á los hombres, ha decidido la cuestion, y ha pronunciado que todos estos artículos son verdaderos; y asi el solo partido que resta que tomar, es el de someter el entendimiento y el corazon á su doctrina, por mas misteriosa é incomprensible que sea. Los incrédulos pueden muy bien encontrar sutilezas y falsos pretextos para mantenerse contra toda razon en sus errores; pero jamas

destruirán los grandes principios que hemos establecido.

Este sería el lugar de probar la divinidad de Jesucristo; pero como no es posible tratar en un compendio una materia que pide tanta extension, nos contentamos con citar algunas pruebas de ella, para empeñar á que se lean los autores que han puesto esta verdad en toda evidencia.

## CAPÍTULO XXIV.

### *Jesucristo es el Hijo de Dios.*

La divinidad de Jesucristo se prueba de un modo invencible por los nombres que los Profetas dan al Mesías, tan esenciales á Dios, y que le son tan propios, que no pueden comunicarse á ningun otro. Mas como para emplear esta prueba sería necesario citar muchos pasages del antiguo Testamento, y hacer sentir la fuerza de ciertas expresiones de que se sirven estos hombres inspirados para manifestarnos la divinidad del Mesías, nos contraeremos á un argumento que no pide tanta aplicacion, y que está al alcance de todos.

Hemos demostrado por las profecías y por los milagros que hizo Jesucristo, que él es el Mesías prometido desde el principio del mundo. Una vez establecida esta verdad, hé aqui como discurrimos. Habiendo sido Jesucristo enviado de Dios, es incapaz de engañarnos: es asi que él nos ha hecho conocer por sus palabras y su conducta, que él es hijo de Dios: por consiguiente debemos creerle y adorarle en calidad de tal. Entremos en materia.

Hablando á sus Apóstoles el Salvador del mundo, les hizo esta pregunta: *¿Quién decís vosotros que soy yo?* Tomando la palabra Simon Pedro le dijo: *Tú eres el Cristo hijo de Dios vivo.* Jesus le respondió: *Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque no ha sido la carne y la sangre quien te ha revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos* (S. Mateo *cap. XVI v.* 16 *y* 17).

Preguntándole los judíos si él era el Cristo, les respondió: *Si ós lo dijere no me creereis; y tambien si os preguntáre no me respondereis, ni me dejareis; mas desde ahora el Hijo del hombre estará sentado à la diestra de la virtud de Dios.* Entonces le dijeron: *¿luego tú eres el Hijo de Dios?* El contestó: *vosotros decís que yo lo soy.* S. Luc. *cap. XXII v:* 66 *y sig.*

*El que me vé á mí* (dice tambien á uno de sus discípulos) *vé á mi Padre: yo estoy en mi Padre, y mi Padre está en mí.* Y añade: *Todo lo que hace el Padre, lo hace tambien el Hijo.* Y en otras circunstancias que sería muy largo referir, dice: *que èl ha nacido de Dios, que ha salido de Dios, y que es una misma cosa con Dios; que él es la resurreccion y la vida; que se le verá sentado à la diestra de Dios, y que vendrá un dia en su gloria para juzgar al mundo: que el que creyere en èl tendrà la vida eterna, y que le resucitará en el último dia.* (S. Juan. *cap. XIV v.* 7, 9 *y* 10. Idem *V. v.* 17. Idem *cap. XI v.* 25. S. Mat. *c. XXVI v.* 64. S. Juan *cap. VI v.* 40).

¿Hay cosa que anuncie mas claramente la divinidad? Si Jesucristo no fuera Dios ¿nos hubiera dado una idea tan alta de la grandeza y de la excelencia de su naturaleza? ¿Se hubiera calificado con títulos y atributos que no pertenecen sino á la magestad divina? Siendo el Mesías es la misma verdad; y asi una vez que asegura que es el Hijo de Dios, no se pueden sin

impiedad interpretar sus palabras en distinto sentido, ni apartarse de las nobles y magníficas ideas que él nos presenta.

Se objetarán sin duda ciertos lugares del Evangelio, en los cuales se hace inferior á Dios; pero estas palabras con que él se humilla no destruyen la verdad que asentamos, pues es evidente que se refieren á su humanidad. La Escritura nos dice que él es Dios y hombre juntamente: que ha querido revestirse de una carne como la nuestra, es decir, mortal y pasible; y que al tomarla se cargó de nuestras flaquezas y de todas las penas debidas á nuestros pecados: en calidad de hombre se reconoce inferior á su Padre; y en calidad de Hijo de Dios se iguala á él. Asi es que cuando Jesucristo dijo: *El Padre es mayor que yo* (San Juan cap. XIV v. 28). *Subo á mi Padre y vuestro Padre; á mi Dios y vuestro Dios*: (el mismo en el cap. XX vers. 17) entonces hablaba como hombre; y en esta cualidad declara que obedece á su Padre, y que ejecuta sus mandamientos. Pero cuando dijo: *¿No creeis que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Todo lo que el Padre hiciere lo hace igualmente el Hijo* (idem cap. XIV v. 10, y cap. V vers. 19), entonces habla como Dios; y asi distinguiendo en Jesucristo la naturaleza divina y la naturaleza humana, todo se explica, y ya no hay dificultad.

La divinidad de Jesucristo ha brillado en su nacimiento, en su vida y en su muerte, como diremos luego: sin embargo, he aqui unas pruebas á que no se podrá resistir. El Salvador no se contentó con llamarse Hijo de Dios, sino que recibió honores de tal. Vemos en muchos lugares del Evangelio que se le tributó culto de adoracion, y que recibió este tributo que

sus milagros le atraían de parte de los pueblos. Habiendo encontrado aquel ciego de nacimiento á quien habia curado, le dijo: *Crees en el Hijo de Dios?* El ciego le respondió: *Quién es este, Señor, para que yo crea en él?* Jesucristo le dijo: *Tú le has visto, y es el mismo que te habla.* El ciego exclamó inmediatamente: *Creo, Señor*; y postrándose en tierra le adoró. (*San Juan cap. IX v.* 35). Otra vez estando sus Apóstoles en una barca le distinguieron que marchaba sobre el mar, muy agitado entonces. Se llenaron de espanto en este momento, pero les dijo: *Yo soy, no temais*; y luego que subió á la barca cesó el viento: entonces los que estaban allí se acercaron á él y le adoraron diciéndole: *Vos sois verdaderamente el Hijo de Dios.* (San Mat. cap. XIV v. 33).

¿Qué cosa mas decisiva que estos pasages del Evangelio? En efecto, la adoracion religiosa es un homenage que es debido indispensablemente á Dios, y que á ninguno es debido sino á él solo. Si Jesucristo, pues, no hubiera sido Dios por esencia, ¿hubiera podido arrogarse los títulos y los honores reservados á la magestad divina? En vano se diria que los recibió en calidad de Profeta y Ministro del Señor: por mas gracias divinas que se hayan recibido, no se puede recibir el culto de latría sin ser Dios. Moisés fue honrado con un ministerio extraordinario: estaba lleno de celestiales luces: Dios habia depositado en sus manos su autoridad; y en algun modo le habia hecho dueño de la naturaleza; y sin embargo jamas se adoró á Moisés, ni él hubiera recibido un honor que solo pertenece al Todopoderoso. Cuando Cornelio quiso arrojarse á los pies de san Pedro y adorarle como á ministro de Dios vivo, le dijo es-

te Apóstol: *levántate, que yo tambien soy hombre.* (Hechos de los Apost. cap. X v. 25 y 26). ¿Se puede creer que Jesucristo, mayor en sabiduría, en poder, en ciencia, que Moisés y que todos los demas Profetas que hubo jamas, hubiese recibido los honores divinos si no hubiera sido Dios? San Juan, de quien él habia hecho los mayores elogios, poniéndole superior aun á todos los Profetas, se humilla y se abate delante de él, y dice *que no es digno ni aun de desatar la correa de sus zapatos* (San Luc. cap. III): le llama *cordero de Dios que quita los pecados del mundo* (San Juan cap. I). Jesucristo no podia ignorar que se le miraba como á Dios, y que sus palabras habian hecho impresion no solamente en sus apóstoles y en sus discípulos, sino tambien en sus enemigos: sin embargo, repárese que no varía en sus discursos: los judíos y los príncipes de los sacerdotes se escandalizaron de las expresiones de que se servia, y exclamaron que blasfemaba haciéndose Dios; y sin embargo Jesucristo tiene siempre el mismo lenguage; lejos de quejarse de que sus discursos se interpretan mal, apoya y confirma lo que ha dicho, citando á los judíos las profecías á favor suyo, y recordándoles sus milagros. Señal evidente de que las palabras del Salvador no se deben tomar sino en el sentido en que él las decia y eran entendidas; y que no se pueden entender de una filiacion adoptiva, ni en otro sentido que puedan convenir á la criatura.

La vida santa de Jesucristo, los estupendos milagros que obró, sus predicciones visiblemente cumplidas, deben alejar toda sospecha. Dios mismo jamas hubiera confirmado de un modo tan auténtico los prodigios del que se decia Hijo suyo é igual á él, si sus palabras no

hubiesen sido la misma verdad; esto hubiera sido inducirnos al error, lo que no se puede decir sin impiedad. Y asi desde que Jesucristo nos asegura que él es Hijo de Dios, y ha recibido los honores debidos á la divinidad, debemos despreciar todos los razonamientos de la filosofía humana, y adorar, como á soberano Señor del universo, á un Dios que por nuestro amor se ha revestido de la humanidad.

Entre todos los Evangelistas san Juan es el que se contrae á instruirnos mas á fondo sobre una materia tan interesante, refiriéndonos estas palabras de Jesucristo: *Tanto amó Dios al mundo, que le dió su Hijo Unigénito* (S. Juan cap. I. vers. 12): en otra parte nos dá á conocer la grandeza de aquel que nos ha sido dado, en estos términos: *En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios: todas las cosas fueron hechas por él, y nada de cuanto fue hecho se hizo sin él.* (Id. ib.) San Pablo no se explica con menos claridad acerca de Jesucristo. Dice que tiene la forma y la naturaleza de Dios: que es igual á Dios: que toda la plenitud de la divinidad habita sustancialmente en él: que el cielo, la tierra, el mar y los infiernos deben doblar su rodilla al nombre de Jesucristo. ¿Hay acaso algun artículo de nuestra fé mas bien probado? Una vez que los Apóstoles (que conocian perfectamente á Jesucristo) le tributan homenages como á un Dios, le rinden el mismo culto, y confiesan que tiene el mismo poder y las mismas perfecciones que Dios su Padre, ¿se puede abusar tan vergonzosamente de la razon, que haya quien se atreva á sostener que la palabra *Hijo de Dios* no es mas que un título de honor?

Desde el principio del cristianismo ciertos espíritus inquietos publicaron novedades, y quisieron turbar las iglesias cristianas. Ebion y Cerinto, hereges del primer siglo, tuvieron la temeridad de dar un sentido erróneo á las santas Escrituras; pero la impiedad fue confundida, la fé se sostuvo siempre, y las disputas no sirvieron sino para afianzarla en el ánimo de los fieles. Jesucristo recibe homenages, y es adorado en todas las partes del mundo como Hijo de Dios. Por su desgracia los incrédulos, que se escandalizan de su cuna y de su cruz, forman en este punto raciocinios insustanciales, los cuales no formarian seguramente si reflexionasen un poco. *Es ridículo* (dice Paschal en sus *Pensamientos* art. XIV) *escandalizarse de la bajeza de Jesucristo, como si esta bajeza fuese del mismo órden que la grandeza que él venia á manifestar.*

Con la esperanza de disipar preocupaciones tan funestas, dirémos una palabra sobre este artículo, acerca del cual el hombre se extravia por mala fé ó por falta de profundizar: nosotros podremos muy bien esperar que queden satisfechos los que con sinceridad desean ilustrarse en sus dudas; mas por lo que hace á los otros que tienen por mérito y honor multiplicar las dificultades y desechar las contestaciones mas sólidas, solo Dios puede quitar de sus corazones unas disposiciones tan malas. Jesucristo se ha llamado Hijo de Dios, y ha manifestado su divinidad en medio de sus humillaciones: esto es lo que se va á ver en el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO XXV.

*Jesucristo ha manifestado su gloria y su divinidad en medio de sus humillaciones.*

Sería una locura querer someter á la orgullosa razon humana todos los artículos que el cristianismo nos presenta. La razon debe ceder siempre á la fe, porque en la revelacion es Dios el que habla, y en la razon solo habla el hombre. Si tantas personas versadas en las ciencias humanas y que se precian de tener talento hiciesen esta reflexion, no pensarían en disputar sobre lo que está revelado, y confesando su flaqueza recibirian con humildad las verdades que Dios enseña, aunque no se avengan con sus ideas. Esta es la conducta que han observado siempre los hombres mas sabios y los mas sensatos. Antes de demostrar la divinidad de Jesucristo en medio de sus humillaciones, examinemos el punto que tanto choca á los incrédulos; pero examinémosle como hombres reflexivos que saben respetar los juicios del Eterno, y conservarse en la dependencia en que él nos ha puesto.

Considerando la condicion en apariencia baja en que Jesucristo apareció, no solamente no se vé nada que desdiga de la Magestad divina, sino que se distinguen en ella rasgos de grandeza que manifiestan su divinidad. Si Jesucristo no se dejó ver con aquella pompa y magnificencia en que el mundo hace consistir la grandeza, por lo menos se convendrá en que brillo por la extension de sus conocimientos, por el esplendor de sus virtudes, y por mil prodigios que asombraron á todo el mundo. Los romanos jamas

le acusaron de delito alguno; y lo mas admirable es que los antiguos judíos, á pesar de su odio y de la muerte infame que le hicieron sufrir, no han conservado en sus antiguos registros memoria de accion alguna que pueda obscurecer en lo mas mínimo la santidad de su vida; todo su delito fue llamarse Cristo. Tácito (en sus *Anal.* lib. XV cap. 44) instruyéndonos de su suplicio bajó de Poncio Pilato, no habla de otras razones que le hayan hecho sentenciar á muerte, que la de ser autor de una secta perjudicial á la generacion humana (1). Los Apóstoles, que tuvieron la dicha de verle y de vivir con él, escribieron su historia, y en ella descubrimos en toda su conducta una sabiduría y una santidad, unidas á unas luces y á un poder que no tiene igual: tanto por lo que toca al talento, como por lo que mira al corazon, se aventajó á cuantos hombres hubo jamas; y la descripcion que se nos hace de sus virtudes, es un modelo para todos los estados.

Su humillacion, pues, y sus sufrimientos es lo que repugna á las almas soberbias; pero séame permitido demostrarles cuán inexacto es su juicio. ¿No se deberá hacer distincion entre las ideas de Dios y las de los hombres? ¿Se deben mezclar los raciocinios humanos con los de la fé? Confieso que la Religion cristiana está llena de misterios incomprensibles; y asi no pretendo explicarlos. Un Dios que encarnó por la

(1) Los paganos hicieron aparecer en el tercer siglo unas supuestas Actas de Pilatos; en las que imputaban crímenes á Jesucristo. Pero como no se habia oido hablar de estas actas en tiempo de Neron, de Domiciano, ni de los demas emperadores enemigos del cristianismo, no causaron ninguna impresion. Bossuet *Historia universal, cap. XXVI.*

salvacion de los hombres, es uno de estos misterios que sobrepuja á nuestra inteligencia, y que debemos adorar por profundo que sea; pero cuando iluminados con la antorcha de la revelacion reflexionamos sobre este grande acontecimiento, hallamos en él una conducta llena de sabiduría que no podemos menos de ensalzar. Los hombres sin poder, que no pueden proporcionarse otras grandezas mas que una vana decoracion y un aparato que deslumbre, recurren á aquella magnificencia y á aquella pompa exterior que el mundo admira; pero Jesucristo, que conoce toda la vanidad de estas cosas, emplea otros medios para hacerse respetar. El que con una sola palabra creó el universo, hubiera podido sin duda levantar un soberbio palacio, y deslumbrar a los mortales con su magnificencia; pero no: se propuso un designio digno de su divina magestad, y le ejecuta como Dios. Baja del cielo para reformar á los hombres y enseñarles una grandeza que ellos no conocen: viene á la tierra á llenar dos funciones, la de Salvador y la de Legislador. Como Salvador aparece bajo la figura de un penitente, y se ofrece como víctima por los hombres. ¿Hay cosa mayor, ni podia conducirse de otro modo para inspirarnos un verdadero horror al pecado, é inclinarnos á expiar los que hemos cometido?

Si su sabiduría se manifiesta en su cualidad de Salvador, no resplandece menos en la de Legislador. Viene á enseñar á los hombres la extension de sus deberes, y á reprimir aquel orgullo y aquella codicia, fuentes desgraciadas de nuestros desordenes. Las leyes que trae purifican y santifican; pero como piden sacrificios, para dulcificar su rigor y quitar los falsos pre-

testos á los mundanos, él mismo las observa con la mayor exactitud, y nada ordena que no haya practicado por sí mismo anticipadamente. ¿No son estos rasgos de la bondad de un Dios Salvador que, sacrificándose todo entero por su criatura, la obliga á cumplir sus leyes por este prodigio de amor? Nada hay, pues, en el estado que Jesucristo ha elegido, que no sea digno de su divina magestad; y si se estuviera de buena fé, se convendria en que esta conducta misteriosa es digna de la sabiduría de un Dios, y que es de las mas poderosas para llevar á los hombres á la práctica de la virtud.

Considerando las cosas como se deben considerar, todo lo que parece irracional, hablando en estilo de hombres, es grande cuando se entra en los designios del Altísimo. Por otra parte, este estado pobre y abatido que descontenta al incrédulo, ¿no ha sido ensalzado por mil rasgos de grandeza? Mas, puesse quiere esplendor, véase aqui de un modo que excederá infinito á cuanto el mundo tiene de mas brillante y pomposo. No pedimos sino atencion y un poco de sinceridad para convencer de ello.

Los Profetas habian representado al Mesías, ya bajo la figura de un Dios pobre, humillado, desconocido, y entregado á los mayores dolores; ya le representaban como un gran Rey y un Conquistador victorioso que debia admirar á toda la tierra, y atraer á sí todas las naciones. Jesucristo para hacer conocer que él era el Mesías, ha llenado todos los títulos que parecian contradictorios; y por una fuerza que solo pertenece á la divinidad, ha reunido á un mismo tiempo el poder con la debilidad, la magnificencia con la pobreza, y la gloria con las humillaciones. El Evangelio nos le manifiesta en

el establo de Belen bajo la debilidad de un tierno niño; pero es un niño que fue la expectacion de todos los siglos, y que hacía mas de cuatro mil años que era el objeto de los votos de todo un gran pueblo; es un niño que ha sido anunciado por un prodigio, y cuyo nacimiento es por sí mismo un prodigio; es un niño que desde la cuna hace temblar á Herodes sobre su trono; apenas ha nacido cuando los ángeles publican su gloria (san Lucas cap. XI vers. 9); un astro luminoso brilla sobre el horizonte, y anuncia que él es el Mesías y el deseado de las naciones (san Mateo cap. II); reyes conducidos por una estrella misteriosa, vienen á adorarle como á Salvador del mundo, y ponen á sus pies sus cetros y sus coronas. Si se somete á la ley de la circuncision, recibe por órden de Dios un nombre glorioso y respetable que hará doblar la rodilla al cielo, á la tierra, y á los infiernos: un santo anciano le reconoce en este momento por Hijo del Altísimo (san Lucas cap. II vers. 29), y le llama la luz que debe alumbrar á todos los pueblos, y despues de haberle visto espera contento la muerte. Luego que se presenta sobre las riberas del Jordan para recibir el bautismo, que era la figura del que debia establecer, se abre el cielo, baja el Espíritu Santo sobre su cabeza, el Padre Eterno hace oir su voz, y declara que este es su Hijo muy amado, en quien tiene toda su complacencia (san Mat. cap. III vers. 17).

Sígase á Jesucristo en todos sus pasos, y se verán en todas partes destellos de su divinidad. Él dá vista á los ciegos, endereza á los cojos, sana á los enfermos, resucita á los muertos, hace huir á los demonios, manda á la tierra, al mar y á los elementos, y toda la natu-

raleza se somete á sus órdenes. ¡Qué sabiduría en sus palabras! ¡Qué sublimidad en su doctrina! ¡Qué dulzura, qué bondad ácia cuantos se le aproximan! Los pueblos no aciertan á separarse de él; le siguen hasta en el desierto, y se olvidan aun de las mas urgentes necesidades por escuchar los oráculos que salian de su boca. Su doctrina les parece tan sublíme, su vida tan santa, su poder tan grande, que no pueden acabar de admirarse. Se trata de hacerle rey, y huye. ¿Ha visto jamas el mundo semejante desinterés? Su grandeza le acompaña hasta en el último momento; y nunca se manifestó mas grande que en su muerte. Si en el huerto de las olivas siente una debilidad que nos enseña que es hombre, baja un ángel del cielo y le fortifica: se presentan los soldados para prenderle, y una sola palabra suya los echa á todos por tierra. Pilatos le condena; pero al mismo tiempo lava sus manos, y declara que está inocente de la sangre del Justo: se le conduce al suplicio; pero ha predicho él mismo su muerte, y desea morir por su pueblo. Espira en una cruz, y he aqui que en el mismo instante se desconcierta todo el universo: el sol niega su luz, la tierra tiembla, el velo del templo se rasga, las piedras se hienden, los sepulcros se abren, los muertos resucitan, la naturaleza trastornada anuncia á todos los mortales la muerte de su Autor y de su Salvador: el centurion, testigo de tantos prodigios, confiesa que aquel es el Hijo de Dios: el mismo Jesucristo dá la prueba mas luminosa de esto rompiendo los lazos de la muerte, y saliendo glorioso de su sepulcro. Los judíos creyeron que haciéndole morir en un suplicio afrentoso, envilecian su nombre y acabarian con su

Religion; pero al contrario, su gloria se manifestó desde entonces con mas esplendor. Todas las naciones corren á alistarse bajo el estandarte de su Cruz; y esta Cruz, que antes se miraba con horror, viene á ser en todo el mundo un objeto de respeto y de veneracion.

Bien lejos, pues, de que nuestra fé pierda algo á vista de las humillaciones de Jesucristo, por el contrario convenimos en que no podia manifestarse á los ojos de los hombres de un modo mas glorioso para él y mas util para nosotros. Rindamos homenage á su divinidad, adoremos un misterio en que Dios nos instruye del rigor de su justicia, y en que hace al mismo tiempo resplandecer sus misericordias. En lugar de perdernos en la vanidad de nuestros pensamientos, hagámonos por nuestra humildad y nuestra sumision dignos de las gracias que él nos ha merecido por la efusion de su sangre. Los rasgos de grandeza y de poder que se dejan ver en su vida, anuncian que es el Soberano Dueño de la tierra. Ha nacido como Dios, ha vivido como Dios, y ha muerto como Dios. Si su moral abandonase al hombre á los deseos corrompidos de su corazon; si Jesucristo prometiese un paraiso sensual y epicúreo, los libertinos, los impíos se postrarían para adorarle; pero su Religion es demasiado pura y demasiado santa para que ellos la reciban como verdadera cuando tienen tanto interés en desecharla como falsa. Las irrisiones sacrílegas que ellos hacen del pesebre y de la cruz, no son un lenguage nuevo: los paganos, de quienes no son sino unos ecos miserables, echaban en cara á los cristianos el que adorasen á un hombre muerto en un suplicio infame, y le creyesen Dios: no hay cosa que ellos no hayan empleado para hacer á Je-

sucristo despreciable: las blasfemias que vomitaban horrorizaban á los fieles; pero no servian mas que para aumentar en sus corazones sus respetos ácia este Dios Salvador. Se hará juicio de esto por la respuesta que daba á estos impíos Arnobio, uno de los mayores ingenios del tercer siglo, que consagró sus talentos á sostener los intereses de la Religion.

*Creedlo* (decia á estos paganos en su lib. II cap. 43), *que no nos pasa por la imaginacion el negar que nosotros adoramos con todas las fuerzas de nuestra alma à aquel que es verdaderamente Dios, de lo cual no tenemos la menor duda. ¡Pero qué! me dirá alguno lleno de cólera, ¿Cristo es Dios? Sí, le responderemos, Dios es, y Dios por poder intrínseco; Cristo es Dios à pesar vuestro; sí, yo lo digo, Cristo es Dios, y nunca habrá demasía en acostumbrar los oidos de los infieles à oirlo decir.*

Los primeros cristianos, como se vé, estaban firmes é inapeables en la fé: Jesucristo, durante su vida, habia dado señales evidentes de su divinidad, y despues de su muerte la manifestó con esplendor saliendo glorioso del sepulcro. Este gran prodigio de la resurreccion confundirá siempre al judío y al incrédulo, cuya verdad emprendemos demostrar con muchos argumentos que parecerán siempre invencibles á todos los que los examinaren sin prevencion.

## CAPÍTULO XXVI.

### *Jesucristo salió glorioso del sepulcro.*

Hé aqui el artículo mas esencial y mas interesante. Nuestras esperanzas se fundan en la resurreccion. Si Jesucristo no ha resucitado, nuestra fé es vana: por el contrario, si se prueba con solidez que Jesucristo ha salido glorioso del sepulcro, es forzoso rendirle homenages y reconocer la divinidad de su Religion.

Yo no creo desde luego que ningun deista quiera disputar á Dios el poder de obrar el prodigio de que se trata. El mayor impío se vé obligado á confesar que nada es imposible al Dueño Soberano del universo; y esto basta para empeñarnos á examinar sin prevencion los fundamentos de la maravilla de esta resurreccion. Por admirable que sea, nos atrevemos á decir que está probada con tan alto grado de certidumbre, que cualquiera que quisiere examinarla á fondo y conducirse como hombre de razon, no podrá resistir á la solidez de las pruebas que la acompañan. Entremos en discusion.

Jesucristo habia anunciado muchas veces á los judíos que habia de resucitar; y las medidas que ellos tomaron despues de su muerte son una prueba de esto. Los Apóstoles nos dicen que él ha cumplido sus promesas, y que efectivamente ha resucitado: su testimonio merece tanta mas fé, cuanto que ellos han pasado siempre por hombres sinceros y llenos de probidad: jamas se puso en duda su virtud ni aun por sus mayores enemigos. Se ha declamado contra su doctrina y su moral: los judíos han des-

acreditado sus milagros, pero jamas sus costumbres; y hé aqui ya una presuncion á su favor. Si han creido la resurreccion de Jesucristo, no ha sido sino despues de un sério examen. Y aun hemos visto que la relacion de las santas mugeres que habian visto al Salvador resucitado, se les hizo sospechosa hasta tratarla de desvarío, y que no la creyeron sino despues de haberse asegurado del hecho por sus propios ojos.

Confieso que se puede uno equivocar sobre objetos que no existen sino en la imaginacion; pero muchas personas reunidas no pueden engañarse sobre objetos que caen bajo sus sentidos. Los Apóstoles nos dicen que han visto á Jesucristo, que le han tocado, y que han comido con él despues de su muerte. Esto no es una fantasma ni una vision únicamente pasagera; no es uno solo el que se imagina haberle visto; quinientas personas son testigos de su resurreccion. Jesucristo se manifiesta á los discípulos de Emaús y á las santas mugeres: san Pedro y Santiago le ven en particular; se aparece en el Cenáculo, en donde los Apostoles están reunidos, les habla y les instruye. Tomas, que no se encuentra alli en esta ocasion, se niega á creer lo que se le dice, y el Salvador se manifiesta por segunda vez en presencia de todos; llama al discípulo incrédulo, le hace tocar sus heridas, y le dá pruebas tan sensibles de su resurreccion, que convencido Tomas por sus propios ojos, exclama que vé á su Señor y a su Dios. Tantas y tan frecuentes apariciones y tan bien circunstanciadas por el espacio de cuarenta dias, ¿no prueban que los Apostoles no han creido como ciegos, y que sus deposiciones son muy verdaderas?

¿Qué responden los judios? Nada que no

redunde en confusion suya: una acusacion vaga y destituida de toda verosimilitud. Los Apóstoles (dicen) robaron el cadaver mientras que las guardias dormian. ¡Bella invencion! ¿Y se puede forjar un cuento con tanta impudencia? Supuesto que las guardias dormian, ¿cómo supieron lo que afirman? Unos hombres sepultados en el sueño que ni han visto ni han oido cosa alguna, ¿pueden deponer de unos hechos de que no tienen el menor conocimiento? Es preciso estar bien ciegos para autorizar su incredulidad con semejantes testigos. Si para probar nosotros un hecho en favor de la Religion cristiana citásemos el testimonio de unos hombres que estuviesen durmiendo cuando pasaba la cosa, ¿se admitirian unas pruebas de esta naturaleza? ¿No habria razon para burlarse y sacar de ello argumentos contra nosotros? ¿Por qué, pues, abrazar lo que es contrario al buen sentido, para eludir la verdad que se presenta con tanto brillo? Pero veamos si lo que dicen nuestros adversarios está bien fundado. Ellos aseguran, sin dar prueba alguna de ello, que los Apóstoles robaron el cuerpo de Jesucristo: esta acusacion va á parecer tan insensata y tan contraria á la razon, que dudo se pueda resistir á la fuerza de nuestras razones.

Tráigase aqui á la memoria el caracter de los Apostoles: ellos eran unos hombres tímidos y sin valor. Luego que los judíos prendieron á Jesucristo, se les vio ponerse pálidos, temblar, y huir: san Pedro, el mas celoso de todos, le niega tres veces, aun antes que fuese condenado. Unos hombres, pues, tan pusilánimes ¿se hubieran atrevido á intentar una empresa que exigia tanta firmeza, y en la que era necesario arrostrar los mayores peligros? ¿No sabian que

el odio que los judíos tenian á Jesucristo se extendia hasta sus discípulos, y que buscaban ocasion de hacerlos perecer? Pero supongamos por un momento formado el proyecto, ¿estaban ellos en actitud de poderle ejecutar, cuando una guardia formidable rodeaba el sepulcro, é impedia que ninguno se acercase á él? El rumor que se habia esparcido de que los Apóstoles vendrian á robar el cuerpo de su maestro, hacía que los ánimos estuviesen mas vigilantes: la lápida que cerraba el sepulcro estaba sellada con el sello público, y se habian tomado todas las precauciones para estorbar que ninguno se aproximase: era necesario forzar la guardia, sacar el cuerpo del sepulcro de piedra en donde se le habia colocado, y robarle sin que nadie lo notase: era necesario manejar la empresa con tanto secreto, que no se pudiera descubrir el menor vestigio de la impostura. ¿Y podian ellos lisonjearse del buen éxito de la tentativa en un lugar en donde se les vigilaba tan de cerca?

¿Se dirá que la guardia se habia dejado sobornar á fuerza de dinero? Si esto fuese, ¿no se hubiera dejado mas bien ganar para atestiguar que Jesucristo habia resucitado, con tanta mas razon cuanto que por esta respuesta se ponia á cubierto de los cargos y castigo que merece una guardia que se duerme mientras que debia estar en vela? Digámoslo resueltamente: por cualquiera lado que se mire la cosa, desaparece la verosimilitud, y se vé evidentemente que el robo de que se trata es una quimera. La consideracion misma que la Sinagoga tuvo con las guardias que merecian ser castigadas, si lo que dijeron hubiera sido verdad, prueba que ella misma dictó la declaracion que dieron; y asi lejos de debilitar el testimo-

nio de los Apóstoles, no hace mas que confirmarle.

Todo concurre á demostrar que los Apóstoles no robaron el cuerpo de Jesucristo; y cuando se examina de cerca, queda uno perfectamente convencido de esta verdad. En efecto, nosotros no vemos en ellos motivo alguno que haya podido moverlos á la indigna maniobra de que se les acusa. ¿Sería acaso el deseo de hacerse cabezas de partido, y de adquirirse reputacion en el mundo? Estas ideas ambiciosas, estos proyectos de engrandecimiento no son propios por lo comun de gente de nacimiento obscuro y sin educacion: tampoco se advierte en los Apóstoles ninguno de aquellos talentos á propósito para seducir: ellos habian pasado su vida á la orilla del mar, y se les conocía en Jerusalen; si hubiesen tratado de engañar al universo, no hubieran comenzado en una ciudad en donde su Maestro habia sido muerto en un suplicio afrentoso, y en donde el pueblo todavía furioso manifestaba la oposicion mas invencible á la nueva doctrina. Por otra parte, lá moral que predican, y que ellos mismos practican á la letra, aleja tambien toda sospecha. ¿Qué es lo que enseñan? la renuncia de los placeres, el desprecio de las riquezas y de los honores; y sus palabras las sostienen con sus ejemplos. Es, pues, evidente que los testigos de la resurreccion no pudieron proponerse ni la reputacion, ni las riquezas, ni las grandezas mundanas; y si nada de esto entra en sus miras, ¿qué interés podian tener? Se dirá acaso que querian mantener la gloria que Jesucristo habia adquirido; ¿pero no era este mas bien el medio de destruirla y de perderla, supuesto que la trama fuese descubierta, lo que no podia dejar de suceder

á vista de tantas precauciones de parte de los judíos? Pero véanse aqui hechos que hablan decisivamente á su favor, y que van á oprimir al incrédulo.

Jesucristo habia prometido que saldria glorioso del sepulcro tres dias despues de su muerte: los prodigios que habia obrado debian dar á los Apóstoles alguna confianza, y hacerles esperar en paz el cumplimiento de esta prediccion. Si despues de tres dias no hubiera resucitado, hubieran reconocido que era un impostor, y se hubieran retirado de un partido que los exponia á las persecuciones y á la muerte. ¿Cuál fue su conducta? Atestiguan unánimemente que su Maestro ha resucitado, que ellos le han visto despues de su muerte, y que han comido con él. Se les prende, se confrontan, y todos dicen lo mismo; ninguno se contradice: ni las promesas, ni los tormentos, ni cosa alguna es capaz de hacerles variar: se mantienen firmes hasta el fin, y rinden los últimos suspiros confesando que Jesucristo, Hijo de Dios, ha resucitado. ¿Puede haber cosa mas decisiva? ¿No es esto una demostracion completa de que ellos estaban perfectamente convencidos de la resurreccion, y de que su corazon no tenia menos parte en este convencimiento que su boca?

En efecto, si los Apóstoles hubiesen asegurado una falsedad, ¿no hubiera sido posible hacerles ceder sobre este punto, y retractarse acerca de los otros milagros de Jesucristo? ¿Sería posible que la vergüenza de desdecirse fuese mas poderosa que el amor á la vida? ¿Es posible que ninguno de ellos espantado con el temor de la muerte, ó por lo menos de los castigos eternos, no se hubiese inmutado en medio de los tormentos? ¿No se vé todos los dias á los

hombres mas malos en un momento tan crítico delatar á sus cómplices, y envilecerse á sí mismos con la esperanza de obtener perdon ó una muerte mas dulce? ¿Por qué especie de firmeza han sostenido los Apóstoles la mentira con tanta constancia? ¡Qué! En sola su retractacion consiste su salud; una sola palabra basta para librarse de los tormentos; y sin embargo tienen siempre el mismo lenguage, todos insisten en sostener que Jesucristo salió glorioso del sepulcro. ¿Se puede pedir un testimonio mas convincente?

Es constante que se han visto hombres obstinados sufrir la muerte por ideas especulativas, acerca de las cuales puede caber engaño; pero los Apóstoles han muerto por sostener hechos palpables y sensibles. Pues ¿á qué testigos creeremos, si no hemos de creer á los que sufren la muerte por atestiguar lo que han visto? Que se repare en esto: esta prueba es demasiado patente para poderla obscurecer. No se puede decir que ellos han muerto en favor de la mentira que reprueban todas las religiones: de otro modo sería necesario mirarlos como á impíos y ateistas, que burlándose de la justicia humana insultan tambien á la divina. ¿Cómo, pues, se puede concordar todo esto con el hambre, la sed, los azotes, y las prisiones que han sufrido por santificar al universo? Unos hombres sin religion ¿se hubieran resuelto á padecer tantos trabajos para refrenar el vicio, é inspirar el temor y el amor de Dios? Convengamos en que no se puede negar la resurreccion de Jesucristo sin renunciar á la razon y sin adoptar mil absurdos que repugnan al buen sentido, y que sonrojarían en cualquiera otra materia que no fuese sobre la Religion.

La última prueba que acaba de confundir á la incredulidad, y que va á poner la resurreccion de Jesucristo en el postrer grado de evidencia, es el silencio de la Sinagoga. Los Apóstoles y los primeros cristianos acusan á los judíos de haber teñido sus manos en la sangre del Hijo de Dios, y se les echa en cara el haber sobornado la guardia. Estas acusaciones se leen en escritos que cubren á la Sinagoga de un eterno oprobio. Pregunto, pues, ahora: si el robo que se imputaba á los Apóstoles tuviese algun fundamento, ¿no era interés suyo correr el velo á este misterio de iniquidad? Una prueba de ello, por poco sólida que fuese, hubiera bastado para derribar al cristianismo naciente; y sin embargo no se vé de parte suya ni respuesta ni justificacion. Ella se contenta con amenazar á los Apóstoles y prohibirles hablar de Jesucristo. A pesar de esta prohibicion se presentan en público, obran grandes prodigios en su nombre, se les sigue á bandadas: ocho mil personas piden el bautismo, y el número de los cristianos se aumenta cada dia. San Justino en su *Diálogo con Trifon* nos dice que viendo la Sinagoga que no solo muchos judíos sino tambien gentiles, abrazaban la Religion cristiana, envió emisarios por todas partes para publicar que Jesucristo no habia resucitado, y que sus discípulos habian robado su cuerpo mientras que las guardias dormian. Estas aserciones vagas fueron despreciadas: como los Apóstoles habian publicado la resurreccion desde el momento en que habia sucedido, y en el mismo lugar donde sucedió; y por otra parte la nacion judáica interesada en demostrar la falsedad de un hecho tan ruidoso, no daba prueba alguna de ello, prevalecio el testimonio de quinientas personas que atesti-

guaban la resurreccion, á la de una porcion de soldados dormidos, que por consiguiente no merecian crédito alguno. La maravilla pareció incontestable, y muy pronto el universo se pobló de cristianos.

La resurreccion de Jesucristo es, pues, un hecho tan sólidamente confirmado, que para impugnarlo es forzoso renunciar á la razon, y caer en contradicciones que repugnan á toda persona reflexiva. En mas de diez y ocho siglos que se publica por todo el mundo, los incrédulos no han podido oponer cosa que pueda inspirar la menor duda á las personas ilustradas. No se han visto de su parte sino discursos vagos y sutilezas que, no diciendo cosa alguna, prueban la debilidad de su causa: y asi sería perder el tiempo distraerse á contestar á todas estas futilidades con que se entretiene á cierta clase de gentes. Todas sus objeciones se desvanecieron mil veces; pero no obstante, como entre ellas hay una que aparenta alguna solidez, es de nuestro deber refutarla para desengañar á los que no conocen su falsedad.

## *Respuesta á una objecion familiar á los incrédulos contra la resurreccion de Jesucristo.*

Cuando algun hombre de razon quiere impugnar un hecho, se gobierna por las reglas de una crítica juiciosa, y opone autoridades á autoridades. Los deistas, que no tienen ninguna, no responden sino con argumentos negativos, y jamas con pruebas positivas. Como no tienen todas las que ellos desearian sobre la resurreccion de Jesucristo, se creen con derecho para no admitirla.

El testimonio de los discípulos (dicen) no es suficiente, porque si Jesucristo hubiera salido glorioso del sepulcro, su resurreccion se hubiera manifestado con mas esplendor. Era propio (añaden) de la sabiduría de Dios para aumento de su gloria, y para utilidad del género humano, manifestarse despues de su muerte á todos los judíos, y convencerlos por sus mismos ojos. La incredulidad mas obstinada no hubiera podido resistirse, y nosotros mismos nos veríamos obligados á tributar homenages á su divinidad. Pero como las cosas pasaron de otra manera, no podemos asentir á lo que se nos dice.

¿Es posible que unos débiles mortales, que no tienen otras luces que las que el Criador ha tenido la bondad de concederles, presuman tener mas sabiduría que la Sabiduría misma? ¿No conocen la temeridad de querer reformar los juicios de un Dios? Si la objecion que se hace es especiosa, no seducirá jamas sino á almas flacas. Creerían la resurreccion (dicen) si hubiese sido pública. ¿De dónde dimana, pues, el desechar los otros milagros de Jesucristo obrados á vista de toda Jerusalen, y confesados por los judíos y los paganos? ¿De qué proviene el no rendirse á la autoridad que se les pone á la vista? Véanse aqui confundidos por sus mismos principios.

Aun cuando Jesucristo se hubiese manifestado á todos los judíos, ¿no hubiera sido necesario entrar en discusion, examinar los testigos, pesar todas las circunstancias, y atenerse á la evidencia moral que tenemos de su resurreccion? Un hecho atestiguado por quinientas personas que han sido testigos de él, y que derraman su sangre por confirmar su verdad, ¿puede estar mas averiguado? Si fuese lícito tras-

tornar todas las reglas del buen sentido é impugnar las pruebas mas claras, solo porque no se tienen todas las que se desean, ¿qué cosa hay en el mundo de que no se pueda dudar? ¿Y en qué confusion no se vendria á parar si fuese necesario satisfacer á las ideas de cada particular? Un ateista negaría resueltamente la existencia de Dios, y sostendría que si existiese, se haría ver de un modo sensible, y nos instruiría por sí mismo de sus voluntades. ¿Hay incrédulo alguno que en esta ocasion no tomase por su cuenta la causa de Dios, y que no respondiese á tan extravagante proposicion, que el hombre tiene suficiente motivo para convencerse de la existencia de un Ser Supremo, supuesto que todas las criaturas la publican á una voz?

Lo mismo sucede con la resurreccion: sus pruebas son demostrativas, y el defecto de la publicidad en un hecho tan constante, no le hace menos cierto. Nadie se atreveria á decir que un objeto que se vé distintamente no existe porque se podria ver con mas claridad.

El gran punto de la cuestion entre los incrédulos y nosotros, es el de saber si Jesucristo resucitó ó no. Nosotros damos de ello las pruebas mas sólidas que un hombre de razon puede exigir; y el que las desecha no creería mejor la resurreccion, aun cuando hubiese sido manifiesta á toda Jerusalen. El espíritu fuerte no dejaría de decir que Jesucristo no habia muerto; ó bien atribuiría el prodigio á efecto de una mágia superior. Jamas faltan salidas y sutilezas cuando se está resuelto á no creer nada.

No nos pertenece á nosotros el sondear las razones que han determinado á Jesucristo á no hacer su resurreccion tan pública como su muerte. Un ser, que es la misma Sabiduría, sa-

be mejor que nosotros lo que conviene á su gloria y á la utilidad del género humano; y asi sin juzgar de lo que podria hacer, debemos arreglarnos á lo que hizo. Si no se manifestó á los judíos despues de su muerte, acaso habrá sido porque ellos habian puesto el colmo á sus iniquidades, y porque eran indignos de este nuevo favor. Por otra parte, el don de lenguas que recibieron los Apóstoles, los prodigios que estos obraban á vista de toda Jerusalen en testimonio de la resurreccion, la conversion de san Pablo que hizo tanto ruido, eran unas pruebas convincentes que no dejaban nada que desear; y era necesario que fuese muy grande la ceguedad de los judíos para que no reconociesen en aquel Jesucristo, que acababan de crucificar, al Mesías anunciado por los Profetas.

La certidumbre de la resurreccion de Jesucristo está, pues, como se vé, en el mas alto grado de evidencia. Jamas hubo en historia alguna un hecho tan digno de nuestra creencia, y cualquiera que se niegue á creerle, adopta un insensato pirronismo que deshonra á la razon. No hay duda en que esta verdad tan consoladora para el cristiano es el triunfo de la Religion, asi como es su fundamento. Una vez que la cabeza ha resucitado, los miembros resucitarán tambien. *Viene la hora* (dice el Salvador) *cuando todos los que estàn en los sepulcros oiràn la voz del Hijo de Dios; y los que hicieron bien iràn à resurreccion de vida; mas los que hicieron mal à resurreccion de juicio* (S. Juan cap. V vers. 28 y 29). San Pablo, que despues de haber perseguido á Jesucristo vino á ser su Apostol, no cesa en sus Epístolas de ponernos á la vista esta resurreccion de los muertos, y la establece con sólidas é invencibles razones.

Los impíos, que no tratan sino de alejar de sus ánimos las ideas de las cosas eternas, á fin de abrir un campo libre á sus pasiones, han declamado en todos tiempos contra la resurreccion, y para impugnarla no se han avergonzado de degradarse y reducirse á la clase de los brutos: pero existe dentro de nosotros una voz que exclama contra un modo de pensar tan injurioso; y que protesta contra la filosofía del libertino. Antes de la predicacion del Evangelio los pueblos mas bárbaros y las naciones idólatras tenian algunas ideas de que los hombres habian de resucitar. Sus ceremonias, sus sacrificios respecto de los muertos, los cuidados de adornar sus sepulcros y conservar sus cenizas, son unos testimonios auténticos de esta verdad que reclamarán siempre contra el dictámen de estos hombres de carne y sangre que no combaten la Religion sino por mantenerse en sus criminales placeres. Porque no se comprende el prodigio de la resurreccion de los cuerpos, se cree tener derecho para oponerse al sentir comun, y desechar la autoridad mejor apoyada. ¡Qué ceguedad! ¡Qué flaqueza en hombres que pretenden pasar por espíritus fuertes! El que ha resucitado á Lázaro y se ha resucitado á sí mismo, ¿no podrá resucitar igualmente á todos los hombres? ¿No es justo que los cuerpos que han participado de las buenas ó de las malas obras, tengan parte con el alma en las penas ó recompensas?

No se nos oculta que es necesaria toda nuestra fé para creer tan firmemente como la creemos la resurreccion de los cuerpos. Hacer oir su voz á unos huesos aridos, escudriñar en los abismos del mar, en las entrañas de la tierra, en las cuevas y en las cavernas, reunir todas las

partículas de aquellos hombres que han sido comidos de los peces y devorados de las fieras; reanimar todas estas cenizas dispersas, y hacer salir del sepulcro á la innumerable multitud de los hijos de Adan que han nacido en todos los siglos; estos son sin duda prodigios admirables en que se pierde el entendimiento humano; pero ¿hay alguna cosa imposible para el soberano Autor de la naturaleza? El que ha criado los cuerpos de la nada, ¿no los podrá formar segunda vez? Nuestro cuerpo no se aniquila despues de la muerte; subsiste aun despues de su disolucion la materia de que fue formado: ¿quién impide á Dios el conservarla? ¿Le será mas difícil restablecer lo que existió, que hacer de nuevo lo que no existió jamas?

La obstinacion en negar la resurreccion de los cuerpos es tanto mayor, cuanto que las mismas criaturas nos la hacen perceptible, y que tenemos continuamente á la vista imágenes de ella. Las estaciones que se renuevan, las campiñas que se despojan de sus adornos para volver á parecer mas brillantes; los granos de trigo arrojados en la tierra, que se descomponen en ella y luego se ven renacer; en una palabra, todos los efectos admirables de la naturaleza anunciándonos lo que nos sucederá á nosotros, nos demuestran con evidencia que todo lo que existe está en manos del Criador, y que nada se resiste á su voluntad.

Por consiguiente le toca al incrédulo reflexionar sériamente mientras que la luz brilla todavía á sus ojos. No son unos vanos temores los que se trata de inspirarle aqui: la Religion es mas evidente de lo que piensa. Dios ha cuidado, como se verá mas adelante, de suministrarnos pruebas tan ciertas de esto, como las que se

podrán tener en cualesquiera materias de hecho. Si buscáran la verdad de buena fé, no se detendrian en fútiles objeciones que, lejos de destruir las pruebas, no hacen mas que manifestar mejor su solidez dejándolas en todo su vigor. Se imaginan poner un baluarte á su incredulidad por medio de las dificultades de que se llena el entendimiento; pero ¿quién no ve que esto es tratar de alucinarse á sí mismos? Nada hay en el mundo sobre que no se pueda disputar. No hay ciencias sobre que los sabios no encuentren dificultades, y aun que les cuesta trabajo resolver; pero por grandes que sean no son bastantes para destruir en sus entendimientos las verdades á que se oponen. "Hay algunas »veces (dice Mr. Crousat en su *Tratado de ló»gica*, part. 4. cap. XI) objeciones, á las que »no se puede directamente responder bien y con »precision, porque su solucion supone ciertos »conocimientos de que carecemos; pero si estas »objeciones combaten algunas verdades estable»cidas con pruebas claras y convincentes, la im»potencia de responder á ellas no nos debe dar »cuidado ni debilitar jamas la persuasion en que »estamos de la verdad; porque al fin el enten»dimiento humano no debe esperar saberlo to»do para creer alguna cosa."

Estando demostrada evidentemente la autenticidad de los Evangelios y la verdad de los milagros de Jesucristo, antes de pasar á otras pruebas está en el orden probar que el sagrado libro que contiene nuestra fé ha llegado hasta nosotros sin alteracion; lo que se verá en los dos capítulos siguientes.

## CAPÍTULO XXVII.

*Los santos Evangelios se han conservado hasta nosotros sin alteracion.*

Al emprender el desengaño del incrédulo, nos hemos empeñado en un gran trabajo, y nunca acabaríamos si quisiésemos seguirle en todos sus errores. La alteracion que él supone haberse introducido en el Evangelio, es tambien un punto sobre que se extravía. Sin entrar en discusion ninguna pudiéramos contentarnos con responderle, que para tener derecho á objetarnos la menor mudanza, debería citarnos el tiempo en que esta se verificó; las personas que la emprendieron ó favorecieron; los autores fidedignos que hablan de ella; y que, como nada de esto puede oponernos, su objecion no merece respuesta. Sin embargo, ya que quiere ver nuestros títulos, queremos manifestárselos. Dichosos nosotros si con nuestra condescendencia pudiésemos traerle al buen camino, y empeñarle á aprovecharse de la felicidad que nosotros gozamos.

Comienzo desde luego por hacerle observar que el nuevo Testamento, donde se encierra la divina revelacion y el fundamento de la esperanza del cristiano, ha sido respetado siempre por los fieles como una escritura sagrada que no se podia corromper sin caer en un crimen de la mayor impiedad. Mas por decir algo en particular, le ruego que observe que la Religion cristiana no ha estado mucho tiempo sin hacer grandes progresos. Habiéndose esparcido por todas partes el rumor de los milagros de Jesu-

cristo y de su resurreccion, una multitud innumerable de pueblos se convirtieron por la predicacion de los Apóstoles, y se establecieron muchas iglesias por su solicitud. Habíalas en Jerusalen, en Corinto, en Roma, en Antioquía y en Alejandría: los originales de los Evangelios se conservaban en estas iglesias con religiosidad; y no puede recelarse que viviendo los Apóstoles se verificase en ellos la menor variacion. A los Apóstoles les succedieron discípulos celosos, que no fueron menos vigilantes. San Policarpo, san Clemente, san Cleto, y tantos otros obispos, tuvieron cuidado de conservar entre los cristianos el respeto debido á los libros sagrados. Bien sé que en los primeros tiempos se dejaron ver escritos apócrifos: el espíritu de error, fecundo en artificios, ha dado algunos á luz. Tambien es verisimil que algunos cristianos educados en la escuela de Jesucristo, y testigos de sus milagros, hubiesen tenido la ocupacion santa de escribir las principales acciones de su vida; y san Lucas nos lo dá á entender. En efecto, se han visto parecer muchos escritos, y entre otros el *Evangelio de la Natividad*, el *Evangelio de los doce*, y otros muchos; pero se debe advertir que estos libros jamas fueron confundidos con los santos Evangelios. En vano los Marcionitas y Maniquéos intentaron favorecer la novedad de sus dogmas por medio de falsos escritos: la verdad triunfó siempre de la mentira. Todos los libros apócrifos perecieron; pero los cuatro Evangelios permanecen despues de diez y ocho siglos: señal evidente de la distincion que se ha hecho siempre entre estos libros y los escritos supuestos.

Los primeros cristianos tenian una regla de la que jamas se apartaban, y era el testimonio

de las iglesias establecidas por los Apóstoles que tenian los Evangelios de sus propias manos. Se confrontaba el escrito sospechoso con el texto sagrado, y en percibiendo alguna mudanza se desechaba como un libro sin autoridad. El herege Marcion tuvo mas de una vez la temeridad de presentar esta clase de escritos; pero Tertuliano siempre los recusó. *Nosotros no reconocemos* (le decia este grande hombre) *sino lo que nos viene de los Apóstoles. Vuestros escritos son nuevos y posteriores à la verdad; y asi nosotros los recusaremos siempre, y nos atendremos à los que recibimos de nuestros padres.*

No se imagine el incrédulo que los libros sagrados hayan estado abandonados. Dios, que queria que llegasen hasta nosotros, suscitó en todos tiempos hombres llenos de un santo celo por la fé, que miraban como una obligacion el vigilar sobre ellos. Vemos que Orígenes adquirió con gran conato ediciones de las santas Escrituras en muchas columnas, para que se pudiesen comparar mejor á un mismo tiempo las diferentes versiones (1). Se sabe que san Gerónimo se dedicó enteramente al estudio de los sagrados libros; y como sabia perfectamente las lenguas, corrigió las faltas que se habian deslizado en muchas copias. Asi es que el cuidado que se tuvo en los primeros siglos, nos asegura por lo que respecta á los succesivos: la misma alteracion se hacía mas dificil de dia en dia, á medida que transcurrian los tiempos. Los santos

(1) Las Exaplas de Orígenes tenian seis columnas; la primera contenia el texto hebreo en caractéres hebreos: la segunda el mismo texto en caractéres griegos: la tercera la version de Aquila: la cuarta la de Simmaco: la quinta la de los Setenta, y la sexta la de Theodotion. Fleuri *Histor. Ecles.*

Padres habian compuesto comentarios y explicaciones sobre los libros sagrados, que bien pronto anduvieron en manos de los fieles y en todas las bibliotecas. Los Evangelios traducidos en todas las lenguas se hallaron esparcidos por todas las partes del mundo; en donde quiera se enseñaba la misma doctrina y la misma Moral; cada cual se apresuraba á tener el nuevo Testamento; se leía en todas las reuniones de los cristianos; se grababa en la memoria de los niños; y tanto los pequeños como los grandes tenian una tradicion oral de lo que debian creer y practicar: de modo que cuando se considera lo que pasaba entonces, parece imposible la variacion de que se habla. Un ejemplo hará palpable lo que digo.

Se olvida hoy voluntariamente la Moral que el ministro de Jesucristo anuncia en la cátedra de la verdad; pero si propusiese por malignidad ó por descuido un misterio, ó un punto de moral como del Evangelio, y del que jamas se hubiese oido hablar, ¿qué impresion no haría esta novedad en un auditorio en que se hallasen muchas personas instruidas? ¿Se guardaría silencio sobre semejante acontecimiento? No, sin duda: los primeros Pastores serían informados de ello al momento, y el culpable sufriría la pena de su distraccion ó de su mala fé. Léase la vida de los cristianos primitivos, y se verá que eran mas celosos, mas instruidos, y que oian con mas fervor la palabra de Dios que los de ahora. Era tanto mas dificil engañarlos, cuanto que el gran número de hereges que se veían en aquellos primeros tiempos los tenia siempre en vela. Por otra parte se hallaban á la cabeza de las iglesias unos Obispos santos, que no perdonaban nada para estorbar que las malas doctrinas se

insinuasen en sus corazones: y asi sin la menor razon y solo por inquietarnos alegan nuestros adversarios una variacion que nunca hubo.

Cuando se quiere disputar un derecho, no basta formar sospecha y recurrir á suposiciones que nada cuestan: es necesario alegar algunas pruebas, ó por lo menos dar á las ficciones algun aspecto de verosimilitud. Dígannos, pues, los incrédulos, en qué consiste esta supuesta variacion. ¿Se han propuesto los cristianos aumentar el rigor del Evangelio, ó suavizarlo? ¿Dirán acaso que los cristianos han hecho el yugo de la fé mas pesado? Ellos saben muy bien que el hombre ordinariamente no tira á imponerse por su gusto obligaciones de supererogacion; y es preciso conocer muy poco el corazon humano para pensar que la alteracion se hubiese hecho con este fin: si es que la hubo, mas bien sería á favor de la naturaleza corrompida. Pero el incrédulo que mira la práctica del Evangelio como un suplicio ¿se atreverá á acusar á los cristianos de haber suavizado su Moral?

Es facil probar lo contrario. ¿Qué se enseña en este libro divino? El perdon de las injurias, la humildad, el desprendimiento del mundo, la privacion de los placeres criminales, la abnegacion de sí mismo. ¿Y hay en todo esto relajacion? ¿No se manda á todos los hombres la penitencia, so pena de condenacion? ¿Hay acerca de esto algun privilegio á favor de los reyes y de los príncipes? ¿No son unos mismos los preceptos para los grandes que para los pequeños? Luego la variacion que se supone es un falso pretexto de que se vale el incrédulo para substraerse á la autoridad del sagrado libro, que condena á un mismo tiempo su conducta y su modo de pensar.

No nos contentamos con esto: el artículo de que se trata es tan esencial, que no se puede ilustrar demasiado; y asi sostengo de nuevo que la alteracion es una quimera con que se pretende alimentar el espíritu. Si hubiera habido variacion en los Evangelios, la habrian hecho los enemigos de la Religion ó los cristianos; porque no creemos que se impute á los judíos ó á los paganos: por lo menos la extravagancia de la impiedad no ha pensado en esta suposicion: no puede, pues, caer esta sospecha sino sobre los cristianos; pero yo espero demostrar tan evidentemente la debilidad de esta conjetura, que el contradictor quedará reducido al silencio.

En primer lugar es contra toda razon imaginarse que los primeros cristianos, que corrian al martirio para sostener la verdad de los Evangelios, hayan querido alterar un libro que miraban como divino; y aun sería la mas notoria injusticia atribuirles semejante crimen. Digo mas: aun cuando contra toda verosimilitud hubieran formado este designio, su ejecucion sería imposible. Los Evangelios estaban traducidos en todas las lenguas, y esparcidos por todos los ángulos de la tierra. Los santos Padres habian dado explicaciones de ellos que andaban en manos de todos. ¿Qué hombre ó monarca, á menos que se suponga inmortal y señor de todos los entendimientos y de todos los corazones, hubiera podido hacer esta variacion universal sin que se notase? ¿Cómo era posible mudar todos los manuscritos y ejemplares griegos, árabes, siríacos, hebreos y latinos? Si se hubiesen corrompido los de Italia, ¿cómo se podrian corromper los de Alemania, los de Francia, los de España, y de otros muchos paises? ¿Como

llenar el mundo de falsos Agustinos, de falsos Crisóstomos, de falsos Ambrosios, de falsos Gerónimos? En una palabra, ¿cómo corromper todas las copias de los Evangelios, y las obras que de ellos hablan? ¿No habia en todos los paises hombres sabios é ilustrados, adictos á la fé, y prelados llenos de celo por la Religion, que se habrian dejado antes degollar que permitir este sacrílego atentado?

¿Se dirá que la alteracion sucedió insensiblemente sin que se pusiese atencion en ello, y que una copia corrompida habrá alterado las demas? Pero esto se podrá decir sin fundamento alguno, y contra toda verisimilitud. Cuando algun ejemplar hubiera sido alterado por malicia ó por casualidad, ¿podia pasar esta alteracion á todas las partes del mundo? Y aun cuando se hubiese deslizado en muchas, la tradicion oral de que he hablado ¿no lo hubiera hecho advertir? Por otra parte la fé de los fieles estaba fundada sobre los ejemplares originales. Las explicaciones y los comentarios de los Evangelios la aseguraban de un modo que no habia nada que temer: las verdades se transmitian de siglo en siglo tales como los Apóstoles las habian enseñado. Nuestra confianza está tanto mas bien fundada, cuanto que la Iglesia, depositária de la fé, se ha reunido frecuentemente en concilios generales y provinciales, en los que, por medio de las medidas sabias que ha tomado, han estado siempre los libros divinos á cubierto de todo atentado. Demos ya fin, y acabemos de destruir con una respuesta sin réplica la objecion que se nos hace.

Se sabe que la Iglesia fue turbada inmediatamente despues de la muerte de los Apóstoles con diferentes controversias. Por funestas que

hayan sido no han contribuido poco á la seguridad del cristianismo. Se han visto desde los primeros siglos novadores que formaron diferentes sectas, y que apoyaban sus errores en el texto del nuevo Testamento, al que daban falsas aplicaciones. Marcion y Manes, los mas temerarios é ignorantes de los hereges, encaprichados en opiniones extravagantes, se atrevieron á asegurar que habia habido variacion en él: cuando se les pidieron las pruebas de esto quedaron mudos, y con su silencio dejaron desde el segundo siglo un testimonio seguro de que hasta entonces no habia indicio alguno de la menor falsedad. Si se hubiesen corrompido las fuentes divinas, los judíos y los paganos, especuladores de nuestra conducta, hubieran descubierto el misterio de iniquidad, y hubieran triunfado. Porfirio y Juliano nada han perdonado para destruir la Religion: han hecho irrisiones sacrílegas acerca de nuestros misterios: han combatido la divinidad de Jesucristo; pero no vemos que nos hayan atacado en cuanto á la alteracion de los libros sagrados. Es verdad que Celso, enemigo jurado de los cristianos, formó contra ellos esta acusacion. Orígenes nos lo enseña en sus escritos; pero dándonos parte de la calumnia, nos dá tambien la respuesta que él dió á este filósofo epicúreo. Confiesa Orígenes á su contrario que los Marcionitas y los Valentinianos alteraban los ejemplares que andaban en sus manos; pero al mismo tiempo le sostiene resueltamente que los Ortodoxos jamas han cometido esta impiedad; y despues de haberle nombrado los discípulos de Valentino, de Marcion y de Luciano: *por lo que hace á mí* (le dice este sabio) *no conozco otros que sean capaces de alterar el texto de los Evangelios. Por tanto*

*este no es un crimen* (continúa) *que se deba imputar al Evangelio* (quiere decir á los católicos), *sino á los que se han atrevido á corromperle y dar origen á las heregías.* (Orig. contr. Cels. lib. II).

Dejemos, pues, al incrédulo declamar cuanto quiera: lejos de inquietarnos con tantas suposiciones insostenibles, la adhesion y respeto de los pueblos á los libros divinos, el cuidado que se ha tenido de ellos, las divisiones que ha habido siempre en la Iglesia, la variedad de versiones en muchas lenguas, el número infinito de ejemplares esparcidos por todas las partes del mundo, y sobre todo el silencio de nuestros enemigos, forman para nosotros una completa y perfecta conviccion de que los santos Evangelios han llegado hasta nosotros en toda su pureza. Veamos ahora si las objeciones que se nos oponen destruyen lo que acabamos de decir.

## CAPÍTULO XXVIII.

### *De las supuestas variaciones que se dice haber en los santos Evangelios.*

El cristianismo ha estado siempre en disposicion de poderse defender contra sus enemigos, y lo está mejor hoy dia por el cuidado que los hombres grandes han tenido de refutar cuanto se le opone, y de reunir en su favor una multitud de pruebas, á las que un talento razonable no puede resistir. El cristiano mismo para responder á las objeciones que se le hacen no necesita recurrir á aquellos pequeños rodeos, ni á aquellas sutilezas vanas de que se sirve el error; porque la verdad es enemiga del artificio: y por lo tanto no quiera Dios que en una

causa tan buena como la nuestra disfracemos las supuestas variaciones que se alegan; sostenemos solamente que ellas no causan perjuicio alguno á nuestra fé: y esto es lo que esperamos probar del modo mas evidente.

Comienzo desde luego por responder que la Iglesia, que ha reconocido siempre una proteccion del cielo respecto de los libros sagrados en no haber permitido que jamas se deslizase en ellos ninguna cosa contraria á la fé, no dice con todo eso que la santa Escritura se haya conservado en una integridad total que excluye las mas ligeras variaciones. Ya me explico: al darnos Dios una revelacion, correspondia á su sabiduría conservarla en todo el lustre necesario para la instruccion del género humano, é impedir que la prenda de su amor viniese á ser ocasion de error; y esto es lo que su divina Providencia hizo preservando las santas Escrituras de la mezcla de falsas doctrinas: de suerte, que por el cuidado que ha tenido de ellas, nosotros las poseemos en toda su pureza; y las alteraciones que se alegan en nada perjudican á nuestra fé. Véase aqui de lo que se trata.

En el tiempo en que salieron á luz los Evangelios, los Apóstoles esparcieron muchas copias perfectamente conformes con el texto sagrado, que fueron traducidas en hebreo, en árabe, en griego, y en latin. Entre el gran número de copias multiplicadas hasta lo infinito, se han deslizado algunas faltas en muchos ejemplares antiguos de los Evangelios de san Marcos y de san Juan; porque con respecto á san Mateo y á san Lucas no hay adicion ni variacion, y todos los ejemplares están uniformes; y asi aun cuando hubiese alguna alteracion en los otros dos, nuestra fé quedaría siempre en segu-

ridad; pero estamos muy distantes de convenir en esto. Es verdad que no se hallan en algunos manuscritos antiguos los doce últimos versículos que leemos hoy en el Evangelio de san Marcos; pero se leen en todos los ejemplares latinos, siriacos y árabes sin ninguna variedad; se leen en el ejemplar de Cambriga y en el manuscrito Alejandrino, que son los dos manuscritos griegos mas antiguos de los Evangelios. San Ireneo hace mencion de ellos, y cita expresamente el penúltimo de estos doce últimos versículos de san Marcos, lo que prueba que son de los mas auténticos. Si faltan en algunos manuscritos, se debe imputar á la distraccion y negligencia de los copiantes.

La objecion sobre el Evangelio de san Juan no está mejor fundada. Convenimos en que en los ejemplares griegos manuscritos de san Juan, y en las versiones de la Iglesia oriental, no se halla la historia de la muger adúltera; pero se encuentra en los ejemplares siriacos y árabes; está citada por Ammonio de Alejandría, que vivia en los primeros tiempos de la Iglesia; y por Taciano, aun mas antiguo que él: está admitida en todas las iglesias griegas lo mismo que en las nuestras, y se ve en todos los leccionarios de los Evangelios. Por otra parte, yo pregunto ¿si esta historia aumenta ó disminuye alguna cosa á nuestra creencia? Esto no se puede sostener: ¿por qué, pues, se sacan tan injustas consecuencias? Si se mira como un crimen faltar á la buena fé en el trato social, ¿no lo es mayor faltar á ella en materias de Religion?

Tambien se dá mucha importancia á un pasage de san Juan que no se halla en los ejemplares griegos manuscritos: pero ¿hay funda-

mento para declamar y ponderar la inadvertencia de los copiantes? Los manuscritos mas correctos contienen este versículo: san Cipriano le cita en el libro *De la Unidad de la Iglesia*; san Atanasio le emplea contra los Arrianos, y se encuentra en san Victor de Vitte y san Fulgencio. La malignidad de nuestros adversarios es tanto mayor, cuanto que el misterio de la Santísima Trinidad, que encierra el pasage de que se trata, está establecido de un modo evidente en el principio del Evangelio de san Juan. Júzguese en vista de esto si las acusaciones están bien fundadas.

Nuestra fé está demasiado bien apoyada para que podamos tener la menor sospecha: la divina sabiduría ha proveido á ello de forma que no podamos dudar con razon. Las verdades fundamentales de la Religion se hallan mil y mil veces repetidas en las santas escrituras, y están á la prueba de todas esas pequeñas alteraciones gramaticales y de esas ligeras variaciones que no merecen el menor aprecio. Por otra parte, en una materia que exige tantas investigaciones y un trabajo continuo, se debe estar al juicio de aquellos que se han dedicado enteramente á él, y que han hecho un estudio profundo de la materia. Pues muchos sabios (1) despues de haber examinado hasta los puntos y comas de los sagrados libros, atestiguan que to-

(1) Luis Capella es uno de los sabios que mas ha trabajado sobre los sagrados libros: despues de inmensas investigaciones y de haber examinado un número considerable de copias, subiendo de siglo en siglo hasta el manuscrito mas antiguo, y visto por sus propios ojos las glosas y versiones mas antiguas, asegura que no hay ninguna alteracion en ellas que toque en lo mas mínimo a la fé, a la moral ni á la historia.

das las variaciones acaecidas por distraccion de los copiantes, no perjudican en nada á la fé ni á las costumbres; y su decision sobre este punto es de mas peso que las suposiciones que no tienen ni verdad ni verosimilitud. Digamos ya alguna cosa de aquellas supuestas contradicciones que algunos se imaginan hallar en los libros santos.

## CAPÍTULO XXIX.

### *De las supuestas contradicciones que se creen hallar en los libros santos.*

Es trabajo haber de tratar con gentes que cierran los ojos á la luz, y que no pueden resolverse á practicar una Moral tan santa como la del Evangelio. No pudiendo los incrédulos destruir la autoridad de los sagrados libros, recurren á vanas sutilezas que indican lo desesperado de su causa. No hay dificultades en la historia ni en la cronología que no ponderen y que no hagan valer con la esperanza de inquietar al cristiano y mantenerse en su incredulidad.

Convenimos en que se hallan en las santas Escrituras muchos pasages difíciles de explicar; pero cuando se ama la verdad y se busca con el deseo de abrazarla, no se pierde el tiempo en semejantes dificultades, que ni interesan á la fé ni á las costumbres. No es vergonzoso confesar ignorancia sobre unos pasages obscuros que requieren mas luces que las que tenemos; pero sería una de las mayores temeridades querer imputar á los autores sagrados las supuestas faltas que algunos se persuaden hallar. Siendo inspirados los libros santos, no puede haber en ellos ninguna contradiccion real; mas pueden encon-

trarse en ellos contradicciones aparentes; es decir, que asi nos parezcan á nosotros, sin que en la realidad lo sean.

Tenemos sobre esta materia excelentes obras, que si se hubiesen leido, nadie se dejaría seducir por aquellos escritos tenebrosos, en donde unos autores sin fé y sin equidad presentan estos pasages obscuros bajo un aspecto peligroso, y les dan una interpretacion maligna con el designio de sorprender al lector poco ilustrado. Todas estas supuestas contradicciones con que se autoriza la incredulidad, no están en la santa Escritura, sino en carecer de un perfecto conocimiento de la historia, de la cronología, y de los usos de los antiguos. Esto es lo que se nota examinando las observaciones de los sabios que por medio de sus investigaciones y de un trabajo ímprobo han conseguido salvar muchas dificultades que parecian insuperables.

En san Mateo tenemos uno de estos pasages que choca á primera vista. Refiriendo este Evangelista la accion de Judas que devolvio al príncipe de los sacerdotes los treinta dineros que habia recibido por entregar á Jesucristo, dice que se emplearon en comprar el campo de un alfarero; y añade que esto habia sido predicho por el profeta Jeremías (san Mat. cap. XXVII vers. 9); siendo asi que esta profecia no se halla en Jeremías, sino en Zacarías (cap. XI vers. 13); y esto es lo que forma la dificultad. Críticos hábiles han hecho esfuerzos para salvarla: unos han dicho que aunque esta profecía se halla en Zacarías, pudiera suceder que Jeremías hubiese hablado tambien de ella en algunos escritos, que por la injuria de los tiempos no hayan llegado hasta nosotros, y de los cuales tenian conocimiento los autores sa-

grados: otros pensaron que esta sería falta de los copiantes, y que no hay que admirar que en unos libros que han pasado por tantas manos, y de los que se han hecho tantas traducciones, se hayan deslizado algunas faltas que en nada perjudican á nuestra fé. No hay duda en que el Espíritu Santo ha dirigido la pluma de los sagrados escritores; pero sería absurdo pensar que el primer copiante, y los infinitos que le succedieron, hubiesen sido inspirados de un modo que no hubiesen podido equivocarse en una sola palabra ó en la menor letra: este sería un milagro continuado que no nos debe Dios. Todo lo que podíamos esperar de su bondad, como hemos dicho, era que hiciese pasar hasta nosotros su revelacion en toda la pureza que se requiere para la instruccion de los hombres; y esto es lo que hizo.

Finalmente, otros sabios por el profundo conocimiento que han tenido de los libros de los judíos, han ilustrado tan completamente el pasage de san Mateo, que no le queda la menor obscuridad. Estos observan que antiguamente los judios dividian los libros del antiguo Testamento en tres volúmenes, y daban á cada uno de ellos el nombre del libro que estaba primero; y cuando citaban algunos pasages del volúmen, los citaban bajo la denominacion que se daba al volúmen. El primero contenia los cincos libros de Moisés, que reducian al nombre general *De la ley*. El segundo volúmen se componia de los libros que ellos llamaban agiógrafos; y á su cabeza estaba el libro de los Salmos. El tercero era el libro de los Profetas que comenzaba por el libro de Jeremías; y así fue árbitro san Mateo, segun el uso establecido en su nacion, en citar este pasage ó en Zacarías, de donde es to-

mado, ó en Jeremías, supuesto que se hallaba en el volúmen que llevaba su nombre.

La genealogía de Jesucristo es tambien un punto que ha ocupado la pluma de los sabios. San Mateo dice que san José era hijo de Jacob, y san Lucas le dá por padre á Helí. Muchos críticos, para conciliar estas dos genealogías, han dicho que san José era hijo de Jacob por naturaleza, é hijo de Helí por la ley. Aunque esta opinion esté apoyada en autoridades respetables, el parecer mas seguido, y el que han abrazado casi todos los autores modernos, es que san Mateo describe la genealogía de san José, y san Lucas la de la Santísima Virgen; y de este modo se explica como san José era á un mismo tiempo hijo de Jacob y de Helí: era hijo de Jacob propiamente dicho, é hijo de Helí en calidad de su yerno.

Es cierto que san Joaquin está generalmente reconocido por padre de la Santísima Virgen; pero es necesario advertir que Joaquin y Helí en hebreo son dos palabras sinónimas. Se hallan aun manuscritos antiguos de los judíos, en los que la Santísima Virgen es llamada hija de Helí. Esta explicacion está tan bien fundada, que si se quiere poner atencion se percibirá una diferencia sensible en el modo con que se explican los Evangelistas. San Mateo (cap. I. vers. 16) dice que *Jacob engendró á José*; y san Lucas (cap. III vers. 23) dice simplemente que *era hijo de Helí*, es decir, su yerno, siguiendo un estilo muy usado en las santas escrituras, y aun en todas las lenguas. Las expresiones de san Lucas no encierran necesariamente una filiacion y una paternidad natural, como la expresion de san Mateo. Si los hijos adoptivos son frecuentemente llamados hijos de

los que los han adoptado, no debe sorprender que san Lucas llame á san José hijo de Helí, pues que era su padre por alianza.

El Espíritu Santo ha permitido que este Evangelista nos haya dado la genealogía de la Santísima Virgen, para que conociésemos que era de la misma familia que san José, y que Jesucristo era hijo de David, no solo por José, de quien era el legítimo heredero, sino tambien por María, de quien habia nacido. Jacob, que san Mateo dice ser padre de san José, descendía de Salomon hijo de David; y Helí, de quien habla san Lucas, descendia de Nathan, otro hijo de David.

Citamos estos dos ejemplos á fin de que no se precipite el juicio sobre los textos de las santas escrituras que parecen contradecirse; y al mismo tiempo para que se esté alerta contra los impíos que de todo abusan á fin de inspirar su perniciosa doctrina. Estas pequeñas dificultades, que no son de importancia alguna, no deben debilitar nuestra fé. Los primeros cristianos, que vieron lo mismo que nosotros percibimos hoy, no tuvieron la menor duda acerca de la divinidad de los libros santos: como vivian mas cercanos que nosotros al tiempo en que habian sido escritos, tenian conocimientos que nosotros no tenemos sobre muchas cosas que servian para salvar estas aparentes contradicciones. A pesar de esta distancia no hay ninguna de estas contradicciones sobre la cual no hayan dado los sabios explicaciones que satisfacen á un entendimiento juicioso; y sus ilustraciones no son rebatidas sino por hombres de mala fé, que quieren disputar quisquillosamente sobre las menores cosas.

Antes de dar fin á este capítulo conviene

tambien precaver al lector contra ciertas expresiones que Victor de Tmuis ha insertado en su crónica: en la que dice que en el consulado de Mesula fueron corregidos y reformados los santos Evangelios por orden del emperador Anastasio, como habiendo sido compuestos por evangelistas ignorantes.

Este supuesto hecho de que se sirve la impiedad, está desmentido generalmente por todos los autores, y ha pasado siempre por un delirio de Victor de Tmuis (1). ¿Se creería, con todo eso, que aquello que en la historia está marcado con el sello de la impostura, se hubiese insertado en ciertos escritos anónimos como una verdad de las mas constantes?

Asi es como se juega con la buena fé, y como se usa de todos los medios contra una religion, que no es odiosa sino porque proscribe el vicio y prescribe la virtud. El impío se ha propuesto en su furor emplear su pluma para desacreditar el Evangelio: admirará, puede ser, á los incautos con sus sofismas, y pervertirá á muchos de ellos, pero jamas destruirá la obra de Dios. No hay cosa mas facil que dejarse seducir y caer en la incredulidad: para esto no se necesita mas que seguir las inclinaciones secretas del corazon, y vivir sin reflexionar en sus extravíos; pero esto no es tan facil cuando se

(1) Habiendo sido acusado Macedonio, patriarca de Constantinopla, de haber corrompido un pasage de san Pablo para acomodarle al Nestorianismo, irritado el emperador Anastasio de su audacia, le hizo deponer el año 511; é hizo al mismo tiempo rectificar los ejemplares sagrados que se habia atrevido á adulterar. Esto es lo que ha podido dar ocasion á las expresiones de Victor de Tmuis. Autores hay que pretenden que Macedonio no era culpable del crimen que se le imputó.

examinan de cerca los fundamentos de la Religion. Ya el lector ha debido quedar impresionado de los grandes testimonios que hablan altamente á favor de la causa cristiana: cuanto mas adelantemos mas se manifestará tambien la verdad. Las profecías y los milagros son grandes pruebas de la divinidad de la fé, pero no son solas. Tenemos otras todavía en muchas predicciones que Jesucristo ha hecho sobre acontecimientos futuros, y que se vieron cumplidos muy poco despues de su muerte. La conversion del mundo por la predicacion del Evangelio, es uno de los acontecimientos predichos que no puede dejar de hacer impresion sobre aquellos hombres de juicio que examinaren sin prevencion un hecho de los mas brillantes, y de que ha sido testigo todo el mundo.

## CAPÍTULO XXX.

### *El establecimiento de la Religion es obra divina.*

#### TERCERA PRUEBA DE LA RELIGION.

El mundo convertido por la predicacion del Evangelio es el grande espectáculo que ofrecemos en prueba de la divinidad del cristianismo. Los Profetas habian predicho que el Mesías atraería á sí á todas las naciones, y que llegaría á ser su cabeza y su doctor. Jesucristo, el Redentor prometido, habia conversado frecuentemente con sus Apóstoles sobre este noble designio. Sacándolos de la orilla del mar y asociándolos á su ministerio les habia dicho: *Seguidme, yo os haré pescadores de hombres* (San Mat. cap. IV, vers. 19). En el Evangelio vemos las órdenes que les dió de ir á bautizar las

naciones en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Esta conversion del mundo que habia atraido al Hijo de Dios á la tierra, sucedió poco tiempo despues que salió glorioso del sepulcro. Para conocer mejor lo maravilloso de este grande acontecimiento, es necesario subir hasta aquellos dias desventurados en que el mundo sepultado en las tinieblas y la corrupcion presentaba una viva imagen de todos los extravíos.

Estaba entonces la tierra cubierta de hombres que parecian haber extinguido las luces naturales. El exceso de las pasiones habia alterado en las almas la idea del verdadero Dios. Excepto en el pueblo judío que le adoraba en la Judéa, era desconocido de todos los demas. La idolatría y la supersticion reinaban por todas partes. Cuanto el exceso del libertinage y una razon extraviada podia inspirar de mas monstruoso á los hombres, se veía en aquellos tiempos de error en que cada uno se gobernaba segun los deseos corrompidos de su corazon. Cada nacion, cada provincia, cada ciudad, cada familia tenia su Dios tutelar: el oro y la plata, trabajados con arte, eran las divinidades que se adoraban. Los menos insensatos dirigian sus votos al sol, á la luna, y á los astros: se veían altares erigidos á un Saturno, á un Júpiter, á un Mercurio; y la sangre humana corria á torrentes con la esperanza, segun se decia, de agradar á estas divinidades. El vicio reinaba con tanto imperio, que hasta las pasiones estaban colocadas en el número de los dioses, y llegaba la corrupcion hasta ofrecer incienso á una infame Venus.

No se puede leer sin horror lo que los historiadores refieren de los honores que se tribu-

taban á esta diosa; ni hay cosa mas abominable que las fiestas consagradas á Priapo, en las que no se presentaba la inocencia sino para ser prostituida. Y no eran solos los pueblos groseros y bárbaros los que caian en estos extravíos; sino que los caldeos, los egipcios, los fenicios, los griegos y los romanos, que pasaban por los mas ilustrados y los mas sabios, eran los mas ciegos en materia de religion. Llegó á tal punto la locura en Egipto, que se colocaban en los templos los animales mas despreciables, y no se avergonzaban de dirigir sus oraciones á las plantas y á las legumbres. En una palabra, todo era dios menos el Dios verdadero.

Entre esta turba innumerable de insensatos se hallaban ciertamente algunos filósofos, siempre en muy corto número, que condenaban estos monstruosos excesos, y que oponian máximas juiciosas á las fábulas y á las ridiculeces que se publicaban. Se les escuchaba, se admiraban sus sentencias, y aun se les tributaban algunos elogios; pero nada mas. Si formaban discípulos, estos desaparecian bien pronto para seguir á la multitud: fuera de que ni aun esos mismos grandes ingenios del mundo pagano sabian á qué atenerse; pues impugnados por otros filósofos, no se atrevian á manifestar en público la verdad. Si algunos de ellos enseñaban que las estatuas no eran dioses, se les obligaba á retractarse, y si no, se lanzaban contra ellos decretos fulminantes, y se les desterraba como á impíos: esta es una de las razones por que fue condenado Sócrates; y asi cuando se consultaba á estos filósofos, respondian que cada uno debia seguir la religion de su pais.

Tal era el mundo cuando los Apóstoles instruidos en la escuela de Jesucristo formaron el

designio de someterle á las leyes del Evangelio. ¿A quién no sorprende mas que nada semejante pensamiento? ¡Qué empresa para unos hombres toscos, que no tienen ni proteccion ni apoyo alguno! El universo encantado con sus ídolos, el espíritu orgulloso de los filosofos, las leyes de los príncipes que prohiben toda religion extrangera, el interés de los sacerdotes en sostener el culto de los falsos dioses, el mundo envejecido en estas antiguas costumbres, ¿no son otras tantas barreras y obstáculos insuperables? A lo menos si los Apóstoles estuviesen sostenidos por un ejército poderoso; si la Moral que van á anunciar lisonjease los sentidos; ó si ellos mismos fuesen oradores, se podria esperar algun buen éxito; ¿pero hay alguna apariencia de que doce hombres entresacados de la hez del pueblo, sin talentos y sin crédito, hagan renunciar á unos errores que el hábito de casi todos los siglos tiene autorizados, y que están sostenidos por el ejemplo de todas las naciones? Los maestros de la filosofía emplearon sus esfuerzos para reprimir los vicios, y salieron frustrados; ¡y unos pobres que no tienen atractivo alguno se lisonjean de inspirar aficion á una Moral y á una doctrina que subyuga el entendimiento y cautiva el corazon!

No es esto lo mas: la Religion que van á enseñar á las naciones proscribe indistintamente todas las divinidades del paganismo, y no presenta á los hombres sino un solo Dios, Criador del universo, del cual no es posible ni permitido formar imagen alguna. Se proponen hacer adorar á Jesucristo conocido por hijo de un carpintero, que ha pasado su vida en la pobreza y en el desprecio, que poco ha acaba de ser crucificado entre dos ladrones: á este hombre, muerto

en el suplicio de la cruz, es á quien ellos quieren hacer que se tributen homenages como al Monarca del universo y al Soberano juez de todos los hombres. Semejante proyecto ¿no parece temerario y aun extravagante?

Asi es como nosotros le juzgamos, no considerando sino las fuerzas humanas; pero lo que es imposible á los hombres no lo es á Dios. El que con una sola palabra hizo el mundo, le puede mudar con esta misma palabra. Jesucristo habia dicho: *Cuando yo fuere levantado de la tierra, todo lo traeré á mí.* (San Juan cap. XII vers. 32). Habia mandado á sus discípulos *bautizar á todas las naciones en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo* (San Mateo cap. XXVIII vers. 19). Los Apóstoles, llenos de confianza en las palabras de su divino Maestro, no se arredran por las dificultades que se les presentan. Salen de Jerusalen, en donde habian establecido ya una iglesia, y cada uno va á la parte del mundo que se le habia señalado: se presentan delante de los pueblos idólatras, exponen la vida y la muerte de Jesucristo, y su resurreccion: refieren los milagros que ha obrado y que ellos han visto: anuncian que él es aquel Redentor prometido al universo, y que no se debe esperar la salvacion sino en él: se les escucha; y sin tener nada de lo que el mundo admira, teme ó espera; sus discursos conmueven, persuaden y arrastran: ellos predican misterios increibles á la razon humana, y se les cree: presentan un Evangelio opuesto á todas las inclinaciones de la naturaleza, y se recibe: las verdades eternas penetran en los corazones, y los mudan: la Moral de Jesucristo obra lo que no habian podido conseguir los filósofos: los ídolos son despedazados, derribados sus altares,

y el culto impío abolido: todas aquellas fiestas y aquellas supersticiones desaparecen: las mayores ciudades abren las puertas al Evangelio. San Pedro le predica hasta en Roma; y esta ciudad soberbia, capital de todo el mundo, que habia sido el centro del error, llega á ser la principal silla de la Iglesia.

Una mudanza tan repentina en el universo arma á las autoridades asombradas; todas las fuerzas se emplean en sofocar á la Religion en su cuna. Se pronuncian decretos, se aprisiona á los predicadores de la fé, se les carga de cadenas. San Pedro y san Pablo, fundadores de la iglesia de Roma, son atormentados cruelmente por orden de Neron, y rinden sus últimos suspiros confesando que Jesucristo es el Hijo de Dios.

Las crueldades ejercitadas contra los Apóstoles, el furor de los tiranos, las órdenes fulminantes contra los cristianos, hubieran debido retraer del cristianismo y aun aniquilarle; pero ¿podria creerse? esta religion, por inaccesible que sea al entendimiento y al corazon, y por mas que exponga al desprecio y á las mayores persecuciones, hace todos los dias nuevos progresos. Los discípulos de los Apóstoles, animados del mismo celo, predican el Evangelio, que pasa de reino en reino: las naciones instruidas se convierten; la fé penetra hasta en los palacios de los príncipes; los grandes se confunden con los pequeños; y hasta los Césares se hacen adoradores de la Cruz. Jesucristo, vencedor del mundo y de sus errores, recibe homenages de todas partes: la faz de la tierra se muda, y los hombres ya no son lo que antes, sino un pueblo nuevo; los ricos abrazan la pobreza evangélica; los sensuales se hacen penitentes; los filósofos llenos

de orgullo y vanidad se humillan; el mundo se llena de cristianos; y el mismo paganismo se ve obligado á admirar sus virtudes: la Religion cristiana está tan sólidamente establecida, que llega á ser la Religion dominante. Nada decimos aqui que no sea pura verdad; y si se quieren pruebas de ello las daremos.

Plinio el joven, gobernador de Bytinia, hace mencion en su carta á Trajano (que es la 97 de su libro X) de los progresos del cristianismo. En ella dá parte al príncipe de que *esta superticion no solamente ha inficionado las ciudades, sino que tambien se ha esparcido en las aldeas y caseríos.*

Luciano (*Pseudo*), autor pagano del segundo siglo, que nos describe tan agradablemente la historia de aquel Alejandro que divirtió tanto tiempo á los griegos con sus serpientes, refiere que *él se quejaba, á nombre de su dios Glicon, de que el Ponto hormigueaba de aquellos cristianos ateistas que blasfemaban públicamente contra él; y que si se queria tener propicio à su Dios, era necesario echarlos á pedradas.*

Escuchemos á Tertuliano, que tan favorable ha sido á la causa de Jesucristo: he aqui cómo se explica en su *Apolog.* cap. XXXVII, hablando al Senado y al pueblo romano: *Sí* (decia): *el número de los cristianos es tan grande, á pesar de vuestros leones, de vuestras hogueras y de vuestros cadalsos, que si quisieran tomar las armas para defenderse, se hallarían en estado de sostener la guerra contra cualquiera; y si tomasen el partido de retirarse de los estados del imperio, con sola esta retirada disminuirían considerablemente la república.*

San Justino, que de filósofo pagano llegó á sèr martir de Jesucristo, asegura en su Dialogo contra el judío Trifon, *que no hay clase alguna*

*ni de griegos, ni de bárbaros, ni de escitas de tribus errantes, ni de pastores, entre quienes no se dirijan oraciones y acciones de gracias al Criador del universo en nombre de Jesucristo.*

El ilustre martir san Irenéo, obispo de Leon de Francia, dá el mismo testimonio: *La filosofía* (dice *Adv. hæres.* lib. III cap. 4) *no agradó sino á los griegos, y aun no à todos. Cada filósofo no tuvo sino pocos discípulos; la doctrina de nuestro Maestro no se limitó à sola la Judea, sino que se esparció por toda la tierra, persuadiendo à los griegos y à los bárbaros en cada nacion, en cada ciudad, y en cada aldea, atrayendo familias enteras al conocimiento de la verdad, y à cada uno de los oyentes en particular, y aun à muchos filósofos.*

Véase, pues, al universo convertido por la predicacion de los Apóstoles. Doce pobres, sin mas armas que la Cruz, hacen la conquista de todo el mundo, y ganan para Jesucristo todas las naciones por los medios mas contrarios á la ejecucion de sus designios. Ni la política ni el interés tuvieron parte alguna en su buen éxito. En ellos no hay recompensas sensibles y temporales que hayan determinado á renunciar preocupaciones y placeres sensuales autorizados por la costumbre y por la licencia. Los Apóstoles para persuadir á las naciones á adorar á aquel que habia sido crucificado en Jerusalen, no prometen sino bienes invisibles, y un reino eterno que no se podia adquirir sino por medio de la penitencia y de la humillacion. Semejantes ideas, hablando humanamente, debian considerarse como delirios y quimeras; sin embargo, los entendimientos las abrazan, y el mundo entero se hace cristiano.

Si el deismo, que tanto favorece á las pasiones, y que muchos filósofos enseñaban enton-

ces, hubiera sustituido al paganismo, sorprendería menos ver derribados los altares de los falsos dioses; pero que una Religion que exige tan grandes sacrificios haya sido admitida por sola la predicacion de doce pobres, es lo que no se puede concebir sin reconocer en ello alguna cosa divina. En efecto, ¿quién otro que un Dios ha podido inspirar á los Apóstoles un designio tan noble y tan sublime? ¿Quién otro que un Dios ha podido superar tantos obstáculos como se oponian á la destruccion de la idolatría? ¿No fue necesario que el cielo interviniese en ello para disipar las antiguas preocupaciones y someter á unos misterios impenetrables y á la Moral del Evangnlio á unos espíritus orgullosos y tenaces? Si el universo se hubiera convertido sin prodigios, esta mudanza por sí sola sería un prodigio y el mayor de todos.

Séame permitido llamar aqui á los incrédulos, y empeñarlos por lo que mas les interesa, á que reflexionen sobre este grande acontecimiento. Si se pierden es por no reflexionar; y por lo mismo el mayor servicio que se les puede dispensar, es darles ocasion de hacerlo. Véanse aqui, pues, en medio de un mundo cristiano que hace mas de diez y ocho siglos que adora á Jesucristo como á su Dios, y que hace de esto el objeto y fundamento de sus esperanzas. Ellos han abandonado su religion publicando por todas partes que es obra puramente de la política; ¿pero se atreverán á sostenerlo por mucho tiempo? El modo con que se ha establecido el cristianismo ¿no es una prueba de que ellos se han engañado groseramente? El Evangelio no ha quedado reducido á solo los límites de la Judéa; los Apóstoles que habian visto á Jesucristo, se han presentado á vista

de las naciones, y las han convertido.

Ya hemos notado que bajo el reinado de Augusto, que es el tiempo en que apareció Jesucristo, la cultura y las ciencias brillaban por todas partes. Los historiadores, los poetas, los oradores, los filósofos, y los profesores de todas las artes parecian haberse reunido en este siglo en que se veian modelos perfectos de toda especie. La Grecia, en donde se estableció la Religion, era el pais nativo de las ciencias. Roma enviaba alli su juventud para que adquiriera instruccion: de modo que cuando los predicadores de la fé aparecieron allí, encontraron hombres ilustrados que se hallaban en estado de controvertir los hechos.

En vano se diria que en esto está la seduccion y el encanto. No es cosa de chancearse en un negocio de tanta importancia: es necesario hablar como personas de juicio que no han recibido las luces de lo alto sino para servirse de ellas. Por los autores paganos y cristianos se ve que muy poco despues de la muerte del Salvador la Religion cristiana se extendió por todo el universo. Pregunto, pues, si hubiera sido obra de la impostura, ¿hubiera podido establecerse entre hombres sabios, filósofos hábiles y personas de tan gran discernimiento como las que habia en Roma y en la Grecia? ¿Cómo hubiera podido una Religion tan singular vencer los obstáculos de la educacion, de las preocupaciones, y de las máximas del mundo que se oponian á su establecimiento? ¿Hay ni asomos de buen sentido para pensar que los Apóstoles sin ningun apoyo hayan hecho recibir á tantos entendimientos ilustrados como incontestable una Religion tan llena de misterio, en el caso de que no hubiese sido sino una

quimera como supone el incrédulo? ¿Puede caber en ninguna cabeza que personas juiciosas de diversos modos de pensar y de todos los paises, hayan cambiado sobre una materia tan interesante, y cuya verdad ó falsedad estaba averiguada con el examen de algunos hechos? ¿No es necesario trastornar y confundir todas las ideas de nuestra inteligencia para imaginarse cosa semejante?

Los testimonios que hemos citado de los paganos han debido abrir los ojos; pero hé aqui todavía nuevas reflexiones bien propias para desengañar. Los fundamentos del cristianismo siempre fueron los milagros, y principalmente la resurreccion de Jesucristo. Estos milagros eran públicos en Jerusalen; los muertos resucitados, los ciegos cobrada la vista, y los enfermos sanados podian hablar. Existía aun gran número de testigos de estos prodigios cuando los Apóstoles anunciaron el Evangelio. Si, contra toda posibilidad y verosimilitud, estos primeros predicadores de la fé hubiesen sido tocados de aquel fanatismo de que los acusan los pretendidos espíritus fuertes, ¿cómo hubieran podido engañar á tantos millares de pueblos sobre unos hechos tan recientes, obrados á presencia de todo el mundo, y que eran tan fáciles de examinar á fondo? Cuando ellos hubieran querido engañar á las naciones sobre algunos hechos particulares, ¿hubieran podido alucinar sobre las promesas que hacian de curar á los enfermos, hablar diversas lenguas, y resucitar los muertos? ¿Qué cosa mas facil que asegurarse sobre muchos objetos que no piden mas que ojos y oidos? Sí; yo me atrevo á decirlo: si la narracion de los Apóstoles hubiera sido falsa, el hombre mas simple y grosero se hubiera hallado en estado

de confundirlos. Convengamos, pues, en que ha sido necesario un entero y perfecto convencimiento para determinar al mundo á abrazar una Religion tan extraordinaria; y que si se hubiera podido formar la menor sospecha, tantos hombres de talento cultivado se hubieran retirado de un partido que les atraía las mayores persecuciones, y que los ponia en peligro de perder los bienes y la vida. Vemos que desde el tiempo de los Apóstoles el cristianismo fue atacado con furor por los paganos y por los judíos. Entonces todos los puntos fueron examinados y discutidos: si hubiera habido algo de falsedad en la historia de Jesucristo, se hubiera descubierto. Los cristianos, que de todas partes eran conducidos á la muerte, hubieran desaparecido, y jamas esta sociedad santa se hubiera podido sostener; y asi los progresos inmensos del Evangelio entre las naciones mas ilustradas muy poco despues de la muerte de Jesucristo, son una prueba demostrativa de que la Religion cristiana está apoyada sobre los mas sólidos fundamentos.

Asi es como han pensado siempre los grandes hombres que han examinado á fondo y sin prevencion esta maravilla; pero el incrédulo juzga de ella muy distintamente: al escucharle nada se encuentra en esto que no sea muy natural; nos muestra una secta impía que se alaba de los mismos progresos. El mahometismo que ha infestado tantos paises, destruye, segun él, la prueba que nosotros alegamos. Pero á la verdad, ¿se puede hacer ilusion hasta este punto, y conseguirse de este modo deslumbrar en una materia de la mayor importancia? Si esta objecion que se nos opone tiene á primera vista algo de especioso, su falsedad aparece luego,

que se considera con alguna atencion, como se verá en lo que vamos á decir sobre Mahoma y sobre su religion.

## CAPITULO XXXI.

### *De Mahoma y de su religion.*

Solo el poder infinito de Dios ha podido y querido hacer que se abrazase una Religion tan incomprensible como la cristiana, eligiendo para ello unos medios enteramente opuestos á las miras de la humana sabiduría; y esto solo basta para distinguir su obra de la obra de la impostura. Súbase hasta el origen de las otras religiones, y se verá que todos los autores de estas sectas han hecho jugar todos los resortes, y han empleado todos los medios de la prudencia humana para conseguir engañar á los hombres; y esta es la conducta que observó el impostor Mahoma: por tanto, sería faltar á la equidad poner en comparacion el acrecentamiento del mahometismo con los rápidos progresos del cristianismo. Cualquiera que no tenga la menor tintura de la historia, puede confundir estos dos acontecimientos; su ignorancia es lamentable, y necesita que se le instruya. Pero el que haya cultivado su entendimiento es inexcusable, y el fallo que pronuncia sobre esta materia, le condena, y acredita su mala fé.

En efecto, todos los historiadores nos enseñan que Mahoma fue un usurpador y un tirano, que obligó á recibir su religion con la punta de la espada. Este impío, en tiempo del emperador Heraclio, sublevó á los sarracenos contra su legítimo príncipe; y habiéndose puesto á la cabeza de los rebeldes, emprendió grandes con-

quistas, y penetró hasta la Arabia, la Siria, el Egipto, la Persia, y otros muchos paises que infestó con su doctrina, y en donde se hizo reconocer atrevidamente por un Profeta inspirado de Dios. Se vanagloriaba de tener frecuentes y largas conferencias con el arcangel Gabriel, y aun hace mencion de ellas en su Alcoran (1). Este libro, tan respetado entre los musulmanes, es un conjunto confuso de fábulas, de absurdos, de contradicciones y de extravagancias, en las que no se ve sombra de raciocinio. La religion que encierra es un compuesto de judaismo, de paganismo, y aun de cristianismo, que Mahoma ha desfigurado y coordinado segun los deseos de su corazon corrompido. Habla de Moisés y de Jesucristo como de grandes Profetas; pero dice que él ha sido enviado de Dios para abolir todas las antiguas leyes, y enseñar una nueva religion; y que el que no le siga no entrará jamas en su paraiso.

Un hombre que no daba señal alguna de su mision, y que no decia sino lo que su imaginacion extraviada le dictaba, debia haberse mirado como un insensato; pero como este falso Profeta difundió su religion en un tiempo en que el vicio y la heregía habian hecho grandes estragos entre los cristianos, y como su moral se acomodaba con la conducta de un gran número de gentes, agradó á los unos, y los otros la

(1) El Alcoran (que en arábigo significa *Escritura ó Volumen* por excelencia) está dividido en 4 libros, y en 124 capítulos, que se llaman *Azoures*, á cuya cabeza se hallan títulos muy graciosos, como *la Hormiga, la Vaca, la Araña, el Trueno.* Muchos autores han hecho traducciones de este libro, y han refutado las impiedades y los absurdos que se notan en todas sus páginas.

abrazaron por violencia. Una secta que lisonjea los sentidos, y sobre todo aquella pasion á que el hombre se siente mas inclinado, se acredita facilmente, y esto es lo que ha granjeado tantos secuaces al impío Mahoma. No me detendré á bosquejar su retrato, ni menos á escribir la historia de sus desórdenes; porque toda su vida no fue mas que un tejido de desenvolturas y latrocinios, en lo cual convienen hasta sus mismos sectarios.

Mahoma, pues, es un insigne impostor que quiso autorizar sus delitos con una supuesta revelacion, de la que se eximió de dar pruebas presentándose con la espada en la mano. La prohibicion que hace en su Alcoran de entrar jamas en examen alguno sobre la Religion, es un rasgo de su detestable política, y un medio de que se sirvió para mantener en la ignorancia y en el error á los pueblos que sojuzgo; y los mahometanos observan tan perfectamente el silencio prescrito, que, á pesar de lo absurdo de sus dogmas, nada quieren ver ni escuchar.

No se pueden, pues, confundir los dos hechos, supuesto que en el uno todo es humano, y en el otro todo divino. Mahoma no fue anunciado por ninguna profecía, ni hizo milagro alguno. Jesucristo, fundador y cabeza de la Religion cristiana, fue anunciado muchos siglos antes de su nacimiento, y obró prodigios confesados hasta por sus enemigos. Mahoma no estableció su religion sino por el terror de las armas, y usando para ello de artificios: sus apóstoles fueron soldados. Jesucristo se hizo seguir por la pureza de su Moral: su Religion no se establecio por la violencia, sino por la persuasion; y no se arraigo en los corazones sino con la paciencia y la mansedumbre de los que la anun-

ciaron. Mahoma no tuvo autoridad alguna para enseñar; prohibió todo examen sobre su religion, y sepultó en la ignorancia á sus sectarios. Jesucristo expuso su mision, sus dogmas y su Moral al examen de todo el mundo, y probó con señales luminosas que él era el Hijo del Altísimo. Mahoma enseñó una religion que lisonjea los sentidos, y que es favorable á la naturaleza corrompida. La Religion que Jesucristo enseñó es toda santa: combate las propensiones de la carne y de la sangre; arranca al hombre de sí mismo; le inspira la mortificacion, el desprecio del mundo, y el aprecio de la humillacion. A vista de esto ¿se pueden poner en paralelo dos hechos tan diferentes en todas sus circunstancias?

Lejos de que los progresos de Mahoma perjudiquen á los progresos de la Religion de Jesucristo, aparecen estos al contrario con mas esplendor. Como los Apóstoles no emplearon ninguno de los medios humanos de que el falso Profeta se sirvió, y como tomaron caminos enteramente opuestos al designio que se proponian, se sigue evidentemente que el Evangelio no debe sus progresos sino al poder de un Dios á quien solo pertenece mudar los corazones y cautivar los entendimientos bajo el yugo de la fé. Confieso que hago con dolor esta odiosa comparacion de los progresos de un fanatismo insensato con los de la Sabiduría increada; pero ¡á qué no se ve uno precisado en estos tiempos cuando se propone desengañar á unos hombres llenos de preocupaciones, que quisieran con todo su corazon que no hubiese Dios, para poder entregarse sin reserva é impunemente á los placeres de los sentidos y de la imaginacion!

Concluyamos este artículo con un hecho

que la Providencia ha permitido. Mahoma, despues de haber insertado mil fábulas y mil delirios en su Alcoran, tributa homenage á Jesucristo: haciendo relacion de sus maravillas, dice que es un gran Profeta (*Alcoran*, azoara 4, 11, 29); le reconoce por el Mesías anunciado en las santas Escrituras, y hace elogios de la sinceridad de los Evangelistas (Az. 5, 71). Este falso Profeta no advierte que haciendo esta confesion se condena á sí mismo; y que combatiendo nuestra santa Religion nos dá pruebas de su verdad en el mismo libro que ha escrito para destruirla.

Mahoma no ha hecho milagro alguno, y él mismo lo confiesa: los de Jesucristo y los de sus Apóstoles han sido patentes. Tambien vemos que el don de los milagros concedido á los Apóstoles pasó á sus discípulos, y esta es otra prueba que importa demostrar (1).

## CAPÍTULO XXXII.

### *El don de los milagros concedido à los Apóstoles pasó à sus discípulos*

No exigimos que el incrédulo crea á ciegas: la razon es la antorcha que Dios nos ha dado para resolvernos en nuestras determinaciones. A todo el mundo es permitido examinar, y no admitir sino lo que está apoyado en motivos de cre-

(1) Dice Mahoma en el Alcoran: *Yo he venido para hacerme seguir, no por la autoridad de los milagros, sino por la de las armas* (Azoara 3, 14, 17). Murió el año 632 de la era cristiana: su cuerpo está en Medina en una urna de piedra colocada en un recinto rodeado de barras de fierro, donde ninguno puede entrar.

dibilidad. Lo que hay de cierto es, que cuanto mas se discutiere el hecho de que se trata, mas evidente parecerá.

Todos saben las promesas que Jesucristo hizo á sus discípulos al mandarles propagar su Religion. *Id* (les dice) *por todo el mundo, y predicad el Evangelio à toda criatura. El que creyere y fuere bautizado serà salvo; mas el que no creyere será condenado. Y estas señales seguirán à los que creyeren: lanzaràn demonios en mi nombre, hablarán nuevas lenguas, tocarán las serpientes, y si bebieren alguna cosa mortífera no les dañará; pondràn las manos sobre los enfermos y sanaràn* (S. Marc. cap. XVI v. 15 y sig.)

Cuando la historia sagrada y eclesiástica no nos enseñára que el don de los milagros fue concedido á los Apóstoles, la razon sola nos lo haria conocer. En efecto, jamas se hubiera dado crédito á sus palabras, si no se hubiese visto en ellos un poder superior. El hombre no se deja persuadir cuando se trata de exponerse á la pérdida de sus bienes y á la muerte; los argumentos y los raciocinios no alcanzan á tanto; eran necesarias pruebas sensibles de la voluntad de Dios para determinar á las naciones á renunciar á sus errorès y á adorar á Jesucristo muerto en un suplicio. San Lucas nos dice (en los *Hechos de los Apóst.* cap. II vers. 3) que el dia de Pentecostés descendió sobre ellos el Espíritu Santo, que recibieron el don de lenguas, y que se hicieron entender de los Medos, de los Partos, de los Elamitas, de los habitantes del Ponto, de Asia, de Frigia, y de Panfilia. Refiere en el cap. III las obras maravillosas que obraban por la invocacion del nombre de Jesus. San Pedro manifiesta su poder curando un cojo á la puerta del templo; y resucitando á Thabita; su sombra sola dá la salud á los enfermos.

San Pablo castiga con la ceguera á Elimas, famoso mágico, en presencia del proconsul Sergio; y resucita á un joven á la faz de una multitud de personas reunidas. En el mismo sagrado libro leemos que los pueblos idólatras, admirados á vista de los prodigios obrados por dos discípulos del Salvador, quisieron ofrecerles sacrificios y libaciones, teniéndolos por Mercurio y Júpiter.

Este don maravilloso concedido á los Apóstoles, pasó á sus discípulos, y existió en la Iglesia por espacio de tres siglos: ademas de que contribuyó mucho á la conversion de los paganos, servia tambien para distinguir á los católicos de los hereges. Nada se resistia al poder de los primeros cristianos. En el nombre de Jesucristo mandaban á la naturaleza, y obedecia: penetraban los pensamientos, hablaban diversas lenguas, curaban los enfermos, y daban vida á los muertos. Hay una tradicion tan constante acerca de esto, que no se puede razonablemente dudar de ello. Los autores que refieren estos hechos son hombres respetables por su sabiduría y por sus virtudes: no se fundan en voces vagas, sino que hablan como testigos oculares. Entre los que refieren estos prodigios hay algunos que habian estado envueltos en los errores del paganismo, y otros que han sellado con su sangre la verdad que nos testifican. No citaré, por no alargarme demasiado, sino á Orígenes, á Tertuliano y á S. Irenéo. Los que deseen ver mayor número de testimonios, los hallarán en el tercer volumen del presbítero de Houteville, que ha recogido muchos de estos pasages, y se puede decir que ellos solos forman una prueba de las mas sólidas á favor de la Religion.

Orígenes en la Refutacion de los escritos de Celso lib. III, se explica asi: *En este número increible* (dice) *de griegos y de bàrbaros que creen en Jesucristo, ¿cuàl es el signo sensible que reciben con la fé? Ellos curan à los enfermos, à los dementes, à los energúmenos, y à todos aquellos à quienes ni el arte de los hombres ni el de los demonios habian podido aliviar.* Y en otro lugar dice: *Aunque Celso ó cualquiera otro haga de ello materia de sus insulsas bufonadas, lo diré sin embargo; unos hombres enemigos antes de la Religion cristiana, la han abrazado como à pesar suyo, arrastrados por la fuerza de un espíritu superior, cuyos secretos impulsos no podian ni evitar ni resistir. Esto sucedia algunas veces despues de algunas imàgenes que se les representaban ó en la vigilia ó en el sueño; y estas inspiraciones súbitas eran tan poderosas, que el aparato del martirio no hacia titubear à los que las tenian. He visto todos estos prodigios y otros semejantes que no se creerían si yo solo hubiera sido testigo de ellos; pero Dios, que lee en el fondo de los corazones, sabe que si trato de hacer recomendable la doctrina de Jesucristo, no es por medio de ficciones y de historias pueriles, sino por medio de acontecimientos ciertos.*

Tertuliano estaba tan convencido de este don de milagros, que se atrevió á desafiar á los poderosos. Hé aqui como se explica en el cap. XXIII de la celebre Apologia que dirigió al Senado: *Presentad en un sitio público* (dice) *á cualquiera endemoniado, y no temo decir que al simple mandato de un cristiano este espíritu inmundo confesarà lo que se ve obligado à reconocer, y que ademas usurpa los honores de la divinidad. Lo mismo sucederà à vuestros sacerdotes y à vuestros entusiastas, y aun à vuestros mismos ídolos; si no confiesan lo que son, si engañan al cristiano que se ofrece à preguntarles, no tardeis en derramar la sangre del temerario que se*

*atreve à desafiaros con tanta presuncion. ¿Qué cosa mas decisiva, qué cosa mas facil que esta prueba? Aqui se descubre sencillamente la verdad: ella no pide à su favor mas que su propia fuerza: vosotros no tendreis que sospechar ni las odiosas prácticas de la magia, ni los artificios del prestigio; y si vuestros ojos, si vuestros oidos os lo permiten aun, no conteis jamas con nuestros discursos.*

El testimonio que dá san Irenéo, obispo de Leon de Francia, es tan fuerte que aun cuando no hubiese otro, bastaría para convencer. *De Jesucristo, Hijo único de Dios* (dice este ilustre martir lib. XI cap. 33), *es de quien reciben la gracia los que le sirven, cada uno segun el don que ha recibido de obrar maravillas en utilidad de los hombres: los unos en efecto lanzan los demonios con una autoridad tan eficaz y soberana, que los que estaban atormentados de ellos, sorprendidos y agradecidos de verse libertados, se convierten à la Iglesia; los otros tienen el conocimiento de lo futuro, y con la inspiracion de los antiguos Profetas, tienen tambien su lenguage: aquellos curan los enfermos con sola la imposicion de sus manos; estos han restituido los muertos à la vida; y estos muertos resucitados los hemos visto por muchos años entre nosotros.*

Si contra toda equidad no nos atenemos á unos testimonios tan auténticos, ¿qué cosa habrá tan incontestable que no se pueda poner en duda? ¿Y en qué vendrán á parar todas las historias de los siglos remotos? San Clemente, san Justino, Arnobio, Lactancio, san Cipriano, todos atestiguan estos prodigios como testigos oculares; y por consiguiente, o es necesario convenir en ello, ó decir que los cristianos de los tres primeros siglos eran otros tantos impostores que conspiraron unánimemente á engañarnos, y esto para hacerse el objeto del odio y

de la persecucion. Hablemos, pues, de buena fé: ¿se atrevería nadie á afirmar una asercion tan extravagante? ¿No sería necesario haber perdido la razon para acusar á tantos hombres, y tan respetables, de una especie de locura que jamas se ha visto, ni nunca se verá?

Pero dice el incrédulo: si este don de los milagros en los primeros cristianos estaba tan averiguado, los paganos hubieran hablado de él: su silencio en este punto nos dá lugar para dudarlo. ¿Es posible que autorice su error con tan malas razones? ¿Puede una prueba negativa por sí sola sobrepujar á los testimonios positivos de tantos personages recomendables por su ciencia y por su santidad? Cuando un hecho ha sido visto por muchos, el testimonio de los que le creen y nos aseguran de él como testigos oculares, es por sí mismo mucho mas fuerte que el testimonio de los que no le creen; y he aqui por qué los que creen este hecho y lo han visto, deben haberlo examinado; y los que no le creen pueden no haberle averiguado á fondo. Confieso que los paganos no dicen nada sobre el hecho de que se trata; pero su silencio no debilita de modo alguno el testimonio de los autores cristianos. Se sabe que los paganos han tratado siempre de sepultar todo lo que pudiera ser glorioso á la Religion cristiana. Sería conocer muy poco á los hombres creer que obrasen consiguientes á sus luces, y que tuviesen bastante buena fé para confesar lo mismo que los condena.

Estos hombres, aferrados en el paganismo, estaban tan llenos de preocupaciones, que hasta evitaban todo trato con los cristianos. Resueltos á permanecer en la idolatría, trataban á la Religion de supersticion y de una magia

execrable que no se encaminaba á menos que á la ruina del género humano. El noble desafio de Tertuliano dá bien á entender que ellos no cuidaban de examinar nada: los mas sabios de entre ellos, que quisieron examinar á fondo los hechos, quedaron convencidos y se hicieron cristianos. Si á pesar de esto se exigen testimonios del paganismo, tambien los daremos. Flegon (*ap. Orig.* lib. 2 *cont. Cels.*) confiesa que los discípulos de Jesucristo han hecho milagros. Hablando determinadamente de san Pedro, asegura que sus predicciones se cumplieron al pie de la letra. Esta confesion de Flegon sirvió antiguamente á Orígenes para refutar las calumnias de Celso. Tambien se puede citar á Suetonio (*in Neron.* cap. XVIII): ellos llaman á los cristianos una secta de encantadores: y estas expresiones en la boca de un pagano ¿no prueban que los cristianos hacían cosas extraordinarias? Los paganos, para no verse obligados á creer los milagros que se obraban en la Religion cristiana, no tenian otro recurso que atribuirlos á la magia. Jesucristo, que admiraba á toda la tierra con sus prodigios, fue tratado de mágico. Este título pasó a los Apóstoles y á sus discípulos; y vemos que Luciano, ó por lo menos el autor que toma su nombre, le daba á Peregrino, confesando las maravillas que este hacía despues de su conversion. (*Luciano de mort. Pereg.*)

La historia Eclesiástica nos presenta una multitud de maravillas obradas en los primeros siglos por la intercesion de los santos. Convenimos en que entre este gran número hay algunos que la sana crítica no admite, y de los cuales es permitido dudar; pero tambien los hay que llevan consigo tantos caracteres de

verdad, que no se puede excusar de darles fé sin separarse de las reglas establecidas en la sociedad para discernir lo verdadero de lo falso. Estos milagros han sido palpables y sensibles: muchas personas que los han visto nos dan parte de ellos, y se ven todavía monumentos erigidos en los tiempos en que los prodigios han sucedido. Unos hechos, pues, de esta naturaleza, deben mirarse como incontestablemente verdaderos: un hombre que hace uso de su razon, jamas reusará creer lo que refieren muchos autores recomendables por su ciencia y sus virtudes.

La divina Providencia, solícita siempre de la salvacion de los hombres, ha querido, al establecer la Religion cristiana, ponerla en tal punto de evidencia, que no se pudiese desechar sin renunciar al buen sentido. Aun mas: para imponer silencio á los contradictores de la fé, ha querido sacar de la misma boca de los poderosos del mundo, sumergidos en el error, testimonios no sospechosos. Se ha visto que los emperadores Tiberio, Adriano y Severo han tributado honores á Jesucristo; y que Juliano, su declarado enemigo, ha reconocido muchos de sus milagros. Véase ademas otro emperador pagano que va á tributar homenage á la verdad: hablo de Marco Aurelio. La carta que este escribió al Senado, en la que atribuye su victoria contra los Cuados y los Marcomanos á las oraciones de los cristianos, es un ilustre testimonio del paganismo, demasiado glorioso para la Religion, del que hablaré con tanto mas gusto, cuanto que es un punto interesante de historia, y de los mas bien averiguados.

Marco Aurelio, en la guerra que tuvo contra los Marcomanos y los Cuados, se dejo en-

cerrar en un pais desventajoso, rodeado de bosques y montañas, en donde faltaba absolutamente el agua á los romanos. Su ejército se hallaba estrechado por los bárbaros, cuyas fuerzas eran superiores; y él le veía ya perecer lastimosamente á su vista por la sed y por el ardor de la estacion. Jamas se habian hallado las tropas del imperio en tan gran peligro. Los romanos invocaron muchas veces á sus dioses, pero siempre en vano: una legion cristiana, cuyos soldados eran por la mayor parte armenios, se hincaron de rodillas, é hicieron una oracion tan fervorosa, que fue oida. Se cubrió de repente el cielo de una densa nube, y cayó en el campo una lluvia copiosa que refrigeró á los soldados moribundos, los cuales llenando sus morriones de agua dieron de beber á los caballos. Los bárbaros quisieron aprovecharse de este movimiento para caer sobre los romanos; pero se vieron repentinamente oprimidos de una furiosa granizada y de una lluvia abrasadora que los penetraba y quemaba por todas partes. Estas son las palabras de Dion, autor pagano. El rayo que destruyó á los Cuados respetó el campo de los romanos. (*Dion Cassio* lib. VIII).

Hay ciertos hechos que desaparecen cuando se examinan á fondo; pero este cuanto mas se examina, mas incontestable parece. Está atestiguado por Dion, Capitolino, Claudiano y Themistio, todos cuatro paganos: es verdad que estos autores nos defraudan de la gloria, y la atribuyen á Jupiter ó á efecto de la magia; pero Marco Aurelio en su carta atribuye todo el honor del prodigio al Dios de los cristianos. De estos cuatro paganos, Dion es el que ha circunstanciado mejor el hecho. Como le refiere con mucha prolijidad, no citaré sino el testi-

monio de Capitolino y de Claudiano. Julio Capitolino (en la vida de Marco Aurelio) dice solamente: *que estando el ejército romano muy apurado por la sed, este príncipe arrancó del cielo, por la fuerza de sus oraciones, la lluvia para sus soldados, y el rayo para sus enemigos, cuyas estratagemas fueron con esto desconcertadas.* Claudiano hace una descripcion de este prodigio mas extensa y mas animada. En su panegírico del sexto consulado del emperador Honorio lib. I, es donde hace considerar la victoria de Marco Aurelio contra los Cuados como un prodigio de los mas brillantes: dice *que una lluvia abrasadora cayó repentinamente sobre los enemigos: que sus caballos sintiéndose quemar, se llevaban por fuerza á los ginetes, que tambien ardian y estaban sobrecogidos de terror: que el fuego del cielo era tan activo que derretia los morriones, los dardos y las espadas de los bárbaros: en una palabra, que las armas romanas debian dejar al cielo toda la gloria de este combate: sea que los magos caldeos* (añade Claudiano) *por la fuerza de sus encantos hayan empeñado á los dioses á combatir á favor de Roma, sea que la inocencia y la santidad de Marco Aurelio, como me parece mas verosimil, hayan obligado al Todopoderoso á venir en su socorro.*

Themistio, autor célebre, refiere este hecho memorable de la nube milagrosa que salvó á los romanos, en la quinta de sus arengas pronunciada en presencia del emperador Teodosio. Este suceso fue celebrado por los oradores y poetas del mundo pagano. Todavía se ve hoy en Roma la columna Antonina que el Senado hizo levantar en honor de Marco Aurelio al llegar victorioso de los Cuados, y se halla este prodigio representado en ella en bajo relieve.

Por lo que mira á la carta de Marco Aurelio al Senado, en la cual este emperador confiesa deber la victoria al Dios de los cristianos, está apoyada en autoridades tan respetables, que no se puede poner en duda sin una peligrosa temeridad. Tertuliano (*Apologet.* cap. V) la cita con entera confianza en la Apología que presentó al Senado. Eusebio (*Hist. Eccl.* lib. V cap. 5), Orosio (*Hist.* lib. 7) y Niceforo hacen mencion de ella. San Gerónimo dice expresamente que él ha visto esta carta. El sabio obispo Apolinario la recuerda al mismo Marco Aurelio. Pues ciertamente que estos hombres grandes no hubieran tenido la audacia de citar un acto imaginario sobre el cual se les hubiera podido desmentir facilmente.

Aunque los milagros se hayan hecho ya muy raros, el brazo de Dios sin embargo no se ha abreviado; su poder ha resplandecido en todas las edades: pero como nosotros no queremos afirmar nada sin dar pruebas de ello, remitimos á los autores que han examinado á fondo estos milagros. Pasemos á otras maravillas que, aunque de diferente género, no son menos admirables.

# CAPÍTULO XXXIII.

*Las desgracias sucedidas à los judíos, y el estado en que se hallan, anuncian à todo el universo la verdad de la Religion cristiana.*

## CUARTA PRUEBA DE LA RELIGION.

Es cosa bien triste que las preocupaciones que reinan en el mundo contra la Religion, lleguen hasta el punto de no querer estudiarla, ni aun oir hablar de ella, y que nos hayamos de atener enteramente á lo que dicen los libertinos, que no la impugnan sino porque condena abiertamente todos los vicios. Los que le atribuyen un origen humano, son tanto mas culpables, cuanto que todo concurre á manifestar que viene del cielo. Ademas de estos caracteres de divinidad que lleva consigo, Dios para atraerle el respeto de los pueblos y de los poderosos de la tierra, ha hecho que acontezcan los sucesos mas admirables. La venganza que ha tomado de los judíos, y la humillacion en que los conserva tanto tiempo ha, es uno de estos sucesos que siempre ha hecho impresion en los hombres reflexivos.

Los Profetas del antiguo Testamento habian predicho el desastre de esta desgraciada nacion, y se ve expresaménte indicado en Daniel cap. IX; pero Jesucristo la anunció el dia que hizo su entrada en Jerusalen en estos términos: ¡*Ay* desgraciada ciudad (dice), *si tú conocieses siquiera en este tu dia* que se te ha concedido para arrepentirte, *lo que te podrá atraer la paz! Pero al presente todo está oculto á tus ojos. Vendrá*

*tiempo en que tus enemigos te cercarán de trincheras, te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes, y te derribarán en tierra, y á tus hijos que están dentro de tí; y no dejarán en tí piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitacion* (S. Luc. cap. XIX vers. 45) (1). No es esto solo: el Salvador algunos dias antes de su pasion, hallándose en el templo de Jerusalen, dijo á sus discípulos, mostrándoles aquel suntuoso edificio, que sería de tal modo destruido, *que no quedaría en él piedra sobre piedra.* (San Math. c. XXIV v. 2). Advierta el lector si le agrada, que Jesucristo anunciando todas estas desgracias que debian caer de golpe sobre los judíos, dijo (segun san Mateo cap. XXIII vers. 36, y S. Marc. cap. XIII vers. 30) que *se verían venir sobre la generacion que existia entonces, y que no se pasaría dicha generacion sin que sucediesen estas cosas.* Treinta y ocho años despues de su muerte, cuando aun habia testigos de su prediccion, se vió cumplida del modo mas terrible. Lo que vamos á decir es tanto mas cierto, cuanto que se refiere por enemigos de la Religion, tanto judíos como paganos. El historiador Josefo es uno de los que nos dan parte de lo que acaeció en esto. Como él mismo se halló en esta espantosa guerra que hizo perecer á su nacion, ninguno mejor que él nos podia instruir acerca de esto; y las circunstan-

(1) Jesucristo hace dos predicciones en este lugar; la una sobre lo que sucederá al fin de los siglos; y la otra sobre la destruccion de Jerusalen. La ruina de esta ciudad está manifiestamente distinguida de la del universo. Mr. Bossuet ha aclarado esta profecía, y la ha puesto en el mayor grado de luz. Los que tengan alguna duda pueden consultar su *Historia universal* cap. XXI y XXII.

cias que describe son las mas interesantes.

Dios se sirvió, para la ejecucion de sus venganzas, del brazo de un emperador pagano, á quien armó contra el pueblo ingrato. Tito, hijo del emperador Vespasiano, vino á sitiar á Jerusalen en un tiempo en que la mayor parte de la nacion judáica se hallaba reunida para celebrar la Pascua, y la cercó con aquella espantosa circunvalacion cuya imagen nos representan los autores profanos. A su llegada fue general la consternacion: el formidable ejército que mandaba lleno de espanto á todos los corazones. La division que reinaba entre los judíos estalló en estas circunstancias, y ocasionó los mayores desórdenes. En lugar de unir sus fuerzas para rechazar al enemigo, las volvieron unos contra otros. Los combates del interior eran mas sangrientos que los del exterior: un momento despues de los asaltos sostenidos contra los romanos, los ciudadanos volvian á comenzar su guerra intestina. Tres facciones encarnizadas unas contra otras dividian á Jerusalen, y la llenaban de sangre y carnicería; y se vió bien pronto esta ciudad convertida en un dilatado campo cubierto de cadáveres. La escasez de víveres que sobrevino puso el colmo á las desgracias; fue esta tan grande que se degollaba á los ancianos para arrancarles el pan que les sustentaba; y obligadas del hambre las madres llegaron hasta el extremo de comerse á sus propios hijos. (JOSEF. *de Bell. judaic.* lib. 6 y 7).

Enterado Tito de lo que alli pasaba se estremecio de horror, y exortó á los judíos con las razones mas eficaces a que se rindiesen, y aun ofreciéndoles una amnistía; pero las ofertar del príncipe fueron desechadas con insolencia. Sin embargo Tito, por un efecto de bon-

dad, aun probó el traer á la razon á aquellos ánimos obstinados. Les envio á Josefo (1) con la esperanza de que siendo de su misma nacion le escucharían con mas gusto. Este, tanto por el celo de su patria, como por el deseo de desempeñar dignamente su comision, hizo los mayores esfuerzos para moverlos á que se rindiesen. *Salvad* (les decia Josefo), *salvad la ciudad santa, salvaos á vosotros mismos, salvad este templo que los romanos respetan, y cuya destruccion mira Tito con sentimiento.* Nada fue bastante para mover á los sitiados. Tropas de hombres armados corrian por las calles, y atravesaban con la espada á cuantos pedian la paz. Viendo Tito que sus consideraciones eran inútiles, estrechó el sitio, y la ciudad fue tomada y enteramente arruinada: la matanza fue universal, y los soldados enfurecidos lo llevaron todo a sangre y fuego.

El príncipe habia prohibido expresamente á su ejército el que se tocase al templo, que por su belleza pasaba por una de las maravillas del mundo; mas á pesar de esta prohibicion hecha en presencia de romanos y judíos, á pesar de la inclinacion natural de los soldados, que los debia mover mas bien al pillage que á consumir tantas riquezas, *un soldado* (dice Josefo) *arrebatado de una inspiracion divina, se hizo levantar por uno de sus compañeros á una ventana del templo, y arrojó á dentro tizones ardiendo que le pegaron fuego.* Informado Tito de lo que pasaba, corrio allá con todos sus oficiales, y mandó apagar las llamas; pero la sentencia habia

(1) Josefo habia sido hecho prisionero por Vespasiano. Tito le estimaba mucho, y le gratificó con una pension.

venido de lo alto, y no debia quedar alli piedra sobre piedra. El fuego se comunicó á todas partes, y á pesar de los cuidados de los vencidos y del vencedor, el templo pereció: todo aquel inmenso y soberbio edificio fue reducido á cenizas en un momento. Refiere Josefo que perecieron un millon y cien mil judios en los cinco meses que duró el sitio; y que otro gran número fueron asesinados en diferentes lugares de la Judéa; que en sola la ciudad de Alejandría se degollaron cuarenta mil judíos, y que todos los que escaparon quedaron reducidos á una vergonzosa esclavitud (1).

Tal fue la espantosa venganza que tomó Dios de los judíos, que ademas de Josefo está atestiguada por Tacito, Suetonio, Filostrato, Flegon y Plutarco, autores paganos: de suerte que no hay en la historia hecho mas averiguado; pero hé aqui una cosa admirable y bien gloriosa para la Religion; y es que dos hombres que eran enemigos suyos, refiriéndonos en sus escritos esta última desolacion de los judios, reconocen en ella algo de milagroso y de divino. Tacito y Josefo nos dicen que fue anunciada con prodigios que se vieron en el cielo y en la tierra. *Se vieron* (dice Tácito) *aparecer en el aire batallones que peleándose entre sí hacían brillar sus armas resplandecientes: el templo se iluminó en medio de las tinieblas como al medio dia: las puertas se abrieron repentinamente por sí mismas: se oyó una voz mas que humana, y se sintió un grande rui-*

(1) Aunque habia muchos miles de cristianos en la Judéa, ni Josefo ni otros autores dicen que se hubiese encontrado alguno en Jerusalen cuando fue tomada; y sabemos por la Historia eclesiástica y por otros monumentos, que se habian retirado cuatro años antes á la pequeña ciudad de Pella en los confines de la Judéa.

*do que indicaba que los dioses se retiraban.* (Tacit. *Hist.* lib. 5).

Estos prodigios, referidos por Tácito y por Josefo, están atestiguados tambien en el Talmud; que es, como ya hemos dicho, una coleccion de sentencias de los antiguos rabinos. Tambien conviene advertir que volviendo Tito victorioso de Jerusalen, no quiso recibir el título de vencedor, ni las coronas que los pueblos le ofrecian. A todos los elogios que le daban respondia: *que no era él quien habia vencido, que no habia hecho mas que prestar la mano á la cólera divina, de quien reconocia de buena fe que no habia sido mas que debil instrumento.* Filostrato, autor pagano, es quien nos refiere esta circunstancia en la vida de Apolonio de Thianea lib. 6 cap. XIV.

Los judíos hechos prisioneros en Jerusalen fueron distribuidos en diferentes provincias del imperio; pero algun tiempo despues habiéndose fortificado, tomaron las armas bajo las banderas de un gefe sedicioso. Barcokebas, que se atribuía el título de Mesías, se puso á su cabeza, y se lisonjeaba de restablecerlós en su antigua libertad. Los romanos atacaron á estos rebeldes, y perecieron quinientos mil á los filos de la espada, y otros muchos por los males que trae consigo la guerra. Se dió un edicto fulminante que prohibia con pena de muerte que ningun judío entrase en Jerusalen. El resto de esta miserable nacion, viéndose arrojada de su pais y sin esperanzas de volver á él, se esparcio por todas las regiones del universo, llevando sobre su rostro las señales de la maldicion de Dios. Mas de una vez han hecho los judios inútiles esfuerzos para reunirse; pero el brazo del Todopoderoso que los habia dispersado, los repe-

lía siempre: y hé aqui un acontecimiento demasiado memorable para pasarlo en silencio, y que, manifestando visiblemente la indignacion del cielo, pone á la divinidad de las profecías en el mas alto grado de evidencia.

Juliano Apóstata, el enemigo mas formidable de la Religion, viéndose dueño del imperio, resolvió restablecer el culto de los ídolos, y aniquilar, si le fuese posible, hasta el nombre cristiano. Como la desgracia de los judíos abria los ojos á muchos paganos y los atraía á la Religion cristiana, este príncipe impío se imaginó que si pudiera restablecerlos desluciría las profecías de Jesucristo, y que por este medio conseguiria mas facilmente su designio. Escribió una carta de las mas lisonjeras á los judíos, que se conserva todavía, en la cual los exhortaba á restablecer el templo. No contento con esto, reunió tambien en su palacio á los principales de la nacion, y mandó que se entregase el dinero necesario para reedificar aquel grande edificio. Los judíos, enagenados de contento, acudieron de todas las partes del mundo á Jerusalen, en donde ya se envanecian de arrojar á los cristianos de allí, y aun de sacrificarlos. San Cirilo, que era obispo de aquella ciudad, vio sin conmoverse la borrasca que se formaba; tranquilizó á todos los fieles intimidados, y les dijo que Jesucristo sería fiel á sus promesas, y que jamas sería reedificado el templo (1). El emperador habia hecho venir excelentes obre-

(1) Los cristianos instruidos estaban seguros de que los judíos no volverian jamas á Jerusalen. Orígenes en su libro contra Celso se explica así: «Decimos con toda seguridad que ellos no serán jamas restablecidos. *Confidenter dicimus eos nunquam esse restituendos.*" Orig. contr. Celsum.

ros para dirigir la empresa, cuya superintendencia habia encargado á uno de sus confidentes llamado Alypio. Se trabajó noche y dia en demoler los cimientos del templo antiguo; jamas se vió mayor ardor por adelantar una obra: las mugeres ponian mano al trabajo, y daban sus joyas y sus pedrerías para contribuir á los gastos del edificio. Estando ya hecha la demolicion, se trató de echar los nuevos fundamentos; pero Dios, mas poderoso que todas las potestades juntas, dió á conocer toda la fuerza de su brazo. Un terremoto de los mas violentos que sobrevino repentinamente, derribó las piedras, y salieron de las entrañas de la tierra unos torbellinos de fuego, cuya actividad parecia arrojada por una secreta inteligencia, que consumieron los materiales y á todos los obreros, lo que sucedió cuantas veces se quiso volver á emprender la obra.

Esta no es una historia inventada para dar realce al cristianismo, sino un hecho autorizado por gran número de autores. Un ilustre pagano llamado Ammiano Marcelino, autor juicioso, lo refiere; y tanto mas fé se debe dar á lo que nos dice, cuanto que era uno de los principales oficiales del emperador Juliano. He aqui sus propias palabras (lib. 23 cap. I): *Mientras que Alypio, ayudado del gobernador de la provincia, apresuraba eficazmente la obra, espantosos globos de fuego salian de entre los escombros de la obra destruida por la violencia de su explosion: los trabajadores que volvieron á comenzar la obra fueron quemados diversas veces; y asi obstinándose el fuego en rechazarlos, el sitio se llegó á hacer inaccesible, y cesó la empresa.* No es solo Ammiano Marcelino el que nos instruye de esta maravilla: se ve tambien esta historia en

san Gregorio Nacianceno. San Juan Crisóstomo la refiere en un discurso que hizo en presencia de toda la ciudad de Antioquía: san Ambrosio habla de ella en una carta al emperador Teodosio como de un hecho notorio. Estos tres autores eran contemporáneos del milagro, que por otra parte tenemos atestiguado por Rufino, Teodoreto, Sozomeno y Socrates. Y asi todos estos testimonios, unidos al de un historiador juicioso pagano de religion, presentan al incrédulo una autoridad tan poderosa como puede desear el entendimiento humano. No queda arbitrio para defraudar á la divinidad de un prodigio tan singular; ó es necesario creerlo, ó establecer un pirronismo, para el cual seguramente no ha nacido nadie. El designio de Juliano era el de destruir las profecías, y tuvo grave pesadumbre al saber que muchos judíos, convencidos por este milagro, habian abrazado el cristianismo, y al ver que demoliendo los antiguos cimientos del templo para edificar otro nuevo, se habia cumplido á la letra lo que Jesucristo habia dicho, *que no quedaría en él piedra sobre piedra.* Si todos estos acontecimientos no causan impresion, no sé qué cosa pueda causarla.

Hemos visto en la primera parte de esta obra las profecías que anuncian la caida y la dispersion de los judíos; lo que aun se debe observar es que Dios no los ha dispersado sino cuando la divinidad de las escrituras estuvo manifiestamente reconocida. Se vio á este pueblo depositario de los sagrados libros, despues de haber recibido las leyes de Moisés, formar un cuerpo durante cerca de dos mil años, y gobernarse como república hasta la venida de Jesucristo. Se hallaba todavía entonces una perpetua

succesion de Pontífices, y una distincion de las tribus y aun de las familias. Esta distincion subsistió hasta la destruccion de Jerusalen, á fin de que se conociese visiblemente que Jesucristo habia salido de la tribu de Judá y de la familia de David, como los Profetas lo habian anunciado. Hallándose cumplidas las promesas, y recibidos por los gentiles los libros divinos, hiere Dios á los judíos y los dispersa por todo el universo, en donde los conserva la Providencia hace mas de diez y ocho siglos para ser testigos irrecusables de la verdad de las profecías, y de los milagros sobre que está fundada la Religion cristiana.

Ya no se ven aquellos pueblos tan famosos en la historia: los atenienses, los griegos, los asirios, los lacedemonios, los romanos han perecido. La Francia no reconoce ya los antiguos gaulas; la Inglaterra no puede discernir ya á los sajones y daneses; todo está confundido: sin embargo, los judíos que existen desde el principio del mundo, y por quienes el mundo comienza, subsisten todavía. El incrédulo ¿tendrá esto por casualidad? Pero esta palabra que tan frecuentemente se tiene en la boca, es una palabra vacía de sentido con que cubren su ignorancia. Lo que es casualidad en los consejos humanos, es un designio concertado en los consejos del Altísimo, que quiere triunfar de nuestras resistencias y poner la divinidad de sus oráculos en el mayor grado de claridad. Pascal hace con este motivo una observacion muy juiciosa. Despues de haber dicho que el estado de los judíos es una gran prueba de la Religion; que es necesario que este pueblo subsista para dar testimonio de Jesucristo, y que sea miserable porque le ha crucificado, añade en sus

*Pensam.* art. 16: *Si los judíos hubieran sido convertidos por Jesucristo, no tendríamos ya sino testimonios sospechosos; y ya no tendríamos ninguno si la venganza del cielo los hubiera exterminado* (1).

Cuanto ha sucedido á los judíos se lee en las santas Escrituras. Los vemos, como se ha anunciado, dispersos en todas las regiones de la tierra, y subsistir sin formar pueblo; y con todo eso, sin mezclarse y sin confundirse con los otros pueblos. Desde la ruina de Jerusalen los siguió el oprobio por todas partes. A pesar de sus riquezas no han podido conseguir jamas ciudades en donde pudiesen vivir segun sus leyes (2): en algunos paises se les designan bar-

---

(1) Los judíos están dispersos por todas partes: se hallan en el Oriente, en el Occidente, en Asia, en Europa y en Africa. La Alemania, la Polonia, la Hungría y la Turquía son los lugares en donde mas abundan. Es imposible saber exactamente su número. Mr Banage, que ha escrito su historia, dice que hay aun tres millones de personas que profesan esta religion

(2) En nuestros dias hemos visto tambien con asombro una prueba patente del terrible anatema fulminado contra este pueblo ingrato. Napoleon, aquel genio turbulento, azote de la Europa, y cuya desmedida ambicion no aspiraba nada menos que a hacerse el único señor del universo, congregó á los judíos, les concedió los derechos civiles, y se declaró su protector en 17 de julio de 1808, autorizándolos para vivir segun sus leyes, y para que tuvieran tribunales propios; pero desde este momento comenzó á experimentar el modo extraordinario con que la Divina Providencia se burla de los designios de los hombres contrarios á sus inescrutables decretos. Perdido todo el prestigio que habian inspirado sus anteriores proezas y su engrandecimiento; obscurecida su gloria y marchitados los laureles que habia cogido en los campos de batalla, fue rodando de desgracia en desgracia hasta armar contra sí á las naciones insultadas y holladas por él a fin de derrocar para

rios cuyos límites no pueden traspasar. Todas las naciones, y aun las que son enemigas de la Religion cristiana, los señalan con desprecio, y se oponen á que formen un pueblo aparte: de suerte que parece que en este punto toda la tierra concurre al cumplimiento de esta profecía de Jeremías, en la que dice (cap. IX vers. 16): *Y los dispersaré entre las gentes que no conocieron ellos ni sus padres; y los entregaré á la vejacion y afliccion en todos los reinos de la tierra; para oprobrio, y parábola, y proverbio, y maldicion en todos los lugares á donde los eché.* (Ib. cap. XXIV vers. 9).

Cuanto mas se fija la atencion sobre los judíos, tantos mas motivos hay de convencimiento. Roma reverenciaba las leyes de Rómulo y de Numa; Atenas respetaba las de Solon; Lacedemonia conservaba las de Licurgo; y sin embargo, por mas inclinacion que tuviesen á aquellas leyes, no tenian dificultad alguna en mudarlas segun las circunstancias: solo el pueblo judío no ha querido tocar jamas á las que recibió de su Legislador. Siendo una nacion dividida y tan despreciada por todo el mundo, debería haberse mezclado con los otros pueblos, y suprimir las leyes que la distinguen, para sepultar de este modo el oprobio de que está cubierta; mas no, ninguna cosa ha podido alterar su constancia: ella se separa á sí misma de los otros pueblos, y quiere mas servir de juguete y

---

siempre este soberbio coloso, y acabar su triste existencia en una isla remota, abandonado de los suyos, hecho el objeto de la execracion universal, y dejando á las generaciones venideras un testimonio visible de que *non est consilium, non est prudentia, non est sapientia contra Dominum*; y á los judíos en su dispersion y vilipendio comun.

de escarnio que abandonar sus antiguos ritos. Aun en aquellos lugares en donde no se permiten los judíos, y en donde se ven obligados á encubrirse con un cristianismo fingido, su corazon está siempre apegado á Moisés; y luego que salen de estos paises para pasar á otros, judaizan abiertamente.

A pesar del envilecido estado á que este pueblo se ve reducido, y del yugo de fierro que le oprime hace mas de diez y ocho siglos, espera siempre al Mesías, y respeta la memoria de aquellos hombres venerables á quienes el Eterno se ha dignado comunicar y confiar sus secretos. Lisonjeado con una vana esperanza lleva siempre en la mano sus escritos; y aunque estos divinos libros le condenan evidentemente, y están llenos de testimonios en favor de Jesucristo y de su Religion, este pueblo los conserva con un cuidado y un respeto que no tienen ejemplo. ¿Qué pruebas se pueden pedir mas poderosas y mas sensibles, pues que esta es una prueba contínua que tenemos á la vista?

La historia de los judíos y su dispersion por toda la tierra han convertido á un gran número de incrédulos. En efecto, no hay cosa mas propia para convencer. Cuando no se trata sino de raciocinar, la obstinacion del entendimiento no acostumbra á ceder: como cada uno se persuade opinar tan bien como los otros, no se atiene sino á sus ideas; pero cuando la cuestion es de un hecho, la obstinacion no se lleva tan al cabo, y hay límites pasados los cuales la controversia se hace ridícula. La Religion cristiana está apoyada en hechos tan luminosos y tan auténticos, que es necesario admitirlos por mas oposicion que se les haga, ó renunciar á la razon; y asi si se ven hoy tantas personas vícti-

mas del error, es porque no reflexionan sobre tantos prodigios que anuncian á todo el universo que Dios ha hablado. Pasaría un hombre muchos dias sin salir de su gabinete arreglando sus intereses temporales sin mirar á los cuadros ni á los muebles que le rodean: todos los primores encerrados en su habitacion no le causarian la menor impresion, porque tendria fijo su conato en el objeto que le ocupa. Lo mismo sucede á los incrédulos: el afan ácia los placeres, el apego á las criaturas, y las continuas distracciones en que se hallan, les impiden el considerar lo que llama la consideracion de las personas juiciosas.

Acabamos de hablar de un pueblo maldito, que ha desconocido á Jesucristo, y que ha teñido sus manos en su sangre: vamos ahora á hablar de un pueblo fiel que, no contento con publicar su divinidad de viva voz, ha sufrido la muerte y derramado su sangre por atestiguarla.

## CAPÍTULO XXXIV.

### *De los màrtires que han derramado su sangre por Jesucristo.*

#### QUINTA PRUEBA DE LA RELIGION.

Las persecuciones que Jesucristo y su Iglesia debian experimentar, habian sido anunciadas por los Profetas. El santo rey David habia dicho (en el Salm. II) que las naciones y los pueblos de la tierra se estremecerían; que los reyes y los príncipes conspirarian contra el Señor y su Cristo; pero que Dios disiparia todos sus vanos proyectos; que el imperio del Cristo se

extenderia hasta las extremidades de la tierra, y que le daria á las naciones por herencia.

Jesucristo, de quien hace mencion el rey Profeta hablando del Mesías, habia predicho él mismo á sus Apóstoles y á sus discípulos lo que les debia acontecer: *Sereis llevados* (les dice) *ante los gobernadores y los reyes; os entregarán á la tribulacion, y os matarán; y sereis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre.* (San Mat. cap. X vers. 18, y cap. XXIV vers. 9. — San Marc. cap. XIII vers. 9).

Estas predicciones no tardaron en cumplirse. La inveterada adhesion que el universo tenia ácia sus ídolos, se manifestó con el odio obstinado que se tuvo ácia la nueva doctrina. Asi es que, a pesar de los esfuerzos que ha hecho la impiedad, no ha podido borrar de los fastos de la Iglesia los nombres de tantos gloriosos mártires que han sufrido la muerte por Jesucristo. Si Dodwel (1) ha pretendido disminuir su número, su opinion no ha tenido séquito ni aun en su propia secta. Todo el mundo conviene en que han corrido arroyos de sangre cristiana en los tres primeros siglos. Los edictos de los emperadores, las relaciones de los paganos, las actas de los mártires, y otros monumentos que nos quedan, no permiten dudar de ello.

Hubo grandes persecuciones bajo los imperios de Neron, Domiciano, Trajano y Adriano; las cuales fueron llevadas hasta el último exceso bajo Diocleciano y Maximiano. No se pueden explicar las crueldades que ejercieron estos emperadores contra los siervos de Jesucristo; y

(1) Dodwel, protestante inglés, ha sido refutado sólidamente por Dom Thierry Ruinart, benedictino.

si la Religion hubiera sido obra humana, la matanza de cristianos que se hizo entonces hubiera vuelto á sumergir al mundo en la idolatría; pero Dios manifestó visiblemente que era su autor por los progresos rápidos del Evangelio, y por la constancia que dió á los gloriosos defensores de la fé. Los patíbulos, las hogueras, las ruedas y los potros no quebrantan su constancia: á la menor apariencia de pecado se les vé ponerse pálidos y temblar; y á vista de los verdugos y de los suplicios se apoderaba de su corazon una santa alegría. Van al martirio cantando himnos en honor de Jesucristo, y manifestando mas ansias y ardor por morir, que los verdugos por atormentarlos. Las mugeres, los ancianos y los niños sufren los mas espantosos suplicios con una firmeza que desatina á los tiranos.

No es solo el pueblo á quien se sacrifica; los ricos, las personas constituidas en dignidad, los sabios y los filósofos participan de la persecucion. Domiciano hace morir á Clemente su primo hermano, y destierra á Flavia y Domitila sus parientas cercanas. Los sacerdotes y los obispos son entregados á la muerte: los soldados, los filósofos, y hasta los jóvenes mas tiernos, y las doncellas mas delicadas reciben la corona del martirio. Unos son crucificados, otros condenados á la hoguera, estos devorados por las fieras, aquellos enterrados vivos ó arrojados á un lago helado. En el imperio de Trajano, san Ignacio, obispo de Antioquía, fue expuesto á las bestias feroces. Marco Aurelio hizo morir á san Justino, apologista de la Religion. San Policarpo, obispo de Esmirna, fue condenado al fuego. Daciano, gobernador de la provincia de Tarragona, enviado de los empera-

dores Diocleciano y Maximiano, martirizó en España á santa Leocadia de Toledo, á las santas Eulalias de Mérida y de Barcelona, á las santas Justina y Rufina de Sevilla, á los santos Justo y Pastor de Alcalá de Henares, á san Vicente diácono de Valencia, á san Fructuoso obispo de Tarragona, y á sus diáconos san Augurio y san Eulogio. San Potino, obispo de Leon, con santa Blandina y otros cuarenta y seis compañeros, y san Irenéo, obispo de la misma ciudad y sucesor de san Potino, espiraron en crueles suplicios; san Cipriano, obispo de Cartago, fue degollado; san Clemente, san Esteban y san Sixto, papas todos tres, murieron por la fé; san Dionisio, san Apolinario, san Alejandro, obispos, cayeron bajo la espada del tirano. Estas persecuciones contra los pastores y contra la grei, se hacian ya por orden de los emperadores, ya por odio de los magistrados y de los gobernadores de las provincias, ya, en fin, por decretos expedidos en el Senado; y entonces en todo el imperio se derramaba la sangre de los mártires.

El crimen de los cristianos, segun los paganos, era el desprecio de los dioses de las naciones fabricados de oro y plata. El estar unidos á Jesucristo, y el no querer adorar sino á un solo Dios, Criador y Señor del universo, era bastante para quitarles la vida: es imposible decir cuánto tuvieron que sufrir de los tiranos y de los pueblos, á quienes se enconaba contra ellos por medio de calumnias y escritos satíricos. Para hacerlos mas odiosos al pueblo se les atribuian todas las desgracias y calamidades que sobrevenian. Tertuliano se queja de esto mas de una vez. *Si el Tiber sale de madre* (decia en su *Apolog.* cap. XL), *si el Nilo no fer-*

*tiliza las campiñas, si las estaciones se desordenan, si sucede un terremoto, si la hambre, si la peste despueblan las provincias, inmediatamente el grito general pide la sangre de los cristianos.*

A pesar de estas sangrientas ejecuciones la fé permanecia siempre imperturbable. La Religion nunca se extendió mas ni estuvo tan floreciente como en aquellos dias en que todo conspiraba á destruirla. El ejemplo de un solo martir convertia un gran número de infieles, y esto es lo que hacía decir con mucha elocuencia á Tertuliano (ibid.) que la *sangre de los mártires era una semilla de cristianos.* San Justino dá el mismo testimonio. *Nosotros no cesamos* (dice en su *Diálogo* cont. Trifon) *de confesar á Jesucristo: aunque se nos corte la cabeza, aunque se nos crucifique, aunque se nos exponga à las fieras, sufrimos los hierros, el fuego y los tormentos. Cuanto mas se nos persigue, hay mas personas que se hagan fieles y piadosas por el nombre de Jesucristo. Dios ha permitido que se adorase al sol, pero jamas se ha visto que nadie muriese por la religion del sol; en vez de que se ven hombres de todas las naciones que sufren por el nombre de Jesucristo.*

San Justino emprende abiertamente la defensa de la Religion á ejemplo de otros dos filósofos de Atenas (1) que veinte y cinco años antes habian consagrado sus talentos á favor de la misma causa. Presentó al emperador Antonino y á todo el Senado una apologia en favor del cristianismo, en la que expone la doctrina y las prácticas de la Iglesia, los misterios que ella cree, la Moral que enseña, y habla con una firmeza y una nobleza dignas de la materia que trata. Aqui es en donde dice: *que se puede*

(1) Arístides y Cuadrato.

*matar á los cristianos, pero no perjudicarles.* Esta obra tuvo todo el éxito que se podia esperar. Antonino, príncipe naturalmente bueno é inclinado á la paz, se conmovió de lo que veía en esta Apología: escribió á los estados del Asia y á las ciudades de Atenas y Tesalónica para que cesase la persecucion; y entre muchos motivos que alega en esta carta, advierte que es hacer un servicio á los cristianos el quitarles la vida. *Estas gentes* (dice) *hacen consistir su felicidad no en vivir, sino en morir por la causa de Dios. Es para ellos una grande victoria y grande materia de triunfo derramar su sangre, antes que consentir en lo que vosotros exigís de ellos* (1).

He aqui afirmados unos hechos que ninguna historia desmiente. Entremos ya en discusion con el incrédulo: si tiene paciencia para seguirnos hasta el fin, esperamos, con la ayuda de Dios, conseguir persuadirle.

Digo, pues, que la prueba que sacamos de nuestros mártires es de las mejor fundadas; porque al fin esa multitud innumerable de personas de toda edad, sexo y condicion que han derramado su sangre, no se han dejado matar sin poderosos motivos; y para convenir en ello no es menester mas que conocer un poco el corazon del hombre. El amor de la vida y el horror del suplicio ha debido empeñarlos á examinarle bien antes de abrazar un partido que les atraía tan violentas persecuciones; y pues que han marchado á la muerte con tanta firmeza,

---

(1) Esta carta de Antonino á los estados del Asia está inserta por Eusebio en su *Historia eclesiástica lib. IV cap.* 12. Tambien se halla en san Justino al fin de su Apología.

esa es una señal de que estaban perfectamente convencidos de los solidos fundamentos del cristianismo.

¿Qué responderá aqui el incrédulo? Tendrá sin duda que oponernos algunos hombres que han muerto por sostener falsas doctrinas; pero no se necesita mas que el buen sentido para conocer la diferencia que hay entre estos supuestos mártires y los nuestros. En primer lugar jamas hubo mártires sino entre los judíos y entre los cristianos. La historia pagana no nos cita otro que Sócrates que ha muerto por sostener la unidad de Dios, y este ejemplo no es favorable sino á nuestra Religion. Los otros que han podido entregarse á la muerte, ni han sido perseguidos ni atormentados.

Es verdad que se han visto mugeres, víctimas de las costumbres de su pais, quemarse sobre los cadáveres de sus maridos: la historia nos habla tambien de algunos hombres que por el amor de su patria, por vanagloria, ó por otras miras agradables á su imaginacion, conformes á los principios de sus falsas religiones, se han entregado á la muerte; pero semejantes ejemplos no debilitan los testimonios que dan nuestros héroes cristianos: y para cortar de una vez cuanto pudieran decirnos, he aqui una respuesta decisiva.

Los mártires de las falsas religiones (suponiendo que haya habido algunos), no han muerto sino por sostener una doctrina de especulacion, sobre la cual es facil engañarse. Los nuestros, por el contrario, han derramado su sangre por atestiguar hechos palpables y sensibles de los que ellos se decian testigos: asi han muerto los Apostoles y los Discipulos de Jesucristo. En esto no hay obstinacion: ningu-

no se encapricha, por sostener la verdad de unos hechos que ha visto, hasta morir antes que abandonarlos. Si los milagros de Jesucristo y su resurrecion hubiesen sido una falsedad, la vista de los tormentos hubiera curado la imaginacion de los Apóstoles; y es imposible que ellos se hubiesen persuadido de que semejantes prodigios fuesen verdaderos si hubieran sido falsos. El testimonio de unos hombres que mueren por atestiguar lo que han visto, de ningun modo es sospechoso: y asi dice Pascal muy ingeniosamente: *Creo de muy buena gana á unos testigos que se dejan degollar por asegurar un hecho.* Tampoco se puede atribuir á vanagloria la deposicion de los Apóstoles, pues que ellos no tenian parte alguna en los hechos extraordinarios que sostenian, y pues que por esto se hacian odiosos y despreciables á los judíos y paganos; y asi solo una perfecta conviccion los ha podido determinar á la muerte: y lo mismo sucede con los demas mártires de nuestra Religion.

Hemos hecho notar muchas veces como cosa muy importante que los fundamentos de la Religion consistian en hechos fáciles de examinar; y asi no cabe duda en que los primeros cristianos se han asegurado de la verdad antes de sacrificar su vida en defensa del Evangelio; pero véanse aqui otras observaciones que hacen esta prueba aun mas luminosa.

Eusebio nos dice en su *Historia eclesiástica* que san Policarpo, obispo de Esmirna, y san Clemente papa, fueron martirizados: san Justino y san Irenéo hablan de esto como de un hecho conocido y de los mas constantes; pues san Policarpo y san Clemente habian visto á san Juan; y aun el primero habia sido su discípulo, y por consiguiente estaban instruidos de

todo: por otra parte los Apóstoles se gloriaban de hacer milagros, de poseer el don de lenguas, y de lanzar los demonios: ¿se puede pensar que estos dos ilustres mártires, cuyo talento estaba enriquecido con muchos conocimientos, no hayan discutido estos hechos? A no considerarlos como unos hombres destituidos de todas luces y de toda razon, ¿no es evidente que no han sufrido la muerte sino despues de estar convencidos de los milagros de los Apóstoles, que daban testimonio de los de Jesucristo? Su resurreccion, el don de lenguas y de los milagros concedidos á los Apóstoles, son hechos fundados unos sobre otros que no se pueden separar; por consiguiente san Policarpo y san Clemente murieron por defender la verdad de todos estos hechos.

Aun mas: sabemos por una tradicion constante que los discípulos de los Apóstoles hicieron milagros. San Irenéo nos dice expresamente que él ha visto muertos resucitados, cuyo pasage queda expresado arriba con el de Tertuliano y de Orígenes: es asi que estos milagros se hacían en confirmacion de la verdad de los Evangelios; luego aquella multitud de cristianos inmolados en los tiempos primitivos han muerto atestiguando los milagros de que ellos habian sido testigos, y que probaban evidentemente la verdad de los de Jesucristo. Los cristianos del tercer siglo, animados por el ejemplo de los fieles del segundo, morian en la persuasion de que hacían milagros. Los del segundo siglo daban su sangre por sostener los milagros de los Apostoles, de quienes habian recibido el poder de obrarlos tambien, y que habian visto por sí mismos los de Jesucristo. He aqui lo que se escapa á los incrédulos: en esto no hay ilusion; son unos

hechos evidentemente verdaderos que deciden á nuestros mártires. Para destruir esta prueba es indispensable ó destruir lo que acabamos de decir, o mostrarnos mártires en las falsas religiones que hayan sufrido la muerte por sostener hechos evidentemente falsos; y esto es lo que jamas se conseguirá.

Cuando se quiere uno hacer juez y decidir por sí mismo las cuestiones, es necesario conducirse por la razon y la equidad, y no ya abandonarse á una imaginacion que de concierto con el corazon no tira sino á engañar. Un magistrado ilustrado que en un importante negocio quiere pronunciar una sentencia juiciosa, no falla sino despues de un serio examen. Aparta de sí todas las prevenciones, y entra en todos los pormenores, sin que se le escape circunstancia alguna. El deseo que tiene de hallar la verdad, le mueve á pesar todas las razones y á profundizarlo todo.

Asi deberian manejarse los incrédulos en materia de Religion; pero jamas ven las cosas sino de paso, y no juzgan sino con prevencion. Para eludir los testimonios que nosotros presentamos, confunden á nuestros mártires con ciertos fanáticos que se han entregado á la muerte víctimas de sus ilusiones. No hacen distincion entre los mártires de doctrina y los mártires de la verdad de la historia; ni tienen en consideracion el número de las personas, ni la calidad, ni el mérito. Los Clementes, los Ignacios, los Irenéos, los Ciprianos, los Justinos, cuyas obras anuncian el saber, son mirados como hombres simples y fáciles de dejarse engañar. Su generosa constancia en los tormentos no es otra cosa que delirio, capricho y fanatismo. Dejo al dictamen de cada uno si esta

sentencia es justa, y si los que la pronuncian merecen la cualidad de espíritus fuertes.

Es bien sabido lo que incita á nuestros incrédulos á hablar con tanto desprecio de los primeros cristianos: como estos se han hallado en el origen de las cosas, y en estado de examinar los fundamentos de nuestra fé, para mejor insinuar que hubo en estos seduccion, quisieran hacerlos pasar por genios apocados, por hombres groseros y entregados á la supersticion; pero la historia eclesiástica y profana habla de ellos de muy distinto modo. Leyendo los autores, no se vé en los primeros cristianos paso alguno que no esté apoyado en la razon y en la prudencia: si despreciaban la vida no era por una vana ostentacion, pues no iban con designio premeditado á arrostrar el furor de los tiranos; pero en la alternativa de renunciar á Jesucristo ó de derramar la propia sangre, constituían su deber imperioso en serle fieles y en sacrificar una vida temporal por alcanzar la corona prometida á los que confiesan su nombre.

Tertuliano y san Justino, que vivian en el tiempo de las persecuciones, nada nos dejan ignorar acerca de la vida de los primeros cristianos, y el cuadro que presentan de sus virtudes dá la mas alta idea de ellas; pero como se trata de convencer, vamos á ofrecer en su favor testimonios tanto menos sospechosos, cuanto que el mismo paganismo es quien nos los suministra.

Entre todos los paganos, el que mas justicia hizo á los cristianos fue Plinio (1) el joven, gobernador de Bitinia. Como no se cesaba de es-

(1) Plinio florecía el año 107 de Jesucristo: obtuvo los mayores cargos del imperio, y era sobrino de Plinio el naturalista, y amigo íntimo de Tácito.

parcir atroces calumnias contra ellos, y aun de acusarlos de que ensangrentaban sus banquetes comiendo carne de un niño que degollaban; Plinio, que era un hombre recto é imparcial, conociendo la falsedad de estas acusaciones, quiso alejar semejantes ideas del ánimo del emperador Trajano, á quien habian ganado en sumo grado; y tuvo el alma bastante generosa para hacer la apología de aquellos á quienes se denigraba por todas partes. Habiendo recibido orden de Trajano para perseguir á los cristianos, escribió á este príncipe, y su carta, que todavía conservamos, es uno de los monumentos de la antigüedad pagana mas preciosos á favor de la Religion. En esta carta le consulta Plinio sobre el modo con que debe manejarse. Despues de haberle preguntado si se habia de tratar á los niños como á los grandes, y si se habia de castigar el nombre de cristiano sin otro crimen, le advierte que para saber mejor lo que pasaba entre los cristianos, no se habia contentado con informarse de ellos mismos, sino que habia preguntado á muchos de los que habian asistido á sus juntas, y que despues de haber abrazado el cristianismo le habian abandonado: en el contesto de su carta expone al emperador la relacion que se le habia hecho. *He aqui* dice (carta 97 lib. 10) *lo que todos ellos protestan, y á lo que se reducen todos sus delitos ó todos sus errores: aseguran que en ciertos dias señalados tienen costumbre de reunirse al salir el sol para cantar alternativamente himnos à Cristo como si hubiese sido un Dios; que en estas reuniones se obligaban con juramento no à cometer ningun crimen, sino à no cometer hurto alguno, robo ni adulterio; à cumplir inviolablemente su palabra, y à no negar lo que se les ha confiado en depósito; que despues de esto se separaban, y en seguida se vol-*

*vian à reunir para tomar juntos una comida que nada tenia de esquisito ni de criminal; que aun asi habian cesado de reunirse desde que por mi decreto habia prohibido toda clase de asociaciones conforme à vuestros preceptos. En vista de estas declaraciones he creido conveniente aclarar mejor la verdad, haciendo dar tormento à dos muchachas esclavas que estaban en el ministerio de su culto; pero no he descubierto otra cosa que una supersticion excesiva y rara; por esta razon he suspendido la sentencia para saber vuestras intenciones. El negocio me ha parecido de bastante importancia para llamar vuestra atencion acerca de él, aun cuando no fuese sino por la multitud de los que se hallan envueltos en esta causa. Un número muy grande de personas de ambos sexos y de todas clases y edades se hallan al presente, y se hallarán en adelante implicadas en el peligro, porque esta supersticion no solo ha inficionado las ciudades, sino que se ha esparcido ya por las aldeas y por todos los caseríos.*

Se convendrá en que unos hombres que tienen horror al crimen, que son tan contínuos en la oracion, tan sóbrios en sus comidas, fieles observadores de su palabra, y que obedecen á las leyes de su soberano cuando lo que se les manda no es contrario á la Religion, lejos de ser culpables merecen alabanzas. Plinio dice bastante en esto para justificar á los cristianos y hacerlos respetar; pero no lo ha dicho todo; aun hay otro pagano que acabará de darnos á conocer sus virtudes. Hablo de Juliano Apostata.

Nadie ignora que antes de la muerte de Constancio, á quien succedió, era ya pagano en el corazon. Máximo y Crisanto, ambos filosofos platónicos y autores de la apostasía de este príncipe, le habian iniciado en sus ridículos

misterios de magia. Desde que fue reconocido por único emperador, hizo abrir de nuevo los templos, y él mismo dedicó uno de ellos al sol. Todos los dioses tenian altares en su palacio: se le veía degollar víctimas, escudriñar las entrañas de los animales para averiguar en ellas lo futuro; de modo que jamas hubo príncipe tan encaprichado por el paganismo, ni mas peligroso á la Religion, á causa de los artificios que empleaba para seducir á los cristianos, y de las recompensas que daba á los que abandonaban la fé.

Los progresos que habia hecho el cristianismo en medio de las mas crueles persecuciones, persuadieron á este emperador de que una violencia declarada sería menos á propósito para debilitarlos que para aumentarlos; y esto fue lo que le hizo tomar el partido de no seguir el ejemplo de los otros emperadores que habian derramado mucha sangre. Creyó que conseguiría mejor sus designios usando de artificio. Como muchos cristianos se distinguian en las ciencias, y se servian con buen éxito de la dialéctica y de los autores de la antigüedad para combatir el error y establecer la verdad, Juliano les prohibió la entrada en las escuelas; y para envilecerlos todavía mas y hacerlos caer en el ultimo desprecio, comenzó excluyéndolos de los cargos, y les confiscó sus bienes con prohibicion de recurrir á la justicia, bajo el especioso pretexto de que *era necesario* (decia) *hacerles cumplir á la letra el Evangelio*. Tambien mandó que no se les llamase cristianos sino *galileos*: y como los paganos no podian dejar de respetar sus virtudes, que se veian sostenidas por una conducta prudente, Juliano hizo esfuerzos para introducir en el paganismo la caridad ácia los forasteros, el cuidado de enterrar los muertos, y

la santidad de vida que los cristianos (decia él) fingian tan bien. Esto es lo que vemos en la carta á Arsacio, gran sacerdote de Galacia, y en el fragmento de la que escribia á un Pontífice, cuyo nombre se ignora. *Nosotros* (dice á Ars. y fragm. ep. 49 y 62) *debemos aprovecharnos del ejemplo de los galileos que por la hospitalidad que ejercen, por el cuidado que tienen de dar sepultura, y por aquella grave compostura con que tan bien saben adornarse, han hallado el secreto de dar tanta extension à su impío ateismo.* Despues de haber exhortado al Pontífice á establecer hospitales, á reformar los abusos, y á inspirar la regularidad á los sacerdotes de los falsos dioses, añade: *Que tengan cuidado de instruir à los pueblos en la obligacion de dar limosna; porque es ciertamente bien vergonzoso para nosotros que entre los judíos ninguno mendigue, y que los impíos galileos, ademas de sus pobres, alimenten tambien à los nuestros que nosotros dejamos sin socorro alguno.*

Era bien glorioso para los primeros cristianos, en medio de las persecuciones, dar al universo el espectáculo de todas las virtudes, y hallar entre los paganos y en boca de sus enemigos testimonios que tan magníficamente hablaban en su favor. Esta union entre ellos, esta caridad que se extendia hasta para con sus enemigos, aquella modestia, aquella regularidad que los distinguia, prueban evidentemente que se gobernaban no por un espíritu de fanatismo, como el incrédulo quisiera hacer creer, sino únicamente por principios de virtud. Unos hombres tan determinados á la muerte, que, segun relacion de Tertuliano, llenaban el imperio y los ejércitos, habieran podido aprovecharse de las disensiones que habia entre los príncipes para vengarse de las injusticias y de las cruel-

dades que se ejecutaban contra ellos: pero lo que admira es que entre tantas conjuraciones contra las personas de los emperadores, tan comunes en aquellos tiempos, jamas se ha sospechado de infidencia en ningun cristiano: penetrados de aquella máxima de Jesucristo, que *es necesario dar al Cesar lo que es del Cesar, y á Dios lo que es de Dios*, no cesaron de respetar la divinidad en los príncipes que los perseguian inhumanamente.

Ignoro el fallo que pronunciará el incrédulo reflexionando sobre lo que decimos; pero si es sincero, convendrá en que esta conducta de los primeros cristianos, atestiguada por los paganos, da una gran fuerza á la prueba que nosotros sacamos de los mártires. No es posible contar el número de estos ilustres defensores de la fé: por espacio de tres siglos consecutivos de persecuciones hubo una multitud innumerable de ellos en diferentes partes del mundo, como se ve en la Historia eclesiástica y en muchos monumentos antiguos. Lo que hay de cierto es que si la Religion no hubiese sido obra de la divinidad, hubiera desaparecido mil veces de la tierra, y con tanta mas razon, cuanto que el entendimiento y el corazon combatian contra ella; pero lo que no se puede admirar demasiado es que en medio de estas borrascas y tempestades se le ha visto sostenerse con grande admiracion de todo el mundo, segun Jesucristo lo habia predicho. La divina mano, á quien ella debe sus principios, la hizo triunfar de todos los obstáculos. En el momento en que menos se pensaba sus enemigos fueron humillados, y ella apareció en el mayor esplendor. De estos triunfos de la Religion de Jesucristo vamos á ocupar al lector en el capítulo siguiente.

# CAPÍTULO XXXV.

## *La perpetuidad de la fé y los triunfos de la Iglesia confirman la divinidad de la Religion.*

### SEXTA PRUEBA DE LA RELIGION.

Como la Religion cristiana ha sido enviada del cielo para reformar á los hombres, y como contiene misterios impenetrables, Dios, para vencer nuestra resistencia y para quitarnos toda materia de duda, ha multiplicado de tal modo sus pruebas, que por cualquiera parte que se considere su Religion, se perciben en ella rasgos de divinidad. La perpetuidad de la fé y los triunfos de la Iglesia son tambien motivos poderosos que conducen á la sumision. Antes de exponerlos conviene subir al principio primitivo de la Iglesia: la nobleza de su origen la hará mas respetable, y dará mayor peso á lo que vamos á decir.

Los milagros de Jesucristo se habian obrado á vista de toda Jerusalen, á pesar del odio y envidia de los escribas y fariseos: un pueblo dócil á su voz se habia formado á su vista; pero no era bastante haber echado los fundamentos de la Religion. Para llevar el Evangelio á todas las naciones y conservarle en toda su pureza, era necesaria una autoridad visible, perpétua é infalible, que, disipando todas las dudas en las cuestiones embarazosas sobre la Religion, fortificase á los débiles, y confundiese al mismo tiempo la indocilidad de los soberbios. A todo proveyó el divino Legislador, y su sabiduría ordenó los medios de perpetuar su obra.

Despues de haber instruido á sus Apóstoles les mandó predicar el Evangelio en toda la tierra, y los honró con los privilegios mas sublimes. A san Pedro le dijo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra estableceré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; á tí daré las llaves del reino de los cielos; todo lo que ligares sobre la tierra ligado será en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos.* (San Mat. cap. XVI, vers. 18 y 19). Los demas Apóstoles recibieron igualmente los mas amplios poderes. *Como el Padre me envió* (les dice), *asi tambien yo os envio. Y dichas estas palabras sopló sobre ellos y les dijo: Recibid al Espíritu Santo: á los que perdonáreis los pecados perdonados les son: y á los que se los retuviéreis les son retenidos.* (San Juan cap. XX, vers. 21 y sig). Para animarlos en los trabajos del Apostolado, les prometió que no los abandonaria jamas. *Se me ha dado* (les dice) *toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion del siglo.* (San Mat. cap. XVIII, vers. 18 y sig).

Los Apóstoles, instruidos en la escuela de su divino Maestro, se sirvieron del poder que habian recibido, é hicieron leyes sábias. En el primer concilio de Jerusalen los vemos reunidos para terminar las disputas sobre la observancia de la ley; y en la sentencia que pronuncian aseguran que han sido los órganos del Espíritu Santo: *Ha parecido* (dicen) *al Espíritu Santo y á nosotros.* (Hech. Apost. cap. XV vers. 28). Habiéndose esparcido la fé establecieron obis-

pos en diferentes iglesias para conducir á los fieles por el camino de la salvacion. Ya se sabe los obstáculos que hallaron en el establecimiento de la Religion, y los felices resultados con que Dios coronó sus trabajos; y asi para evitar repeticiones baste decir que á san Pedro succedió otra cabeza, despues del cual vino otro, sin ser interrumpida esta succesion desde Jesucristo hasta nosotros.

Durante los tres primeros siglos la Iglesia estuvo agitada por las mas violentas tempestades; pero triunfó siempre sin emplear otras armas que la mansedumbre y la paciencia. Todos los emperadores que se habian declarado sus perseguidores perecieron desgraciadamente. Neron, que habia hecho morir en Roma á san Pedro y á san Pablo, fué condenado por el Senado, y se mató á sí mismo. Domiciano se vió infamado por un decreto, y asesinado. Maxencio cayó en el Tiber: Valerio Máximo se vé repentinamente cubierto de las llagas mas hediondas. Todos perecieron trágicamente: muchos al espirar reconocian la mano divina que los abatía, y pedian perdon á la sangre de los mártires que habian derramado. Estos hechos son auténticos, y los versados en la historia no dudan de ellos.

Habia hecho ver Dios por una larga experiencia que no tenia necesidad del socorro humano ni de las potestades de la tierra para establecer su Religion, la cual se habia extendido en todas las partes del mundo á pesar de la crueldad de los tiranos. Despues de trescientos años de persecucion, disipó la borrasca é hizo succeder la calma á la tempestad llamando á Constantino, que se declaro protector de los cristianos. No llevará a mal el lector que

se le recuerde de paso el prodigio que determinó á este príncipe á abrazar la Religion. He aqui el hecho segun le refiere Eusebio, obispo de Cesaréa, que le oyó de boca del mismo emperador, quien mucho tiempo despues de esta maravilla la referia con frecuencia, y aseguraba con juramento haber sido testigo de ella.

Habiendo formado Constantino el proyecto de atacar al tirano Maxencio que se habia encerrado en Roma, en donde ejercia mil crueldades, reflexionó que, siendo sus fuerzas inferiores á las de su enemigo, debia dirigirse á algunas divinidades para obtener auxilio en la crítica circunstancia en que se iba á encontrar. El fin trágico de muchos emperadores que habian vivido en la idolatría, le determinó á implorar la asistencia del Dios de los cristianos. Se puso, pues, en oracion, y marchando acia el medio dia con sus tropas á campaña, vio en el cielo debajo del sol una Cruz luminosa con la inscripcion que decia: *Con esta señal vencerás* (Euseb. *Vit. Const.* lib. 1. cap. XXVII y XXVIII): todo el ejército notó esta insignia celestial. Animado el emperador con esta vision se acercó á Roma, y dió la batalla á Maxencio, quien viendo á su ejército derrotado echo á huir, y al pasar por un puente de barcas cayo en el Tiber, en donde se ahogo con muchos de sus guardias.

Roma abrió sus puertas al vencedor, que fue recibido por el Senado y por el pueblo como su libertador. Constantino dio públicamente gracias por su victoria al Dios Todopoderoso, y abrazó el cristianismo (1). En este memora-

---

(1) Constantino mandó hacer una imagen de la cruz por los plateros mas habiles. Esta era (dice Fleu-

ble dia fue enarbolada la Cruz por todas partes, y recibió públicos respetos, como el instrumento adorable de nuestra salud. Se levantaron templos magníficos á Jesucristo, y se erigieron altares en gloria de su santísima Madre, y en la de muchos ilustres mártires; de suerte que la Iglesia, que por espacio de tres siglos habia estado sin libertad, sin asilo, y sin algun recurso humano, perseguida por todos los poderosos, y precisada á congregarse en los desiertos, en las cavernas, y en otros lugares secretos para celebrar los divinos misterios, vió por la primera vez su culto en aquella magestad que admira, y en aquella dignidad y esplendor tan conformes á la nobleza de su origen. En medio de las mas violentas persecuciones habia tenido el dolor de ver que sus propios hijos, armados contra ella, la combatian: el error hacía todavía grandes estragos cuando apareció Constantino; y asi la Iglesia bajo su pacífico reinado tomó medidas sábias para detener sus progresos.

Desde el nacimiento del cristianismo se habia adorado siempre á Jesucristo como á Hijo

---

ri) un palo largo como una pica revestido de oro, con otro atravesado en forma de Cruz: en la parte superior estaba fijada una corona de oro y piedras preciosas que contenia el símbolo del nombre de Cristo: en el travesaño de la Cruz pendia una pequeña bandera de una estofa de púrpura tejida de oro, y recamada de piedras preciosas: sobre ésta bandera se veía una imagen de oro del emperador y de sus hijos. Esta insignia se llamaba *Lábaro*: Constantino mandó hacer otras semejantes á esta para sus tropas, y escogió cincuenta hombres de los mas valientes y mas piadosos de sus guardias para que tuviesen el cargo por turno de llevar el *Lábaro*. Su diseño se ve en el segundo tomo de Fleuri.

de Dios, conforme á lo que los Apóstoles habian enseñado. La carta (XXXVII lib. 10) de Plinio al emperador Trajano en que dice *que los cristianos cantaban himnos á Cristo como si hubiese sido un Dios*, es un testimonio nada sospechoso de esta verdad. Esta era la doctrina de la Iglesia; pero se levantaron de su mismo seno unos hombres que no queriendo atenerse á lo que los Apostoles y la tradicion habian enseñado, se atrevieron á dar falsas interpretaciones á las Santas Escrituras, y desconocieron el tribunal establecido por el mismo Dios. Entre muchas heregías que se vieron en los primeros siglos, la del impío Arrio, que impugnaba abiertamente la divinidad de Jesucristo, hacía temer las mas fatales consecuencias.

Arrio convenia en que su doctrina era celestial, y le reconocia por Hijo de Dios; tambien decia que Jesucristo era Dios por participacion, superior á los ángeles y á los hombres, pero de una naturaleza inferior á la de su Padre. Tal era la heregía de Arrio, heregía funesta que atacando á la divinidad de Jesucristo trastornaba la divinidad de su Religion. Este hombre artificioso difundió tan peligrosa doctrina en Alejandría, en donde gobernaba una de las principales iglesias. Algunos sacerdotes y religiosos, y aun algunos obispos, se unieron para fortificar esta secta, que en adelante vino á ser tanto mas temible, cuanto que fue apoyada con la proteccion de los poderosos de la tierra que habian abrazado el cristianismo: de suerte que si la divinidad de Jesucristo no hubiera sido mas que una ilusion, hubiera sido imposible que subsistiese; pero Dios vino siempre al socorro de su Iglesia, y sostuvo con esplendor la gloria de su Hijo.

Constantino, de concierto con el Papa Silvestre, convocó un concilio en Nicéa, á donde concurrieron apresuradamente los obispos de todas las partes del mundo. El grande Osio, obispo de Córdoba, hombre de los mas célebres de su tiempo, y que habia sufrido por la fé el rigor de las prisiones, presidio este Concilio en calidad de legado.

Jamas se ha visto congregacion mas augusta ni mas respetable. Trescientos diez y ocho obispos, patriarcas, y otros, se hallaron en ella, entre los cuales se contaban muchos que habian confesado solemnemente á Jesucristo en medio de los tormentos, y que llevaban sobre sus cuerpos las señales de la crueldad de los tiranos. Entre otros se veía alli el V. Polemon, al cual se le habia arrancado un ojo; Pafo, obispo de Tebaida, que habia sido enterrado vivo en las minas despues de haberle sido cortada la oreja derecha; Espiridion estaba cubierto de cicatrices, con otros muchos obispos cuya fé se habia conservado en el furor de las persecuciones. Constantino asistió al Concilio revestido con su manto imperial, en donde él mismo hizo á los obispos todavía mas venerables por el honor extraordinario que les tributó no queriendo ni aun sentarse antes que los Padres del Concilio se lo hubiesen rogado. Arrio fue oido muchas veces, y se le concedio exponer libremente sus opiniones. No es de mi propósito el referir lo que pasó en esta augusta congregacion: basta decir que en ella se pronunció anatema contra Arrio y su doctrina. Mas de trescientos obispos decidieron que Jesucristo era el Hijo de Dios por naturaleza, igual y consubstancial á su Padre. Asi termino con ventaja de la Religion una controversia de las mas

importantes; y la malicia de la haregía no sirvió sino para dar un nuevo esplendor á la divinidad de Jesucristo, que fue reconocida y publicada solemnemente en todas las partes del mundo.

Abrase la historia, y se verá en todos los siglos sostenerse la Iglesia con dignidad en todos sus debates con los hereges. Se le han dado asaltos por todas partes; pero Dios la ha protegido de tal modo, que los combates siempre han resultado en gloria suya. Ella triunfó de los Nicolaitas, de los Cerintios, de los Marcionitas, y de los Valentinianos, hereges del primero y segundo siglos: triunfó de los Sabelianos, Maniquéos y Pelagianos, hereges de los tercero y cuarto siglos: ¿qué no tuvo que sufrir despues de Constantino en el reinado de su hijo Constancio, decidido protector de los Arrianos, nuevo perseguidor del cristianismo, tanto mas temible, cuanto bajo del nombre de Jesucristo hacia la guerra al mismo Jesucristo? Juliano Apóstata, que le succedió, no omitió cosa alguna para fomentar las divisiones, y empleó mil artificios con la esperanza de restablecer el paganismo. Despues de él vino Valente, que atormentó á los católicos. En medio de todas estas pruebas la Iglesia no se desmintió jamas: lo que estaba escrito en las sagradas Escrituras sobre su gloria venidera, se cumplia de dia en dia á los ojos del universo. En todos tiempos se ha hecho sentir su autoridad á los novadores. Si ella ha visto levantarse contra sí una multitud de sectas salidas de su mismo seno, las ha visto tambien caer segun las promesas.

Nestorio, patriarca de Constantinopla, se atrevió en el quinto siglo á disputar á la santa Virgen sus augustas prerogativas, y tuvo la

temeridad de contestarle la cualidad de Madre de Dios. Esta heregía, que comenzaba á hacer progresos, fue condenada por el Papa Celestino; Nestorio y todos sus partidarios fueron proscriptos en el Concilio de Efeso, en donde se declaró que la Santísima Virgen era la Madre de Dios, y alli recibió honores bajo esta cualidad. Sería interminable si quisiera referir todos los triunfos de la Iglesia, y nombrar todos los heresiarcas y cabezas de partido que le han declarado abiertamente la guerra. En los diez y ocho Concilios generales en que se halló reunida ha derrocado siempre á sus enemigos y conservado la fé en toda su pureza.

Si se hubiera de juzgar de las cosas por las reglas comunes, á vista de todas las persecuciones que la Iglesia ha sufrido de parte de todas las potestades de la tierra, y á vista de haber sido el objeto del ódio y del furor de los paganos, de los judíos y de los hereges, debia caer. Las obras humanas en llegando á cierto grado de elevacion perecen; todo acaba con el tiempo: los mayores imperios afianzados en la política mas sagaz, no han podido sostenerse: el de los persas, el de los caldeos, el de los griegos y el de los romanos han desaparecido; solo la Iglesia ha subsistido mucho mas tiempo que todos estos reinos, y subsiste todavia. ¿Quién, á vista de esto, dejará de admirar la fuerza y la verdad de aquellas palabras salidas de la boca adorable de su divina Cabeza, *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra estableceré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*? (San Mat. cap. XVI vers. 18). Despues de cerca de diez y ocho siglos que hace que recibió estas magníficas promesas, se muestra siempre la misma, siempre constante,

siempre infalible en su fé; jamas ha variado en su doctrina ni en su moral; aun hoy dia enseña lo mismo que Jesucristo y sus Apóstoles enseñaron. Asi es que esta Iglesia, siempre atacada y jamas vencida, es un brillante testimonio de que una mano invisible, pero omnipotente, la sostiene.

Un espíritu incrédulo me dirá: ¿Cómo quereis discernir si esta Iglesia ha conservado la fé, habiendo tantas sectas numerosas en el cristianismo, que á la verdad reconocen á Jesucristo por el enviado de Dios, y admiten la divinidad de las Escrituras, pero que se combaten entre sí? ¿Qué de opiniones contrarias no sostienen? Cada una ataca, y cada una se defiende: ¿quién puede desenredar todas estas controversias, y concordar todas estas diferencias sobre la Religion?

Es justo aclarar este punto, y esperamos hacerlo bien pronto y de un modo instructivo, á fin de que los incrédulos que quieran convertirse, se inclinen á la verdadera iglesia de Jesucristo; pero antes de entrar en esta discusion queremos acabar de convencer. La conformidad de los dos Testamentos, que va á ser la materia del capítulo siguiente, es tambien una prueba victoriosa que nos hará conocer que la Iglesia, cuyos triunfos acabamos de referir, tiene la gloria de ser, por su divina Cabeza, tan antigua como el mundo.

## CAPÍTULO XXXVI.

*La perfecta conformidad de los dos Testamentos demuestra evidentemente la verdad de la Religion cristiana.*

### PRUEBA SÉPTIMA DE LA RELIGION.

Si tantos hombres permanecen en la incredulidad, y por este camino se precipitan en una eterna perdicion, no será culpa de Dios, pues que su providencia ha prodigado las pruebas de la revelacion. La perfecta conformidad que se halla entre los dos Testamentos, es una maravilla de su poder que debe abrir los ojos á los mas ciegos. El antiguo nos muestra un pueblo sobre el cual el Señor ha hecho resplandecer sus mayores misericordias. Separado de los otros pueblos tenia sus leyes, sus sacrificios y sus ceremonias. Mientras que este pueblo fue fiel á su Dios, triunfó siempre del error y de la idolatría: se sabe lo que le atrajo la cólera del cielo. Desechado y reprobado ha sido reemplazado por el pueblo cristiano. El cristianismo succedió al judaismo; pero siempre es la misma religion, por lo menos en cuanto á la sustancia. El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, es tambien el Dios que nosotros adoramos. Jesucristo, autor de nuestra fé, es aquel Mesías que habian anunciado los Profetas como el Salvador y el Libertador de los hombres; y la Religion judáica estaba de tal modo fundada en el Mesías, que él era el objeto de sus mayores esperanzas. Los mismos judíos se podian aplicar sus méritos futuros por medio de la viveza de su fé; de suerte que si antiguamente el

pueblo judío no era cristiano, por lo menos se le podia dar este nombre por su fé y por su confianza en el Mesías. La historia y los Profetas de la ley antigua nos presentan un grande y magnífico cuadro de la Religion cristiana que hace impresion en cuantos le examinan de cerca.

En efecto, la alianza que Dios hizo con Moisés en favor de los hijos de Abraham, nos representa la que hizo despues por medio de su propio Hijo con el pueblo cristiano. En las funciones de los Profetas se descubre el ministerio de los Predicadores evangélicos: en los levitas separados de las otras tribus y consagrados al templo, los ministros de los altares ocupados en glorificar al Señor; aquellos carneros y aquellos toros cuya sangre se derramaba, aquellos panes de proposicion, nos dan una imagen del augusto y adorable sacrificio que se ofrece cada dia sobre nuestros altares. La Circuncision, el Cordero Pascual, aquellas observancias y purificaciones prescritas en la antigua ley son los símbolos de nuestros Sacramentos. Aquellas ceremonias magestuosas del culto divino que componian la religion de los judíos, son tambien una imagen sensible de lo que se practica en las iglesias cristianas: hasta hallamos en la Sinagoga una figura del tribunal respetable establecido por Jesucristo para disipar nuestras dudas sobre las controversias en materias de fé.

No solo esto: las profecías son una historia anticipada del Evangelio. Una multitud de Profetas se han ocupado por espacio de 1600 años en hâblar de Jesucristo anunciandole de parte del Señor á un pueblo que le desea y le espera en la persona del Mesías. Todas las profecías y las revoluciones del estado judáico no tienen por objeto sino á Jesucristo, y no representan

á otro que á él; en todas partes está pintado con colores tan vivos, que cualquiera que le mire con cuidado le conoce. El antiguo Testamento anuncia el nuevo, y se advierten en estos dos libros el mismo designio y el mismo fin: el uno prepara al camino de la perfeccion que el otro demuestra claramente: el uno predice lo que el otro manifiesta ya cumplido. ¿Qué mas se quiere para convencerse?

La Religion cristiana queda de muchos modos victoriosa de las sutilezas de los espíritus fuertes; pero la conformidad de los Evangelios con las historias sagradas, y las predicciones escritas mucho tiempo antes de Jesucristo que nos suministran nuestros mayores enemigos, son un argumento decisivo y una señal brillante de divinidad que Dios ha reservado á las Santas Escrituras, y que las pone á cubierto de todo ataque. Yo no creo, á vista de las pruebas que hemos dado en el capítulo XVI, que se pueda poner la menor duda en la autenticidad del antiguo Testamento; pero como no se puede inculcar demasiado un punto tan esencial, pondremos aqui nuevas razones que, unidas á las que ya hemos dado, no dejarán la menor incertidumbre.

El nuevo Testamento recuerda muchos pasages del antiguo. En él se habla de las profecías, se nombra á Moisés, Isaías, Jeremías, Malaquías, y á otros muchos Profetas. Las Epístolas de san Pablo, los Hechos de los Apóstoles están llenos de pasages de las antiguas Escrituras; y asi es necesario que el antiguo Testamento haya sido escrito antes que el nuevo. Si no hubiera habido profecías que anunciasen al Mesías antes del nacimiento de Jesucristo, ¿las hubiera podido alegar el Salvador á favor

suyo? ¿Puede ocurrir á la imaginacion que los escritores del nuevo Testamento hubiesen sido tan insensatos, que citasen un libro que jamas hubiera existido? ¿Hubieran derramado su sangre los cristianos por sostener la divinidad de unos Evangelios que no hubiesen sido, en la suposicion de los incrédulos, sino un tejido de fábulas las mas groseras? ¿Se hubieran convertido las naciones por una historia, cuya impostura hubiera saltado á los ojos? Como no se puede, pues, sin extravagancia y sin un trastorno de la razon, negar que el antiguo Testamento haya existido antes del nuevo, se sigue evidentemente que los dos libros son divinos.

Esta es una demostracion completa á la cual no hay respuesta. Si los incrédulos no perciben su fuerza, es porque no tienen sino un conocimiento muy superficial de los libros sagrados, y porque huyen de todo lo que los pudiera conducir á la verdad. Como no cuidan mas que de imbuirse en las dificultades, una sola objecion frívola les hace mas impresion que cien pruebas sólidas que convencen á la razon. Por ejemplo: en lugar de admirar la perfecta conformidad de los dos Testamentos, y de rendirse á tan brillantes maravillas, la abolicion de la ley judáica dá materia á su crítica, y aun les sirve de pretexto para no creer nada.

¿Por qué, dicen ellos, este trastorno? Si la ley judáica era obra de Dios como vosotros afirmais, ¿hubiera sido abolida? Por otra parte (añaden estos incrédulos) ¿no habia pactado Dios una alianza eterna con el pueblo judáico, que no puede avenirse con este estado de reprobacion en que los suponeis? ¿No hay

en todo esto una contradiccion manifiesta que no puede admitirse en un Ser soberanamente perfecto? Asi es como se discurre y como se desbarra cuando uno se erige á sí mismo en juez sobre cuestiones que no ha profundizado.

Esta objecion no es nueva; ya el emperador Juliano la hacía en el IV siglo á los cristianos, que no tuvieron mucha dificultad para responderle. Es cosa que admira que despues de haber sido tantas veces reducida á polvo, haga impresion aun. Yo sé que este argumento, adornado con todas las gracias del lenguage, puede, en boca de un incrédulo, seducir á los incautos: ha llegado á nuestras manos un manuscrito de esta naturaleza, capaz de deslumbrar á los entendimientos poco ilustrados; y asi miramos como una obligacion nuestra manifestar su falsedad.

Decimos, pues, que no hay contradiccion alguna en la mudanza que ha sucedido, pues que esta no es mas que la ejecucion de un plan ordenado en los consejos eternos para la santificacion de los hombres. Si la antigua ley ha sido abolida, es porque la alianza pasagera con los judíos no era sino la figura de la alianza eterna, de la cual el Mesías debia ser el Mediador y la prenda; porque las ceremonias establecidas por Moisés no eran inmutables por su naturaleza, como lo son las reglas de moral fundadas sobre las eternas; y en una palabra, porque ellas no debian durar sino hasta el tiempo en que viniese á la tierra el Mesías á llamar á todas las naciones, y hacer que la realidad succediese á las figuras. Mas para satisfacer del todo á una dificultad que tan frecuentemente se objeta, vamos á dar algunas aclaraciones sobre la materia: y si tenemos la fortuna de fijar la

atencion del lector, esperamos que, satisfecho de nuestras respuestas, no podrá rehusar á la Religion de Jesucristo el tributo de amor y de respeto que le es debido.

## CAPÍTULO XXXVII.

*De los medios llenos de sabiduría que Dios ha empleado para santificar á los hombres.*

Como Dios ha creado al hombre á su imagen y semejanza, y le ha destinado á un fin bienaventurado, le ha hecho siempre el principal objeto de sus cuidados; lo que se verá por los medios sábios que ha empleado desde el principio del mundo para santificarle.

Desde el momento en que Adan salió de sus manos se le dió á conocer, y le dió á entender perfectamente el culto que exigia. El estado de inocencia en que se halló le daba una dichosa facilidad para desempeñar sus deberes. Él habia recibido en su formacion la inmortalidad, y mil perfecciones que Dios hubiera trasmitido á sus descendientes si hubiera sido fiel á sus órdenes; mas por una desgracia, que no se podrá llorar suficientemente, este primer hombre, del cual debian descender todos los demas, da oidos al espíritu tentador, come del fruto vedado, y se ve por una terrible, pero justa sentencia, condenado á la muerte, excluido del cielo, y herido, no solo en su persona, sino tambien en todos sus hijos, como en la mas viva parte de sí mismo.

No nos detengamos á disputar aqui sobre un misterio que nos muestra al linage humano maldecido en su origen. Adoremos los juicios

de un Dios que mira á todos los hombres como á uno solo en aquel de quien quiso que todos saliesen. La obediencia del primer Padre nos hubiera traido grandes ventajas, y su infidelidad nos ha precipitado en los males mas funestos. Pero si Dios desde el principio del mundo hizo sentir á Adam y á su posteridad el rigor de su justicia, le hizo experimentar al mismo tiempo toda la extension de sus misericordias, prometiéndole un Salvador que debia reparar su culpa y reconciliarle con el Cielo. Adan, ilustrado por la luz divina, instruyó á sus hijos; éstos instruyeron á los suyos; la promesa, hecha al primer Padre, fue confirmada á Abraham, y Dios le aseguró que el Mesías saldria de su linage; y asi el conocimiento del verdadero Dios y de su culto pasaba como un sagrado depósito de padres á hijos. En aquella primera edad del mundo la Religion estaba reducida á muy pocos artículos. Todas las grandes verdades de la salvacion estaban encerradas en las promesas del Mesías; y aunque entonces no hubiese tribunal alguno ni ninguna autoridad establecida por Dios, el hombre tenia en esta ley de la naturaleza todos los medios para llegar al dichoso fin á que su Criador le destinaba.

Mientras que el pueblo de Dios estuvo reducido á un corto número, esperaba con confianza la venida del Mesías; pero habiéndose multiplicado y esparcido por toda la tierra, la promesa hecha al género humano se borró insensiblemente de los ánimos. La revelacion, que se conocia únicamente por la tradicion, se obscureció, y cayó casi en el olvido. Habiéndose las pasiones apoderado de los corazones, alteraron la idea del verdadero Dios; y cesando los

hombres de adorarle como á un Ser simple y único, se atrevieron hasta dividirle en tantos séres cuantos plugo al capricho adorar.

El abuso que los hombres hicieron de la ley natural, inclinó al Omnipotente á añadir otra revelacion á la primera. Para desviar á la tierra de la idolatría en que el vicio la habia sumergido, suscitó á Moisés; y á fin de que el depósito de la revelacion se conservase puro y no fuese alterado por las falsas tradiciones de los pueblos, le dictó sus leyes, y las hizo reunir un nn cuerpo de escritura con órden de publicarlas. El santo Profeta manifestó su mision á los judíos por medio de los milagros mas estupendos, y estableció ceremonias y sacrificios; pero este culto no era sino la sombra y la figura de un culto mas espiritual y mas perfecto que debia traer el Mesías, y cuya doctrina arreglaría y santificaría al universo. El mismo Moisés habia preparado al pueblo para esta mudanza. *El Señor Dios tuyo*, dice, *levantará para tí de tu nacion y de entre tus hermanos un* PROFETA *como yo: á él oirás.* (Deuter. cap. XVIII vers. 15) (1).

No era, pues, la ley antigua mas que una preparacion para la nueva, y una prueba por donde el Señor queria hacer pasar á los judíos, esperando una ley mas augusta, menos cargada de ceremonias, y mas fecunda en virtudes. Jamas se probará que Dios se haya empeñado en no mudar nada de ella; antes por el contrario, la abolicion de la ley judáica está expresamente indicada en los sagrados libros. Los

(1) Este gran Profeta que Moisés anuncia es Jesucristo, que debia ser semejante á él, en el sentido solamente de que daría leyes.

Profetas hablan con frecuencia de una nueva alianza, y la prometen en los términos mas claros. *He aborrecido y desechado vuestras fiestas* (dice Dios por el Profeta Amós cap. V. vers. 21 y 22), *y si me ofreciéreis vuestros holocaustos y vuestros dones, no los recibiré.* Y en Malaquías (cap. I vers. 10 y 11): *no está mi voluntad en vosotros*, dice el Señor de los ejércitos, *ni recibiré ofrenda alguna de vuestra mano, porque desde donde nace el sol hasta donde se pone, grande es mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se sacrifica y ofrece á mi nombre ofrenda pura.*

Sucedió lo que los Profetas habian anunciado. Jesucristo, el libertador prometido á un solo pueblo y necesario á todos, apareció sobre la tierra, y llenó todas las predicciones sin faltar un solo punto. Ya no es sobre un solo pueblo sobre quien él difunde sus misericordias, sino que las extiende al mundo entero á quien ilustra. El griego, el judío, los gentiles, y las naciones mas bárbaras son llamadas á la salvacion, Si muda la policía exterior y las prácticas de la ley judáica, en nada toca á lo que ella contiene de esencial, y á lo que concierne á las costumbres: por el contrario, antes la cumple en toda su extension; y en la mudanza que prescribe no hace mas que lo que debia hacer el Mesías. En lugar de aquellos sacrificios sangrientos, y de aquellas purificaciones exteriores de la antigua ley, que no eran mas que un yugo muy pesado, pide en la nueva adoraciones espirituales. Ya no quiere aquellas ceremonias penosas, ni aquella circuncision misteriosa, sino que manda circuncidar el corazon; y en lugar de aquel culto grosero sustituye otro mas perfecto y mas digno de la magestad divina.

En la antigua ley se tenia una primera nocion de la inmortalidad del alma, y de la felicidad que le está aparejada. Los Patriarcas y los Profetas vivian con la esperanza de una vida futura: de esto mismo se hace mencion en Job y en los Macabeos: Salomon habia dicho (Ecl. cap. XII vers. 7) *que asi como el cuerpo vuelve á la tierra de donde ha salido, el Espíritu vuelve á Dios que le ha dado.* Daniel habia predicho (cap. XII vers. 2) *que llegaría un tiempo en el que muchos de aquellos que duermen en el polvo de la tierra dispertarán; unos para la vida eterna, y los otros para oprobrio para que lo vean siempre.* El dogma de la inmortalidad del alma se contenia, como se ve, en los escritos de los Judíos; pero estaba alli encubierto: muchos dudaban de él, y los saduceos le negaban abiertamente. Jesucristo, á quien estaba reservado descubrir los secretos de Dios á las naciones, ha venido á disipar las tinieblas del mundo, y ha enseñado claramente lo que Moisés y los Profetas habian dado á entender: él ha explicado la exacta conformidad de la ley de los Judíos con la suya, y ha sacado de ella las consecuencias; y despues de haber demostrado que él es el Mesías anunciado al universo por los divinos oráculos, presenta una série admirable de misterios, y dá preceptos por medio de los cuales quiere llevar los hombres á la bienaventuranza.

No hay cosa tan grande ni tan noble como la Religion de Jesucristo; la cual, al mismo tiempo que nos ofrece la idea mas magnífica de sí misma, es para el corazon humano una fuente inagotable de afectos; asi es que aun cuando nosotros no tuviéramos otras pruebas de su divinidad que la excelencia de las grandes

verdades que enseña, y su perfecta armonía con la recta razon, el partido sin disputa mas sabio y mas razonable sería escuchar á Jesucristo y vivir conforme á su Evangelio, en donde hallamos todos nuestros deberes con respecto á Dios y al prójimo, arreglados del modo mas perfecto.

No se declame ya sobre la abrogacion de la ley judáica, pues que esta mudanza, anunciada por los divinos oráculos, no ha sido hecha sino para la felicidad de los hombres. Jesucristo, estableciendo el cristianismo, ha ejecutado el plan que Dios se habia propuesto desde el principio del mundo, y ha consumado la obra principiada por los Patriarcas y continuada por Moisés. La ley antigua y la nueva tienen del mismo modo su origen en el Cielo. La primera no ha sido abolida sino para dar al mundo una Religion mas augusta y mas digna de la magestad divina; y asi solo los que no están instruidos pueden hallar contradiccion en Dios en este acontecimiento.

Por lo que toca á la objecion que se hace sobre la alianza pactada con los judíos, confieso que esta dificultad sería fundada si las desgracias y la reprobacion de este pueblo debiesen durar siempre; pero el castigo y la humillacion que experimenta tendrá su término. No es efecto de la casualidad el que los judíos sobrevivan á tantos pueblos antiguos que parecian mucho mas duraderos. Dios los conserva á nuestros ojos para cumplir sus designios: aunque su brazo se haya agravado sobre esta nacion, no por eso ha olvidado la alianza eterna que hizo con los hijos de Jacob: sus misericordias resplandecerán algun dia en favor suyo, y volverán á entrar en su obediencia pa-

ra no apartarse jamas de ella; y he aqui una de las razones que los hace subsistir, en la que se para poco la atencion. Dios, que es fiel á sus promesas, hará resplandecer su luz sobre ellos, y les volverá la inteligencia de las profecías. En disipándose las tinieblas, ya no les parecerá la ley sino la sombra y figura del Evangelio, y reconocerán al Mesías á quien han desechado.

Lo que decimos sobre la conversion de los judíos, está claramente indicado en las santas Escrituras, y no se puede formar duda alguna sobre ello. Mientras esperamos este acontecimiento tan glorioso á Jesucristo y á su Iglesia, permite la Providencia que nosotros saquemos grandes ventajas de su caida; y la ceguedad en que ellos están es un espectáculo que instruye al universo de los juicios que Dios ejerce sobre sus hijos ingratos, y que enseña al mismo tiempo lo que hay que temer cuando se abusa de sus gracias. La infidelidad de los judíos, al mismo tiempo que nos confirma en la fé, es un medio de salud para los gentiles, que viendo entre sus manos los libros que predicen á Jesucristo y sus misterios, pueden facilmente llegar á conocer la divinidad de su Religion.

Hasta aqui nada ha sido capaz de mover á este pueblo ingrato: ni el cumplimiento de las profecías, ni los milagros verificados, ni la conversion del universo, ni las humillaciones que experimenta en todas las regiones de la tierra han podido vencer su resistencia. Sin embargo, la fatal venda que los ciega será arrancada algun dia. Dios, que los castiga hoy de un modo sensible y ruidoso, disipará sus tinieblas, pues su conversion se lee en Isaías, en Baruch, y en otros muchos Profetas. No

hay cosa mas expresiva que estas palabras de Ezequiel: *Y sabrán las gentes* (dice Dios por boca de este Profeta cap. XXIX vers. 23 y sig.) *que por su maldad ha sido cautivada la casa de Israel, porque me abandonaron, y aparté mi rostro de ellos, y los entregué en las manos de los enemigos, y cayeron todos á espada; segun su inmundicia y maldad hice con ellos. Por tanto esto dice el Señor Dios: ahora levantaré cautiverio de Jacob, y me apiadaré de toda la casa de Israel; y me revestiré de celo por mi santo nombre. Y cuando los hiciere volver de los pueblos, y los congregáre de las tierras de sus enemigos, y fuere santificado en ellos á los ojos de muchísimas gentes, sabrán que yo soy el Señor Dios de ellos, y no esconderé mas mi rostro de ellos, porque he derramado mi espíritu sobre toda la casa de Israel.*

San Pablo nos instruye tambien de los designios de Dios sobre esta miserable nacion, y lo que dice de ella es demasiado digno de notarse para que lo omitamos. ¿*Los judíos* (escribe á los romanos cap. XI vers. 11 y sig.) *tropezaron de manera que cayesen? No por cierto. Mas por el pecado de ellos vino la salud á los gentiles para incitarlos á la imitacion. Y si el pecado de ellos son las riquezas del mundo, y el menoscabo de ellos las riquezas de los gentiles ¿cuánto mas la plenitud de ellos? Porque si su pérdida es la reconciliacion del mundo, ¿qué será su restablecimiento sino vida de los muertos?*

Con estos pasages la objecion de los incrédulos queda aniquilada. La conversion de los judíos es el desenlace que concuerda la contradiccion aparente; y al entrar este pueblo en el seno de la Iglesia, recogerá la succesion de sus antepasados, y se aprovechará de sus promesas. El cristiano y el judío ya no serán mas que un solo pueblo; y esta reunion, que no puede de-

jar de suceder, nos dá una prueba invencible de la conformidad y armonía de los dos Testamentos.

Para volver á tomar el hilo de lo que íbamos diciendo, se ve que Dios, bajo de diversos estados, pero con una succesion siempre constante, ha perpetuado á vista de todo el mundo la santa congregacion en la que ha querido ser servido. Su divina luz ha ilustrado á los hombres en todas las edades: nace bajo los Patriarcas y bajo Moisés; crece bajo los Profetas; y Jesucristo, mas grande y mas ilustrado que los Patriarcas y que los Profetas, nos la muestra en toda su plenitud. Él ha venido á enseñarnos los secretos de la vida futura, y como esperado ó como dado, ha formado en todos tiempos la esperanza y el consuelo del pueblo de Dios. Su Iglesia, que ha sido siempre atacada y jamas vencida, tiene la gloria por su divina Cabeza, de subir hasta el origen del mundo, y de tener por autor al Criador del universo que ha conducido y consumado un designio en que están comprendidos todos los siglos.

Solo, pues, por malignidad ó por un extravío de la razon se desenfrenan contra una Religion tan santa que tiene sus fundamentos en el cielo; solo por la corrupcion del corazon se dan á luz tantos libros impíos, llenos de perniciosos principios, que no tiran sino á dar vuelo libre á las pasiones, y á sumergir la tierra en todos los vicios. Si estas producciones de iniquidad nos viniesen de parte de aquellos infieles que nunca fueron discípulos de Jesucristo, nos sorprenderiamos menos; pero que una Religion tan digna de respeto reciba los mas crueles golpes de aquellos mismos que ella ha criado en su seno; he aqui lo que admira y

lo que excita los lamentos de los verdaderos amantes de la verdad. Estos escritores temerarios no consideran que queriendo robar al cristiano el precioso tesoro de su fé, se arman contra Dios, manifiestan una inclinacion decidida al vicio, y (no temo decirlo) se declaran enemigos temibles del estado y de la felicidad de los hombres, puesto que los pueblos nunca serán mas felices, ni las autoridades mas respetadas que cuando la Religion reine en todos los corazones. Por medio de los castigos con que amenaza al crimen, y por las esperanzas que dá a la virtud, ejerce un imperio sobre los ánimos, y los dispone á respetar las leyes humanas y á los Príncipes que Dios ha escogido para gobernar; y por el horror que inspira al engaño y à la injusticia, que son las causas de las desgracias y desórdenes de la sociedad, establece la buena fé en el comercio, y contribuye infinito al reposo y tranquilidad pública. Siendo un hombre verdadero cristiano, es buen ciudadano, buen padre, buen amigo, buen esposo, y buen amo; y asi todo empeña á las testas coronadas á proteger la Religion de Jesucristo, y á hacerla florecer en sus estados. Ella es la que ha reunido á todos los pueblos en el conocimiento del verdadero Dios, y quien los ha desengañado de tantos delirios y absurdos de que está llena la historia del antiguo paganismo. Mas no se trata ahora solamente de las ventajas que la Religion trae á la sociedad. Estamos bien distantes de pensar como ciertos autores cuyas producciones se han visto recientemente; los cuales, para dejar á cada uno la libertad de hacer lo que le agrade, no representan al cristianismo necesario sino bajo de ciertas miras

políticas. Es respetable y adorable por motivos mucho mas sublimes, pues que es obra de la divinidad; y los argumentos innumerables é invencibles que hemos alegado de esta verdad, han debido convencer. Pero como no se puede ilustrar demasiado una causa que toca á los hombres tan de cerca, nos serviremos aun de la excelencia de la Religion cristiana para manifestar que tiene á Dios por autor. Esta última prueba que nos resta que exponer, dará un nuevo lustre á las que se han expuesto en el discurso de esta obra.

## CAPÍTULO XXXVIII.

*La excelencia de la Religion cristiana anuncia su divinidad.*

### OCTAVA PRUEBA DE LA RELIGION.

*De la sublimidad de la doctrina de J. C.*

Hay autores que se contraen, y con razon, á demostrar la divinidad de la Religion cristiana por la sublimidad de su doctrina y la belleza de su Moral. En efecto, en esto se halla bastante materia para convencerse.

El primer artículo que nos presenta la Religion, es que hay un Dios infinitamente poderoso, é infinitamente sabio, que existe por sí mismo en virtud de una necesidad inseparable de su naturaleza. Ella nos enseña que este Dios ha engendrado una persona divina que ha salido de él antes de todos los siglos, y de un modo incomprensible: que esta persona divina se llama la *Palabra*, la *Sabiduría*, ó *el Hijo de*

*Dios*, y que posee todos los atributos divinos, teniendo la misma naturaleza y la misma divinidad; que del amor que hay entre el Padre y el Hijo procede el Espíritu Santo, que encierra igualmente todas las perfecciones divinas, y que estas tres personas adorables no hacen sino un solo y mismo Dios. Desde aqui la Religion nos eleva á otros conocimientos infinitamente útiles y preciosos: nos instruye de que el cielo, la tierra, y todas las criaturas que el universo contiene, han sido creadas por el Ser Supremo, que todo lo dirige y gobierna con una sabiduría infinita: nos descubre cuanto el hombre tiene de grande y de miserable: nos enseña que su naturaleza ha sido degradada por el pecado, y que ha caido de un estado de gloria y de comunicacion con Dios, en un estado de humillacion: que para sacarle de este abismo de miseria, ha sido enviado el Hijo del Omnipotente á la tierra, y que se ha dignado ser el Legislador de todos los mortales: que este divino Redentor, quien solo podia purificarnos y restituirnos á nuestros derechos, se ha hecho hombre en el seno de una Virgen; que ha reunido en sí la naturaleza divina y la naturaleza humana; que su designio en humillarse ha sido aplacar la cólera divina justamente irritada contra los hombres, y abrirles el cielo que el pecado les habia cerrado; que, despues de haber sufrido la hambre y la sed, se ha sacrificado y muerto por nuestra salvacion; que en seguida ha resucitado y ha subido al cielo: que por este incomprensible misterio de la Redencion podemos todos nosotros llegar á la posesion de Dios; que tenemos en Jesucristo un Mediador y un Abogado para con su Padre; nos enseña que los hombres

resucitarán en cuerpo y alma, y que Dios ha fijado un dia en el cual juzgará al mundo en presencia del universo congregado; que cada uno de nosotros en el momento de su muerte recibirá la sentencia de su eternidad; que los que hubieren obedecido al Evangelio entrarán en una felicidad eterna; y que, por el contrario, los que por satisfacer sus pasiones hubiesen despreciado las leyes de Jesucristo, serán condenados á sufrir penas que jamas tendrán fin.

Si estos grandes objetos que la Religion nos presenta son sublimes é infinitamente elevados, se confesará á lo menos que son dignos de Dios, y que corresponden perfectamente á la idea que de él tenemos. La razon que nos hace conocer su existencia, nos dice que un Ser soberanamente perfecto debe castigar el crimen y recompensar la virtud. La ley natural que él ha grabado en todos los corazones, anuncia que ha tenido designios acerca de nosotros. La naturaleza de nuestra alma, el deseo que ella tiene de la inmortalidad, nos dá á entender que hay una vida infinitamente mas dichosa que la presente, en la que el impío no tendrá el mismo destino que el hombre virtuoso; y esto mismo es lo que enseña la Religion cristiana.

Convenimos en que gran parte de su doctrina sobrepuja á nuestras luces; pero cuando uno está ilustrado con la antorcha de la revelacion, lejos de admirarse de que Dios exija de nosotros una sumision sobre verdades que nuestro entendimiento no puede penetrar, percibe, por el contrario, que semejante conducta es digna de la sabiduría divina. Habiéndose perdido el hombre por el orgullo de su entendimiento, el mejor medio de curarle era humi-

llar esta razon soberbia, y obligarla á renunciar en alguna cosa á sus propias luces para seguir las de la revelacion. Es muy justo que el hombre que habia querido igualarse á Dios, le hiciese, por decirlo asi, en cuanto está de su parte, una reparacion de su crímen, sometiéndose ciegamente á unos artículos contra los cuales la débil razon se subleva. Por otra parte, si los objetos de la fé no estuviesen encubiertos con algunas tinieblas, si nosotros tuviésemos la clave de los misterios, no habria dificultad alguna en creer lo que apareciese tan claramente; y por consiguiente tendríamos mucho menos mérito: y asi esta conducta de Dios hablándonos en un lenguage enigmático, es muy conveniente al estado en que nosotros nos hallamos, y útil á su gloria; pues que por esto él reina á un mismo tiempo sobre nuestros entendimientos y sobre nuestros cuerpos.

El espíritu fuerte yerra, pues, y desatina cuando quiere decirnos que Dios no puede exigir de los hombres una sumision sobre artículos que la razon no puede comprender. Si él entrase en el fondo de la Religion, y si considerase lo que es la sabiduría y la justicia de Dios, reformaría sus ideas; y ese imperio legítimo que el Cristianismo ejerce sobre la razon, y que tanto le repugna, le parecería digno de respeto y de admiracion.

No desatina menos cuando exige razones acerca de los misterios del mismo modo que se exigen sobre cosas humanas. El cristiano no pretende dar razon de lo que plugo á Dios ocultarle; antes por el contrario confiesa su ignorancia, y adora lo que comprende y lo que no comprende, y se contenta con saber que Dios ha hablado. La fé consiste en admitir ciega-

mente las verdades reveladas, y recibirlas con todas las obscuridades de que estan rodeadas. Si los misterios son superiores á nuestra comprension, esto no es un motivo para desecharlos. ¿Podemos acaso pensar nosotros que nuestras luces sean tan extensas como las de Dios? ¿No hay entre él y nosotros una distancia infinita? Nosotros sabemos que él existe; ¿pero conocemos acaso lo que es y todos los efectos de su poder? Somos tan limitados que no nos comprendemos á nosotros mismos, ¿cómo querremos comprender un objeto que es infinito?

Un hombre conocido por sus obras, y que ha abusado de sus talentos tratando de aumentar las dudas, se atrevió á decir que los misterios eran contra la razon. Leibnitz y Jaquelot, dos sabios de primer orden, se opusieron á este talento peligroso y temerario, y demostraron á Bayle la falsedad de sus raciocinios. Para que los misterios fuesen contra la razon, deberian oponerse á algunas verdades naturales, y esto no se probará jamas.

Los misterios son inaccesibles á nuestra comprension y á nuestra razon; pero las pruebas que la Religion nos presenta para creerlos estan á nuestro alcance, y tienen tanta fuerza que no se pueden desquiciar. Y asi, una vez que Dios ha manifestado su voluntad con señales evidentes, la razon ni se degrada ni se destruye por sacrificar sus luces á la autoridad divina, cuya infalibilidad reconoce. Cuando nuestra alma, cautiva en la prision del cuerpo, se desprendiere de los lazos que la tienen aprisionada en la tierra, y sea vuelta á su propia espiritualidad, entonces, disipadas las nubes que ahora la ofuscan, se percibirán la venida del Mesías y todos nuestros adorables misterios

sin enigma y sin figura. Todos estos objetos eternos, sobre los cuales hoy se raciocina tan mal porque no se conocen, contemplados en la idea del Criador, parecerán una obra consumada de la sabiduría de un Dios, y se admirarán sus inefables bondades para con los hombres. Hasta aquel momento en que Dios se ofrecerá á nuestra vista tal como es, debemos contentarnos con la evidencia en que él ha puesto su revelacion; y la fuerza del talento, la ciencia y la erudicion no deben emplearse sino en convencerse mas y mas de la necesidad que tenemos de creer por los medios que plugo á la divina bondad suministrarnos para distinguir su obra de la de la impostura.

Hallándose apoyada la revelacion con pruebas invencibles y sin número, la verdadera y mejor solucion á todas las dificultades que se presentan al entendimiento sobre los misterios, es que Dios ha hablado; que Dios es la misma verdad, y si pudiera engañarnos dejaría de ser Dios. La Filosofía se propone satisfacer la curiosidad, y la Religion mortificarla; y es tanto mas peligroso disputar acerca de la fé, cuanto que el Espíritu Santo nos advierte en las Santas Escrituras que, *al que es escudriñador de la magestad, lo hundirá la gloria* (Prov. cap. XXV vers. 27). ¿No se vé cumplido este oráculo divino en la ceguedad con que son heridos tantos hombres soberbios que tienen la temeridad de reformar los juicios de Dios? La divina Sabiduría permite en su cólera que ellos no encuentren sino tinieblas en donde los otros hallan luz. Asi es que el incrédulo jamas podrá implorar demasiado el socorro del cielo humillándose para salir del error en que sus pasiones le han precipitado.

La impiedad y el libertinage han esparcido ciertamente nubes sobre la Religion que pueden ocasionar dudas á muchos; pero con un poco de trabajo se consigue desvanecerlas facilmente; y cuando uno no es del número de aquellos que trabajan por alucinarse, sino que es sincero y equitativo, percibe siempre en la Religion cristiana la obra de Dios. Los dogmas que son el objeto de nuestra creencia, son los mas nobles, y componen un cuerpo de doctrina y un sistema de fé perfectamente coordinado. Cada artículo es una consecuencia necesaria del que le precede, y se halla tener un enlace íntimo con el que le sigue. Estas no son imaginaciones arbitrarias, porque los hombres no pueden imaginar cosas que no pueden concebir; y aun menos lisonjearse de persuadir á los otros lo que es superior á ellos. Los Apóstoles, presentándose ante las naciones, no han predicado sus propias ideas; si asi fuera hubieran salido muy mal con su empresa: pero como ellos no han enseñado sino lo que aprendieron de Jesucristo, la palabra divina ha disipado las tinieblas de la idolatría, y ha vencido los obstáculos que se oponian al establecimiento de una Religion que cautiva el entendimiento y el corazon. Asi es que nuestra fé, en estos incomprensibles misterios, es muy conforme á la razon, y su misma profundidad lleva consigo caractéres de divinidad.

### *De la excelencia de la Moral de J. C.*

Si del dogma de la Religion cristiana pasamos á la Moral, hallaremos aun en ella nuevos rasgos de divinidad. Esta Moral está tan llena de sabiduría y de excelencias, que basta expo-

nerla á un hombre ilustrado y de buena fé para obligarle á abrazarla. Toda la suma de esta doctrina celestial consiste en dar á Dios lo que es de Dios, y á los hombres lo que es de los hombres. La adoracion, el amor, el temor, la confianza, la oracion, y el reconocimiento nos estan recomendados como obligaciones indispensables respecto de Dios. Como nosotros no existiríamos sin él, y no subsistimos sino por él, se nos manda amarle sin mezcla de otro amor, sin division, sin restriccion, y mas que á todos los bienes y á todas las criaturas que nos rodean, porque todas estas cosas son dones suyos, y todo le pertenece. ¿Qué cosa mas justa ni mas razonable?

Para conocer la divinidad de la Religion cristiana, no se necesita mas que fijar la atencion en la santidad de su Moral. El hombre, cuya naturaleza es tan corrompida, y que tan facilmente se deja llevar de los objetos que lisonjean los sentidos, tenia necesidad de una Religion que le purificase y que le hiciese capaz de Dios. Esta la encuentra en el Evangelio, que no solamente condena el orgullo, la impureza, la avaricia, la venganza, el odio, el homicidio, la hipocresía, la blasfemia, el perjurio, la injusticia, la vanagloria, la presuncion, la mentira, sino que manda tambien las virtudes opuestas á estos vicios; y llega hasta prohibir los pensamientos y los deseos criminales. La Religion de Jesucristo es tan perfecta, que la sola voluntad de cometer un crimen, es un crimen á sus ojos. Ella nos enseña á vivir en el cuerpo como si estuviéramos sin cuerpo, y á mantener la pureza del alma por medio de la inviolable virginidad de los sentidos. Nos prohibe el demasiado anhelo por

lo futuro, y quiere que tengamos confianza en la divina Providencia que hace crecer los lirios, y provee de alimento á las aves. *Buscad primeramente*, dice Jesucristo, *el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas* (San Mat. cap. VI vers. 33). *Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá* (Id. cap. VII vers. 7). Palabras llenas de sabiduría y de una sublimidad infinita, que nos hacen conocer perfectamente la necesidad y el fruto de la oracion.

Todo lo que el Evangelio nos prescribe es santo, y se encamina á la reforma universal del género humano: todo se dirige á hacer reinar en la tierra la justicia, la union, la concordia y la paz. El amor del prójimo es un precepto que nos pone frecuentemente á la vista. *Un mandamiento nuevo os doy*, dice Jesucristo, *que os ameis los unos á los otros, asi como yo os he amado, para que vosotros os ameis tambien entre vosotros mismos* (san Juan cap. XIII vers. 34). La Moral cristiana es tan santa, que lleva la perfeccion hasta el amor de los enemigos. Ella nos inspira el espíritu de penitencia y de mortificacion; nos enseña á menospreciar los bienes terrenos, á desestimar todo lo que pasa con el tiempo, y á no gustar sino de lo que es eterno.

Era muy digno de un Dios legislador el dar á los hombres una Religion tan noble, y que los sublimase á la mas alta perfeccion; y asi es bien dificil reflexionar sobre la santidad que prescribe sin prendarse de su divinidad. ¿Qué cosa mas admirable que el sermon de Jesucristo sobre el monte? ¡Qué de luces, qué de sabiduría, qué de uncion! Examínense todas las obras mas celebradas de la antigüedad, y todos los libros que se han dado á luz en el mundo,

y no se hallará uno que contenga tan sabios preceptos ni tan excelentes máximas como las que presenta el Nuevo Testamento. Si ciertos filósofos del mundo pagano se han hecho célebres por algunos preceptos para la reforma de las costumbres, no conservan elevacion, y se notan en su moral degradaciones ridículas, en vez de que los escritores sagrados conservan constantemente una sublimidad toda santa y toda celestial. Aquellas grandes reglas que tanto se han admirado en esos hombres ilustrados del paganismo, no eran sino hijas de un secreto orgullo, y emanadas de un amor propio que por caminos desusados se dirigia á su vanagloria. Nada se hacía por respeto á Dios ni por su amor: estos falsos sabios se coronaban, por decirlo asi, por su propia mano con el placer que recibian en el mundo. El cristiano no se limita á una virtud exterior; es verdaderamente humilde por el conocimiento que tiene de sus propios defectos: huye del deleite porque conoce su propia flaqueza: se mortifica y se violenta, no por capricho ni por temperamento, sino porque se le prescribe la penitencia: se propone por objeto á Dios en sus acciones, y obra por amor suyo. Los estóicos, que hacían profesion de una virtud muy austera, y que en el fondo estaban llenos de vanidad, se lisonjeaban de ser los autores de sus propias virtudes. La Moral cristiana infinitamente mas noble y mas sublime, todo lo refiere al Autor de todo bien, y nos prohibe gloriarnos. *¿Qué tienes tú*, dice san Pablo (ad Corint. IV vers. 7.) *que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?*

Otro caracter de divinidad que se descubre tambien en la Religion cristiana, es que ella sa-

tisface al corazon sin corromper al entendimiento, y que extiende las luces sin corromper al corazon. Como el cristiano no conoce las verdades sublimes sino por la revelacion, el entendimiento se humilla siempre confesando que una doctrina tan elevada excede á su capacidad. El corazon, que halla igualmente en la Religion objetos que corresponden á lo infinito de sus deseos, ni se ensoberbece, ni se corrompe, porque estos bienes espirituales que él desea exigen el sacrificio de sus mas gratas inclinaciones. Siga cada uno el camino que Jesucristo le ha trazado, y será feliz. La dulzura, la caridad, la paciencia reinarán en su corazon. La codicia y la concupiscencia una vez desterradas, le pondrán al abrigo de las borrascas que excitan las pasiones tumultuosas; se ahorrará una infinidad de cuidados y de fatigas, y pasará sus dias tranquilamente. ¿Quién puede dudar de que será dichoso amando á Dios, pues que encuentra en este solo objeto todo lo que puede satisfacer sus deseos? El que descansa en Dios vive siempre en seguridad, y no teme perder lo que posee, porque sabe que Dios permanece eternamente: las desgracias y las aflicciones, lejos de abatirle, son á los ojos del cristiano pruebas y castigos paternales que se convierten en bien de quien las sufre. He aqui lo que jamas habia hallado Religion alguna, y lo que es digno de la Religion de Jesucristo. Si ella pide virtudes que reprimen y mortifican, tambien propone un premio magnífico y glorioso. Las promesas de una inmortalidad bienaventurada, una gloria eterna que ella muestra de lejos, animan y hacen facil lo que parece mas dificultoso.

Los límites a que nos hemos reducido no

nos permiten exponer todas las excelencias de la Religion. Lo que únicamente podemos decir es que cuanto mas se considera, tanto mas se reconoce que Jesucristo, su cabeza y su autor, es un doctor divino. Por medio de la autoridad que nos pone á la vista y que todo el mundo puede percibir, todas las dudas y todas las incertidumbres del entendimiento y del corazon humano se fijan, y esto es lo que debe hacer la verdadera Religion.

Otra señal que merece considerarse, es que no solo encamina al bien el cristianismo por medio de las promesas, y aparta del mal por las amenazas, sino que tambien nos enseña nuestras obligaciones, y nos proporciona medios fáciles para hacernos sólidamente virtuosos. ¿Quién otro que un Dios ha podido dar un cuerpo de Moral tan extenso, tan santo y tan perfecto, en el que cada uno halla las amonestaciones y consejos proporcionados á sus necesidades? Léanse las Epístolas de san Pablo, y allí se verán santificados todos los estados por las diversas lecciones que en ellas se reciben. Allí se verán preceptos para los padres, para los hijos, para los amos, para los criados, para los ricos, para los pobres, para las viudas, para las vírgenes, para los pontífices, para los magistrados; nada se olvida. Por las instrucciones que dá la Religion, todo se viene á hacer con pureza en el trato de los hombres, y ella forma á cada uno en las virtudes propias al estado en que la Providencia le ha colocado.

Si se nos dice que esta Moral tan excelente no es mas que una idea de perfeccion que no se puede reducir á práctica, nosotros manifestamos un pueblo que por espacio de cierto tiempo ha seguido exactamente el plan trazado por Jesu-

cristo, y que á los preceptos aun añadia los consejos. ¿Hay cosa mas edificante que la conducta de los primeros cristianos, que no formaban sino un solo corazon y una sola alma, y que llevaban el desprendimiento de los bienes de la tierra hasta el término de vender sus posesiones para aliviar á sus hermanos? La inocencia de sus costumbres, su modestia, su candor, su caridad, su amor á los trabajos atraían la admiracion de los paganos, y esparcian por medio de sus virtudes un esplendor que manifestaba visiblemente el origen santo de donde habian salido. Aquellos preciosos dias, á la verdad pasaron; mas á pesar de la corrupcion del mundo, Jesucristo tiene todavía un pueblo que le es fiel. Todos los estados, todas las condiciones nos ofrecen una multitud innumerable de cristianos virtuosos, que no piensan mas que en santificarse, y cuya vida es perfectamente conforme al Evangelio.

Solo, pues, por autorizar su vida sensual y voluptuosa se opone el fuego de las pasiones como un obstáculo invencible á la práctica del Evangelio. Este falso y frívolo pretexto de que se sirven los incrédulos, cae por sí mismo. En efecto, cada uno conoce su libertad tanto como su existencia; por desarregladas que sean las inclinaciones, jamas imponen necesidad, y la flaqueza que se alega no es sino una excusa vana que jamas será admitida en el tribunal de la buena fé. Los que estan mas dominados de las pasiones saben muy bien señorearse de ellas cuando se atraviesa el interés: solo la presencia de una persona de respeto ó cualquiera peligro contiene la violencia de ellas; nadie se deja llevar de ellas á la vista de un suplicio. ¿Por qué, pues, no nos hemos de contener

por amor de Dios, y por el temor de sus juicios?

El espíritu fuerte, cuya falsa sabiduría emprende siempre reformar la de Dios, querria acaso que quitase al hombre la libertad de pecar; pero si Dios nos quitase esta libertad á causa del abuso que hacemos de ella, ¿cómo se podria manifestar su justicia? ¿cómo podria recompensar la virtud y castigar el vicio? Faltando la libertad, ya no hay mérito ni demérito; y Dios nos deja con nuestras flaquezas, y permite que seamos probados, para que con nuestra fidelidad podamos merecer las recompensas celestiales. La victoria supone combates, y la eterna felicidad está ligada á la victoria que nosotros consigamos sobre nuestras pasiones. Se ven todos los dias personas que, despues de haber caminado mucho tiempo por la senda del vicio, se detienen con solo el pensamiento de los terribles juicios de Dios, y reparan con una vida edificante los escándalos que han causado. El Evangelio nada nos manda imposible; está al alcance de todo el mundo, y tanto el ignorante como el sabio le pueden practicar. No se necesita ni estudio ni ciencia para adorar á Jesucristo, para someterse á la autoridad que ha establecido, para amar á Dios de todo corazon, y al projimo como á sí mismo, para esperar el premio prometido, y para temer las penas de los malos.

Convengamos, pues, á pesar de nuestra repugnancia ácia la virtud, en que tenemos grandes razones para creer en la Religion cristiana, y grandes motivos para amarla. Asi es que todo hombre cuya razon está desprendida de las pasiones, no puede negarle su adhesion, y se inclina á ella como á una ley cuya santidad

y perfeccion anuncian un origen celestial. La Religion de Jesucristo no necesita mas que ser conocida y examinada á fondo para hacerse respetar. Una Religion que dá una idea noble de Dios, que conoce la naturaleza del hombre, y que dá la razon de su grandeza y de su flaqueza, que le descubre el alivio de sus miserias, y que le suministra medios para hacerse feliz, no puede emanar sino de un Dios infinitamente santo é infinitamente sabio. Cada prueba que ella presenta persuade á un entendimiento reflexivo; pero cuando se reunen todas juntas, obligan y arrastran por fuerza á creer á todo aquel que no tiene por principio impugnar cuanto le condena; y asi no se puede negar á las luces vivas de la revelacion, sin mostrarse al mismo tiempo insensato; y esto es lo que tratamos de recordar al incrédulo en el capítulo siguiente, á fin de empeñarle, si es posible, á hacer el sacrificio de sus errores.

## CAPÍTULO XXXIX.

### *El incrédulo no puede sensatamente negarse á la Religion de Jesucristo.*

La Religion cristiana está marcada con tantos rasgos de divinidad, que á no ser que el corazon se oponga á la conviccion del entendimiento, ella arrastra tras sí á todo el que la examina á fondo. Los divinos oráculos cumplidos en Jesucristo, sus milagros confesados por los paganos y por los judíos, su gloriosa resurreccion sellada con la sangre de una multitud innumerable de mártires; el universo mudado por la predicacion del Evangelio; la perfecta

conformidad de los dos Testamentos; la dispersion de los judíos; los triunfos que esta Religion ha conseguido contra todos sus enemigos; la sublimidad de su doctrina; la excelencia de su moral; los testimonios que le tributan una multitud de hombres respetables por su ciencia y su virtud, todo esto reunido es un tejido de prodigios, de verificacion de profecías, y de acontecimientos que deben vencer la resistencia del hombre mas preocupado. No se puede decir que el cristianismo esté apoyado sobre fundamentos ruinosos; no hay aqui errores de educacion como en las religiones falsas, que no presentan motivo alguno de persuasion; es la voz de Dios que se hace oir del cristiano, y la razon quien le decide á seguir esta religion santa.

Es verdad que todas las religiones pretenden tener su origen en el cielo; y que los autores de estas sectas, para engañar mejor á los hombres, se han alabado de haber tenido revelaciones; pero solo en la Religion cristiana (en la que comprendo tambien la judáica, como que es su figura y su preparacion) se hallan los caractéres divinos que persuaden y que conducen á la sumision á los entendimientos ilustrados.

El musulman cree las ficciones de su Profeta, porque su padre, su madre, y sus doctores le aseguran que son verdades; pero no se les puede presentar ningun motivo de credibilidad que pueda determinar á ningun hombre instruido. Por el contrario, si fuese permitido al turco el examen, y quisiese subir hasta el origen de su religion, conoceria bien pronto su falsedad.

Mahoma se alababa de haber tenido comu-

nicaciones con el cielo, y de haber escrito su Alcoran dictado por un ángel; pero como no hace milagro alguno para autorizar lo que dice, su impostura salta á los ojos de todos los que tienen cuidado de profundizarla. No sucede asi á la Religion cristiana: los hechos que le sirven de fundamento son incontestables, y no se pueden recusar sin trastornar los primeros principios y renunciar á todas las reglas establecidas en la sociedad para distinguir lo verdadero de lo falso.

Convenimos en que en un gran número de fieles la fé no está ilustrada; tambien hay algunos que no se hallan en estado de examinar por sí mismos, y que se atienen enteramente á lo que se les dice; pero se les presentan motivos de credibilidad que satisfacen á todos los que tienen luces. La discusion y el examen son permitidos á todo el mundo, y en todos los tiempos se ha convidado á los incrédulos á entrar en ellos. Desde los primeros siglos unos talentos cultivados y llenos de discernimiento han examinado á fondo los hechos, y muchos han derramado su sangre por atestiguarlos. Pues lo que ha sido verdad en los primeros siglos, lo ha sido en todos los tiempos y lo es siempre: si el espíritu de impiedad se ha extendido á causa de la corrupcion de costumbres; si cada uno ha hecho una religion á su modo, la de Jesucristo subsiste siempre; y la oposicion que se tiene hoy á sus leyes, porque desconciertan el sistema de vida que cada cual se ha propuesto, no quita nada á la fuerza de sus pruebas. Una vez establecida la revelacion, los misterios, los dogmas, los preceptos, y la Moral de Jesucristo están demostrados. Por mas que el entendimiento se subleve contra lo que no comprende,

es necesario imponer silencio á la débil razon, y desechar como frívolos y despreciables todos los raciocinios contrarios á lo que ha sido revelado.

Es máxima de los filósofos que cuando una doctrina está apoyada en buenas pruebas, no se deben tener en cuenta las dificultades que se presenten, porque no es posible que el entendimiento humano, tan limitado como es, sepa todo lo que hay que saber sobre una materia. Por otra parte, el hombre por sí mismo es tan inclinado al error, que casi nada se necesita para apartarle de la verdad: una sola pasion basta para obscurecer su entendimiento, y hacerle tomar la mentira por la verdad. Ciceron hace una descripcion de la naturaleza corrompida, que prueba cuánto se debe desconfiar de sí mismo. *Si al entrar en el mundo* (dice el Orador pagano en el libro III de las Tusculanas) *pudiésemos conocer á fondo la naturaleza y verla con claridad, no tendríamos necesidad de maestro para aprender nuestra obligacion; pero la naturaleza no nos suministra sino algunas débiles vislumbres de razon que se apagan bien pronto á fuerza de errores y de vicios, de tal modo que la luz queda escondida. Desde el momento en que entramos en el mundo, venimos á ser el juguete de las malas costumbres y de toda clase de opiniones erróneas; de suerte que se diria que hemos mamado el error con la leche de nuestras nodrizas; al salir de sus brazos volvemos á la casa paterna, y puestos en manos de nuestros preceptores, nos llenan de tal modo el entendimiento de errores de toda especie, que lo falso sobrepuja á lo verdadero, y la misma naturaleza se halla demasiado débil contra opiniones arraigadas. El trato del mundo, en fin, y el ejemplo de la multitud, que está ordinariamente á favor del vicio, acaba de destruirlo todo;*

*y entonces es cuando el error se apodera enteramente de nosotros, y cuando nosotros nos sublevamos, si puedo explicarme asi, contra la misma naturaleza.*

Nuestros incrédulos están muy distantes de haber tenido en la infancia maestros semejantes á los de que habla Ciceron: si ellos hubiesen seguido los principios que se les inspiraron desde la niñez, no tendríamos ahora necesidad de desengañarlos, y serían hoy los protectores y defensores de la fé; pero por desgracia esta santa educacion ha sido bien pronto destruida. Al entrar en el mundo hallaron maestros impíos, que en poco tiempo han conseguido robarles estas preciosas semillas de virtud que comenzaban á fructificar. Los discursos, las obras del libertino han corrompido el corazon: hechos ya esclavos de las pasiones mas vergonzosas, les ha parecido odiosa la Moral santa del Evangelio: el imperio absoluto y legítimo que el cristianismo ejerce sobre su razon, ha repugnado: estos misterios adorables que se respetaban, se han convertido en objetos de una irrision sacrílega: el infierno y la eternidad de las penas han sido miradas como otras tantas fábulas: ya no hay respeto, ni virtud, ni deber: habiéndose aunado el entendimiento y el corazon para sacudir el yugo de la Religion, se ha abjurado el cristianismo en aquella edad en que no se respira sino placeres, y en la que las luces son tan escasas.

Nada decimos aqui que no lo confirme continuamente la experiencia; y en lo cual los mismos incrédulos, a excepcion de un cortísimo número, convendrian si quisiesen hablar la verdad. Pregunto, pues, ahora ¿qué aprecio merece semejante incredulidad? Porque al fin para

ser incrédulo de buena fé, y no por un mero gusto de serlo, sería necesario alegar razones tan poderosas que pudiesen contrarestar á las del cristiano; sería necesario que se hubiesen discutido en el silencio de las pasiones los grandes argumentos que hacen al cristiano inalterable en la fé; y esto es en lo que jamas han pensado los incrédulos. Ellos se declaran enemigos de la Religion sin alegar, no digo una prueba sólida y convincente, pero ni aun capaz de satisfacerlos á ellos mismos. A pesar de sus malas predisposiciones, ellos no pueden disimularse á sí propios que han renunciado á la Religion de sus padres sin reflexion, sin eleccion, y que solo el interés de la pasion los ha determinado á ello. El error, cuyo origen es vergonzoso, se ha fortificado por las preocupaciones, y aun mas por los hábitos viciosos, y se mantiene en ellos contra toda evidencia. No pudiendo estos pretendidos espíritus fuertes, destituidos de toda autoridad, oponer á la fuerza de nuestras pruebas cosa alguna que no sea desbaratada, blasfeman sobre lo que hay de mas sagrado, y llega su temeridad hasta el extremo de citar ante el tribunal de la razon al Soberano Señor del universo. No tememos confesar nuestra debilidad y nuestra insuficiencia sobre muchos secretos de la naturaleza, y decidimos con osadía cuando se trata de los misterios mas sublímes de Dios: yo apelo aquí al testimonio de la conciencia: ¿es esto razonable?

¿Quién no sabe que nuestras ciencias tienen ciertos límites, de donde el entendimiento humano no puede pasar? Pues si los mayores filósofos hallan barreras en la naturaleza que son impenetrables, ¿es de admirar que seamos

detenidos por las de la revelacion, que sobrepuja en sublimidad y en incomprensibilidad á todas las maravillas que el mundo ofrece á nuestros ojos? Si nosotros no creyésemos ni admitiésemos sino aquello que podemos concebir clara y distintamente, nuestros conocimientos se reducirían á muy pocas cosas. La autoridad nos debe guiar, y cuando se trata de Religion es necesario atenernos al dictamen de los hombres sábios que no tienen interés alguno en engañarnos.

Es un hecho constante que todas las naciones, hasta las mas salvages y las mas bárbaras, reconocen que hay un Dios; y todas unánimemente opinan que es de su esencia premiar la virtud y castigar el crimen. Aun antes del nacimiento de Jesucristo, en aquellos tiempos desgraciados en que la ignorancia y la corrupcion reinaban sobre la tierra, la idea de la inmortalidad de las almas estaba esparcida entre todas las naciones: los hombres vivian en la creencia de una vida futura; se hacian sacrificios á los manes, es decir, á las almas de los muertos; en muchas partes se mataba á las mugeres y esclavos de los que habian muerto para que les fuesen á servir al otro mundo; todos los pueblos estaban persuadidos de que habia penas y premios reservados para otro tiempo; este era el modo de pensar de casi todos los filósofos paganos. La Religion cristiana que Jesucristo vino á traer á los hombres, pone en el mayor grado de claridad lo que no se habia hecho mas que vislumbrar por las luces de la razon. Ella nos manifiesta una eternidad de gloria para los justos, y una eternidad de desgracias para los impíos. Jesucristo nos dice *que los ángeles precipitarán á los pecadores en un horno ardiendo; que*

*en este lugar habrá llantos y rechinamiento de dientes* (san Mat. cap. XIII, vers. 41 y 42). Añade: *que los buenos irán á la vida eterna, y los malos al eterno suplicio* (id. XXV, 46). Si es locura espantarse cuando hay motivo para estar tranquilos, tambien es locura mantenerse tranquilos cuando hay tanto motivo de espantarse.

Bien sé que el entendimiento es fecundo para hallar recursos á favor de sus errores: no faltan salidas y sutilezas; vivimos en un siglo en que se quiere comprender todo antes de someterse; pero esto es una desgracia para aquellos que buscan su propio engaño. Está demostrado que Dios se ha revelado; y asi todos los raciocinios que forja una imaginacion impía, todas las proposiciones indecentes que se sostienen contra la eternidad de las penas, se convencen de falsas. Nosotros hemos hecho ver lo ridículo de estos argumentos, y los que están de buena fé han debido convencerse de que cuando Dios ha hablado, al hombre le corresponde callar, y que la razon debe ceder á la fé. A un criado que ultraja gravemente á su amo se le juzga digno de los mayores castigos: no se atrevería nadie a acusar de injusto á un Magistrado que condena á muerte á un delincuente por un homicidio ó por algun otro crimen que no duró sino un instante: se aprueba la sentencia de un culpable, que le quita sin embargo un bien de que es privado para siempre. ¿Por qué, pues, tener por extraño que un pecador que ha hollado las leyes de su Criador, y que por satisfacer á sus deseos corrompidos ha sofocado las luces de la razon, sufra eternamente las penas de su crimen? Confieso que estos suplicios que no tienen fin, son terribles é inconcebibles; pero si se considera la grandeza de Dios ultra-

jado, y la bajeza de la criatura que le ultraja, la eternidad de las penas ya no parece un castigo excesivo.

Nuestras luces son muy débiles para comprender toda la extension de la Sabiduría suprema. Lo que hay de cierto es, que su justicia será perfectamente justificada en la otra vida; y que todas las criaturas del cielo y de la tierra, y aun los mismos pecadores, se verán forzados á convenir en que sus juicios son justos y equitativos.

La eternidad de penas es, sin contradiccion, un misterio impenetrable al entendimiento humano. San Agustin, san Gregorio y muchos grandes doctores de la Iglesia, han dado algunas razones de ella; si no satisfacen enteramente, por lo menos ilustran la materia. Ellos nos dicen que el hombre por su pecado ha ofendido á un Dios de una magestad infinita, y que para proporcionar la pena á la injuria, es necesario que sea infinita; que si el pecador hubiera quedado eternamente sobre la tierra, hubiera preferido eternamente la criatura al Criador, y por consiguiente su suplicio debe ser eterno. Añaden que habiendo muerto el pecador con apego á la criatura, está y permanece en un ódio eterno de Dios, que viéndole siempre criminal, le castiga eternamente: que por otra parte, no cayendo la sangre de Jesucristo sobre los réprobos, y hallándose sin medio alguno de volver á entrar en su gracia, ellos permanecen eternamente en el abismo en que sus pecados les han precipitado. Dicen últimamente, que ya que Dios recompensa con una felicidad eterna á sus siervos, es justo que castigue con penas eternas á los transgresores de sus leyes.

Aunque estas razones no expliquen enteramente los misterios de las divinas venganzas, y nos veamos siempre obligados á exclamar con san Pablo: ¡ *Oh profundidad*! el célebre Fontaine pareció quedar satisfecho de ellas. Jamas la eternidad de las penas habia podido caber en su mente; pero despues de una conferencia que tuvo con Pouget, vicario de san Roque, que le expuso lo que pensaban los doctores de la Iglesia, hizo saludables reflexiones; y como en un negocio de tanta consecuencia es prudencia tomar el partido en que siempre se gana, desde este momento no pensó mas que en reparar los males que habia ocasionado el infame libro de que era autor. Su conversion fue de las mas brillantes, é hizo impresion en muchos.

Cuando se trata de la Religion, es necesario dejar la filosofía humana y las vanas sutilezas para adherirse á la autoridad, que no se puede abandonar sin caer en los mayores extravíos. A fuerza de argüir sobre todo, se obscurecen las cosas mas claras, y se duda de los principios mejor establecidos; y asi todo hombre cuyo sistema en materia de Religion no está apoyado sino en sus propias luces, no tiene otro partido que tomar, si le queda un poco de prudencia, que volver á entrar en el seno de la simplicidad de la fé de donde se ha separado, y atenerse á la autoridad que Dios nos presenta. Sin esto, por gran talento que tenga, será siempre como un viajero extraviado en un vasto y desierto bosque, que cuanto mas anda, mas se aparta del camino real.

Inútil será que nos digan los incrédulos que desearían ser del número de los creyentes, pero que la fé es un don de Dios que no está en nuestro poder; porque este es un falso pre-

texto y una vana excusa de que se sirven para autorizar su infidelidad. Si carecen de fé, la culpa será suya, pues que Dios nos dá todos los medios de tenerla. Las pruebas de la Religion son multiplicadas, y en un grado proporcionado á las luces de nuestra razon. No consiste en raciocinios abstractos, sino en hechos atestiguados por la historia, confesados por nuestros enemigos, y que la sana crítica se ve obligada á admitir. Á vista de esto, ¿se puede decir que hay buena fé en asegurar que se desearía estar convencido, cuando se tienen á los ojos los motivos mas poderosos para creer?

Diariamente se deciden los incrédulos en negocios importantes, fiados en testimonios infinitamente menos autorizados; y asi, cualquiera que resiste á los motivos de credibilidad de la Religion cristiana, es inexcusable delante de Dios y de los hombres; y es tanto mas culpable, cuanto que reclamando su propia conciencia contra su resistencia, le aconseja al mismo tiempo que se someta. Lo que constituye un verdadero cristiano no es solo conocer la verdad y estar convencido de ella, sino amarla y seguirla, porque la luz mas clara es infructuosa si del entendimiento no pasa al corazon.

Dicen que la fé es un don de Dios que desearían tener, y nada hacen para alcanzarle, antes toman un rumbo enteramente opuesto. En vez de dirigirse al Señor por medio de humildes y fervorosas oraciones, y de entregarse al estudio de la verdad, se alejan de todo aquello que podria ilustrarlos; prefieren sus luces á las de una multitud de sabios; no escuchan la voz de la razon ni la de la autoridad; acogen todas las críticas indecentes que la ignorancia y la impiedad de los que se tienen por grandes in-

genios esparcen contra la Religion; no tienen prueba alguna que oponer contra el cristiano, siendo asi que este presenta á su favor una multitud de ellas, y sin embargo viven en un adormecimiento aletargado, como si nada tuvieran que temer. En vista de esto, ¿tendrán razon para decir que desearían tener fé?

Todos los siglos han producido grandes talentos, y hombres de una profunda sabiduría que han hecho un estudio particular de la Religion: ninguna dificultad se les ha escapado, y las examinaron todas con la mayor prolijidad: las pruebas les han parecido tan convincentes y tan poderosas que, á pesar de la profundidad de los misterios, han juzgado que no habia otro partido que tomar que el de someterse: que á la verdad los misterios de la fé eran superiores á nuestra razon, pero que los motivos que nos conducen á creer son muy razonables; y asi, haciendo el incrédulo el sacrificio de su entendimiento, se comportará como sensato. No seguirá solo el ejemplo del pueblo rústico, sino el de los hombres mas científicos y mas sabios. ¿Querrán ser incrédulos contra todas las luces de la razon, y perderse de propósito por satisfacer á una infame pasion? ¿Consiste la valentía del espíritu en exponerse á unos eternos disgustos, y en arrostrar con una ruina cierta los mas evidentes peligros?

Lo hemos dicho ya, y pluguiese á Dios que á fuerza de repetirlo nos pudiéramos hacer entender de estos pretendidos espíritus fuertes, antes que aparezcan en el tribunal de Jesucristo. No se destruye la eternidad de las penas obcecándose: la existencia de la *vida futura* de que se nos habla no depende ni de la persuasion ni de la voluntad. Apartando del corazon todos los

sentimientos é ideas religiosas, se pueden gustar los placeres con menos amargura, pero de este modo se cae con mas seguridad en el precipicio. Despues de esta vida, que pasará muy rápidamente, habrá otra que no acabará jamas. Esto se comprenderá al morir ¡y quiera Dios que entonces no sea demasiado tarde! Sí: á la hora de la muerte se verá el incrédulo precisado á temer lo que no ha querido creer. En aquel momento, el mas terrible de todos, se disiparán las tinieblas: entonces conocerá que se ha apartado de la verdad, y caerá en desesperacion por no haber vivido como cristiano. Asi es que no hay cosa que mas confirme en la fé que lo que pasa en la muerte de los impíos; muchos, y estos son la mayor parte, confiesan que la pasion los ha cegado, y que ellos jamas han estado convencidos de la falsedad de la Religion: que su lenguage no era sino una consecuencia natural del desórden de su conducta. Lloran sus extravíos, y piden los auxilios de la Religion que hasta entonces habian despreciado.

Se ven otros que no tienen el valor de humillarse; pero al mismo tiempo que rehusan las gracias, hacen conocer visiblemente el abuso que hicieron de ellas, condenándose á sí mismos á perecer infelizmente. El hombre jamas se despoja de un golpe de su razon: hay ideas nacidas con nosotros, que la corrupcion del corazon y las sutilezas pueden alejar, pero no destruir enteramente; y asi estos pretendidos espíritus fuertes que se imaginaban durante su vida ser los únicos poseedores de la razon humana, y que despreciaban las luces de los mayores doctores de la Iglesia, ya no saben donde se hallan. Entonces el sistema de la increduli-

dad se desmiente á sí mismo, la vana filosofía no se puede mantener contra el sentimiento interior que se tiene de la inmortalidad del alma: los mortales espantos succeden á aquella seguridad que tanto se habia aparentado; y los que mas habian insultado á la justicia divina, la ven en este espantoso momento armada para castigarlos; y mientras que el cristiano muere en una perfecta confianza en la sangre y méritos de Jesucristo, el impío muere con la desesperacion en el corazon, y con el temor de experimentar lo que jamas ha querido creer.

En vano tratan de apoyarse en la autoridad de ciertos escritores temerarios que se han entregado á su imaginacion libertina; la revelacion, que acabamos de demostrar, trastorna todos los sistemas humanos: la razon y la fé se aunan para convencernos de que hay otra vida, en donde serán premiadas las virtudes y castigados los vicios. El alma y el cuerpo son dos séres diferentes, y la existencia del uno no tiene dependencia alguna de la del otro. Nuestra alma, despues de la disolucion del cuerpo, conserva la existencia que le es propia, y vive con su propia vida. Jesucristo que ha resucitado, y cuyas predicciones ha visto el mundo cumplirse, nos anuncia que todos los hombres resucitarán, y que en el momento de la muerte cada uno de nosotros será juzgado. ¿Por qué, pues, no se precaven con tiempo las penas con que Dios amenaza á los impíos y á los pecadores impenitentes? ¿No es mejor confesar uno ingenuamente que se ha engañado? Este es un recurso glorioso para los que han tenido la desgracia de extraviarse. Lejos de ser mirada esta confesion como una debilidad, merecerá alabanzas: se ha visto á los mas bri-

llantes talentos, despues de haberse perdido en la vanidad de sus pensamientos, adorar la profundidad de la divina Sabiduría que no podian penetrar, y defender con celo lo mismo que habian impugnado. En materia de Religion no se debe temer el rendir las armas; en esta materia la victoria está siempre por el que se humilla; pues la suerte de los hombres es la de equivocarse, y se ha vencido cuando se ha encontrado la verdad.

Para acabar de disipar los encantos que ciegan, vamos á emplear aun otro argumento muy sencillo, pero de los mas sólidos. Como la felicidad del incrédulo es el objeto de nuestro trabajo y de nuestros deseos, esperamos que tenga bastante condescendencia para que no se pierda nada de lo poco que nos queda que decirle.

## CAPÍTULO XL.

*Es mucho mas ventajoso creer las verdades que enseña la Religion cristiana, que dejarlas de creer.*

Aunque para componer esta obra hemos bebido en las mejores fuentes, estamos bien lejos de pensar que no habremos olvidado nada de cuanto puede contribuir á manifestar la divinidad de la Religion. No ha sido posible reunir en un solo volumen todas las pruebas que la sostienen; pues ha sido necesario dejar muchos argumentos que se hallan en los autores cuya solidez se hace temible. Lo mismo sucede con un gran número de testimonios que dan nuevo peso á la causa cristiana, y que hubieran pedido extension. Pero hemos dicho lo suficiente

para poner al lector sensato en estado de juzgar. Si le quedan algunas dificultades que no hayamos profundizado, hallarán la solucion en los escritos de muchos hombres célebres que, empleando toda la fuerza del raciocinio, presentan cuanta ilustracion se puede apetecer. Lo que hay de cierto es que cuanto mas se estudia esta gran cuestion, mas se convence uno. La incredulidad no echa raices sino porque no se quiere tomar el trabajo de examinar á fondo. Y asi como es muy dificil curar á unos hombres cuya ceguera tiene su origen en la voluntad, es necesario emplear todos los remedios propios para desvanecer las tinieblas voluntarias; y esto es lo que nos empeña á emplear el argumento de Pascal, el cual es tan poderoso que, aun cuando uno no estuviese instruido en los sólidos fundamentos de la fé, bastaría por sí solo para decidir al hombre mas obstinado á someterse á las leyes del Evangelio á cualquiera costa.

Es una máxima adoptada entre los hombres sensatos de todos los siglos, que en materias de importancia es necesario abrazar el partido en que nada hay que temer, y abandonar aquel en que se hallan grandes riesgos sin esperanza de ninguna ganancia. Si el incrédulo sigue esta máxima, que la razon y la prudencia le inspiran, me atrevo á lisonjearme de que será bien pronto partidario celoso del cristianismo. Aclaremos enteramente este punto.

La Religion cristiana, cuya divinidad se publica, está esparcida en todo el mundo, y domina en la Europa. Ella sola reune en su seno mas sábios y mas talentos cultivados que todas las diversas sectas religiosas que se hallan en el universo. Esta multitud, pues, de

sábios, de doctores y de críticos juiciosos que han existido en mas de diez y ocho siglos, han creido verdaderos los hechos milagrosos sobre que se funda el cristianismo, y le anuncian como una Religion de la cual solo Dios puede ser el autor. Véase aqui, pues, una autoridad de las mas respetables que se presenta á nuestra vista, y que el sentido comun nos obliga á seguir; pero ya no se trata de exponer nuestras razones ni de hacer valer nuestras pruebas; lo que pretendemos es obligar al incrédulo á resolverse por una máxima universalmente recibida, y de la que él mismo hace uso en los negocios temporales. He aqui el argumento.

Todo hombre prudente debe tomar el partido en el que nada tiene que temer, y en que puede ganar infinito, y abandonar aquel en que corre grandes peligros sin esperanza de ganancia alguna: es asi que en el partido del cristiano no se puede perder nada, y se puede ganar infinito; luego el incrédulo que corre grandes peligros sin esperanza de ganancia alguna, debe abandonar su sistema, y alistarse en las banderas del cristiano. Desarrollemos todavía mas este raciocinio.

En el sistema del incrédulo no se considera despues de la muerte sino la nada: en la creencia del cristiano se permanece perpetuamente en la gloria ó en los infiernos; para siempre feliz, ó para siempre desventurado. Todo habla á favor del cristiano: el sentir de esa multitud innumerable de sábios que juzgan que la Religion es verdadera, reduce totalmente al incrédulo por lo menos á dudar si el cristiano tiene razon ó no. Pues yo digo que en esta terrible incertidumbre debe, si es hombre de juicio, abrazar la Religion cristiana; y hé aqui la ra-

zon. Nosotros no podemos subsistir siempre sobre la tierra: el tiempo es corto, la muerte, que decidirá la gran cuestion, se apresura; y asi es de la mayor importancia hacer una buena eleccion. Mantenerse en la indiferencia y no tomar partido alguno es exponerse evidentemente á las desgracias de que se trata; no creer en el infierno es caer en él, supuesto que la Religion sea verdadera: luego es necesario decidirse prontamente. Ahora, pues, como en el sistema del incrédulo nada se puede ganar y se corren tantos peligros, si es falsa la opinion que defiende que no hay nada que esperar despues de esta vida, el partido de la discrecion y de la prudencia es abrazar la creencia del cristiano, en la que no se corre riesgo alguno, aun cuando lo que se le hace esperar fuese falso y sin fundamento.

La respuesta ordinaria del incrédulo á un argumento que tanto le aprieta, es que no puede resolverse á sacrificar una felicidad cierta por una incierta: ¿pero quién no ve que este efugio es vano y miserable? En efecto, esta pretendida felicidad que le detiene no es nada, ó es tan escasa que no merece el que se llore su pérdida, como luego diremos. Por otra parte, ¿á qué terribles y espantosas desgracias no se expone por no querer aventurar nada? Si la creencia del cristiano es verdadera, ¿no se arriesga todos los dias alguna cosa con la esperanza de ganar? Y bien; aun cuando costase algo el conformarse con las leyes del Evangelio, al cabo no se arriesga sino lo perecedero por ganar lo infinito. ¿Se puede vacilar en tomar un partido tan ventajoso? Me atrevo á asegurar que mas trabajo le cuesta á la mayor parte de los mundanos el perderse, que á la mayor parte de los cristia-

nos el salvarse. Se forma una idea de la virtud enteramente contraria á lo que ella es en sí. Como no se conoce la Religion sino por las ridículas descripciones que el libertinage hace de ella, se mira con lástima á los siervos de Jesucristo. Se imagina que viven en la opresion: error fatal que conduce á muchos al precipicio, y que nunca podrá ser suficientemente combatido.

Para juzgar sanamente del estado del cristiano, sería necesario conocerle y haber experimentado la dicha de servir á Dios y amarle. Pero como el incrédulo no tiene experiencia alguna de esto, no debe atenerse á lo que le sugiere su imaginacion, que, de concierto con su corazon, no tira sino á engañarle. Para disipar sus preocupaciones vamos á probarle que la situacion de aquel de cuya suerte se lamenta es aun en esta vida mucho mas feliz que la suya.

Pudiera desde luego citarle una infinidad de cristianos de todos estados que, por una dichosa costumbre contraida en el bien, viven en una perfecta alegría. Estas almas santas y generosas, que han hollado las grandezas y los honores del mundo por servir a Jesucristo en el retiro, darian testimonio de si es amable y suave de llevar su yugo; pero para convencer mas completamente al incrédulo, que pregunte él mismo á esos hombres á quienes la gracia de Dios ha separado del libertinage y de la impiedad, y sabrá de su boca que desde que se volvieron á Jesucristo han gozado de un contento y de una satisfaccion que jamas hallaron en todos cuantos placeres y pasatiempos ponderan los mundanos. Si no se comprende la felicidad que gozan los cristianos penitentes,

esto no da derecho alguno para negar su realidad; si asi fuera, los ciegos de nacimiento tendrian derecho para negar que hay colores agradables; y los sordos tendrian razon de colocar en el número de las quimeras los placeres de la música.

Es bien doloroso que no se conozcan en el mundo los consuelos y las dulzuras con que el Señor recompensa en esta vida á los que le sirven: entonces se codiciaría la virtud, y el cristiano sería reconocido por el mas dichoso. Es verdad que está obligado á dominarse para conformar su vida con las reglas del Evangelio: le cuesta algun trabajo el resistir al torrente de las pasiones, de la costumbre y del ejemplo; pero el deseo que tiene de vencer dulcifica sus trabajos, y el placer de la victoria le indemniza de todos sus combates: siguiendo una Religion que perfecciona el entendimiento y al corazon, goza de una dichosa libertad. Como la inocencia está desterrada de casi todos los placeres de los mundanos, el cristiano no quiere otros que los que permite la Religion, y no envidia en nada á los que se buscan en el mundo. Sus ejercicios de piedad son para él una santa ocupacion; el amor que tiene á Dios, el deseo de poseerle le infunden continuamente nuevo ánimo para trabajar en su perfeccion: el cántico de las divinas alabanzas, las augustas ceremonias que acompañan al culto que se tributa á Dios en nuestros templos, las verdades eternas que en ellos escucha, en donde se dan lecciones de todas las virtudes, y de donde se declama enérgicamente contra todos los vicios, le proporcionan mas júbilo que el que gustaría en los espectáculos decorados con la pompa del mundo. Su fidelidad en el cumplimiento de sus deberes,

y la paz de una buena conciencia, derraman en su alma el mayor contento. Si tiene la dicha de poseer las virtudes cristianas, hasta obliga al mismo impío á que le respete. Por su humildad se hace superior á todos los hombres, y en medio de los ultrajes tiene una heróica tranquilidad que le hace superior á sus enemigos. No decimos que esté al abrigo de todas las desgracias; pero en las mayores pruebas la Religion le suministra sólidos consuelos, y reprime sus quejas con los santos pensamientos que le inspira. Persuadido eficazmente de que merece los males que sufre, los mira como una expiacion debida á la Magestad divina, y como un nuevo derecho de aspirar á la felicidad. Si considera la justicia de su Dios, este temor filial está templado con la memoria de sus misericordias infinitas. Cuando es necesario pagar el tributo á la muerte, la naturaleza se estremece, pero el espíritu y el corazon están resignados. El cristiano que considera este último momento como el fin de su destierro, deja sin pena una tierra á la cual no está asido: la sangre y los méritos de Jesucristo le inspiran una verdadera confianza; muere entre los brazos de la Providencia, sueño feliz que le libra de tantas miserias. Si, á pesar de las brillantes pruebas que creía tener de su religion, ésta se hallase falsa, su error, aun en el sistema del incrédulo, no puede ser castigado. Habrá hecho ciertamente algunos sacrificios; se habra tomado, si se quiere, algunos trabajos que serán perdidos; todo esto es lo que le puede suceder de mas pesado: pero tambien si su creencia es verdadera, ¡qué gozo! ¡qué contento! ¿en qué torrente de delicicias no se hallará? Unos trabajos ligeros y momentaneos son recompensa-

dos con una eternidad de dichas que nada podrá alterar. Por consiguiente ha tenido razon para aventurar lo perecedero por ganar lo infinito.

Vamos ahora al incrédulo, y veamos si la supuesta felicidad que le sirve de pretexto para permanecer en la incredulidad, es tan grande como dice.

Confieso que entregándose á los deseos corrompidos de su corazon, y concediendo á los sentidos todo lo que piden, se gozan algunas satisfacciones prohibidas al cristiano; pero jamas nos persuadirá de que es feliz. Por el contrario si su estado, independientemente de lo que la fé nos enseña, fuese bien examinado, lejos de desearle, no se haría mas que alejarse de él. Por ventura ¿no está sujeto á las enfermedades comunes á todos los hombres? Su incredulidad ¿le pone á cubierto de las desgracias y de las injusticias que inundan la tierra? El deleite ¿hace á su corazon inaccesible al pesar? ¿Corresponde todo á sus deseos? ¿No hallan obstáculos sus pasiones? ¡Qué violencias para satisfacerlas! ¡Cuántas consideraciones que guardar! ¡Qué de deferencias ácia el ídolo que inciensa! ¿Será insensible á las ingratitudes y á las perfidias que experimente? ¡Cuántos rivales que trastornan sus designios! La envidia, el encono, el espíritu de venganza ¿no despedazan frecuentemente su corazon? ¿Nada le cuesta tampoco resistir á la autoridad divina? ¡Desgraciado! en el mismo seno de los placeres, por mas que vuele de unos objetos á otros para obcecarse, no puede sofocar enteramente los gritos de aquella conciencia que le reprende sus desórdenes. En vano procura persuadirse de que el alma perece con el cuerpo; las ideas que es-

tán dentro de nosotros, combaten este aniquilamiento que él desea, y le dicen que despues de esta vida habrá otra. El horror que los hombres tienen naturalmente al crímen, los suplicios con que los castiga la sociedad, le anuncian un Dios vengador que tarde ó temprano castigará sus excesos. No, no: no hay paz para el hombre que se abandona á sus pasiones. Todos los que viven agitados en el torbellino del mundo lo acreditan diariamente. Como corren, sin saber á dónde van, en pos de varios fantasmas de gloria y de fortuna, su corazon jamas queda contento, y el hastío les acompaña siempre aun en aquello que parece mas brillante y mas lisonjero.

Concedamos, sin embargo, al incrédulo lo que él se imagina. Supongamos que á fuerza de cometer la iniquidad, halla el secreto de alejar los sinsabores que se hallan en los mayores placeres; siempre es una verdad que no puede contradecir, y cuya memoria le es muy amarga, que la felicidad que tanto alaba no puede durar siempre; sabe muy bien que es forzoso morir. La disolucion, la destemplanza, de donde nacen los males mas vergonzosos, acortan tambien sus dias. Ya veo á este incrédulo herido de la enfermedad que le va á conducir al sepulcro: tendido sobre el lecho del dolor, abandonado de las criaturas que mas amó, está entregado á la pena mas profunda. Dirigidos sus llantos á objetos que no pueden escucharle, cae en un furor que acrecienta sus males: víctima á un mismo tiempo de su desgracia y de su desesperacion, no halla consuelo alguno ni en sí mismo ni en los demas: todo le aflige. La idea de que es necesario dejar el mundo y cuanto posee, es un tormento que se hace sentir en lo

mas íntimo de su alma. La impiedad que habia formado sus delicias, viene á ser su cruel verdugo mas implacable: si rehusa los auxilios espirituales que la Religion le ofrece, por lo menos se ve precisado á temer lo que no quiere creer: muere temblando de horror, lleno de despecho, y sin otra esperanza que caer en la nada de donde las manos de Dios le han sacado.

¿En dónde está, pues, la supuesta felicidad del impío? Si ha gozado algunos placeres, han sido bien cortos; pero si hay un Dios vengador á quien no ha querido conocer, si lo que cree el cristiano es verdad, ¡qué suerte tan espantosa! ¿no causa horror solo su idea? Nosotros no sabemos sino por la fé lo que pasa en la otra vida; mas ella nos muestra al hombre incrédulo despues de la muerte en los fuegos devoradores víctima eterna de las divinas venganzas. Él ha sido, durante su vida, esclavo de la ambicion, del deleite, y de las mas débiles criaturas; véase ya en las simas del infierno, esclavo de los esclavos, y entregado á los tormentos mas crueles. El consejo que se le daba era el de la prudencia y de la discrecion; se alucinó sobre su estado y sobre el del cristiano; ha contrariado á todas las luces de su razon, y se ve por su culpa eternamente desgraciado.

Hagamos hablar aqui á Pascal: su discurso, que hizo abrir los ojos á tantos incrédulos, hará mucha mas fuerza en su boca. *No culpes de falsedad*, *dice* (Pensam. artic. 7) *á los que han hecho una eleccion, porque no sabes si han errado ó hecho mala eleccion. No, dirás; pero los culparé de haber hecho no esta eleccion, sino una eleccion; y el que pide cara y el qué pide cruz, ambos yerran; lo seguro es no apostar.*

*Sí; pero es forzoso apostar; esto no es vo-*

*luntario: estás precisado; y no apostar que hay Dios, es apostar que no le hay. ¿Qué pides, pues? Pesemos la ganancia y la pérdida: tomando el partido de creer que hay Dios, si ganas lo ganas todo, y si pierdes nada pierdes: apuesta, pues, sin vacilar que le hay.—Sí, es necesario apostar; pero yo apuesto acaso demasiado. Veamos, pues que hay igual suerte de ganar y de perder.—Aun cuando no tuvieras mas que dos vidas que ganar por una, aun podrias apostar; y si hubiera diez que ganar, serias imprudente en no aventurar tu vida por ganar diez en un juego donde hay igual suerte de ganar que de perder; pero hay aqui una infinidad de vidas infinitamente dichosas que ganar, con igual suerte de perder ó ganar; y lo que juegas es tan poco y de tan corta duracion, que es una locura escasearlo en esta ocasion.*

*Porque, de nada sirve decir que es incierto si se ganará, y que es cierto que se aventura; y que la infinita distancia que hay entre la certidumbre de lo que se expone y la incertidumbre de lo que se ganará, iguala el bien finito que se expone ciertamente, al infinito que es incierto. Esto no es asi: todo jugador aventura con certidumbre para ganar con incertidumbre; y sin embargo arriesga ciertamente lo finito por ganar inciertamente lo finito sin pecar contra la razon. No hay infinidad de distancia entre esta certidumbre de lo que se expone y la incertidumbre de la ganancia; esto es falso: hay à la verdad infinidad entre la certidumbre de ganar y la certidumbre de perder; pero la incertidumbre de ganar es proporcionada à la certidumbre de lo que se arriesga, segun la proporcion de las suertes de ganancia y de pérdida; y de ahi viene que si hay tanta aventura de una parte como de otra, el partido es jugar igual contra igual, y entonces la certidumbre de lo que se expone es igual á la incertidumbre de la ganancia; está muy lejos de*

*ser infinitamente distante; y asi mi proposicion tiene una fuerza infinita, no aventurándose mas que lo finito à un juego en que hay igual suerte de ganar que de perder, y lo infinito que ganar. Esto es demostrativo, y si los hombres son susceptibles de algunas verdades, lo deben ser de estas.*

*Lo confieso y lo reconozco; pero añado: ¿no habria otro medio de ver con un poco mas claridad?* (Sigue hablando Pascal): *Sí, por medio de la Escritura y por todas las otras pruebas de la Religion, que son infinitas. Los que esperan su salvacion,* dirás, *son dichosos en esto; pero tienen por contrapeso el temor del infierno. Mas ¿quién tiene mayor motivo para temer el infierno, el que vive en la ignorancia de si hay un infierno y en la certidumbre de condenacion si le hay; ó el que està en la cierta persuasion de que hay infierno, y en la esperanza de salvarse si este infierno existe? Todo el que no teniendo mas que ocho dias de vida, no juzgase que el partido es creer que todo esto no es mas que un golpe de suerte, hubiera perdido enteramente el juicio: si las pasiones, pues, no nos dominasen, ocho dias y cien años son una misma cosa.*

*¿Qué mal te sucederá tomando este partido? Serás fiel, honrado, humilde, agradecido, benéfico, sincero, veraz: es verdad que no disfrutarás de los placeres pestilentes de la gloria ni de las delicias mundanas; ¿pero no tendràs otros? Yo te aseguro que ganarás en esta vida, y que à cada paso que dieres en este camino, verás tanta certidumbre de ganancia y tan poca en lo que aventuras, que conoceràs al fin que has apostado por una cosa cierta é infinita, y que nada has dado para conseguirlo.*

*Diràs que estás formado de tal suerte que no puedes creer: conoce à lo menos tu impotencia para creer, pues que la razon te conduce á ello, y que sin embargo no puedes creer. Trabaja, pues,*

*en convencerte, no por el aumento de las pruebas de Dios, sino por la diminucion de tus pasiones. Quieres ir á la fé, y no sabes el camino: quieres curarte de la infidelidad y pides los remedios; apréndelos de aquellos que han sido tales como tú, y que al presente no tienen duda alguna. Ellos saben este camino que quisieras seguir, y se han curado de un mal de que quieres curarte; sigue el método que ellos han comenzado; imita sus acciones exteriores: si con esto no puedes entrar en sus disposiciones interiores, deja esos vanos entretenimientos que te ocupan enteramente. Hubiera yo dejado bien pronto esos placeres, dices, si tuviera fé; y yo te digo que tendrías bien pronto la fé si hubieras dejado esos placeres; luego á tí te toca el comenzar. Si yo pudiera te daría la fé; no puedo, ni por consiguiente experimentar la verdad de lo que dices; pero tú puedes bien dejar esos placeres, y experimentar si lo que yo digo es verdad.*

Estos raciocinios de Pascal son convincentes. Ya no se trata sino de amar la verdad, y de tener un poco de firmeza para abrazarla. Hemos empleado todos nuestros esfuerzos para atraer al conocimiento de la verdad á los que han tenido la desgracia de abandonarla. La divinidad de la Religion cristiana queda puesta en el mayor grado de claridad. Ya no nos resta mas que cumplir la promesa que hemos hecho de responder á una objecion sacada de las controversias que se suscitan en la Iglesia; y esto es lo que nos empeña á añadir los dos capítulos siguientes, á fin de que los incrédulos que quieran entrar en el número de los verdaderos discípulos de Jesucristo, se adhieran á su Iglesia, fuera de la cual no hay salvacion.

## CAPÍTULO XLI.

*La Iglesia de Jesucristo tiene caracteres que la distinguen de todas las sectas.*

Es necesario confesar que lo que causa el grande escándalo del cristianismo, son esas sectas opuestas unas á otras sobre puntos esenciales que interesan á la fé. Todas estas congregaciones que nos dividen reconocen á Jesucristo por el Enviado de Dios, y hacen profesion de seguir su doctrina; sin embargo, las máximas que enseñan son totalmente contrarias, pues los unos niegan lo que los otros afirman; y como la verdad es una, y no se puede hallar en proposiciones contradictorias, es claro que de tantas congregaciones opuestas, no hay mas que una que siga la verdadera doctrina, y que las otras se apartan de ella.

En semejantes circunstancias el cristiano debe hacer uso de sus luces, y poner toda su atencion en discernir la verdad de la mentira. Jesucristo, que es la misma sabiduría, estableciendo una Iglesia para dirigir á los fieles en la fé, debió darle unas señales sensibles para que pudiésemos distinguirla de las sectas que enseñan el error. Asi es que en la Santa Escritura se compara á una montaña encumbrada á donde deben acudir todas las naciones. Jesucristo y sus apóstoles nos la muestran como una columna de verdad, apoyada sobre fundamentos indestructibles: nos la representan como una luz siempre presente y siempre brillante, para disipar las nubes que el entendimiento temerario y orgulloso podria formar. Por otra parte, las promesas solemnes que ella ha recibido de su

divino Gefe son pruebas ciertas de que subsiste con el sagrado depósito de la fé. Se trata ahora de hallarla.

Los hereges de nuestros dias reconocen á la Iglesia de los cuatro primeros siglos por la verdadera Iglesia. Es necesario, pues, subir hasta este tiempo para saber de boca de los pastores que gobernaban entonces las señales que ellos tenian para distinguir la Iglesia de Jesucristo de las otras congregaciones. Nosotros las hallamos en el símbolo de Nicéa, que es un compendio de la creencia universal, y que los protestantes reconocen tambien como verdadero símbolo de la fé de los primeros siglos. Este símbolo dice en el artículo nono, que la Iglesia es *Una*, *Santa*, *Católica* y *Apostólica.* Pues con un poco de reflexion se percibe visiblemente que estos cuatro caractéres convienen á la Iglesia romana, conocida bajo el nombre de *Católica*; y que ella es aquella Iglesia edificada sobre la piedra contra la cual jamas han prevalecido ni prevalecerán las puertas del Infierno.

1.º Es *Una*: Todos los fieles que la componen no constituyen mas que un solo cuerpo, no tienen mas que una misma cabeza y una misma fé: participan todos de unos mismos sacramentos, y viven bajo la obediencia de los pastores legítimos, establecidos para gobernarlos. La Iglesia católica ha conservado de tal modo la unidad, que siempre ha separado de su gremio á aquellos cuya fé es distinta de la suya. Si su disciplina ha variado en ciertas circunstancias, su fé ha sido invariable, ha preferido arrojar de su seno á sus hijos antes que permitir los mas mínimos errores. Fiel depositaria de los sagrados oráculos, no ha querido jamas tran-

sigir sobre la doctrina, lo que se prueba por las heregías de todos los siglos que ha anatematizado.

2.º La Iglesia romana tambien posee el caracter de *Santidad* atribuido á la verdadera Iglesia. Fuera de que ella enseña la misma doctrina y la misma Moral que Jesucristo y sus Apóstoles han enseñado, es Santa por los sabios preceptos que dá, y porque en su seno se forman todos los santos; es Santa por los sacramentos que presenta, por las prácticas de piedad que prescribe, por el espíritu de perfeccion que inspira, por el celo contra el vicio, que condena en cualquiera parte que le descubra, y hasta en los pastores que no viven conforme á las reglas que les están prescritas, por las leyes y sabios reglamentos que ella ha ordenado en los Concilios.

3.º La *Catolicidad*, caracter esencial de la Iglesia de Jesucristo, conviene igualmente á la Iglesia romana. Ella se extiende á todos los tiempos y á todos los lugares, lo que la distingue de un modo particular de las otras sociedades. Ella ha visto nacer todas las sectas, y las ha proscripto á todas: no hay ninguna á quien no pueda decir: *tú no existías ayer.* A su ministerio se ha confiado el cuidado de instruir á todas las naciones, y nosotros la vemos extendida por todas las partes del mundo, en donde ilumina á los pueblos con la luz del Evangelio. ¿Quién puede ignorar el celo de sus dignos ministros seculares y regulares que, diputados por el Soberano Pontífice, atraviesan los mares y penetran en las regiones mas remotas para llevar la fé á las naciones mas bárbaras? Allí es en donde, convertidos en otros Apóstoles, hacen conocer á Jesucristo á los idólatras,

y les anuncian su doctrina, que muchos, aun muy recientemente, acaban de sellar con su sangre.

4.º El otro caracter de la verdadera Iglesia es el ser *Apostólica*, esto es, que viene desde los Apóstoles hasta nosotros por una succesion no interrumpida y marcada de pastores que han succedido á los Apóstoles, enviados inmediatamente por Jesucristo. Pues la Iglesia romana posee tambien este caracter distintivo. El Papa que gobierna hoy es el succesor de san Pedro, y los pastores de la Iglesia son succesores de los Apóstoles; y este es un argumento invencible que siempre se ha opuesto á todas las sectas, al cual jamas pudieron responder.

En efecto, subamos al orígen del cristianismo, y examinemos lo que ha pasado. Ya hemos dicho que Jesucristo, despues de haber manifestado su mision en Jerusalen y en la Judéa, estableció un tribunal, é instituyó ministros, cuyos succesores pudiesen llenar su lugar y sus funciones. A los Apóstoles y á sus succesores, y principalmente á san Pedro, es á quienes Jesucristo vinculó el ejercicio de su autoridad, y los privilegios con que quiso agraciar á su Iglesia, diciendo á san Pedro: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra estableceré mi Iglesia* (san Mat. cap. XVI vers. 18). Él le ha establecido el centro y la unidad de la fé, para tener unidos á ella á los pastores y á los fieles, diciendo á los Apóstoles: *Id, enseñad y bautizad las naciones: yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos.* (Id. cap. XXVIII vers. 19 y 20). Él ha dado su mision á los Apóstoles y á sus succesores, y los ha hecho jueces de las controversias que se podrian suscitar sobre la fé. El succesor

de san Pedro, y los Obispos que han succedido á los Apóstoles, forman el tribunal espiritual establecido por el Hijo de Dios para transmitirnos su doctrina: tribunal revestido de su autoridad, asegurado de su asistencia; y que, segun sus divinas promesas, no puede jamas engañarnos. Si hubiese diferentes tribunales independientes unos de otros, y que no tuviesen correspondencia entre sí, no sería un mismo espíritu y un mismo gobierno. Para perpetuar la misma doctrina y las mismas máximas, es absolutamente necesaria la subordinacion, sin la cual no se vería sino desórden y confusion. Asi como toca al Ministro de los Príncipes el manifestar sus intenciones, y á los Magistrados establecidos el explicar las leyes, sin que sea permitido á los particulares interpretarlas y hacerse jueces de ellas; del mismo modo á los pastores, succesores de san Pedro y de los Apóstoles, es á quienes pertenece solamente decidir en las controversias sobre la fé.

De aqui es facil concluir que la Iglesia católica es la verdadera Iglesia á quien debemos escuchar, con exclusion de todas las otras asociaciones. Hace mas de diez y ocho siglos que se halla en ella una succesion continuada y no interrumpida de cabezas y pastores. Tenemos la lista de todos los Papas que se han succedido unos á otros desde san Pedro. Los Obispos actuales fueron ordenados por otros Obispos, que subiendo de siglo en siglo por una succesion no interrumpida, recibieron su mision de los Apostoles. De todos los Obispos que gobernaron, ninguno fue tenido por legitimo en la Iglesia catolica, sino en cuanto estaba unido con el Pontifice romano por la misma comunion de una misma doctrina y de una misma fé. Si hubo algun cisma;

si se suscitaron algunas disputas por saber quién era el verdadero succesor de san Pedro, no por esto se interrumpió la succesion.

La Iglesia romana tiene, pues, la gloria de poseer los cuatro caractéres distintivos anunciados en el símbolo de Nicéa: es *Una*, *Santa*, *Católica* y *Apostólica*; por consiguiente es la verdadera Iglesia de Jesucristo, cuya luz ha sido siempre resplandeciente, y la cual jamas ha experimentado opacidad alguna.

En medio de aquella multitud de sectas que se agolparon en el segundo y tercer siglo, Celso, aquel famoso enemigo del nombre cristiano, notó siempre una Iglesia distinguida de todas las otras Iglesias y mas numerosa, á la que miraba como el tronco del cual las otras no eran sino como unas ramas separadas, y la llamaba la grande Iglesia. *Hay entre los cristianos*, decia (apud Orig.) *quienes no reconocen las tradiciones de los judíos*, *pero la grande Iglesia las recibe*; y asi Celso dirigia todos sus tiros contra ella, y perdonaba á las cismáticas, aunque por su conducta le daban materia para perseguirlas.

La Iglesia romana, á quien Celso llamaba la grande Iglesia, compuesta de la Iglesia de Roma y de todas las Iglesias particulares sometidas á la autoridad del Papa, fue mirada siempre como la única Iglesia, y en todas las controversias sobre Religion, la doctrina del mayor número de los primeros pastores unidos á la Cabeza ha hecho regla de fé: luego Dios es quien habla, y nosotros no podemos jamas ser engañados.

Entre todos los pastores el Pontífice romano, á quien llamamos Papa, ocupa el primer lugar. Como san Pedro fué el vicario de Jesu-

cristo, el succesor del Príncipe de los Apóstoles recibe por succesion el mismo poder y la misma autoridad que se confió á san Pedro: esta dignidad y esta preeminencia del Pontífice romano era conocida de los paganos. Ammiano Marcelino nos dice que el emperador Constancio hizo sus esfuerzos para hacer que el Papa Liberio condenase á san Atanasio. *Emprendió*, dice el autor pagano, *hacerle condenar por la autoridad que el Obispo de Roma, ó de la ciudad eterna, tenia sobre los otros Obispos; pero no pudo conseguirlo por la resistencia que halló en el Papa Liberio, que rehusó siempre constantemente hacer lo que el Emperador pedia, y el cual exclamó frecuentemente que miraba como el mayor de todos los crímenes el condenar á un hombre sin haberle visto ni oido.* (Amm. Marcel. lib. 15).

De todas las sectas en que está dividido el cristianismo, sola la Iglesia católica sube por su antigüedad hasta el tiempo de los Apóstoles. Se sabe el principio y progresos de todas las sectas: trescientos y veinte años ha la iglesia de Calvino y de Lutero no existían, pues que estos heresiarcas aun no estaban en el mundo.

No queremos de ningun modo entrar aqui en contestacion con los pretendidos reformados, ni aun menos atribuirles la desgracia de su nacimiento; por el contrario nos lamentamos de su suerte. Mas por fuertes que sean las preocupaciones, siempre se pueden disipar y vencer los obstáculos que se oponen á la salvacion. Los extravíos son demasiado frecuentes en el mundo para no vivir precavidos, y toca á los fieles el precaucionarse contra el error. Lutero y Calvino no tenian mision alguna: el espíritu de libertinage y de independencia es quien los ha dirigido, y el escándalo que han causado es de-

masiado público para que se pueda ignorar. Es visible, y mas claro que el dia, que los luteranos y calvinistas rompiendo el vínculo de la unidad, abandonaron la verdad. Las variaciones en que han caido, los artificios que han empleado, y las calumnias que sus escritores han divulgado tan injustamente contra los católicos, son caractéres distintivos y propios de todas las heregías, de quienes siempre ha triunfado la Iglesia.

El ilustrísimo Bossuet nada ha omitido para hacer abrir los ojos á nuestros hermanos errantes. Sus obras, que le inmortalizan, están llenas de rasgos luminosos, y sola su *Historia de las Variaciones* confundirá siempre á los partidarios de Lutero y de Calvino; y hallamos hasta en sus propias confesiones armas contra ellos. Convienen en que la Iglesia que reconoce por cabeza visible al obispo de Roma, era la verdadera Iglesia en los cinco primeros siglos. Pues si la Iglesia católica, que nosotros llamamos *Romana*, era entonces la Iglesia de Jesucristo, se sigue que aun lo es, pues que la verdadera Iglesia jamas pudo caer en error en razon de las promesas de Jesucristo, que son infalibles. La que por algun tiempo ha sido verdadera Iglesia, lo será siempre; y el separarse de ella, es pronunciar su condenacion.

No es esto lo mas; pues á pesar de los anatemas fulminados contra ellos, ellos mismos han confesado en muchas ocasiones que se puede conseguir la salvacion en la Religion católica (1). Los doctores luteranos y calvinistas,

(1) Los Ministros protestantes del partido de Henrique IV convinieron, á presencia de este Príncipe, en que se podia conseguir la salvacion en la Iglesia cató-

consultados por los potentados, han reconocido constantemente sobre estos principios, que los católicos tienen todos los artículos esenciales á la fé: con esto no hay ya necesidad de entrar en discusiones interminables: semejantes confesiones son decisivas.

Los luteranos y calvinistas, habiendo sacudido el yugo de la autoridad, ya no tienen regla cierta sobre qué poder apoyar su fé. Ellos dicen que creen la palabra de Dios, contenida en las santas Escrituras: á todos remiten á este examen particular, sin reparar que esto es impracticable á la mayor parte de los hombres, y que solo el camino de la autoridad puede remediar la flaqueza de los simples. La fé sin duda está contenida en los libros sagrados y en la tradicion; pero esta Escritura santa no se explica por sí misma. ¿Acaso no ha sido ella en todos tiempos, por la malicia del espíritu humano, la ocasion de todos los debates que hubo en la Iglesia? ¿No es ella tambien en la actualidad la que divide á los luteranos de los calvinistas, de los cuales han salido ya mas de veinte sectas diferentes? *La máxima de examinar cada uno por sí mismo* (dice Bossuet *Instrucc. sobre la Igles.*), *todo lo pone en disputa*, *y nada en paz.* Remitir los hombres al examen particular, es abrir la puerta á todas las heregías. Una vez que no hay autoridad, cada uno será dueño de su opinion, y el pueblo grosero que no sabe leer, se hallará sin Religion. El juicio particular está demasiado sujeto á error para atenerse á su decision. Los ministros de la reforma lo

---

lica, y los doctores luteranos dieron la misma decision en 1707 á la princesa de Volfembutel, esposa del emperador Carlos VI.

han comprendido mas de una vez; y asi han dispuesto expresamente que se estuviese á lo decidido en sus sínodos; y esta es la regla que han seguido los calvinistas en el sínodo de Dordrech.

En materia de fé es necesario dejarse dirigir por la autoridad á que Dios nos ha sometido; y hé aqui una reflexion de las mas luminosas que acabará de convencer. Los libros santos no han sido la primera regla de nuestra creencia. El cristianismo se estableció antes que tuviésemos el Evangelio por escrito. Jesucristo no ha mandado examinar la santa palabra escrita, sino escuchar la voz de los pastores. *Quien á vosotros oye, á mí me oye; y quien á vosotros desprecia, á mí me desprecia.* (San Luc. cap. X, vers. 16). Cuando envió á sus discípulos á predicar les dijo: *Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura; el que creyere y fuere bautizado será salvo; mas el que no creyere será condenado.* (San Marc. cap. XVI, vers. 15 y 16). La mision, pues, y la enseñanza de los pastores es precedente al Evangelio, que no fue escrito por primera vez por san Mateo, sino siete años despues de la muerte de Jesucristo. Los mismos Apóstoles fueron los que en adelante declararon que las verdades de nuestra fé se contenian en los Evangelios que ellos nos dejaban. Cuando se quisiera atenerse á la Escritura, sin admitir otras reglas, no se podria jamas convenir en su verdadero sentido. Cada sociedad, cada particular, creyéndose con derecho de seguir su espíritu particular, interpretaría el Evangelio á su modo, y le explicaría en sentidos contrarios: juzgaría tener la verdadera doctrina de Jesucristo, al mismo tiempo que estaría metido en el error.

Es, pues, un abuso y un grande extravío querer, con desprecio de toda autoridad, buscar por sí mismo la fé en los sagrados libros. Es forzoso atenerse á la enseñanza de los pastores enviados por Jesucristo para instruir á los hombres. Esta es la regla que este divino Legislador nos ha prescrito sábiamente, y de la que jamas debemos apartarnos. Pues estos pastores legítimos, enviados por Jesucristo, á quienes él ha prometido su asistencia y su especial proteccion, se hallan en la Iglesia católica, como lo hemos demostrado; y por consiguiente ella es la única Iglesia en donde deben vivir todos los que quieran salvarse.

El sabio Bossuet, que ha profundizado todas estas cuestiones, nos dá reglas ciertas é infalibles para hallar siempre la verdad y disipar las dudas en las controversias que se suscitan sobre la fé; y como estas reglas están apoyadas en la autoridad de Jesucristo, los que se apartaren de ellas caerán siempre en el error. "Todo consiste, dice este sábio (*Instrucc. sobre* »*la Igles.*) en comprender bien estas seis líneas »del Evangelio, en las que Jesucristo ha pro»metido en términos claros y precisos, y tan »claros como el sol, el estar todos los dias con »los pastores de su Iglesia hasta el fin de los »siglos. Jesucristo comprende en estas seis lí»neas todos los caminos que nos conducen á la »verdad."

El mismo Bossuet en otro lugar se explica aun mas claramente, y nos muestra el centro de la unidad al cual es necesario estar firmemente unidos. "Cuando Jesucristo, añade el »ilustre Prelado (*Ib.* y *Discurs. á la Congreg.* »*del clero en* 1682), ha dicho á sus Apóstoles: »*Yo estoy con vosotros*, Pedro estaba allí con

»los demas, pero estaba allí con su prerogati-»va como el primero de los dispensadores; es-»taba allí con el nombre misterioso de *piedra*, »que Jesucristo le habia dado para manifestar »la solidez y la fuerza de su ministerio: estaba, »en fin, allí como el primero que debia anun-»ciar la fé en nombre de sus hermanos los Após-»toles, confirmarlos en ella, y venir á ser por »esto la piedra sobre la cual se fundaría un edi-»ficio eterno. Jesucristo habló á sus succesores »como habló á los de los otros Apóstoles, y el »ministerio de Pedro ha venido á ser ordinario »y fundamental en toda la Iglesia. No se diga, »pues, que este ministerio de Pedro acabó con »él; lo que debe servir de sustentáculo á una »Iglesia eterna no puede tener fin...... Pedro »hablará siempre en su cátedra, y estó es lo »que confirman seiscientos Obispos en el con-»cilio de Calcedonia. San Pablo, vuelto del »tercer cielo, viene á ver á Pedro para dar la »forma á los siglos futuros, y para que siem-»pre quedase establecido que, por mas docto y »santo que uno sea, es necesario ver á Pedro.... »Roma, destinada á ser la cabeza de la Reli-»gion y de la Iglesia, debe venir á ser por esta »razon la Iglesia propia de san Pedro: asi es »que se fijó y estableció en Roma la cátedra »eterna; y allí ésta Iglesia romana, enseñada »por san Pedro y sus succesores, no conoce »heregía alguna.... La Iglesia romana es siem-»pre Virgen, la fé romana es siempre la fé de »la Iglesia; se cree siempre lo que se ha crei-do; la misma voz resuena por todas partes, y »Pedro permanece en sus succesores siendo el »fundamento de los fieles; Jesucristo es quien »lo ha dicho; y antes pasarán el cielo y la tier-»ra que falte su palabra.»

Hé aqui los principios que se han seguido siempre en la Iglesia de Jesucristo que suministran á los fieles, como se vé, medios y reglas infalibles para aclarar la verdad de esas numerosas sectas en que está dividido el cristianismo. Es una gran desgracia entregarse á todo género de doctrina, y no puede lamentarse bastante la suerte de aquellos que desprecian la autoridad que Dios ha establecido; pero estas heregías y estos escándalos, de que los incrédulos se prevalen, nada quitan á la verdad de la Religion cristiana, y esto es lo que tambien importa hacer conocer. Una vez que se disipen las preocupaciones, será mas facil la conversion.

## CAPÍTULO XLII.

### *Las heregías y los escándalos en nada perjudican à la verdad de la Religion.*

El cristiano virtuoso é ilustrado que lee en las santas Escrituras que habrá heregías y escándalos, los vé venir sin que se turbe su fé. Lejos de seguir los ejemplos perniciosos, la flaqueza de los otros le descubre mas de cerca la suya, y se precave contra sí mismo. Nada á la verdad nos humilla mas ni prueba mejor los extravíos del entendimiento humano, que la contrariedad de opiniones en que está dividido el cristianismo; mas estos errores, por funestos que sean, en nada perjudican á la verdad de la Religion, cuya divinidad reconocen los luteranos, los calvinistas y los demas hereges. Por otra parte, ¿no tenemos nosotros medios para distinguir lo verdadero de lo falso? Desde que sabemos que la Iglesia católica es á quien Je-

sucristo ha confiado el sagrado depósito de su fé, quedan disipadas las nubes, y ya no hay obstáculo para descubrir la verdad, hallando en esta Iglesia una guia fiel que no puede engañarnos, pues que, en virtud de las divinas promesas, el Espíritu Santo preside siempre sus decisiones.

Todos los siglos han producido heregías. Dios las ha permitido, ya para separar á los fieles de los que no lo son; ya para excitar el celo y vigilancia de los primeros pastores; pero el Señor ha sabido sacar de ellas un bien, y convertirlas en provecho nuestro; porque si estas sectas, que siempre se han desencadenado contra la Iglesia, han hecho grandes estragos entre sus hijos, se puede decir tambien que no han contribuido poco á su gloria. Asi como los judíos, enemigos declarados del cristianismo, sirven para confundir á los paganos, y son una prueba permanente de la divinidad de las santas Escrituras, del mismo modo las sectas antiguas son los mas auténticos testimonios de que ella jamas ha variado en la fé. Todos los combates que ha tenido que sostener contra tantos novadores, le sirven para probar la antigüedad de sus dogmas, y que ella ha creido siempre lo que cree hoy dia. Desde el segundo siglo se veían una multitud de heregías. Tertuliano, que era una de sus mas vivas lumbreras, respondia á los que se escandalizaban de ellas, que *no habia por qué admirarse mas de esto que de la fiebre y de las otras enfermedades*, y *que mas motivo habria de escandalizarse si no sucediesen despues de haber sido tan distintamente pronosticadas* (Tertul. *de Præscript.* cap. XII). Lo que decia Tertuliano de las heregías se puede aplicar tambien á los escándalos.

Es muy cierto que entre los cristianos hay un gran número que se apartan de la Moral del Evangelio, y que por sus obras renuncian al Dios que adoran; pero estos escándalos de que se prevale la incredulidad, ningun perjuicio causan á la verdad de la Religion de Jesucristo. Ella tiene toda la gloria de las virtudes que practican los fieles, porque las inspira, y porque proporciona los medios para adquirirlas; pero no deben imputársele los delitos que los cristianos cometen, supuesto que los condena y que amenaza con los mas espantosos suplicios á los que se entregan á ellos.

Los santos han deplorado siempre los desórdenes, y mas particularmente los que notaban en el clero: testigos de la relajacion de la disciplina, echaban menos aquellos dias de fervor en que los pueblos y los ministros no se ocupaban mas que en los intereses de Dios y de su propia santificacion. *Quién me diera*, dice san Bernardo en su carta al Papa Eugenio, *quién me diera ver antes de morir la Iglesia de Dios como era en los primeros dias!* Cuantos grandes doctores y santos personages ha habido, tuvieron los mismos deseos. Pero como sabian que la malicia de los hombres no puede destruir la obra de Dios, su fé no se debilitaba por eso. Veían los males que afligian á la Iglesia, y admiraban la Providencia, que sabia segun sus promesas conservar la fé. Si no conseguian la reforma que deseaban, se consideraban felices en tener una entera libertad para efectuarla en sí mismos.

No es extraño que entre la multitud de hombres destinados al ministerio de los altares, se hallen algunos que se aparten de sus deberes. La fragilidad humana se halla por todas par-

tes, y no se recibe la impecabilidad con los sagrados órdenes; pero estos escándalos que se pretende alegar para desacreditar la Religion, no se deben atribuir á la Iglesia, que siempre ha llorado la corrupcion de sus hijos. Se ha de juzgar de su santidad por sus instrucciones y decisiones, y no por la conducta de sus miembros. Si algunos individuos se hacen despreciables por una conducta escandalosa, no por eso el cuerpo es menos respetable ni menos santo. En el campo del padre de familias hay grano bueno y malo. Gracias al cielo por todas partes se ve una multitud innumerable de dignos y respetables ministros, cuya conducta corresponde perfectamente al sagrado caracter que los distingue. En todos los órdenes del ministerio se hallan ministros virtuosos que no se ocupan sino en la salvacion de las almas y en su propia santificacion. Se fija la atencion en los que escandalizan, y no se quiere fijar en los que edifican. Los libertinos cuidan de exagerar los delitos y de abultarlos; pero obscurecen las virtudes; y si hablan de ellas es para motejarlas. Como quiera que sea; asi como la santidad de los unos no añade nada á la verdad de nuestra fé, tampoco la corrupcion de los otros debilita en manera alguna la autoridad de una Religion que proscribe todos los vicios.

Son sin duda grandes males los escándalos, pues ocasionan la caida de los débiles; pero las consecuencias que de ellos se sacan están muy mal deducidas. Podemos estar sinceramente persuadidos de la verdad de la Religion, y sin embargo faltar á los deberes que nos impone; pues no es mas dificil tener la fé y obrar contra ella, que tener la razon y obrar contra la razon. Como el efecto de las pasiones es obcecar

á los que esclavizan, ya no escuchamos nada, y traspasamos todos los límites á pesar de los precipicios que se nos presentan; y de aqui nace que tantos cristianos vivan de un modo tan contrario á su fé; bien saben los peligros á que se exponen teniendo una vida tan desarreglada; pero seducidos por los objetos terrenos jamas piensan en ello; y aunque crean en las promesas y en las amenazas del Evangelio, permanecen en el desórden contando demasiado con un tiempo, del cual no siendo dueños se ven privados de él antes de ejecutar proyectos de conversion; sea lo que fuere, el Evangelio es la regla que debe dirigirnos, y los extravíos de los demas jamas pueden cohonestar en nosotros ni los vicios ni la incredulidad.

La Iglesia, que se gobierna por el espíritu de su divina Cabeza, ha declamado siempre contra todos los desórdenes, y sería la mayor injusticia imputarle los crímenes que no ve sino con dolor. El Santo de los Santos que la protege de un modo visible, siempre la ha preservado de la corrupcion, y ella jamas pronunciará sino palabras saludables. ¿No es cosa maravillosa verla subsistir hoy lo mismo que en su origen, sin que la idolatría ni la impiedad que la rodeaban por todas partes, ni los tiranos, ni los hereges, ni los escándalos, ni el trascurso de los tiempos, que por sí solo basta para destruir las cosas humanas, hayan sido jamas capaces de alterar su Fé ó su Moral? Desde el principio del cristianismo ha formado estatutos que cuida de renovar de tiempo en tiempo; y cuando establece ó forma alguno de ellos, la sabiduría y el amor es quien la dirige. Instruidos los fieles de que su autoridad le viene de Jesucristo, siempre le han tenido el respeto y

la sumision que se le deben. Si se leyese el Evangelio, se vería que ella no ha sido sino el intérprete de la voluntad de Dios, y que el que desprecia á sus pastores y á sus ministros, desprecia al mismo Dios, conforme á aquellas palabras de Jesucristo: *Quien á vosotros oye, á mí me oye; y quien á vosotros desprecia, á mí me desprecia.* (San Luc. cap. X, vers. 16).

Los falsos pretextos del incrédulo quedan aniquilados con lo que acabamos de decir. En vista de esto, ¿qué disculpa pueden alegar para resistir á la divinidad del cristianismo que se manifiesta con tanta brillantez? Ya sé que la Religion exige sacrificios costosos á la naturaleza corrompida: pero aun cuando nos pidiese cosas mil veces mas difíciles, pues que se trata de una eternidad de condenacion ó de gloria, sería locura vacilar en ello. ¿Qué no se hace en esta vida por motivos infinitamente menos interesantes? A la mas ligera insinuacion del Príncipe se dejan los placeres y todo lo que es mas amable: se acude presurosamente á las banderas; se sufre el hambre, la sed, las injurias del aire; se arrostran los mayores peligros por defender la patria y agradar al Rey. Confieso que estos sentimientos son grandes y dignos de elogio: ¿pero no se debería tener el mismo anhelo por adquirir las recompensas eternas? Sin embargo de que no estamos en este mundo mas que para trabajar en nuestra salvacion, nada omitimos por las cosas terrenas, y descuidamos las del cielo. Cuanto mas elevado es uno, y cuantas mas luces y superioridad tiene sobre los otros, tanto mas debe manifestar su amor y reconocimiento para con Dios. El que no tiene estos sentimientos es un ingrato para con el mejor de los seño-

res; y su irreligion le hace el mas digno de compasion y el mas infeliz de todos los hombres. Aun cuando uno se viese en la mayor cumbre de la fortuna, aun cuando fuese del número de los mayores ingenios que se han distinguido en las academias, aun cuando por su valor y grandes proezas llegase á mandar todos los ejércitos, y su gloria volase hasta las extremidades del mundo, ¿qué hubiera conseguido si tiene la desgracia de ser condenado? ¿*Qué aprovecha al hombre*, dice Jesucristo, *si ganare todo el mundo y perdiere su alma*? (San Mat. cap. XVI, vers. 26). Es necesario, pues, que sirviendo á su Rey se sirva á Dios sobre todas las cosas, y no olvidar jamas que hay una alma que salvar. Dios no pide que ninguno deje el estado en que su providencia le ha colocado; puede uno santificarse en medio del mundo, y cumplir con todos los deberes de la sociedad sin faltar á los de cristiano. Se han visto santos en los ejércitos, en las córtes de los Príncipes, y hasta en el trono: y nosotros tenemos aun hoy á nuestra vista ejemplos brillantes que demuestran evidentemente que en la clase mas elevada pueden aunarse la virtud y los deberes del estado.

Concluyamos esta tercera parte recordando los grandes principios que nos deben dirigir. Hay un Dios Criador y Señor soberano del cielo y de la tierra: su imagen resplandece en todo el universo, y en cada una de sus partes separadamente; la mas osada impiedad no podria negarlo. Pues si existe un Dios debe ser temido, adorado y amado de sus criaturas segun lo exige. Siendo demasiado débil la luz de la razon para distinguir el culto que le debemos, ademas de esta luz natural que nos ha

dado á cada uno de nosotros, nos hizo oir su voz, y no se desdeñó de ser Legislador de los mortales. Las profecías, los milagros, la sangre de los mártires, los testimonios de los hombres mas sabios y mas científicos de todas las naciones, son como los sellos de la autoridad del Ser supremo que deben vencer todas las resistencias y someter á todos los entendimientos al yugo de la fé. Asi pensaba uno de los mayores ingenios de la Iglesia, hablo de san Agustin, que habia sido del número de los incrédulos. Las pasiones que se habian apoderado de su corazon le tuvieron mucho tiempo en el error; pero al fin convencido y entregado á la verdad, empleó sus talentos en defenderla, y llegó á ser una lumbrera y un modelo de santidad en la Iglesia. Hé aqui como se explica en su libro *De la utilidad de creer* (cap. IX).

"El hombre, dice, no puede abrazar la ver»dadera Religion sin el auxilio de una grave »autoridad, á la cual sea justo y razonable el »someterse; y es necesario al principio creer »cosas que no se comprenderán sino despues de »haberse hecho digno por una sabia conducta »de alcanzar su inteligencia." Pero ¿de qué modo se podrá conocer á qué autoridad sea justo y razonable someternos? "La sabiduría de »Dios ha proveido, responde san Agustin, por »medio de los oráculos de los Profetas, por la »humanidad y doctrina de Jesucristo, por los »viajes de los Apóstoles, por los sufrimientos »de los mártires, por los patíbulos á que estu»vieron amarrados, por la sangre que han der»ramado, y por la muerte que han sufrido, por »la vida edificante y ejemplar de los santos, y »por los milagros que se han obrado en los lu»gares, en los tiempos y en las circunstancias

»convenientes. Habiéndonos, pues, dado Dios »un auxilio tan poderoso, y habiéndonos suministrado y hecho ver un progreso tan prodigioso y tan admirable, ¿podemos tener la menor dificultad en arrojarnos con confianza, y »en mantenernos en el seno de una Iglesia, cuya autoridad se ha establecido hasta hacerse »conocer por todo el género humano desde la »silla Apostólica, siguiendo la succesion de »Obispos, á pesar de todos los inútiles esfuerzos »de los hereges que han sido condenados en »parte por la misma creencia de los pueblos, »por el peso de las decisiones de los concilios, »y tambien por el esplendor y magestad de los »milagros? Digamos, pues, que no querer reconocer esta autoridad como la mas respetable, y rehusar someterse á ella, es seguramente el colmo de la impiedad, ó efecto de »una arrogancia que nos precipita en el abismo."

Aunque el principal objeto de la cuarta parte en que vamos á entrar sea afianzar al cristiano en la fé, el incrédulo hallará en ella muchas cosas de que se puede aprovechar. Un hombre sábio abraza con ansia todo lo que le puede ilustrar, y está siempre pronto á abrazar la verdad, aun cuando se le presentase en aquello que le desagrada.

# CUARTA PARTE.

*El cristiano fortalecido en la fé.*

Por el conato que hemos puesto en desengañar al incrédulo, y vindicar los derechos de una Religion que él desconoce, esperamos que se fortalecerá la fé del cristiano. Queremos todavía trabajar mas en esto de un modo particular, para cortar, si es posible, los progresos del error. Como el trato frecuente é inevitable que tenemos con estas personas desgraciadamente preocupadas, podria llegar á ser peligroso, conviene suministrar algunos preservativos contra la seduccion; y esto es lo que nos mueve á añadir algunas reflexiones que, fortificando al cristiano en su creencia, le harán inaccesible á los tiros de la incredulidad.

Comienzo desde luego previniéndole que en todos tiempos ha habido incrédulos, y que siempre los habrá: como en medio de la corrupcion del mundo no es posible ver encadenadas todas las pasiones á los pies de la Religion, su doctrina y su Moral no pueden dejar de ser contradecidas. No hay siglo alguno en que ella no haya tenido enemigos. Desde que comenzó á extenderse se agitaron con mucho ardor las disputas. El Evangelio, que condenaba todas las demas religiones, le combatieron por espacio de mas de tres siglos los mas hábiles de entre los judios y de los paganos. Entre sus

ádversarios se hallaban especialmente tres, bien capaces de perjudicarnos; cuales fueron Celso, Porfirio y Juliano; y si la Religion hubiera tenido algun lado flaco, como ellos vivian en los primeros siglos, le hubieran advertido, y no hubieran dejado de descubrirle á los ojos del universo.

Celso era un filósofo educado en la escuela de Epicuro, que habia jurado la perdicion de los cristianos, y era mirado en su tiempo como un talento superior. Porfirio no fue menos temible que Celso. San Agustin dice que era el mas hábil de los filósofos. Habia abrazado al principio el cristianismo; pero dándose por ofendido de una reprension que recibió de los cristianos de Cesarea por su conducta, poco regular entonces, abrazó la secta de los platónicos, y empleó contra nosotros cuanta literatura y conocimientos tenia de las santas Escrituras. Los cristianos tuvieron tambien en Juliano un poderoso enemigo, y su calidad de emperador le ponia en estado de hacer cuantas pesquisas pudieran perjudicarnos.

Estos enemigos jurados del cristianismo no perdonaron medio de destruirle, ni se olvidaron de todo aquello que podia hacer odiosos á los cristianos. Llamaban á la fé de los fieles encanto, á los milagros de Jesucristo y de los Apostoles mágia, á los misterios absurdos, á las virtudes cristianas hipocresía, y á las prácticas de piedad pequeñez y supersticion. En sus artificiosos escritos se derramaron las calumnias mas atroces. Tertuliano, Orígenes y muchos hombres grandes defendieron con celo la causa del Evangelio; mas, á pesar de sus grandes luces y de su profunda sabiduría, el edificio de la Religion hubiera caido si no le hubiera sosteni-

do la mano del Todopoderoso. En efecto, todo conspiraba á hacer triunfar la mentira. Ademas de los escritos seductores de los filósofos, el hierro y el fuego, empleados por la crueldad de los tiranos, hacían mas peligrosas las objeciones; sin embargo, la fé lejos de debilitarse, se fortificaba de dia en dia: los combates y las persecuciones daban á Jesucristo nuevos adoradores. Los cristianos corrian al martirio y derramaban su sangre por sostener el Evangelio: señal evidente de la debilidad de las objecciones y de la solidez de las respuestas que se les daban.

No se puede recordar lo que pasaba entonces entre los cristianos, sin experimentar un acrecentamiento de nuestra fé. Preferian ser condenados á las minas, precipitados en la mar, devorados por las fieras y quemados vivos, á renunciar á su divino Maestro. ¿Hay cosa mas sublime ni mas tierna que las palabras del glorioso martir san Ignacio, que Eusebio nos refiere? (*Hist. Ecles.* lib. III cap. 36). *Soy*, decia, *el trigo de Jesucristo, seré molido con los dientes de las fieras y llegaré á ser un pan puro y blanco: que me quemen, que me crucifiquen, que suelten contra mí las fieras, que me disloquen todos los huesos, que me despedacen todos los miembros del cuerpo, me importa poco, con tal que no pierda á Jesucristo.*

Es un grande argumento á favor de la Religion de Jesucristo, que en un tiempo en que estaban recientes los hechos que la prueban, y en que facilmente se podia subir hasta su origen, no hayan podido oponer sus enemigos prueba alguna por poco sólida que fuese, ni convencerla de falsedad; y que se hubiesen limitado á vanas declamaciones é invectivas

que solo sirven para hacer conocer mejor que los fundamentos del cristianismo son indesquiciables. Los incrédulos han seguido en todos tiempos los mismos pasos, y los del dia no hacen mas que repetir lo que dijeron los paganos y los judíos. Pueden dar una nueva forma á las objeciones y deslumbrar los entendimientos por medio de capciosos sofismas; pero nada dirán de nuevo que no haya sido refutado por los santos Padres. San Justino refiere todos los argumentos del judío Trifon; los de Celso se ven en Orígenes; Tertuliano, Arnobio y Lactancio manifiestan las dificultades de los paganos, y las destruyen con energía; las de Porfirio se hallan en Eusebio; san Cirilo de Alejandría nos instruye de los artificios de Juliano: todo lo que Manes ha dicho contra el Evangelio está refutado sólidamente en san Agustin: las controversias sobre la fé se han discutido de tal modo desde el principio, que nada se puede oponer que no haya sido mil veces desbaratado.

A vista de tantas pruebas por las cuales ha pasado el cristianismo y las victorias que ha conseguido, ¿cómo se puede dejar uno seducir por los discursos de los libertinos y de los presumidos sábios? ¿Acaso la Religion por ser antigua es menos divina y menos digna de nuestra creencia? ¿Por ventura las profecías y los milagros de Jesucristo han perdido algo de su fuerza? La imposibilidad de los incrédulos de los primeros siglos ¿no prueba evidentemente la debilidad de los que viven en el nuestro? Si son tan numerosos y tan artificiosos como los antiguos, su causa no por eso se ha hecho mas favorable; al contrario, la autoridad de los mayores hombres que han vivido en los diez y

ocho siglos, es un argumento que los anonada. Los hechos sobre que se cimenta la Religion están tan bien sentados, que no pueden ni aun debilitarlos. Destituidos de toda prueba, no oponen á las demostraciones sino congeturas, suposiciones y verosimilitudes.

Cuando se ha probado en el capítulo V que la incredulidad tiene su origen en las pasiones, nada se ha dicho que no demuestre con evidencia la conducta de los enemigos del Evangelio. Las pruebas de la fé están tan bien apoyadas, que es imposible que dejen de hallar alguna duda sobre la verdad de una Religion que tiene todas las señales mas patentes de la divinidad; sin embargo, en lugar de consultar y de ilustrarse sobre un punto tan importante en los autores que se han inmortalizado confundiendo la impiedad; para obcecarse van á tomar en Bayle y en Espinosa unos argumentos victoriosamente combatidos; y quieren mas alucinarse y aventurar toda una eternidad; que renunciar el sistema de vida que han adoptado.

Hoy blasfema el impío mas que nunca, se le ve aplaudirse de las sacrílegas irrisiones que ha hecho de nuestros augustos misterios; nada está al abrigo de sus tiros envenenados; y hasta se atreve á insultar á la adorable persona de Jesucristo. El cristiano instruido se estremece con todos estos horrores, pero no por eso vacila su fé, porque sabe que el hombre entregado á sí mismo se desenfrena siempre contra lo que le condena; y que la voluntad es la que juzga, la que sentencia, y la que toma partido contra una Religion que quisiera reformarle.

La fuerza de la impiedad no es mas que debilidad y locura á los ojos de los que poseen la Religion; pero como en un gran numero de fie-

les la fé no es ilustrada, los extravíos de ciertos pretendidos sábios le hacen impresion: no es solamente esa turba, dicen ellos, de jóvenes libertinos sumergidos en la ignorancia y en la ociosidad lo que admira, pues ya se sabe lo que les hace declamar; sino que hay incrédulos de costumbres arregladas, y en quienes hasta se descubren algunas virtudes. No se puede comprender, añaden, cómo unas personas ilustradas se extravían en un punto tan esencial. De esto nacen las dudas mas peligrosas, y que es necesario disipar aqui.

Aunque el libertinage del entendimiento tenga casi siempre un origen vergonzoso, estamos muy lejos de pensar que todos los incrédulos viven en el desorden, y que todos constituyen en la disolucion el precio de su impiedad. Hay algunos que han nacido con un natural feliz, y que tienen virtudes de temperamento, y esto es lo que los pierde; porque un secreto orgullo es quien los domina, y un espíritu particular quien los dirige. Temen envilecerse pensando como los demas, y se glorían de ser singulares.

Hay otros incrédulos en el número de aquellos de quienes hablamos, que han sacudido el yugo de la Religion desde que tuvieron libertad, y que despues de haber pasado su juventud en el libertinage, se han mantenido en medio de sus excesos por motivos puramente humanos: el error que se ha fortificado, se radicó en ellos; es verdad que los objetos de que provienen se han desvanecido; pero lo que ya no hace el atractivo de los placeres, lo hace el espíritu de prevencion y el amor de la independencia; se paga de sus propios pensamientos hasta el exceso de llegar á ser su admirador; y como se tiene una secreta propension á no

creer nada, se mantienen con placer en los sistemas que favorecen el error. Se conviene sin dificultad en que un Dios Criador se manifiesta con esplendor en la construccion y arreglo del universo; se oye dentro de sí mismo la voz de la sabiduría eterna que recuerda ciertas obligaciones: los hechos que establecen la divinidad del cristianismo son muy multiplicados y auténticos para no percibir que Dios habló; pero otros hechos mal aplicados obscurecen en el entendimiento de estos hombres desgraciadamente mal predispuestos las maravillas de la divinidad, y ellos mismos aumentan sus tinieblas con los esfuerzos que hacen para no ver nada. Si la autoridad de los sábios que han escrito, si la reputacion de un autor excita alguna vez á examinar ligeramente las pruebas de la Religion, esto se ejecuta con prevencion sin querer profundizar nada, y la decision que se dá va casi siempre acompañada de mala fé. La razon, la prudencia le dictan que se someta; pero el respeto humano, un funesto amor de sí mismo, y una criminal indolencia le detienen en un adormecimiento letárgico. Para llegar á un perfecto conocimiento de lo verdadero, sería necesario deponer las preocupaciones y reunir todas las fuerzas de su entendimiento á fin de vencer las dificultades de la fé cristiana, y comprar la verdad á costa de tiempo, de cuidados y de trabajo. Todos estos medios se desprecian: la pereza cierra la puerta al examen: las ciencias profanas, los negocios y el trato del mundo hacen la ocupacion de los incrédulos. No pudiendo resolverse á ciertos deberes que impone el cristianismo, quieren mas correr el riesgo espantoso de una eternidad, que humillarse con los pequeños. Es verdad que tienen su alma

adornada de grandes conocimientos, se perciben en ellos sentimientos de honor y de probidad; son generosos y benéficos; pero estas virtudes filosóficas que tanto se admiran, no impiden los extravíos del entendimiento. Para ser justo, caritativo, honrado y amigo de hacer bien, basta seguir los principios que el Autor de la naturaleza ha grabado en las almas. La historia nos presenta ilustres paganos que, aunque dominados de las opiniones monstruosas, se han distinguido por aquellas prendas del entendimiento y del corazon que la razon sola inspira.

Si todos los cristianos supieran por qué profesan el cristianismo, los discursos, los ejemplos y las producciones de la impiedad serian mucho menos peligrosos; pero como la mayor parte ignora los fundamentos sólidos de la fé, la dificultad mas ligera, los mas débiles argumentos los admiran como si fuesen objeciones indisolubles. Cae un libro impío en manos de un hombre ya demasiado propenso al vicio: la gracia que el autor sabe dar á cuanto dice, la sal con que sazona la sátira, el aire de verosimilitud con que adorna la falsedad, divierten el entendimiento y lisonjean las pasiones. La Religion se representa alli como obra humana: se supone en ella que unos grandes hombres dicen lo que jamas han pensado; y el veneno se insinúa insensiblemente en el alma del lector, que no siendo bastante ilustrado, ni estando precavido contra lo que lee, se deja preocupar, y desde la duda pasa á la incredulidad.

Es un gran mal exponerse asi á perder la fé; pero si este hombre, hecho incrédulo por la lectura de aquel escrito peligroso, hubiera cuidado de examinar á fondo las pruebas que

apoyan la Religion de Jesucristo, todo lo que le hizo impresion le pareceria despreciable, y detestaría la mala fé del autor á quien tanto elogia. Si se me objeta alguna dificultad acerca de mi creencia, esta es una sutileza, es un sofisma que se emplea para deslumbrarme; si no estoy instruido ni en estado de conocer la falsedad de la objecion, mi entendimiento se preocupa, y por poco inclinado que yo sea á la independencia, tengo algun gusto en entretenerme con estas funestas preocupaciones. Lo mismo sucede con una objecion cuya solucion exige luces: acaso dependerá de una impostura que se habrá descubierto en los siglos pasados, y que solo un rasgo de historia la haría desvanecerse; pero como yo la ignoro, creo lo que oigo ó lo que veo, y me dejo engañar en el punto mas esencial. La experiencia debería enseñar á no creer facilmente lo que se dice. ¿No vemos todos los dias que un hecho referido por una persona, llega á ser muy diferente en la boca de otra? Una circunstancia maliciosamente omitida en la narracion, muda enteramente las cosas, y hace algunas veces de un acto virtuoso un grande crimen. La Religion es el negocio mas importante para todos, y atenerse en esto á los que tienen interés en destruirla, es exponerse á ser engañado y á perderse.

Se puede juzgar, por lo que acabamos de decir, de qué importancia sea el precaucionarse contra el error. Vivimos en un siglo en que parece se tiene á honor renunciar á la fé de nuestros padres: la impiedad ha llegado á ser tan de moda, que apenas se comienza á discurrir cuando se cae en la incredulidad. No bien han salido los jóvenes de las escuelas santas, cuando se les suministran por todas partes es-

critos que no tiran sino á quebrantar el yugo de la Religion. Un sistema que quita del entendimiento las ideas que tenemos de Dios, que dispensa al hombre de practicar los mandamientos, y que destierra el temor del infierno, agrada á la naturaleza corrompida. Las conversaciones, los ejemplos del libertino, y aun mas la desgraciada inclinacion que se tiene á lo malo, cautiva; y se abrazan sin examen y sin la menor reflexion las opiniones mas extravagantes.

Sería la mayor injusticia atribuir tales desórdenes á los principios que los jóvenes han recibido; pues que estos, al contrario, no tiran sino á alejarlos del vicio y á inspirarles la virtud. Nada se omite hoy dia por dar una santa educacion á la juventud: todo lo que puede perfeccionar el entendimiento y el corazon lo emplean hábiles y sábios maestros que no se mueven á ello sino por el bien de la Religion y del Estado; y si uno siguiese sus saludables consejos conseguiría ser á un mismo tiempo buen cristiano y buen ciudadano. Todo lo que pudiera desearse en esta excelente y noble educacion sería hallar algunos medios para impedir la seduccion. Muchas personas sensatas que observán con dolor los extravíos de la juventud, piensan que el edificio espiritual que tanto ha costado levantar no sería tan pronto derribado si los discípulos estuviesen armados contra la impiedad. En unos tiempos en que el contagio se difunde por todas partes, son muy necesarios los preservativos.

Por mas que un joven que entra en la carrera peligrosa del mundo esté lleno de sentimientos de piedad, si no tiene mas que un conocimiento superficial de su Religion, no podrá

mantenerse firme contra los discursos del libertino: la mas debil objecion bastará para llenar de dudas su entendimiento: las burlas y las aplicaciones impías que oirá hacer sobre las cosas santas le inspirarán insensiblemente desprecio á lo que es mas digno de respeto. El veneno de un escrito pernicioso, contra el cual se hallará sin defensa, corromperá en su corazon hasta la raiz de la fé, lo que no sucedería si hubiera examinado los fundamentos sólidos de nuestra creencia. Sus pruebas son sencillas y no necesitan una grande aplicacion. Los que son capaces de estudiar la retórica y la filosofía, pueden aprenderlas y servirse útilmente de ellas. Este estudio, lejos de causar perjuicio alguno, produciría grandes bienes. Las objeciones no son peligrosas sino para los que carecen de instruccion; y vale mas aprenderlas mientras se halla uno bajo la direccion de sábios y virtuosos maestros que cuidan de presentar el contraveneno, que aprenderlas de la boca de los impíos, ó leerlas en libros seductores y llenos de mentiras.

El tiempo que se dedica á la educacion sería tanto mas favorable cuanto que, no hallándose entonces la razon turbada por las pasiones, se haría sentir la verdad con mas fuerza. Tres meses consagrados á este trabajo, ó una conferencia cada semana durante el estudio de la retórica y de la filosofía, esparcirían grandes luces en el entendimiento. Conclusiones defendidas sobre la Religion en un acto público, causarían emulacion, y se vería á los jóvenes en la edad de diez y ocho años mas instruidos sobre la fé que un gran número de incrédulos que han envejecido en el error. Estos jóvenes adiestrados se harían respetar, y no se les ata-

caría tan impunemente. Como la Religion constituye la felicidad y la gloria de un estado, los padres están interesados en lo que decimos; si estuviese grabada en los corazones, los hijos serían mas sumisos y mas íntimamente unidos á ellos. Los sentimientos cristianos, auxiliados de una noble educacion, harían sobresalir las buenas cualidades del entendimiento y del corazon, y se tendrian sugetos de probidad que serían la honra y consuelo de las familias.

La edad juvenil es la mas crítica de todas, y á la que se tienden mas lazos. Los incrédulos se guardan de atacar á los sábios; se dirigen á entendimientos menos ilustrados, y que no se hallan en estado de responderles; pero aquel hombre que habla con tanta confianza y que triunfa delante de los que apenas conocen la Religion, sería humillado y confundido si entrase en disputa con los que la poseen. El cristiano instruido tiene tanta ventaja sobre el incrédulo, que por mas talento que éste tenga no puede defenderse sino renunciando á sus propias luces, y abandonando los principios mas bien establecidos. Aunque dé un aspecto seductor á lo que dice, y adorne sus objeciones con un lenguage florido, una persona ilustrada no se deja deslumbrar; desecha el oropel, y atrae al incrédulo al punto de la cuestion que intenta evitar: la autoridad que le presenta le deja confundido. Si la desecha se ve forzado á entregarse á un pirronismo insensato que desvanece todos sus conocimientos, y le precipita en una especie de estupidez y extravagancia que deshonra á la humanidad. El entendimiento obstinado en presencia del sabio, no sale del apuro sino con buenas palabras que nada significan, ó con dicterios injuriosos que sin mi-

ramiento vomita; pero las rechiflas y las burlas no son respuestas, y los hombres sensatos las conocen. El partido mas prudente, sin contradiccion, es evitar toda disputa con el impío, especialmente en una concurrencia en donde él acostumbra blasfemar; pero cuando tiene el descaro de atacar la Religion, nada está por demas para sostener sus intereses. Cuando la verdad está á nuestro favor somos muy fuertes, y en tal caso seria un crímen abandonar la causa de Dios.

Para armar al cristiano y para oponer barreras á la incredulidad, nos hemos determinado á presentar respuestas de las que se podrá servir en caso necesario. Si no conseguimos enteramente desengañar al incrédulo, tendremos á lo menos el consuelo de precaver á los fieles contra sus falsos discursos. Entremos en materia: pero antes conviene advertir que esta recapitulacion no será util sino para aquellos que por una lectura meditada estén suficientemente instruidos en las pruebas que hemos dado. Se oyen todos los dias conversaciones peligrosas sobre la Religion, y como naturalmente nos sentimos inclinados á sacudir el yugo de lo que molesta, no está demas el conocimiento de los hechos que establecen la divinidad del cristianismo. Por medio de este análisis se recordarán en un instante lo que será una gran ventaja para muchos que se olvidan facilmente, ó que no tienen tiempo para profundizarlos. Para evitar el caer frecuentemente en repeticiones y aumentar un libro, que ya es demasiado abultado, no entraremos en discusion sino de paso, ni aun haremos mas que insinuar algunos de los artículos. Antes de entrar en lid con el incrédulo, recordemos algunos principios.

Es cosa muy rara hallar un ateista: éste sería un monstruo en la naturaleza, cuya singularidad causaría admiracion. Por grandes y repetidos que sean los extravíos del hombre, rara vez llegan hasta desconocer la existencia de Dios. Todos los séres son otras tantas voces que de unánime concierto anuncian un Señor, cuya sabiduría omnipotente dispone de todo segun su voluntad. Si el impío quisiera negar una verdad tan comprobada, el órden y arreglo que se ve en todas las partes del universo, las bellezas, las riquezas y la industria que brillan en la naturaleza, la estructura de su cuerpo y las perfecciones de su alma le obligarían, como á pesar suyo, á reconocer un Criador á quien el cielo y la tierra están sometidos; y asi los mayores libertinos no contradicen este artículo. Esto es lo que hemos establecido en el capítulo I.

Una vez reconocida la existencia de Dios, se comprende la necesidad de una Religion. La razon nos dice que adoremos al Autor de nuestro ser; y asi vemos que las naciones mas salvages y mas bárbaras han tributado siempre homenages al objeto que tenian por divinidad; le ofrecian sacrificios, temian su justicia, y esperaban en su bondad: esto no es una preocupacion de la educacion ni efecto de la política. Las maravillas del universo que se presentaban á los ojos de estos pueblos, les hacian descubrir un Criador, y la razon los inclinaba á adorarle. En donde quiera que hubo hombres reinó la Religion; y como es imposible que ellos se hubiesen convenido en esto, se sigue evidentemente que el mismo Autor de la naturaleza,

grabando en sus almas las ideas de la divinidad, ha impreso tambien los sentimientos de esta Religion, que es lo que se ha dicho en el capítulo II.

A pesar de estos principios que cada uno halla dentro de sí, la impiedad ha querido privar á Dios de un derecho que le pertenece, y eximir á los hombres de todo culto respecto de Dios, bajo el especioso pretexto de que él es demasiado sublime para cuidar de su criatura; pero lo absurdo de este principio se deja conocer á la primera reflexion.

Una vez que el universo es obra de un Dios, autor de todas las cosas, ¿no nos dicta la razon que adoremos y manifestemos un amor sin límite á este Padre benéfico que nos conserva y nos sostiene? ¿Puede imaginarse que este Ser supremo, que se muestra tan grande en todas sus obras, y cuyos próbidos cuidados se extienden á todo, abandone al hombre á su capricho sin cuidar de su conducta? La idea de su existencia impresa en todas las almas, aquel amor, aquel reconocimiento que experimentamos para con nuestros bienhechores, aquellos principios de equidad y de justicia de los que el hombre mas salvage y mas bárbaro no puede prescindir sin hacerse culpable y desgraciado, ¿no son unas órdenes que Dios intima á cada uno de nosotros como quien tiene derecho de mandarnos? ¿Quién puede dudar, á no ser un ciego insensato, que esta ley suprema que reina en nuestras almas, no sea efecto de una soberana sabiduría y enteramente divina, que nos instruye y dirige nuestros pasos?

Si los hombres, por imperfectos que sean, tienen horror á ciertos crímenes, y no pueden rehusar su estimacion á la virtud, este amor al

bien y aquel horror al vicio, ¿no deben hallarse con mayor razon en el Criador que ha inspirado estos sentimientos á sus criaturas, y hallarse en él en un grado infinitamente superior? Como él es quien ha establecido el órden, sin duda quiere que éste se observe; y asi su justicia no permite pensar que quede eternamente impune el desprecio que el impío haya hecho de él, y que su suerte sea algun dia la misma que la del hombre virtuoso que haya escuchado la voz de su Dios. El tener otros sentimientos es sofocar las luces de la razon, es aniquilar la divinidad y abrir la puerta á las maldades mas atroces. Véanse las páginas 9 y 10.

La falsedad de la comparacion con que el deista apoya su opinion monstruosa, se manifiesta en el capítulo III, en donde los paganos, por cuya boca hablamos, nos suministran armas para derrotar á esta secta impía y soberbia que se atreve á negar á Dios un culto que la razon impone. Se verá tambien lo que opinaban estos filósofos paganos acerca de la inmortalidad del alma. Ilustrados con solas las luces de la razon, sostenian que siendo el alma de una naturaleza espiritual, tenia algo de comun con la divinidad: que por otra parte no teniendo figura ni extension, ni composicion de partes, subsistía despues de la destruccion de nuestros cuerpos. Las relaciones que hay entre el hombre y Dios, las perfecciones de su espíritu y de su corazon que tanto le distinguen de los animales, el deseo que tiene de la inmortalidad, la persuasion en que está de que su Criador le destina a un noble fin, los inclina á creer que despues de esta vida hay otra en donde será premiada la virtud y cas-

tigado el vicio. Consúltese la pagina 22, en donde hemos puesto los pasages de Ciceron y de Propercio.

Despues de haber establecido sólidamente la existencia de Dios y el culto supremo que le es debido, hemos declamado en el capitulo IV contra una especie de deistas que limitan todos los deberes del hombre á la Religion natural. Para hacer comprender mejor que hay una revelacion, de la que no es permitido apartarse, hemos probado la necesidad de su existencia. En efecto, Dios, que tanto ha distinguido al hombre del resto de los animales, y que le ha constituido, por decirlo asi, rey de la naturaleza, se ha propuesto sacar de él alguna gloria, y exige de él homenages que correspondan á la grandeza de su santidad, y que se avengan con sus divinas perfecciones. Siendo la luz de la razon demasiado debil para descubrir en qué consiste este culto digno de Dios, hemos sentado que era propio de su sabiduría y de su bondad venir al auxilio del hombre. Aquellos millares de divinidades que se veían en el mundo pagano, aquel culto ridículo y extravagante que los pueblos mas ilustrados tributaban al objeto que ellos tomaban por divinidad, las contradicciones que reinaban entre los filósofos de la antigüedad sobre las verdades mas evidentes, nos han servido para demostrar la necesidad de una revelacion, y los extravíos de los incrédulos del dia nos han suministrado pruebas de ello. Véase la pág. 30. Esta debilidad que se observa tan visiblemente en el entendimiento humano nos ha hecho concluir que era necesario que el Todopoderoso hiciese oir su voz para asegurarse un culto entre los mortales, é instruirles de su voluntad.

El cielo ha provisto á nuestras necesidades: la parte mas ilustrada del mundo atestigua que esta revelacion existe; y las pruebas que la establecen consisten en hechos maravillosos y de los mas auténticos: de suerte que no pueden ser desechados sin establecer un pirronismo contra el cual clama la razon. Todo esto se verá por menor en el capítulo VII.

Hemos advertido que no se llega á ser incrédulo ni por las investigaciones, ni por un estudio profundo. No se ha podido leer el capítulo V sin conocer el origen vergonzoso de la incredulidad. El cristiano debe, pues, desechar con desprecio todas las opiniones monstruosas que ha dado á luz el libertinage, y considerar como á ciegos á estos hombres que se pierden en la vanidad de sus pensamientos; y cuando encuentre un incrédulo que quiera insinuarle su perniciosa doctrina, deplorando su suerte, debe decirle que hay una revelacion que trastorna todos los sistemas humanos; que cuando Dios habla es necesario que el hombre calle; que su desgracia es no haber reflexionado bastante sobre lo que mas importa saber; que si él hubiera examinado á fondo la Religion cristiana, como lo hacen todos los hombres grandes, hallaría en ella caractéres de divinidad, que obligan á todo entendimiento reflexivo á respetarla.

Si el incrédulo dice que todas las Religiones se alaban de tener su origen en el cielo, entonces podrá replicarle, que á la verdad los gefes ó autores de todas las Religiones han pretendido tener comunicacion con la divinidad; pero que solo en la Religion cristiana y en la Judaica, que es su tronco, se hallan aquellos motivos de credibilidad que persuaden: que subiendo

hasta el orígen de las demas Religiones, la impostura es muy visible: que cuanto mas se profundiza la Religion cristiana, tanto mas sólidos se hallan sus fundamentos: que ella ha sido examinada, no solo en un pais sino en todas las partes del mundo, por los hombres mas sabios y mas virtuosos, que, despues de haber discutido con una seria atencion las profecías, los milagros de Jesucristo, los rápidos progresos del Evangelio, y otras muchas maravillas auténticas, han confesado que no habia otro partido que tomar que el de abrazarla: que á vista de semejante dictamen de una multitud innumerable de sabios, que no tenian otro interés que descubrir la verdad, el cristiano tiene derecho de concluir que todo aquel que abraza un sistema contrario á la revelacion, vive en el error.

El incrédulo emprenderá acaso atacar sus pruebas; pero hé aquí algunas respuestas que pondrán al cristiano á cubierto de sus ataques.

## *Respuestas breves que vosotros los verdaderos cristianos podreis dar á las objeciones que se suelen hacer contra la Religion católica.*

### SOBRE MOISÉS.

No es presumible que el incrédulo dispute á Moisés el honor de ser el legislador de los judíos y el mas antiguo de los escritores, porque toda la antigüedad se levantaría contra él; pero hablará del Profeta él como de un político astuto y artificioso que ha sabido engañar á la nacion judáica, y tratará su historia de fabulosa.

Respondedle que un hombre sensato no debe jamas contradecir lo que está sostenido por una autoridad respetable, á no alegar pruebas

para ello: que muy lejos de tener razon alguna para dudar de la sinceridad de Moisés, todo concurre á confirmar los testimonios de los judíos y de los cristianos, que le miran como á un santo Profeta. Asegurad que aquellas famosas épocas de la creacion del mundo, del diluvio universal, y de la division de las lenguas que Moisés pone en su historia, jamas han podido ser convencidas de falsas: y ademas de esto, ellas concuerdan con lo que hay de mas cierto y de mas verosímil en todas las historias; y que así todo nos mueve á creer que Moisés ha agotado sus luces en una fuente divina. Hacedle entender las advertencias de Jacquelot, que demuestran que todo lo que dice Moisés acerca de los pueblos, de las costumbres, de las ciudades, de las divinidades, de los sacrificios y de muchas cosas de su tiempo, está conforme con todo lo que se sabe por los monumentos de la antigüedad: de donde concluye este sabio crítico que no se puede mirar á Moisés como á un impostor sin mostrar una crasa ignorancia ó mala fé. Véase la página 74.

Los rasgos de sinceridad que se observan en los escritos del santo Profeta son aun mas propios para alejar toda sospecha. Decid, que si él hubiera querido engañar, hubiera fijado la creacion del mundo en una época que no se pudiese refutar, y que no se vería en su libro la historia de un diluvio universal, que nada importa para su asunto, y que lleva al género humano á un segundo tronco hasta donde le era fácil subir: que por otra parte, la confusion de las lenguas de que habla, tan poco distante del tiempo en que escribia, daba á sus enemigos la mayor facilidad para confundirle, si su relacion no hubiese sido exactamente verdadera. Todas estas obser-

vaciones se hallan en el capítulo X, página 68.

Recordad al incrédulo lo que ha pasado: subid con él hasta la mas remota antigüedad: mostradle este pueblo, el mas antiguo de todos, que, fiel á las leyes de su legislador, no se ocupa en un rincon de la tierra sino en tributar homenages al solo Dios Criador del universo, al cual atribuye su existencia y todos los bienes que recibe; mientras que los otros pueblos, sepultados en la idolatría, adoran al sol, á la luna, á las plantas, y á los animales mas viles. Llamad su atencion sobre el libro sagrado, cuyo depositario es el pueblo de Dios, en el cual se encuentra la historia de la creacion del mundo, y como Moisés recibió la revelacion de manos del Omnipotente. Véase el capítulo VIII.

No teniendo el incrédulo nada sólido que oponer, creerá destruir con una irrision insultante todas las maravillas que presenta el antiguo Testamento; pero no os admireis, porque su entendimiento está oscurecido con densas tinieblas. Para disipárselas, asegurad que estos milagros estan acompañados de tantas circunstancias que, aun prescindiendo de la fé, no se puede dudar razonablemente de ellos: que han sido obrados en presencia de una multitud innumerable de hombres: que la nacion judáica ha erigido monumentos, é instituido fiestas y ceremonias, que aun subsisten, en memoria de estos sucesos milagrosos; y que así tienen todos los caractéres por los cuales el hombre juzga de la verdad de los hechos. Véase la página 72, y la juiciosa advertencia de Pascal, página 74.

La inviolable adhesion que los judíos han tenido siempre á Moisés y á sus leyes, que ni el trascurso de los tiempos, ni las persecuciones, ni los tormentos han podido disminuir, es un

testimonio que se debe emplear. Si el incrédulo no es de aquellos hombres que no escuchan sino la voz de las pasiones, convendrá en que un libro, en que se trata á los judíos de ingratos y rebeldes á las órdenes de Dios, y en el que se les impone un yugo gravoso, no hubiera sido jamas recibido por esta nacion, si no estuviese perfectamente convencida de la verdad de los milagros que en él se contienen. El capítulo XI os suministrará respuestas contra cuanto pudiera decirse sobre el tránsito del mar Rojo: tambien hallareis allí argumentos invencibles que demuestran que Moisés ha recibido la revelacion, y que sus libros son inspirados. Las maravillas que ha obrado, las profecías que ha hecho, la excelencia de las leyes que ha dado, y en un tiempo en que la razon no estaba aun perfeccionada por la experiencia: los testimonios brillantes que todos los Profetas dan á la divinidad de su mision, son hechos auténticos, que asegurarán siempre al santo Profeta el respeto de cuantos amen la verdad.

Si el incrédulo le disputase la gloria de ser el autor del Pentateuco, la tradicion de mas de tres mil años que le atribuye este libro le pondrá fuera de estado de probar lo contrario. No olvideis tampoco la importante advertencia sobre esta materia que hemos hecho en la página 67, que hará mas reflexivo el examen de la cuestion mas importante que nunca hubo.

## SOBRE LAS PROFECÍAS.

Si el incrédulo se atreve á negar la autenticidad de las profecías, decidle que los judíos han vivido siempre en la esperanza de un Mesias anunciado por los Profetas, de quienes es-

ta nacion, la mas antigua de todas, da testimonio como de unos hombres inspirados que constituían su gloria y su ornato. Consultad el capítulo XII.

Haced observar que los escritos proféticos fueron traducidos al griego doscientos años antes de Jesucristo por los cuidados de Tolomeo Filadelfo, quien, segun la relacion de Josefo y de Filon, ambos historiadores judíos, procuró la version de los Setenta. Véase la página 125.

Recordadle que cuando los paganos, penetrados de la evidencia de las profecías, que parecian convincentes, han querido disputar su autenticidad, los judíos han sostenido resueltamente que estas profecías se leían en las sinagogas muchos siglos antes de Jesucristo, y que ellos no se han defendido sino diciendo que éstas no tenian relacion con el cristianismo. Citad en esta materia el bello pasage de san Agustin, que hallareis en la página 122.

Probad con el capítulo XVI que no pudo haber la menor colusion sobre ello entre judíos y cristianos: que estos dos pueblos han sido siempre enemigos, y que seria necesario haber perdido la razon para imaginar que ellos se hubiesen unánimemente concertado en la perfecta conformidad que se encuentra entre el antiguo y nuevo Testamento: que no sería menor extravagancia decir, que los Apóstoles añadieron á las profecías la vida de Jesucristo; porque primeramente, los judíos y los paganos jamas se atrevieron á decirlo: lo segundo, porque el lugar del nacimiento del Mesías, las circunstancias de su vida, el género de su suplicio señalado en el antiguo Testamento, y reunidos en Jesucristo, son sucesos que no hubieran podido añadirse, y que por otra parte eran tan públi-

cos, que era imposible engañar en esto; como se dijo en la página 121.

Para hacerle aun percibir mejor la fuerza de los divinos oráculos, observad que han sido vaticinados por muchos Profetas que vivian muchos siglos antes del nacimiento del cristianismo, y en tiempos diferentes los unos de los otros, y que todos concurren á pintarnos á Jesucristo en la Persona del Mesías. Citad las profecías de Jacob y de Daniel sobre el tiempo en que debia nacer el Mesías, que señala precisamente aquel en que Jesucristo apareció sobre la tierra: la de Miqueas que habla de Belen en donde nació Jesucristo, como del lugar en que naceria el Mesías: la de Zacarías en que se vé la entrada del Salvador en Jerusalen del mismo modo que se refiere en el Evangelio. Exponed el cuadro de su pasion trazado por el Profeta Isaías. Todas estas profecías y otras muchas estan referidas desde la página 90 hasta la 106.

Despues de haber manifestado la perfecta conformidad que hay entre la prediccion y el suceso, concluid que escritos de esta naturaleza, en los cuales el nacimiento, la vida, la pasion y la muerte de Jesucristo estan tan patentemente anunciados, no pueden ser sino obra de un Dios á quien lo futuro está tan presente como lo pasado. Ved el capítulo XV, en el cual hemos demostrado la divinidad de estos oráculos.

La oscuridad de las profecías servirá de efugio al incrédulo; pero os será fácil convencerle, probando por la conducta de los judíos, que son mas claras de lo que piensa. Asegurad como un hecho constante, que cuando Jesucristo vino á la tierra, conocieron que los dias de la venida del Mesías se acercaban, y que publicaron abiertamente en la Judéa que llegaba

ya el tiempo de su libertad. Que Tácito y Suetonio nos dicen, que se habia extendido en todo el Oriente la voz de que habia aparecido un gran Rey, y que esta voz se fundaba en una profecía que se leía en el libro de los judíos: que tambien vemos que en tiempo de Jesucristo habia una secta de herodianos que miraban á Herodes como al Mesías, lo que se prueba por el testimonio de Persio. No olvideis que Josefo, historiador judío, que vivia en tiempo de los apostoles, llegó á ser tan adulador, que aplicó á Vespasiano la profecía de Jacob.

Haced observar que los judíos no han podido responder jamas á los argumentos de los cristianos, sino abandonando el sentido natural de las profecías, y dándoles explicaciones absurdas. Ved todo esto en el capítulo XIV.

Convenid con el incrédulo en que entre las profecías hay algunas oscuras que son, si se quiere, susceptibles de muchos sentidos; pero sostened al mismo tiempo, que por la mayor parte son tan claras, que no se pueden aplicar sino á Jesucristo: que la oscuridad de otras ha desaparecido por los acontecimientos que se siguieron á la muerte de Jesucristo, como la conversion de los gentiles, la destruccion de Jerusalen, la dispersion y ceguedad de los judíos anunciadas por muchos Profetas. Referid lo que san Agustin dice atrás, página 114: citad tambien el pasage de Orígenes, página 106, por el cual se vé que una multitud de paganos, movidos por la evidencia de las profecías cumplidas en Jesucristo, abrazaron la Religion cristiana.

El incrédulo, para sustraerse á una autoridad tan poderosa, buscará un apoyo en los oráculos del paganismo. Respondedle que estos oráculos tan decantados, ni aun merecen men-

cionarse, pues que los mismos filósofos del paganismo los despreciaban altamente. Referid las palabras de Ciceron del capítulo XVIII, página 132. Los horrores é infamias á que incitaban á los hombres; las ambigüedades de sus respuestas; las contradicciones que reinaban entre estos oráculos le harán conocer que eran obra de la impostura, y que la comparacion con las profecías es la mas injusta. Si el incrédulo pretexta una alteracion en el antiguo Testamento, oponedle el respeto y veneracion que el pueblo judío tenia al sagrado libro, y el cuidado que ha tenido siempre de conservar los escritos en los que se contiene la Religion, sus leyes, sus costumbres y sus ceremonias. La desunion de la sinagoga dividida entre los fariséos y saducéos; los dos reinos de Israel y de Judá, que manejaban los mismos escritos; el Pentateuco original de los samaritanos, enemigos irreconciliables de los judíos, aunque sometidos á la ley de Moisés, son unas pruebas que le harán conocer, que no hay en él mudanza, y acabareis de convencerle con las palabras del gran Bossuet. Ved sobre lo dicho el capítulo XVII.

## SOBRE LA AUTENTICIDAD DE LOS EVANGELIOS.

El Evangelio, que pronuncia tantos anatemas, y que amenaza con suplicios eternos á los hombres rebeldes á las leyes de Jesucristo, será desechado. Se os dirá que los Apóstoles no han sido sus autores: aun se tendrá la temeridad de hablar de él como de una obra de impostura. Responded que todo talento juicioso que examina la materia de que se trata, piensa muy distintamente. Rogad al incrédulo que se desnude de preocupaciones, y que ponga en una

causa que tanto le interesa toda la atencion que ella merece.

Advertidle que, ademas de los Evangelios que nos han dejado la historia de Jesucristo, está sostenida por otros cuatro autores contemporáneos: que los Evangelios han sido siempre manejados por los fieles, y que muchos han reconocido desde el principio su verdad por medio de escritos, y la han sellado con su sangre: que de siglo en siglo, de generacion en generacion los hombres mas grandes le han publicado como un libro auténtico inspirado por el Espíritu Santo. Podreis citar á san Clemente, á san Policarpo y á san Ignacio, contemporáneos de los Apóstoles, cuyos testimonios serán tanto menos sospechosos, cuanto que han sufrido la muerte por sostener los intereses de Jesucristo. San Justino y san Ireneo son tambien dos ilustres mártires que ambos atestiguan la autenticidad de los Evangelios, apoyada igualmente por Tertuliano y Orígenes que florecian en los siglos segundo y tercero. Ved el capítulo XX, página 146.

Preguntad al incrédulo ¿qué cosa le mueve á declamar contra un libro que todo él descubre tantos rasgos de sinceridad? Incitadle por su mismo interés á que profundice una cuestion tan importante. Observadle que los evangelistas estan uniformes en su relacion: que no se ven en sus escritos aquellos rodeos artificiosos de que se sirve la mentira para engañar: que los hechos están referidos sin disfraz: que se nombran las personas que han tenido parte en los sucesos, y los lugares en donde se han verificado: que por otra parte estos milagros son de tal naturaleza que no pueden engañar: que los Apóstoles jamas hubieran establecido una

iglesia en Jerusalen, si la historia de Jesucristo no hubiera sido verdadera, y que muy lejos de hacer adorar al que habia sido crucificado, antes se hubieran atraido la indignacion de los grandes y de los pequeños, y tanto mas, cuanto que el libro de los Evangelios trastornaba el gobierno de la sinagoga, y la cubria de vergüenza y de oprobio. Todas estas razones se ven expuestas por menor en el capítulo XXI.

Añadid que los cuatro evangelistas no escribieron á un mismo tiempo: que si san Mateo, que comenzó siete ú ocho años despues de la muerte del Salvador, hubiera divulgado fábulas, hubiera sido bien pronto desmentido: y que san Juan, que no publicó su Evangelio sino cuarenta años despues de san Mateo, no se hubiera atrevido á divulgar los mismos hechos. Esta advertencia se halla á la página 157 del capítulo XXI.

Como el hombre no se extravía sino por haber precipitado su opinion, emplead la autoridad de los paganos, que confirman muchos hechos evangélicos: referid las palabras de Suetonio y de Tácito, que hacen mencion de Jesucristo y de su suplicio bajo Poncio Pilato: hablad de la conducta de Tiberio, que propuso al senado colocar al Salvador en el número de los dioses: nombrad á los emperadores Adriano y Severo que, segun refiere Lampridio, han querido erigirle templos: recordadle el pasage de Calcidio sobre la adoracion de los magos, y el texto de Flegon sobre el eclipse y temblor de tierra acaecidos en la muerte de Jesucristo; mostradle la conformidad del texto de Josefo, autor judío, con lo que se lee en el nuevo Testamento acerca de san Juan Bautista y de Santiago. Aprovechaos del dicho agudo del emperador Au-

gusto sobre la degollacion de los inocentes, de que habla Macrobio: no olvideis las palabras de Celso, de Porfirio y de Juliano: todos estos pasages forzarán al incrédulo á reconocer la autenticidad de los Evangelios, ó á desechar cuantas historias se han escrito en el mundo; pues que no hay ninguna que esté apoyada en tan gran número de autoridades. Los testimonios de los enemigos de la Religion que citamos aquí, se hallan desde la página 160, hasta la página 176.

### SOBRE LOS MILAGROS DE JESUCRISTO.

Si pareciere aun que el incrédulo duda de los hechos evangélicos, decidle que el mundo no ha renunciado á sus antiguas preocupaciones para adorar á Jesucristo crucificado, sin tener pruebas convincentes de la verdad de sus milagros; advertidle que estos han sido públicos, muy numerosos y bien circunstanciados: que desde la Judéa, en donde se han creido, á pesar de las preocupaciones de la sinagoga, se difundieron por todo el orbe: que los Apóstoles los han sostenido, como testigos oculares, en presencia de los filósofos paganos, de los rabinos y de los judíos: observad que el siglo de Augusto, en el que ha comenzado á establecerse la Religion cristiana, era un siglo ilustrado que en nada cedia al presente: que cuando los predicadores de la Fé se presentaron á las naciones, estaban recientes los hechos que sirven de fundamento á nuestra creencia, y era muy fácil examinarlos á fondo: que la Religion fue recibida en Roma y en la Grecia en donde florecian las artes, y que hombres grandes, que eran la gloria y ornato de su siglo,

abandonaron el culto de los falsos dioses para adorar la Cruz: nombrad á aquellos hombres célebres del paganismo que abrazaron con ardor los intereses de Jesucristo. Ved la página 179, hasta la 186. Añadid que todos los puntos de Religion fueron entonces examinados, y que jamas hubo negocio mas discutido. Los comentarios de los rabinos y las sutilezas de Celso podrán serviros tambien para demostrar que los milagros de que se trata eran incontestables. Todo esto lo hallareis en el lugar citado.

El incrédulo conocerá la fuerza de vuestras razones; pero el interés de sus pasiones le hará inventar nuevas dificultades, y os opondrá falsos milagros obrados en la idolatría. Responded, que si Dios, para probar la fé de su pueblo y manifestar con mas esplendor su poder, ha permitido algunas veces al demonio y á los impíos trastornar las leyes de la naturaleza, ha suministrado siempre medios para evitar los lazos y estorbar la seduccion. Exponed los principios que hemos establecido en la página 188. La victoria que Moisés consiguió de los magos de Faraon, y la confesion forzada que ellos hicieron, reconociendo en los prodigios del santo Profeta el dedo de Dios, deshará la objecion de los falsos milagros que, muy lejos de perjudicar á la Religion, antes han servido para aumentar sus triunfos. Hallareis este ejemplo en la página 189. Las señales que ha habido siempre para distinguir las obras de Dios de las del demonio estan en las páginas 190, hasta la página 194.

## SOBRE LA INCREDULIDAD DE LOS JUDÍOS.

La incredulidad de los judíos será otra objecion que os opondrán. Responded que la ceguedad de este pueblo es mas propia para confirmar la fé que para desquiciarla, pues que se vé claramente predicha en las Santas Escrituras. Advertidle que los judíos no negaron los milagros de Jesucristo; y que por el mismo hecho de atribuirlos á magia, confirman su verdad: decid al incrédulo que este pueblo, lleno de ideas ambiciosas, se habia imaginado que el Mesías se dejaría ver como conquistador, y con aquella pompa que el mundo admira: que habiéndose manifestado Jesucristo en un estado pobre y humilde, su Pesebre y su Cruz escandalizaron á estos hombres carnales; y que quisieron mas dar absurdas explicaciones á las profecías, y atribuir á magia las maravillas del Salvador, que reconocerle por el Mesías que esperaban. Estas funestas preocupaciones de los judíos están en la página 195. Si el incrédulo pretende justificar á este pueblo rebelde, hallareis en las páginas 191 y 192 razones que le harán conocer cuan peligroso es dar un fallo precipitado.

Convendrá hacer observar que, á pesar de la obstinacion de los judíos, se convirtieron ocho mil con la predicacion de san Pedro; y que en Jerusalen fue en donde se estableció la primera Iglesia. Añadireis que estando anunciada en las profecías, como una señal de reprobacion, la incredulidad de la nacion judáica, la ceguedad de este pueblo, que aun subsiste, mas sirve para afirmarnos en la fé que para desquiciarla; como se ha dicho en las paginas 197 y 198.

Si se os habla de Apolonio de Tianea, responded que esta historia fabulosa ha sido enteramente destruida por los sabios. Emplead el discurso de que Lactancio, autor célebre del cuarto siglo, se servia contra un pagano que le hacia la misma objecion. Ved las páginas 196 hasta la 200.

Acaso llegará la insesatez del incrédulo hasta negar la Resurreccion de Jesucristo; pero no podrá oponeros cosa alguna razonable. Hemos demostrado esta maravilla con tantas pruebas, que sería demasiado largo recordarlas aqui: pero como esta es una cuestion importante en que nada se debe descuidar, os remitimos al capítulo XXVI. Teniendo una perfecta persuasion de los argumentos de que nos hemos servido, no habrá incrédulo que no quede reducido al silencio. Los miserables argumentos del impío sobre el Pesebre y la Cruz se destruyen igualmente en el capítulo XXV, en donde, trazando la vida de Jesucristo, probamos que su divinidad ha resplandecido en medio de sus humillaciones. Las pruebas que demuestran que él es el Mesías y el Hijo de Dios se hallan en los capítulos XXIII y XXIV.

La divinidad de la doctrina del Evangelio y la inspiracion de los sagrados autores, se hallan desde la página 206 hasta la 208. Los capítulos XXVII, XXVIII y XXIX se emplean en convencer que el sagrado Libro ha llegado hasta nosotros sin alteracion; y decimos alli mismo alguna cosa sobre las supuestas mutaciones y contradicciones que se imaginan hallar en los sagrados Libros. Es esencial saber todos estos artículos, y jamas en esto se sabrá de mas. No es probable entrar en disputa arreglada con el incrédulo; pero estando bien ins-

truidos sobre todos estos puntos, sus objeciones no serán ya peligrosas, y se tendrán siempre respuestas sólidas en cualquier tiempo que se atreva á atacar la Religion.

### SOBRE EL ESTABLECIMIENTO DE LA RELIGION CRISTIANA.

Si el incrédulo se atreviese á comparar los sucesos del mahometismo con los progresos del Evangelio, respondedle que semejante comparacion honra poco al que la hace: que no es de admirar que una Religion que lisonjea los sentidos y que tanto favorece á la naturaleza corrompida, haya sido recibida por unos pueblos subyugados é intimidados por las mas terribles amenazas: que Mahoma, sin dar prueba alguna de su supuesta mision, apareció 600 años despues de Jesucristo con las armas en la mano, y que sus apóstoles han sido soldados. Ved en la página 268 lo que hemos dicho sobre Mahoma y sobre su religion. Observad que sacamos la prueba de la divinidad de la Religion cristiana, no solo de su propagacion, sino del modo con que se estableció y se propagó: que lo maravilloso consiste en que doce pobres, sin talento alguno y destituidos de todo apoyo humano, hayan llegado á persuadir á los oradores y á los filósofos en Roma y en Grecia, en donde reinaban las ciencias; y que, á pesar de todas las potestades de la tierra armadas contra ellos, hayan conseguido, sin mas armas que la paciencia y la dulzura, hacer que el universo recibiese una Religion que cautiva al entendimiento y al corazon: exponed los innumerables extravíos en que se hallaban los hombres cuando los Apóstoles anunciaron el Evangelio;

y concluid que como ellos no han empleado alguno de los medios de que se ha servido el falso Profeta, y han tomado unos caminos enteramente opuestos al designio que se proponian, se sigue evidentemente que el establecimiento de la Religion es obra de Dios. Ved desde la página 256 hasta la 272.

### SOBRE LOS MÁRTIRES.

Con el deseo de frustrar la prueba que sacamos de nuestros mártires, serán tratados con desprecio estos héroes del cristianismo, y os harán ver que tambien hubo hombres que se han ofrecido á la muerte, y que la han sufrido por sostener una religion falsa: sin agriaros por las proposiciones indecentes que oyéreis, responded con calma, que esos sugetos de quienes se habla son muy pocos, y que estos ejemplos no hacen fuerza alguna: que jamas hubo verdaderos mártires sino entre los judíos y los cristianos: que, á excepcion de Sócrates, cuyo ejemplo no nos es contrario, pues que ha muerto por sostener la unidad de un Dios, la historia pagana no hace memoria de alguno que haya sido perseguido y atormentado por su Religion.

Hacedle entender que entre nuestros mártires se hallan muchos personages distinguidos por su nacimiento, sus virtudes y su sabiduría, y que es una manifiesta injusticia confundirlos con unos fanáticos, víctimas de las leyes y costumbres de su pais. En el capítulo XXXIV hallareïs el nombre de muchos ilustres mártires, cuyas luces y sabiduría nos anuncian las obras que nos quedan de ellos.

Decidle, para ahorrar de palabras, que hay mucha diferencia entre los mártires de doctrina,

y los mártires de la verdad de la historia: que los Apóstoles y discípulos de Jesucristo han muerto por sostener hechos palpables y sensibles, de los cuales habian sido ellos mismos testigos; y que mientras no se nos presenten mártires por sostener hechos evidentemente falsos, nuestra prueba subsistirá siempre en todo su vigor. Ved la pág. 302.

Probad, con los pasages de Tertuliano, de Orígenes y de san Irenéo referidos en el capítulo XXXII, que el don de los milagros ha existido en la Iglesia por espacio de tres siglos: que los mártires, viendo á los fieles anunciar lo futuro, sanar á los enfermos y resucitar á los muertos en el nombre de Jesucristo, tenian á la vista poderosos motivos que los determinaban á morir en defensa de una Religion cuya divinidad era tan manifiesta. Los testimonios que Plinio y el emperador Juliano se han visto precisados á dar á los primeros cristianos, podrán destruir las preocupaciones, y dar al incrédulo ideas mas exactas de estos defensores gloriosos de la fe. Los pasages de los dos paganos de que hablamos están en el capítulo XXXIV página 306 hasta la 312.

Estando vuestras pruebas á cubierto de los tiros de la impiedad, reunireis en un mismo punto de vista todos los motivos de credibilidad que anuncian la divinidad de la Religion, y saldrá de ellos una luz tal, que apenas podrá resistir el incrédulo. La perfecta conformidad de los dos Testamentos que presenta á todo hombre reflexivo una demostracion de la divinidad de las santas Escrituras, es una prueba mas que podreis emplear con buen éxito. Ved el capitulo XXXVI; referid las desgracias que cayeron sobre los judíos poco tiempo

despues de la muerte de Jesucristo: la destruccion de Jerusalen y de su templo, los sucesos portentosos que se vieron entonces, de que nos hablan Josefo y Tácito, ambos enemigos de la Religion, son hechos demasiado ruidosos para no hacer impresion. Están detallados en el capítulo XXXIII.

Recordad tambien el prodigio que sucedió cuando el emperador Juliano quiso restablecer á los judíos y reedificar el templo; el testimonio que dá sobre esta maravilla un autor pagano, oficial del mismo Juliano, la pone en tan alto grado de certidumbre, que á no ser pirrónico es necesario ceder. Ved la página 289; mostradle esa miserable nacion, la mas antigua de todas y por la que da principio el mundo, conservada y dispersada por todos los paises, y en el estado de humillacion que anunciaron los Profetas. Esta prueba, que plugo al Señor poner á nuestra vista para alumbrar á los mas ciegos, es una de aquellas sobre que es necesario insistir mas. Se verá en el capítulo XXXIII. Tambien hallareis en los triunfos de la Iglesia y en la perpetuidad de la fé, de que hemos hablado en el capítulo XXXV, un nuevo motivo de persuasion. Esta Iglesia siempre combatida y jamas vencida, y que enseña hoy la misma doctrina que enseñaron Jesucristo y sus Apóstoles, hará conocer al incrédulo que una mano invisible, pero omnipotente, la sostiene.

El incrédulo se imaginará acaso embarazar con la abolicion de la ley judáica: sostendrá que esto no se puede admitir sin suponer una contradiccion que repugna á un Dios soberanamente perfecto. Responded á esta objecion que hemos destruido en el capítulo XXXVII, que

la ley antigua no era sino una figura de la nueva; que la mudanza sucedida en la Religion estaba anunciada por los Profetas, y que asi no hay contradiccion en esto: enseñadle que las ceremonias establecidas por Moisés no eran inmutables por su naturaleza, como lo son las reglas de moral fundadas sobre la ley eterna, y que debian cesar á la venida del Mesías: que por otra parte Jesucristo, mudando la policía exterior y las prácticas de la ley judáica, no ha tocado en cosa alguna á lo esencial de la Religion ni á lo que mira á las costumbres, lo que se ve desde la página 327 hasta la 329. Hacedle ver la conservacion de los judíos como una maravilla que Dios obra cada dia para cumplir sus promesas y verificar sus designios. Citad el pasage de Ezequiel y de san Pablo, que anunciándonos la conversion de los judíos quitan la aparente contradiccion, y nos suministran una prueba de la conformidad y armonía de los dos Testamentos. Véase la página 333.

Ilustrad á ese entendimiento incrédulo por medio de la excelencia y hermosura de la Religion cristiana, que no tiende sino á hacer reinar sobre la tierra la justicia, la concordia y la union, que santifica todos los estados por los sábios consejos que dá. Todo hombre que ama la verdad, y en el que la razon está desprendida de las pasiones, se dejará persuadir, y comprenderá que una Religion perfectamente conforme con la razon, que presenta una idea tan noble de Dios, que conoce la naturaleza del hombre, que dá razon de su grandeza y de su debilidad, y que le proporciona medios para hacerle dichoso, no puede dimanar sino de un Dios infinitamente santo é infinitamente sábio. Véase el

capítulo XXXVIII, en donde esta prueba se pone en el mayor grado de claridad.

Se os podrá oponer la debilidad humana como un obstáculo invencible para la práctica del Evangelio; responded lo que ya hemos dicho en el capítulo XXXVIII, página 348, cuyas razones no admiten réplica.

Si se os habla de esos pueblos sepultados en las tinieblas del paganismo que están privados de la revelacion, hallareis una respuesta extensa en el capítulo IV página 31, en donde esta objecion, mucho mas especiosa que sólida, está enteramente desvanecida.

## SOBRE LOS MISTERIOS.

El imperio absoluto y legítimo que el cristianismo ejerce sobre la razon, irritará al incrédulo. Él os dirá que habiéndole dado Dios luces naturales para dirigirse, tiene derecho para desechar todo lo que no puede comprender. Convenid en que si nosotros no tuviésemos fuertes y poderosas pruebas de la revelacion, tendria razon para resistirse contra los misterios impenetrables al entendimiento humano; pero sostened al mismo tiempo que sería la mayor locura no creerlos, supuesto que es indubitable que Dios ha hablado.

Decid que las profecías visiblemente cumplidas, los milagros de Jesucristo averiguados, la sangre derramada de una multitud innumerable de mártires, y la unanimidad de los hombres mas sabios y mas ilustrados de todas las naciones, son como el sello del Ser supremo, que son irresistibles. Hacedle comprender bien, como una cosa esencial, que la razon ni se degrada ni se aniquila con esta ciega sumision de que se glo-

ría el cristiano, porque está íntimamente persuadido de que Dios, cuya autoridad es infalible, ha hablado en el establecimiento de la Religion cristiana, y que por consiguiente su obediencia es muy razonable. Véase el capítulo XXXV.

A todos los discursos especiosos que se os podrán hacer, responded que Dios es la misma verdad, y que no sería Dios si pudiese engañarnos: hacedle observar que si los misterios son superiores á la razon, no son contra ella, pues que no contradicen á ninguna verdad natural, como lo han probado perfectamente Jacquelot y Leibnitz: que por otra parte estas misteriosas obscuridades no se nos han propuesto para ejercitar nuestro entendimiento, sino para probar nuestra fé. Preguntad al incrédulo si comprende todas las maravillas de la naturaleza, y se verá precisado á convenir con los mayores filósofos, que hay muchas cosas que exceden á sus conocimientos: concluid por esta confesion que si hay barreras en la naturaleza impenetrables á los mayores ingenios, no debe admirarse de hallarlas en la revelacion, que excede en sublimidad é incomprensibilidad á las maravillas que el universo ofrece á nuestros ojos.

Si, á pesar de la fuerza de vuestras razones, no se da por convencido, emplead cuanto la caridad tiene de mas tierno y atractivo para ganar á este hombre desgraciadamente preocupado; y como el corazon tiene mas necesidad de remedios que el entendimiento, representadle que en un negocio en que no se trata nada menos que de una eterna felicidad ó de una eterna desgracia, no hay que vacilar en la eleccion: que aun cuando la verdad de la Religion

no le pareciese tan evidente como lo es, debe desconfiar de sus luces y someterse á la autoridad que se le presenta. El argumento de Pascal, que se halla en el capítulo XL, será á propósito para determinarle. Para facilitarle su conversion y apartar los temores humanos que frecuentemente retienen á los hombres en el error conocido, decidle que es propio de la humanidad engañarse: citadle á aquellos hombres grandes que, despues de haberse perdido en la vanidad de sus pensamientos, han adorado aquello que no podian comprender; y que por esta conducta llena de sabiduría han adquirido mas gloria que la que habian hallado en el mundo por su obstinacion.

Para acabar de disipar los encantos que le ciegan, hacedle comprender que no hay verdadera felicidad sino en la union con Jesucristo; aseguradle como una verdad de las mas constantes, que el cristiano es mas feliz aun en esta vida, que aquel que se abandona á sus desarregladas inclinaciones: habladle del triste fin de los impíos, que en la muerte se ven obligados á temer lo que no quisieron creer: mostradle las misericordias del Señor como una fuente preciosa ofrecida á todos los que han tenido la desgracia de extraviarse. Si todavía le queda algun resto de razon, si su corazon no está enteramente endurecido, se desnudará de sus preocupaciones, y volverá al seno de una Religion que se ha obligado á seguir con los votos mas sagrados.

De este modo, en lugar de dejarse uno pervertir, contribuirá por medio de sus luces y de sus consejos saludables á la conversion de los incrédulos. Ateniéndose á la revelacion no habrá que temer sus ataques: sostenido el cristia-

no por la razon y por la autoridad, saldrá siempre victorioso del combate.

Conviene advertir que si en la disputa se propusiesen hechos que parezcan destruir algunas pruebas fundamentales de la Religion; como jamas se han podido oponer algunas que no hayan sido prontamente desmentidas, es necesario preguntar al incrédulo de donde ha sacado el hecho que alega, y notar el autor sobre el cual se apoya. Las producciones de la impiedad estan llenas de mentiras y de hechos desfigurados; y asi, consultando á algunos sabios, se manifestará la impostura. No hay materia sobre la cual se haya escrito mas que sobre la Religion, y los autores cristianos han cuidado siempre de manifestar la falsedad de lo que se les ha opuesto.

Un cristiano instruido no puede emplear mejor su celo y sus talentos que en desengañar á los que viven en el error; pero por desgracia la fé se halla tan debilitada, que no consideramos á los hombres sino con respecto á la sociedad; no nos enlazamos con ellos sino por el interés y el placer. Nos interesamos en la fortuna de nuestros prójimos y de nuestros amigos; somos sensibles á las desgracias que les suceden; el menor peligro en que se hallan nos causa inquietudes, y miramos con ojos tranquilos el error que los pierde. ¿Puede caber tanta indiferencia cuando se sabe que despues de esta vida hay otra que no acabará jamas?

Nunca son excesivas las demostraciones de ternura y de afecto para con los parientes y amigos; pero esta amistad no debe limitarse únicamente á proporcionarles algunos bienes ó algunos honores pasageros, debe extenderse á su felicidad eterna: el verdadero amigo es el

que nos ama para la eternidad; sirviendo á las personas se conseguiria facilmente atraerlas á la razon. Algunas palabras dichas con oportunidad le empeñarían á reflexionar, y se detendria á muchos en la orilla del precipicio.

Hay algunos cristianos en quienes la fé está mas viva, y que no miran sino con dolor los extravíos de aquellos con quienes estan unidos; si es un padre, un esposo, un amigo, el que ha desterrado de su corazon la Religion, cuanto mas se le ama, mas lágrimas se derraman por su suerte: se desearía, sin perdonar medio alguno, preservarle de las espantosas desgracias á que su incredulidad le arrastra: estos son unos sentimientos generosos y muy propios de un cristiano; pero no basta contentarse con estos deseos secretos, sino que es necesario tomar medios para conseguir lo que se desea. Oraciones frecuentes y fervorosas al Señor servirian de un gran socorro: por este medio alcanzó santa Mónica la conversion de san Agustin; y su perseverancia en implorar la asistencia del Cielo, fue recompensada con una gracia que excedió á sus esperanzas. Tambien convendria darles á leer algunos libros, y proporcionarles conversaciones con personas de un celo ilustrado, que por medio de saludables consejos alejarian los obstáculos de su conversion. Las enfermedades y las aflicciones son tambien tiempos preciosos que es necesario aprovechar. Una vez que las pasiones se humillan, la razon triunfa y las tinieblas se disipan. El espíritu de piedad proveerá de medios que no podemos indicar. Lo que hay de cierto es que con estas diligencias se impediria la pérdida de un gran número de incrédulos; y aun cuando nuestros conatos fuesen infructuosos, la intencion sería

siempre premiada. ¡Desgraciados de los que se ciegan voluntariamente! Como Dios no ha omitido nada para ilustrarlos, no podrán imputar su perdicion sino á sí mismos. Lamentemos su suerte, pues son dignos de compasion: roguemos tambien por ellos, pero no nos dejemos jamas sorprender de sus discursos especiosos. Tenemos motivos de convencimiento, pues que la divinidad del cristianismo está decidida mucho tiempo ha por una sentencia irrevocable; y si algunos temerarios se apartan de la verdad, sus extravíos no deben desquiciar nuestra fé.

Jesucristo, nuestra divina Cabeza, ha sido anunciado muchos siglos antes de su nacimiento, como quien debia ilustrar al mundo por medio de su doctrina. Sus prodigios, que admiraron al universo, nos los testifican testigos irrecusables; y muchos que los han visto murieron por sostener la verdad de ellos. Cumpliendo Jesucristo las profecías, y saliendo glorioso del sepulcro, ha hecho conocer que él era el Hijo de Dios. El universo ha visto derribados los ídolos por medio de su Cruz: desde el principio del cristianismo hasta ahora la parte mas ilustrada del mundo le adora y pone su confianza en él: esta autoridad de tantos siglos, la mas fuerte y la mas persuasiva que el humano entendimiento puede desear jamas, no nos deja duda alguna; y asi despreciemos todos los discursos de la impiedad, y defendamos con celo la causa del Evangelio; este es el partido de la razon y de la sabiduría. Es glorioso seguir una Religion anunciada por los oráculos, confirmada por los milagros, y sellada con la sangre de los mártires: es glorioso seguir una Religion perfectamente conforme con la razon, sublime en sus dogmas, pura en su moral, y que no tira sino

á destruir los vicios, y hacer reinar todas las virtudes: es glorioso seguir una Religion que, en mas de diez y ocho siglos que hace que está establecida, ha sido abrazada por los hombres mas prudentes y mas sabios como obra de Dios. No solo es prudente y glorioso adherirse al cristianismo, sino que sería una gran locura y extravío de la razon no tributar homenage á una Religion cuya divinidad es tan manifiesta: pero hé aqui otros testimonios que van á dar nueva fuerza á cuanto hemos dicho.

---

# TESTIMONIOS

## *que dan los Padres y Doctores de la Iglesia de la divinidad de la Religion cristiana.*

El cristiano, que tiene tan magníficas y sólidas esperanzas, verá sin duda con placer cuanto puede contribuir á afianzarlas. Para convencer mejor á los incrédulos, y destruir completamente sus razones, nos hemos servido muchas veces de la autoridad de los paganos. La que presentamos ahora es mucho mas respetable, y no puede dejar de aumentarse nuestra fé viendo que seguimos el mismo camino que han seguido muchos hombres grandes, que hacian la gloria y el ornato de sus siglos por su ciencia y sus virtudes.

El sabio P. Baltus, jesuita, ha recogido en un volumen en 4.º todo lo que los santos Padres y Doctores de la Iglesia han dicho de mejor y de mas convincente para demostrar la divinidad del cristianismo. Por esta coleccion se vé que ellos han profundizado la Religion con un extremo cuidado, y de esta obra hemos sacado los pasages que ponemos aqui. Entre la multitud de discursos que se ven en ella, hemos escogido algunos de los que tienen relacion con las diferentes materias de que hemos tratado, á fin de dar una nueva fuerza á nuestras pruebas, y suplir con esto lo que nuestra debilidad haya podido quitarles. Por ellas se verá que no decimos ahora mas que lo que se decia entonces, y que los argumentos que sostienen la fé del cristiano no han variado: tambien se podrá juzgar, por estos trozos aislados, del ingenio de aquellos hombres tan célebres que, despues de haber examinado con escrupulosa atencion los sólidos fundamentos de la Religion, la han defendido con celo.

## ORÍGENES

### *sobre la divinidad de las santas Escrituras.*

"Habiendo probado, dice Orígenes (c. I. lib. 4. »*de Princ.*), la divinidad de Jesucristo por las »profecías, hemos probado al mismo tiempo »que las santas Escrituras, de donde las hemos »sacado, han sido inspiradas por Dios, y que to»do lo que anuncian de su venida y de su doc»trina está fundado sobre la mayor de todas »las autoridades: lo que dá un nuevo brillo á la »vocacion de los gentiles, y eleva á la Igle»sia al mayor colmo de gloria; á lo cual se de-

»be añadir que la divinidad de los libros de los »Profetas y de la ley de Moisés se ha manifes»tado con evidencia por la venida de Jesucris»to á la tierra: porque antes no era facil de»mostrar claramente que las Escrituras del an»tiguo Testamento eran divinamente inspiradas; »mas despues de este grande suceso, los que hu»bieran podido dudar de la divinidad de la ley »de Moisés y de los libros de los Profetas, la »veían al presente mas clara que el sol, y no »pueden menos de reconocer que han sido escri»tos por inspiracion de Dios. Ademas de esto, »los que leyeren con atencion á estos autores »sagrados, experimentarán algo de aquel santo »entusiasmo de que estaban llenos, y reconocerán »facilmente que sus discursos no son humanos, »sino divinos. Es pues nuestro Señor Jesucristo »quien, habiendo corrido el velo que cubria la »ley de Moisés, ha descubierto toda su exce»lencia y divinidad, y quien ha hecho conocer »á los hombres los verdaderos bienes de que era »sombra y figura. Por lo demas, sería demasia»do largo referir todas las predicciones de los »Profetas que al presente vemos cumplidas, »para convencer de la divinidad de las santas »Escrituras á los que dudan de ella, y obligar»los á recibirlas sin vacilar, como palabra de »Dios. Solo diré, que no es extraño que los me»nos ilustrados no hallen siempre en estos li»bros un sentido mas que humano. Como entre »los efectos de la Providencia de Dios que go»bierna el universo, hay algunos que son prue»bas muy claras y muy manifiestas de esta mis»ma Providencia, los hay tambien que estan de »tal forma ocultos, que parecen dar ocasion á »dudar de ella; porque su infinita sabiduría no »se manifiesta con tanta evidencia en las cosas

»terrenas, como en el curso del sol y movimien»to de los astros; ni en los diferentes sucesos de »esta vida, como en los instintos del alma y or»ganizacion de los cuerpos de los animales. Pe»ro, como los que estan una vez convencidos de »esta divina Providencia por tantos efectos que »la anuncian manifiestamente, no han vacilado »por la dificultad y oscuridad que hallan en »otros muchos: del mismo modo, las dificulta»des que se hallan en algunos lugares de las di»vinas Escrituras, en los que no descubre nues»tra debilidad toda la magestad que está allí »oculta, no pueden perjudicar en nada á su di»vinidad, que nosotros reconocemos manifiesta»mente en tantos otros, y que sabemos hallar»se igualmente en todas partes."

## TERTULIANO

### *sobre la divinidad de las santas Escrituras.*

"Si yo difiero, dicé, (*Apolog.* c. XX.), el pro»baros la antigüedad de nuestras Escrituras, »voy á probaros en recompensa algo mas; esto »es su magestad. Vosotros dudais si son anti»guas, y yo voy á mostraros que son divinas. »No hay necesidad de un largo discurso para »persuadíroslo: vosotros teneis á la vista con »que convenceros. Todo el mundo, el siglo en »que vivimos, y los sucesos que vemos en él, »nos ofrecen una prueba evidente. Todo lo que »se hace en nuestros dias ha sido predicho ha»ce mucho tiempo: los antiguos han oido lo que »nosotros vemos ahora, y los Profetas anuncia»ron lo que sucede á nuestra vista. Al mismo »tiempo que nosotros sufrimos lo que ellos han »profetizado, nosotros leemos las profecías de ello

»en sus libros, y al mismo tiempo que las leemos, »reconocemos en ellos su verdad. Es sin duda »una prueba excelente de la divinidad de sus li»bros, el cumplimiento de las profecías que »contienen. De aquí es que creemos indubita»blemente las que miran á lo futuro; porque »éstas estan probadas por el cumplimiento de »las otras. Ellas han sido hechas en el mismo »tiempo, y se hallan en los mismos libros: un »mismo Espíritu inspiró á los Profetas las unas »y las otras: la profecía es una, y todos los »tiempos le son igualmente presentes, aunque »los hombres los distinguen y separan lo futuro »de lo presente, y lo presente de lo pasado. ¿En »qué faltamos, os pregunto, en creer las ver»dades que miran á lo futuro, pues que lo pre»sente y lo pasado nos aseguran de ellas?"

## SAN JUSTINO

*sobre la divinidad de las santas Escrituras.*

"Hubo antiguamente, dice (*Dial. contr.* »*Trif.*), y mucho tiempo antes que fuesen cono»cidos en el mundo los que llaman filósofos, »hombres bienaventurados, santos y amigos de »Dios, que han hablado movidos del Espíritu »Santo, y que han predicho las cosas futuras »así como nosotros las vemos cumplirse al pre»sente. Se les llama Profetas, y son los únicos »que han conocido la verdad, y la han anuncia»do á los hombres sin temor, sin respeto huma»no, y sin deseo de adquirir gloria, sino única»mente con la mira de instruir á los hombres, y de »enseñarles lo que debian saber, segun les inspi»raba el Espíritu Santo, de quien ellos estaban »llenos. Sus libros han sido conservados hasta el

»presente, y los que los leen pueden instruirse »verdaderamente de lo que concierne al principio y al fin de todas las cosas, y generalmente de todo lo que un verdadero filosofo debe saber; pero es necesario para esto someterse y creerlos. Ellos no emplean en sus libros »largos razonamientos, ni demostracion alguna »filosófica para probar lo que dicen, porque »tienen una autoridad superior á toda esta especie de demostraciones, y porque son eminentemente dignos de ser creidos por sí mismos »acerca de todas las verdades que enseñan; porque todo lo que ha sucedido hasta el presente, »y lo que sucede aun todos los dias, es el cumplimiento exacto de lo que ellos han vaticinado; y este cumplimiento manifiesto de sus »predicciones obliga necesariamente á los que »leen sus libros á darles entero crédito en todo »lo que han escrito; sin hablar de un gran número de otras predicciones, y de otras maravillas que han obrado, y que los hicieron dignos en todos los tiempos de todo género de »creencia."

## SAN CRISÓSTOMO

### *sobre la autenticidad del nuevo Testamento.*

"Para estar persuadidos de la antigüedad de »nuestros libros (*Hom. 6. in cap. XI. 1. ad Corinth.*) »os debe bastar el que Celso y Porfirio, nuestros mayores enemigos, dan testimonio de ellos: »porque es bien visible que ellos no hubieran escrito contra unos libros que no se hubiesen compuesto sino despues que murieron. »Por otra parte toda la tierra y todos los pueblos del universo que los han recibido unáni-

»memente con el mayor respeto, demuestran »suficientemente su verdad y su divinidad; por»que, si el Espíritu Santo no hubiese sido su au»tor, y no los hubiese acompañado y sostenido »por todas partes con su gracia, jamas todas las »naciones, de un extremo á otro de la tierra, se »hubieran convenido en recibirlos, como lo han »hecho, y en reconocerlos por divinos: y si ellos »hubiesen sido supuestos ó falsificados, ¿quién »no vé que el engaño hubiera sido bien pronto »descubierto? Ademas de esto, no es posible »que tan grandes cosas, tantos acontecimientos »maravillosos, tantas virtudes y tanta santi»dad, hubiesen sido fundadas sobre ficciones: »¿no creeis que todo el universo fue convertido, »el paganismo destruido; esa multitud de soli»tarios, cuya santidad brilla por todas partes »como el sol; la de tantas vírgenes cristianas »que llenan los monasterios; la piedad, la re»ligion que florecen entre las naciones mas bár»baras; en una palabra, todos los hombres so»metidos unánimemente al yugo de la fé? Por »otra parte, estas profecías de que hablamos »no se hallan solamente en nuestros libros, se »leen tambien en los de los antiguos Profetas. »Sin duda que vosotros no protestareis contra »ellos, pues que nuestros mayores enemigos son »los que siempre los han manejado, y que mu»cho tiempo antes que hubiese cristianos, fue»ron traducidos al griego por el cuidado y dili»gencia de los mismos griegos. Pues, como he »dicho, estos antiguos Profetas anuncian y dicen »las mismas cosas que nuestros libros, y con»curren todos unánimemente á profetizar todo lo »que mira á la venida del Hijo de Dios entre »los hombres."

# SAN AGUSTIN

## *sobre la divinidad de Jesucristo.*

"Por pagano ó incrédulo que uno pueda ser, »dice este Santo Doctor (*lib.* XVI. *cont. Faust.* »*cap. XX.*), quien no hubiere renunciado á las »luces de la razon, no desechará los libros del »antiguo Testamento, bajo el pretexto de que han »sido escritos en hebreo, y de que él es de una »nacion diferente de la de los hebreos; sino que »estimará infinito los libros de cualquiera nacion »que sea, si halla en ellos profetizado mucho »tiempo antes lo que ve cumplido en su tiem»po, y no rehusará reconocer á Jesucristo por »Dios, porque le halla declarado por tal y »anunciado en los libros de los hebreos. Al con»trario, en cualesquiera libros que le halle »pronosticado y anunciado de este modo tantos »siglos antes de que apareciese sobre la tierra, »y por tan gran número de testimonios y profe»cías, de las cuales unas son muy claras y muy »manifiestas, y las otras figuradas y misterio»sas, le reconocerá por tal, y le adorará de »todo su corazon con un profundo respeto mez»clado de la mayor admiracion: y asi es como »por las profecías que leerá en estos libros, y »que verá cumplidas en el establecimiento y »gloria de la Iglesia católica, reconocerá que »estos libros son verdaderamente proféticos; y »por estos libros que habrá reconocido profé»ticos y divinos, no dudará que sea necesario »adorar á Jesucristo como á Dios, pues que »está declarado en ellos como tal. En nada se »me crea, si esto no ha sucedido como lo di»go, y si esto no sucede aun todos los dias, y

»si todas las naciones del mundo no convienen »unánimemente en la unidad de la misma fé so»bre este punto, por la lectura de estos libros."

## SAN JUAN CRISÓSTOMO

### *sobre la Resurreccion de Jesucristo.*

"¿Quereis ver todavía (*Serm.* 63.) otro »gran milagro y otra brillante prueba de la »Resurreccion de Jesucristo? Considerad lo »qué eran los Apóstoles antes que Jesucristo »hubiese resucitado, y lo que fueron despues, »y la prodigiosa mudanza que se hizo en ellos. »Se sabe que un hombre que ha amado á otro »durante su vida, le olvida comunmente despues »de muerto: que si se ha separado de él »mientras vivia, mucho mas pronto le olvida en »la muerte, sobre todo si hay algun peligro en »acordarse de él, y en manifestarle adhesion; »por eso apenas se ha visto amigo alguno que lle»vase su amistad hasta este punto; pero lo que »no ha sucedido á ninguno, que se le haya »amado despues de su muerte habiéndole aban»donado durante su vida, es lo que se ha visto en »Jesucristo; porque sus Apóstoles despues de »haberle negado cuando vivia aun, despues de »haberle abandonado en el tiempo de su pasion, »despues de su muerte y de su crucifixion le »tuvieron tal adhesion, que no han tenido difi»cultad en dar la vida por amor suyo. ¿Cómo »hubiera podido suceder esto, si no hubiese re»sucitado? ¿Cómo sucedió, que habiéndole aban»donado durante la vida por evitar el peligro »de que estaban amenazados, despues de su »muerte se exponen á una infinidad de trabajos »y peligros mucho mayores? Todos estos dis-

»cípulos le abandonaron al tiempo de su pasion:
»Pedro le negó tres veces con juramento; y sin
»embargo este mismo Pedro que negó tres ve-
»ces á su Maestro por el temor de una criada,
»cuando se trata de probar su Resurreccion, se
»muda repentinamente en otro hombre: no teme
»manifestarse delante de una numerosa asam-
»blea, se presenta atrevidamente en medio de
»los judíos, y sostiene en su presencia que
»aquel á quien ellos mismos han crucificado,
»resucitó tres dias despues de haber sido puesto
»en el sepulcro, y que subió al cielo; y que él
»está pronto á sostener esta verdad en medio de
»los suplicios y de la misma muerte: ¿de dónde
»le podia venir esta confianza y este valor tan
»extraordinario? Pues ya que veis, continúa
»san Juan Crisóstomo, que despues de la muer-
»te de Jesucristo se han hecho en su nombre
»mayores milagros que los que él mismo ha he-
»cho durante su vida, y que sus discípulos,
»que le habian abandonado antes, le tuvieron
»despues una adhesion y un amor increible,
»aprended de aqui que el Salvador del mundo
»no ha sido presa de la muerte; que antes
»por el contrario, él la ha vencido resucitan-
»do; y que despues de haber sido crucificado,
»muerto y sepultado, vive, y vivirá siempre,
»como que es verdadero Dios, inmortal, inmu-
»table y eterno. Si no fuese tal, y no hubiera
»resucitado, es claro que jamas sus discípulos
»hubieran hecho por la invocacion de su nom-
»bre tan grandes maravillas: fue abandonado
»de ellos un poco antes de su muerte, y al pre-
»sente toda la tierra le sigue y le adora. Ya no
»es solo Pedro quien testifica su adhesion á él,
»sino otros infinitos, que aunque jamas hayan
»visto á Jesucristo, le han amado y le aman toda-

»vía hasta estar prontos á dar su vida por él, y »sufrir los mas crueles suplicios antes que negar»le. Si está muerto, y en el sepulcro como vos»otros creeis, judíos incrédulos, ¿cómo ha po»dido y puede aun obrar todas estas maravillas? »¿Cómo ha conseguido persuadir á los hombres »que le adoren y le reconozcan por Dios? ¿Có»mo ha podido moverlos á que sufran todo géne»ro de suplicios, y hasta la misma muerte, an»tes que renunciar á su amor? Vosotros teneis, »pues, por todas partes pruebas indubitables de »la resurreccion de Jesucristo: las teneis en el »amor y adhesion inviolable que sus discípulos »le han tenido despues de su muerte, y en el »que le han tenido tambien otros infinitos fieles »que han dado su vida por él."

## EL MISMO SAN JUAN

### *sobre los milagros de los Apóstoles.*

"No teneis mas que tomar el libro que se in»titula *Hechos de los Apóstoles* (*san Crisost.* »*contr. Gentil.*), y que contiene las obras mara»villosas que han hecho, no todas, sino algu»nas en un pequeño número; ni de todos los »Apóstoles, sino de dos ó tres solamente, y ve»reis que alli se dice que se llevaban los enfer»mos á los lugares por donde ellos debian pa»sar, para que tocándole siquiera la sombra de »estos bienaventurados Apóstoles á uno de estos »enfermos, fuesen todos curados; y que algunos »vestidos que san Pablo habia llevado bastaban pa»ra librar á los que estaban poseidos del demonio: »que si alguno se atreviese á decir que esto no es »mas que ficcion, bastará para contener sus blas»femias y para cubrirle de confusion hacerle

»considerar lo que pasa al presente en todo el »universo: verá que no hay region, por remota »que sea, en donde estos milagros no sean crei»dos, celebrados y admirados de todo el mun»do: lo que ciertamente jamas hubiera sucedi»do, si, como vosotros decís, no fuesen sino »ficciones; y para convenceros de ello, no ne»cesito mas que referirme á vosotros mismos, á »vosotros mismos digo, que sois nuestros ma»yores enemigos. Decidme, os ruego, ¿por qué »no se habla ya ni de Zoroastro ni de Zamol»xis, cuyos nombres apenas se conocen? ¿No es »porque cuanto se ha dicho de sus supuestos »milagros, no eran sino fábulas? Sin embargo, »estos hombres, y los que han escrito sus vidas, »eran los mas hábiles, los primeros en fingir, y los »segundos en adornar sus ficciones é imposturas »con todas las gracias del discurso. Con todo »eso, de nada ha servido esta grande habilidad, »porque el fondo de la cosa era mentira y fal»sedad. Todo lo contrario sucede cuando se tra»ta de la verdad: en vano se la ataca y se in»tenta destruirla, pues se sostiene por sí mis»ma, y permanece invencible. La misma mul»titud de los que la atacan, y los esfuerzos que »hacen para destruirla, no sirven sino para dar»le mas esplendor, y hacerla triunfar mas glo»riosamente: y asi nuestra creencia, que voso»tros tratais de invencion humana, ha sido ata»cada por los emperadores y reyes mas pode»rosos, por los mas sabios filósofos, y por los »sofistas mas hábiles y mas elocuentes; por to»dos los encantadores, los mágicos, y por los »mismos demonios que se han empeñado en des»truirla: sin embargo, todos sus esfuerzos han »sido inútiles. Sus lenguas, por hablar con el »Profeta, han perdido su fuerza y su elocuen-

»cia; sus flechas se han hecho semejantes á las »de que usan los niños en sus juegos; y esos »poderosos emperadores en la guerra obstinada »que nos han hecho no han ganado mas que la »reputacion de bárbaros, de crueles y de sanguinarios: nuestros generosos mártires, con su »constancia invencible, los han cubierto de una »confusion eterna. Por lo que toca á esos grandes »filósofos y á esos hábiles sofistas que nos han »atacado, han parecido tan ridículos en lo que »han escrito contra nosotros, que todo el mundo »se burla de ellos, sin que se halle entre toda la »multitud de los cristianos ni hombres, ni mugeres, ni aun niños á quienes hayan podido »desquiciar de su fé."

## EUSEBIO.

### *El testimonio de los Apóstoles es incontestablemente verdadero.*

"¿Cómo es posible concebir, dice Eusebio, »(*Demost. Evang. l. III. cap. II.*) que unos impostores, unas gentes ignorantes, gentes que »no entendian otras lenguas que la suya materna, formen un designio tan extraordinario y »tan extravagante, como el de recorrer por todas »las naciones de la tierra? ¿Qué probabilidad »de que se hallen en estado de conseguir tan »gran designio, y difundir su doctrina por todo »el mundo? ¿Se puede admirar bastante la uniformidad que reina en todos sus discursos, y »su perfecta armonía con la historia que han »dado de Jesucristo? Si en todas las cuestiones »de hecho, si en todos los procesos, si en todas las disputas ordinarias, la conformidad de »los testigos es suficiente para decidir el nego-

»cio de que se trata, ¿quién puede dudar que el »testimonio de los doce Apóstoles, de los seten»ta Discípulos, y de un número infinito de cre»yentes que se ponen por testigos de las accio»nes de Jesucristo, y que convienen perfecta»mente en sus deposiciones, no debe ser mira»do como una prueba incontestable de la ver»dad que han sostenido, especialmente si se »considera que han sellado la verdad de su tes»timonio con todo género de tormentos, y con »la misma muerte? Que unas gentes ignorantes, »añade, lleven el nombre de Jesucristo por to»da la tierra, unos á la misma Roma, centro »del imperio, otros á la Persia, otros á Armenia, »otros al pais de los Escitas, otros á las Indias »y á los lugares mas remotos de la tierra, otros »mas allá de los mares, á las Islas Británicas, »esto es una cosa que excede mucho, segun »mi modo de pensar, á las fuerzas humanas, y »con mas razon á las de los simples y sin letras, »y aun mas á las de cualesquiera impostores. »Ninguno de estas gentes ha podido jamas sepa»rarse de sus compañeros, ni por el temor de »los tormentos ni de la muerte que se hacía su»frir á los otros; ninguno ha predicado jamas lo »contrario de lo que el otro enseñaba; ninguno »en fin ha descubierto jamas la impostura. Aun »hay mas: se vé por el contrario que uno solo »que abandonó á su Maestro mientras aun vi»via, y que le entregó á sus enemigos, no pu»diendo soportar el peso de sus remordimientos, »se ha quitado la vida con sus propias manos »en medio de la desesperacion.

## SAN CRISÓSTOMO.

*El establecimiento de la Religion es una obra divina.*

"Sí: (*Homil.* 3. *in lib. ad Corinth.*) esas pobres gentes sin ciencia, sin letras, sin elocuencia han vencido á los sabios, á los filósofos, á los príncipes, á los emperadores; y en una palabra, á todas las potestades de la tierra, y han conseguido alistarlos bajo las leyes del Evangelio; lo que demuestra admirablemente que esto es un efecto de la virtud enteramente divina de la Cruz de Jesucristo, y que ninguna cosa humana ha tenido parte en tan gloriosa victoria. No ha habido en efecto cosa humana en todo esto, nada que no hubiese sido sobrenatural y divino: porque cuando un efecto excede las fuerzas de la naturaleza, y por otra parte se halla en él la conveniencia con la utilidad, es visible que dimana de la omnipotencia de Dios, y que él es su Autor; considerad pues, os ruego, todas las circunstancias de la predicacion de los Apóstoles, un pescador, un constructor de redes, un alcabalero, unos hombres simples, groseros, ignorantes, vienen desde un pais distante, tal como la Palestina, y emprenden convencer de error á los filósofos, á los retóricos, á los hombres mas hábiles y mas elocuentes: los confunden en efecto, los ahuyentan, y en poco tiempo se hacen dueños de todos los entendimientos y de todos los corazones; y esto á pesar de una infinidad de obstáculos y de persecuciones, á pesar de las preocupaciones inveteradas, de la fuerza de la costumbre, de los

»usos y las opiniones envejecidas, á pesar de »todos los esfuerzos de los demonios que armaban contra ellos á los emperadores, á los reyes, á los magistrados, á las ciudades, á las »provincias y á los reinos; á pesar en fin de las »prisiones, de los tormentos, de los suplicios y »de la muerte que se les hacia sufrir; unos simples pescadores, digo, han superado todos estos obstáculos: su palabra ha quedado victoriosa de tantos enemigos que ellos han disipado como el viento disipa el polvo. Meditemos bien todas estas circunstancias, y »preguntemos á los infieles y á los incrédulos »¿cómo ha podido suceder que un pequeño número de hombres débiles é ignorantes hayan »vencido á los mas fuertes y mas poderosos? »Cómo doce pobres pescadores han podido someter el universo á sus leyes, combatiendo »sin armas contra las naciones armadas? Porque decidme, os ruego, ¿si doce hombres »absolutamente ignorantes en el arte de la guerra, y medio desnudos, sin fuerzas y sin armas, »fuesen á hacer frente á un ejército numeroso dispuesto en órden de batalla, y no solo »no fuesen vencidos de él, á pesar de ser atravesados de tiros y oprimidos de dardos, sino »que tambien consiguiesen vencerlos, aterrarlos, quitar á unos la vida, hacer prisioneros á »los otros, ¿cuál es el hombre que no reconocería en esto alguna cosa divina y sobrenatural? »La victoria que los Apóstoles han conseguido »del mundo idólatra por la predicacion del »Evangelio, ha sido sin duda mucho mas admirable; porque es menos extraño que un »hombre débil y sin armas no sea vencido por »un gran número de enemigos armados, que el »ver á doce pobres pescadores, sin ciencia y sin

»elocuencia, persuadir á todo el universo y »vencer á todas las potestades de la tierra, sin »volver atras de su empresa, ni por su corto »número, ni por su pobreza, ni por los peligros »de que estaban rodeados, ni por la antigüedad »de los usos que intentaban destruir, ni por la »novedad de los dogmas y máximas que que»rian establecer, ni por el temor de la muerte »de que estaban amenazados, ni por la multi»tud de los que vivian en el error, ni por la »autoridad y poder de los que los mantenian »en él."

## ORÍGENES

*sobre los mártires.*

"Haremos ver á Celso á pesar suyo (dice »*contr. Cels. lib.* II) la verdad de las profecías »del Salvador del mundo; y sobre todo de aque»llas en que predice á los fieles lo que les de»bia suceder. ¿Y quién no admiraría, *conti»núa*, lo que les ha profetizado que serían »conducidos á la presencia de los reyes y de los »gobernadores por causa de su nombre, en tes»timonio contra ellos y contra todos los genti»les; y todo lo que en seguida añade de las »persecuciones que ellos habrian de sufrir? por»que solo los cristianos han sido castigados »precisamente por causa de sus dogmas y de »sus opiniones; pues si alguno se atreviese á de»cir que solo se les castiga por causa de su im»piedad, y que no era dificil al Salvador el »preverlo, ciertamente los epicúreos que nie»gan enteramente la Providencia, y que se les »deja sin embargo vivir muy tranquilamente, »manifiestan bien todo lo contrario. A estos son

»á quienes se debia acusar ante los reyes y los »gobernadores, ó á los peripatéticos que sostie»nen que las oraciones y los sacrificios que se »ofrecen á los dioses de nada sirven. Se puede »tambien objetar que los samaritanos sufren »persecucion por causa de su religion; pero no »se les castiga por causa de sus dogmas, sino »porque se mutilan á sí mismos contra las leyes »de los emperadores, que no permiten la circun»cision sino á solos los judíos; y jamas ha suce»dido que se haya propuesto á ninguno de ellos, »ó mudar de religion, ó sufrir la muerte. Solo á »los cristianos, conforme á la profecía de nues»tro Salvador, se les conduce ante los tribuna»les de los emperadores y gobernadores para »obligarlos á mudar de Religion, y sacrificar »como los otros paganos, ofreciéndoles con esta »condicion dejarlos vivir tranquilamente en sus »casas; y esto es lo que no cesa de proponérse»les en medio de los tormentos, y á lo que se »les exhorta hasta el último suspiro."

## SAN AGUSTIN

*sobre las desgracias y humillacion de los judíos.*

"¿Quiénes son (dice san Agustin *In Psalm.* »56), los que han pisado á nuestro Señor Je»sucristo? Son, responde él mismo, los que »le han crucificado como á un hombre mortal, »y que le han insultado despues de su muer»te porque no han comprendido que era Dios. »Son, digo, aquellos á quienes Jesucristo ha »cubierto de oprobios: vosotros mismos es»tais viendo que esto es verdad, porque nos»otros no lo creemos como una cosa que está »por venir, sino que la vemos cumplida. Los

»judíos han desahogado su cólera sobre el Sal-»vador del mundo, y se han sublevado contra »él con orgullo; y esto ¿en dónde? en la ciu-»dad de Jerusalen, porque allí fue donde ellos »eran poderosos; allí era en donde ellos mani-»festaban su soberbia y su arrogancia. Despues »de la pasion de nuestro Salvador han sido ar-»rojados de esta ciudad, y han perdido su reino, »en el que no han querido reconocer por rey á »Jesucristo. Ved cómo han sido cubiertos de »oprobio. Ellos están dispersos por todo el »mundo; no tienen morada alguna propia, ni »les pertenece pais alguno; han sido dispersa-»dos de este modo por todas partes, para que »por todas partes llevasen nuestros libros para »su confusion y vergüenza. Porque cuando que-»remos mostrar á los infieles que Jesucristo ha »sido anunciado por los Profetas, manifestamos »á estos infieles las divinas escrituras del anti-»guo Testamento; y para que no digan que las »hemos falsificado, y que juntamente con el »Evangelio hemos supuesto los libros de los »Profetas, porque parece que dicen las mismas »cosas que nosotros les predicamos; los confun-»dimos haciéndoles ver que estas Escrituras »que anuncian á Jesucristo estan en manos de »los judíos, y que sus libros contienen las mis-»mas cosas que los nuestros. Y asi combatimos »á nuestros enemigos con las mismas armas que »otros enemigos nos ofrecen. Ved, os ruego, »qué oprobio y qué vergüenza es esta para los »judíos. Tienen los libros de que nosotros nos »servimos para probar nuestra fé: son nuestros »criados, porque asi como estos llevan detras »de sus amos los libros de que tienen necesi-»dad, los judíos hacen lo mismo con nosotros; »llevan los libros de que nosotros nos servimos,

»y asi es como estan cubiertos de oprobio, y »se ha cumplido en ellos lo que se ha profeti»zado tanto tiempo antes en este salmo: *Cubrió »de oprobio á los que me pisaban.* ¿No es tam»bien para ellos una nueva confusion verse obli»gados á leer este salmo, en donde estan tan bien »pintados, aunque no se conozcan en él? Seme»jantes en esto á un ciego puesto delante de un »espejo, los otros ven en él su rostro y le co»nocen, mientras que él no se ve á sí mismo."

## THEODORETO

### *sobre la ruina de Jerusalen y de su templo.*

"Si alguno de vosotros (*Serm. II ad Græcos*) »no cree en el juicio final de que aqui se habla, »y mira lo que el Apostol dice de él como una »ficcion, desengáñese y reconozca su verdad in»dubitable en lo que voy á decir. Jesucristo y »sus Apóstoles nos han profetizado muchas co»sas de la otra vida; pero tambien han predi»cho otras muchas que tocan á esta. Examinad, »pues, con cuidado las predicciones que han »hecho tocantes á esta vida y al tiempo pre»sente, y si veis manifiestamente que estan »cumplidas, someteos con respeto á las que han »hecho tocantes á la otra vida. He aqui, pues, »cómo debeis conduciros: Jesucristo ha profeti»zado el sitio y ruina de Jerusalen: ha declara»do que su templo, tan magnífico y tan famoso »por todas partes, sería derribado hasta los ci»mientos: en fin, ha añadido que los judíos, que »le harian morir en una Cruz, serían arrojados »de su pais y dispersados por todo el mundo: »examinemos si esta prediccion está cumplida. »No creo que podais dudar de ella; y primera-

»mente, porque, por lo que hace á los judíos, »vosotros mismos los estais viendo arrojados de »su ciudad y dispersos en diferentes regiones »del mundo; por lo que respecta á la total rui»na de su templo, aquellos de entre vosotros »que han estado en el pais, lo han visto, y los »que no han estado deben dar crédito á lo que »les dicen los que le han visto. Por lo que á »mí toca puedo aseguraros que he visto por mis »propios ojos la ruina y desolacion entera de »aquel famoso templo: he visto por mis propios »ojos lo que habia leido acerca de él antes en la »prediccion del Salvador del mundo; y no sola»mente he admirado su certeza y su verdad, sino »que tambien me he penetrado de un vivo sen»timiento de Religion, que me ha hecho adorar »con un profundo respeto la divinidad de aquel »que la habia pronunciado. Es, pues, indubita»ble que esta profecía se ha cumplido, y si al»guno se atreviese aun á dudar de ello, la evi»dencia del acontecimiento clamaría contra él »y confundiría poderosamente su incredulidad."

## SAN AGUSTIN

### *sobre los triunfos de la Iglesia.*

"Este juicio final (dice *Serm.* 119) de que »los impíos se mofan, que algunos ingenios bur»lescos desprecian, y con el cual creen que se »les quiere espantar sin motivo; este juicio, »digo, sucederá infaliblemente. Se puede du»dar de ello si los otros acontecimientos que »han sido profetizados no se cumplieron; con»vengo en que se crea que este tampoco su»cederá; pero si todas las cosas que han sido »predichas de la Iglesia se han verificado pun-

»tualmente, y si las vemos cumplidas con tanta »evidencia que los pueblos ciegos las llegan á »tocar, ¿cómo se puede dudar por un solo mo»mento que lo demas que ha sido predicho no »se cumplirá del mismo modo? Cuando Jesu»cristo decia que su Iglesia se extendería por »todo el mundo, pocos le creían, y muchos se »burlaban de él. Al presente vemos cumplida »esta prediccion; la Iglesia de Jesucristo se ha »extendido de un extremo á otro de la tierra. »Muchos siglos ha que Dios prometió á Abra»ham que todas las naciones serían benditas en »su posteridad; Jesucristo nace de esta proge»nie de Abraham, y todas las naciones son ben»ditas en él. Los cismas y las heregías que de»bian afligir á la Iglesia fueron predichas, y »nosotros las vemos: las persecuciones que igual»mente la debian afligir, fueron predichas del »mismo modo, y sabemos con qué furor las han »suscitado los emperadores paganos: toda la »tierra se llenó de mártires que derramaron su »sangre por Jesucristo; su sangre derramada »fue una fecunda semilla que produjo una mul»titud innumerable de fieles: la Iglesia no ha »rogado inutilmente por sus enemigos, pues que »aquellos mismos que mas cruelmente la per»seguian, se han convertido. Tambien ha sido »predicho que los ídolos serían derribados por el »nombre y poder de Jesucristo, porque esto es lo »que leemos tambien en las Escrituras. Pocos »años ha que los cristianos leían esto y no lo »veían; esperaban de un dia á otro el cumpli»miento de esta profecía, se han muerto con esta »esperanza; pero como no dudaban que esta pro»fecía debia cumplirse, pasaron de esta vida con »estos deseos. Este grande acontecimiento se ve»rificó en nuestros dias, y le vemos actualmente

»con nuestros ojos. ¡Y qué! ¿todo lo que ha sido »predicho de la Iglesia se ha cumplido, y solo »el dia del juicio no ha de suceder? ¿Esta prediccion será la única entre todas las demas que »no se verificará? ¿Somos, pues, nosotros tan »estúpidos y tan duros, que dudemos del suceso de las pocas cosas que restan, leyendo »las Escrituras y viendo el cumplimiento de »todas las otras? ¿Qué es esto poco que resta »en comparacion de todo lo que vemos? Dios »nos ha hecho ver la infalibilidad de sus promesas sobre tantos puntos, ¿y nos podria engañar en solo uno que resta por cumplir? No: »esto es imposible, y nada es mas indudable »que el que llegará este juicio terrible, en el »cual Dios dará á cada uno segun sus obras."

Un tratado interesante sobre un asunto temporal apoyado en piezas justificativas, se busca y se lee con atencion. Por las luces naturales se distingue lo verdadero de lo falso, y aun se tiene esto á honor. Nosotros podemos decir, sin temor de engañarnos, que no hubo jamas causa mejor apoyada ni que presente títulos mas auténticos que la Religion cristiana; y asi para desecharla es preciso renunciar á los principios mejor establecidos, y desmentir los testimonios mas incontrastables. ¿Sería posible que en un negocio de tanta importancia y que toca tan de cerca, se quisiese renunciar á la razon, y obcecarse hasta preferir la mentira á la verdad? . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Solo es digno de vos, Señor, disipar las tinieblas y mover el corazon de estos hombres indóciles. Haced brillar á sus ojos vuestra celestial luz: arrancadlos de sus criminales placeres: haced que reconozcan y adoren en Jesucristo vuestro Hijo al Salvador y al Redentor del universo: conservad la fé en un reino en que los monarcas, por su celo en favor de la Religion, han adquirido mucho tiempo hace el nombre glorioso de *Reyes Católicos*. Afianzadnos á todos en vuestro servicio, á fin de que, agradecidos á vuestros beneficios, no se dirijan todas nuestras acciones mas que á agradaros y á hacernos merecedores de la preciosa herencia que Jesucrisco nos ha granjeado con la efusion de su sangre.

AMEN.

# INDICE

de los capítulos y materias que se contienen en esta obra.

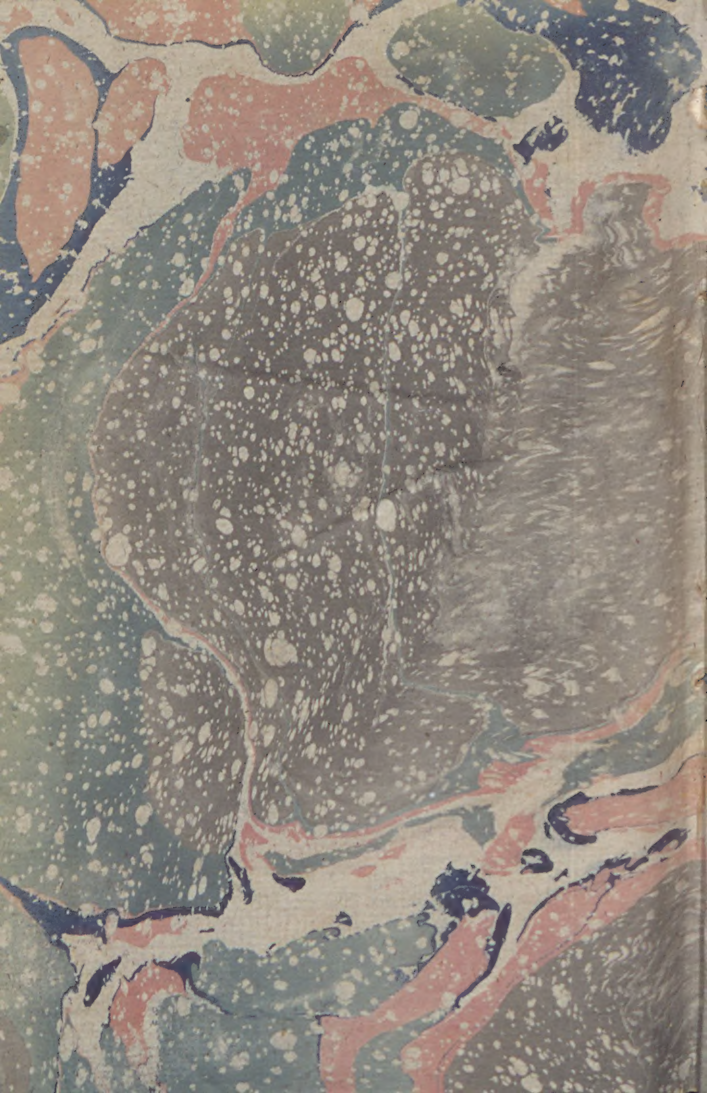
PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

## TERCERA PARTE.

## CUARTA PARTE.

FIN DEL ÍNDICE.







colorchecker CLASSIC

mm

calibrite